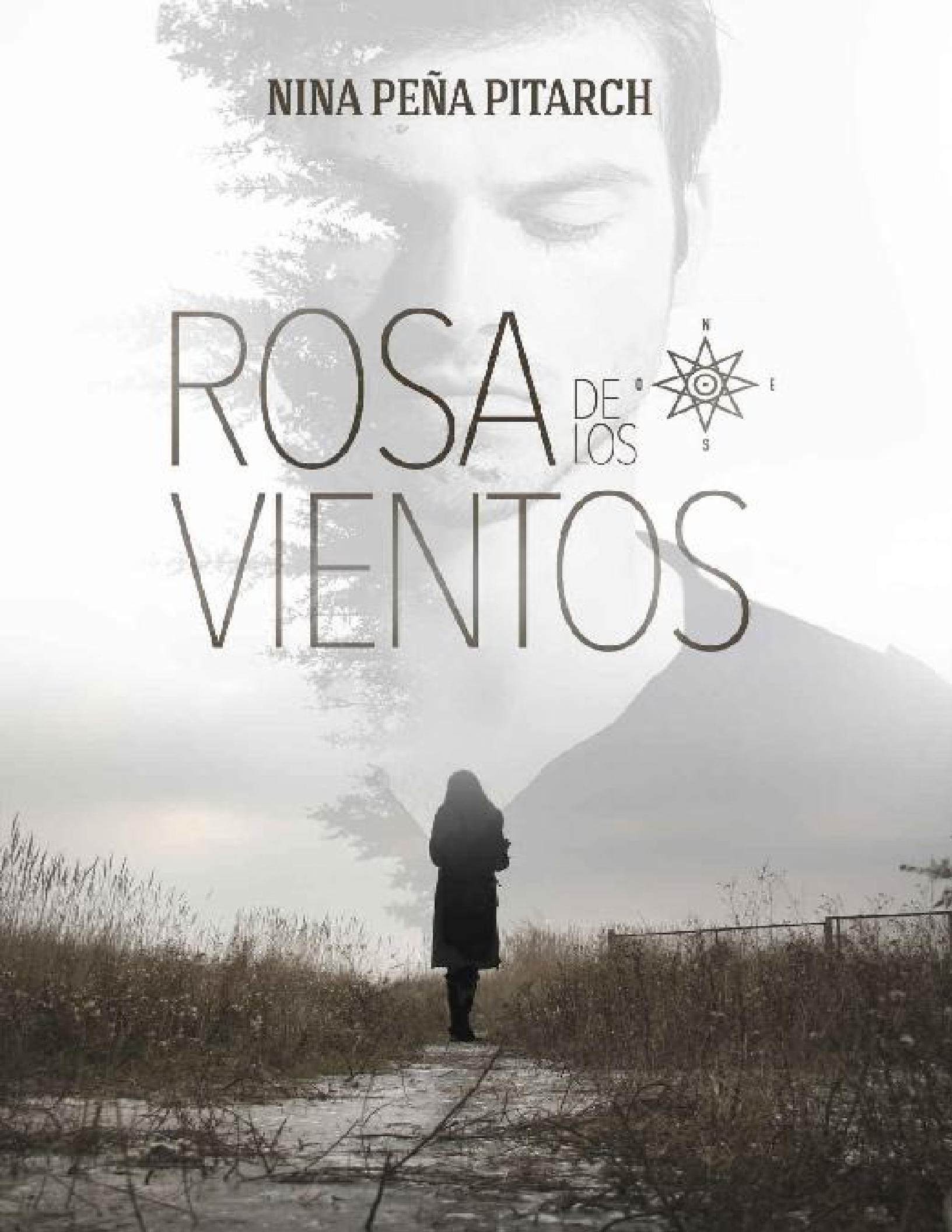


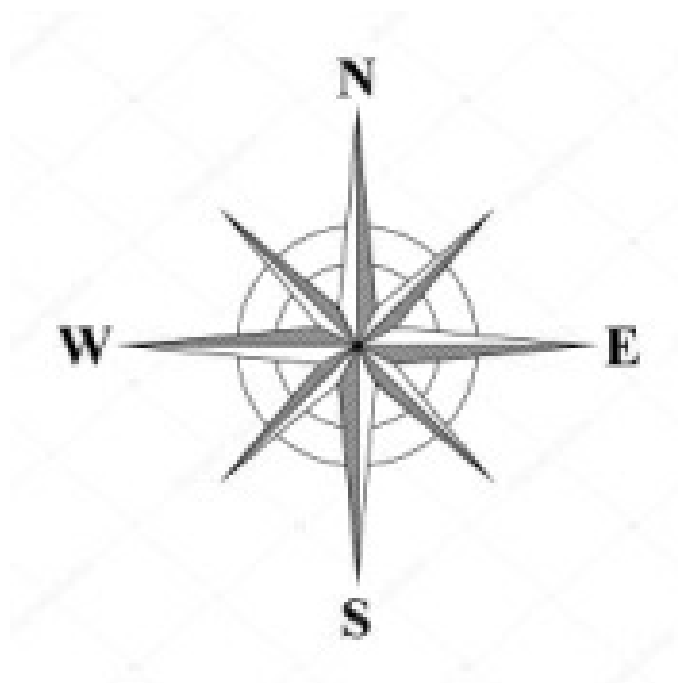
NINA PEÑA PITARCH

ROSA DE LOS VIENTOS



Rosa de los vientos

Nina Peña Pitarch



Dedicatoria especial

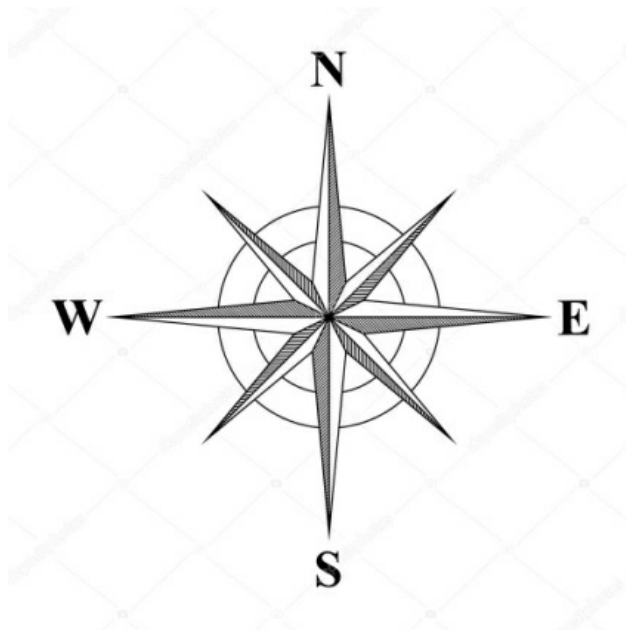
A la magia de la radio nocturna de hace más de veinte años, que hizo de mí una aprendiz de escritora y una soñadora profesional.

Al programa Océano Pacífico de aquel entonces donde se leyó por primera vez un poema escrito por mí en voz de María Quirós y Macarena Berlín, que sigue en la brecha de radio y literatura.

A Rosa y a Conchi por su inmensa paciencia.

A Sol y Dolors por su apoyo constante y su amistad.

A mi familia, por no decirme nunca que esto era una locura y por sentarse en primera fila en cada presentación.



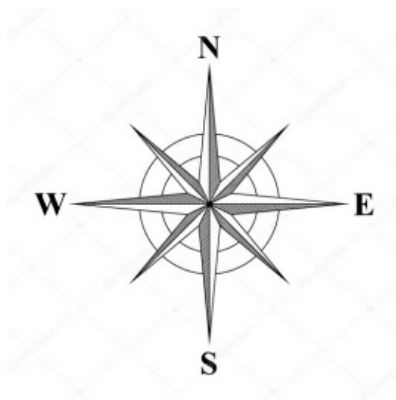
Primera edición, marzo 2017

Segunda edición, mayo 2017

Derechos reservados

Del texto. Nina Peña Pitarch

De la portada. Francisco Zorrilla



Depositó los bultos en el suelo con la convicción de que ese era el lugar realmente justo y apropiado para dejar todos los trastos que poseía y que llevaba metidos en cajas inmundas de distinto tamaño, color y forma, que iban desde las que le habían regalado en el supermercado hasta las cajas de plástico y cartón duro que había comprado, exclusivamente para ese traslado, en la tienda de chinos más cercana a la oficina.

La mudanza había sido una idea tan repentina como arrebatadora, de la que en los últimos días había comenzado a arrepentirse, y no porque hubiera caducado el pensamiento de que debía cambiar el escenario de su vida, sino porque la multitud de recuerdos y de vivencias que había tenido que meter a presión en esas cajas estaba acabando con su sistema nervioso y con las pocas fuerzas que le quedaban, y la presión no se refería a que las cosas estuvieran embutidas de mala manera en ellas, sino que meterlas en perfecto orden y concierto había supuesto tener que vivir sometida durante las últimas semanas a atmósferas que su corazón y su mente apenas podían soportar y que la hacían vivir pegada al suelo, aplastada por el peso de la memoria y las experiencias vividas no hacía demasiado tiempo.

Al menos no el tiempo suficiente como para que no le hicieran daño, como para que no le doliera el recuerdo, como para que no sangrara esa herida que pensaba cauterizar con un cambio radical de vida, de medio, de pensamiento y de filosofía.

Para empezar se había impuesto el cambio de vivienda, cosa harto fácil de conseguir en una ciudad donde, debido a la crisis, el valor de las casas había bajado hasta extremos insospechados y donde había una grandísima oferta de pisos, casas y bungalós vacíos que los propietarios de las inmobiliarias estaban como locos por vender aunque no fuera al precio inicial de venta.

No hay mal que por bien no venga, se dijo al ver su nueva, flamante y pequeña villa desde donde podía oír al romper de las olas en la playa cercana.

Los operarios de la mudanza fueron entrando trastos y pertenencias mientras ella abría las ventanas y subía persianas para que el aire marítimo inundara el salón con chimenea, que había sido el sueño de toda su vida y que por fin veía convertido en realidad.

Los sueños que de verdad una puede ver hechos realidad son los que pueden financiarse con el propio sueldo, los demás son todos cuentos de hadas, pensó para sí mientras indicaba a uno de los chicos que esa caja pertenecía a la habitación y que, por favor, la subiera al primer piso.

La villa no era excesivamente grande; de hecho, parecía un refugio: dos habitaciones, una buhardilla, salón comedor, cocina, un baño en la planta principal y un aseo en la planta baja, justo debajo del hueco de la escalera, donde también se había empotrado un mueble hecho a medida, de madera clara con puertas de cristal, aprovechando los últimos peldaños.

Se daba un aire a alquería antigua y eso, precisamente, era lo que le había gustado.

De hecho, era una construcción bastante vieja que los dueños habían remodelado para usar en verano y pintado de mala manera para poderla vender, que ella aún tendría que repintar y remodelar un poco más a su gusto, como, por ejemplo, quitar ese empotrado de cristal en el hueco de la escalera y dejarlo como una especie de recibidor. Sin duda, los antiguos dueños tenían hijos y habían querido optimizar el espacio, cosa que a ella, sinceramente, no le importaba lo más mínimo: o sí, ya que lo que quería era ver espacios diáfanos, libres, sin usos concretos, vacíos de utilidad y practicidad, salvo la de no crearle una barrera mental, cerrándose y entregándose a un uso puramente provechoso.

Ella no quería fronteras, ni físicas ni mentales, y un armario ocupando un hueco tan bello como el zaguán de una escalera era, a todas luces, demasiado poco bucólico para su estado anímico actual.

Algo que le había terminado de convencer para comprar la casa, aparte de la buhardilla que parecía una puntiaguda torre desde el exterior, era ese aire de aislamiento campestre y el enorme jardín, o por lo menos el jardín que ella tenía pensado hacer en lo que era un huerto de árboles frutales que habían dejado de dar frutos hacía demasiado tiempo. Se quedaría, tal vez, con el ciruelo, el limonero, el naranjo y dos almendros, por supuesto con el nogal de la entrada de la casa, que en verano daría sombra a la terraza, y con el cerezo del otro lado, pero todo lo demás, seguramente, iría fuera. Le daba pena segar los árboles, era un deber dejarlos morir en paz, aunque hacía demasiado tiempo que eran puramente cadáveres vegetales.

Tenía imaginado construir, frente a la casa, una jardinera con piedras de montaña donde pondría plantas medicinales: un aloe vera o dos, romero, tomillo, albahaca, orégano quizá; y al otro lado de la terraza, donde una columna sostenía parte del pórtico, enredaría buganvillas de color morado y fucsia, tal vez alguna enredadera o hiedra que subiera por las paredes hasta los balcones, tal vez una parra que diera más sombra, y algo de uva a finales de verano.

Si pudiera conseguir una vid de moscatel sería perfecto, pero sabía que eso era poco menos que imposible, que ese tipo de uva se había extinguido, en ese lugar, hacía demasiado tiempo.

De todas formas buscaría en internet, siempre se encuentra lo más extraño y raro en la red, así que, quién sabe, tal vez dentro de un tiempo pudiera saborear uva moscatel de su propia cosecha.

Dios mío, cuántos tal vez, cuántos quizá.

Todo era un volver a empezar que había dejado de darle vértigo, pero que aún le removía el estómago.

Desde luego no era como los primeros días en que valoraba su decisión de cambio como una locura transitoria de la que podía llegar a arrepentirse, pero ella, tan poco dada a las locuras, a los palpitos y corazonadas, no logró deshacerse de la idea de renovación que le llegó, repentinamente, en una noche de soledad e inspiración divina, sino que, como suele ocurrir a la gente que posee muy pocas ideas e iniciativas, esta comenzó a obsesionarle de tal forma que al final la tuvo que hacer realidad.

Si hubiera sido un ser un poco más disperso, en lugar de la mujer compacta que era, habría tenido doscientas mil ideas para olvidarle y aunque ninguna hubiera funcionado, al final, por la fuerza de la costumbre, lo habría conseguido. Pero como no era así, la única idea que tuvo se convirtió en obsesión y no paró hasta romper con su vida, hasta cambiar el escenario de su drama, hasta intentar renacer de sus cenizas cual ave Fénix en altos y circulares vuelos, porque romper definitivamente con todo no podía, tan solo se atrevía a un cambio parcial que esperaba que fuera suficiente.

Dentro de un año, tal vez, volvería al mismo trabajo y a la misma ciudad, con los mismos

compañeros y sus escasos amigos, pero habría logrado poner distancia, salir al campo, no necesitaba lujos ni comodidades en casa, solo buscaba soledad y aislamiento, una vida que dejara de ser una carrera de fondo para ser un paseo por las nubes, encontrarse a sí misma, comenzar a escribir, que era su sueño de universidad, dejar circular los silencios sin que estos le molestaran, apartarse del mundanal ruido, de la gran ciudad, de todos sus vicios y extravíos anteriores, de todo cuanto pudiera recordarle a él y volver a comenzar.

¿Que era difícil? Por supuesto, pero estaba en el camino correcto. Algo le decía que estaba bien encaminada y que poco a poco se amoldaría a esta vida, porque la otra, la que había conocido hasta entonces, ya hacía demasiado tiempo que no le valía ni le bastaba para nada.

Cuando entraron el colchón forrado con plásticos y el canapé, cayó en la triste realidad de que esa iba a ser su primera noche en aquella casa antigua enclavada a cien escasos metros del mar, y que aún le era tan inquietante como extraña. Y de que iba a dormir sola de nuevo, tal como había dormido los últimos seis meses.

Tal como había dormido desde que él se fue. Incluso antes.

Podría ponerse a llorar en cualquier momento tan solo de pensarlo, pero la etapa de las lágrimas y la autocompasión había pasado, por lo menos durante este día en el que tenía labores logísticas que realizar y en el que quería embeberse, infundirse de cierto optimismo. Ahora quedaba la etapa del resurgimiento y de la recuperación, algo que ella pretendía hacer en esa casa y en ese mar, lejos de todo lo mundano que hasta entonces había en su vida, sumida en sus libros, que estaban siendo apilados junto a la ventana, su cámara fotográfica profesional y sus álbumes de fotos artísticas, sus plantas, que ya veía crecer en el jardín, su música, que estaba siendo depositada en el suelo a falta de un lugar mejor, y sus recuerdos, que pensaba dejar echar a volar para poder darles aire y que flotaran por encima de su conciencia, a ver si de una vez lograban remontar vuelo y huir de ella.

Tal como lo hizo él.

Mientras veía a los operarios de mudanzas descargar sus pertenencias terrenales y dejarlas en el suelo con un delicado desorden, no exento de cierto desdén por parte de quien está acostumbrado a tratar con objetos ajenos que no le importan nada, pero que para el poseedor son cruciales, quería convencerse de que iba a ser feliz en aquel lugar. Que de verdad podía comenzar de cero por el simple hecho de hacerlo en alguna otra parte que poco o nada tenía que ver con las vivencias de las que estaba huyendo, de las que pretendía esconderse o evadirse entre las sombras del mar y del futuro jardín.

La famosa frase de las circunstancias revoloteó en su mente durante un segundo y supo que, pese a ser cierto que cada uno es él mismo y sus circunstancias, con un poco de fe y buena voluntad estas podían ser modificadas hasta el punto de no reconocer ese yo del que se pretende huir, del que ella pretendía huir, y de esa forma darle un vuelco a cualquier circunstancia, sobre todo a las adversas, a las que dejaban poso, lastre, sedimento, a las que dejaban ese sabor amargo en la boca cada mañana y escalofríos de soledad cada noche.

Quería convencerse de que, si hasta ahora su vida había ido circulando por senderos premeditados, repletos, tangibles, opulentos y pragmáticos, había llegado el tiempo en que, por el contrario, debía dejar la entrada libre al instinto, al vacío, a lo incierto, a lo sencillo y a lo abstracto y hacer, o al menos intentar hacer, lo que hasta ahora jamás había hecho: dejarse llevar.

Tenía un año por delante no solo para vivir lejos de su vida, sino para olvidarle.

Pero cómo olvidarle, cómo, Dios mío, si cada vez que intentaba no pensar en él terminaba teniendo su cara a tan solo un centímetro de la suya, si cuando procuraba no repetir los gestos comunes se descubría haciendo sus propios gestos, repitiendo sus frases, sonriendo como él,

mirando como él, haciendo de cada rasgo suyo una imitación de los de él, como si su rostro se desfigurara y ya no fuera capaz de mostrar su personalidad sino la personalidad de él que se ha incrustado tanto en su mente, en su cuerpo y en su alma que parece no ser sino una continuación de aquel cuerpo, aquella mente y aquella alma que tanto amó y aún ama.

Cómo olvidarle si hay momentos en que siente que lo lleva clavado dentro, hasta el punto de no saber dónde termina ella y dónde comienza él, cuando usa sus mismas palabras y hace los mismos gestos, aquellos gestos imperceptibles que tanto le gustaba observar y que, sin querer, han pasado a ser parte de su repertorio gestual, haciéndolos suyos en un intento de retenerlo o de apropiarse de aquella forma de ser y actuar que adivinaba tan especial y distinta. ¿Cómo puede una mujer repetir las miradas de un hombre, las sonrisas, la forma de mover los dedos o de apartarse el cabello de los ojos sin que parezca una burda imitación de alguien y quede, a todas luces, masculinizada?

Ella se sorprende a sí misma repitiendo aquello que más le gustaba de él: su cálida sonrisa, su cómplice mirada, sus efusivos abrazos sin motivo, la forma en que movía los labios o entornaba los ojos, la confianza típicamente mercantil o verdadera que tenía con todos quienes le rodeaban aunque fuera por unos minutos, aquel don de gentes inmenso que le permitía hablar con cualquier persona desconocida, la forma de remover el azúcar del café, de caminar entre la multitud, la manía de tocar, de acariciar, de tantear con los dedos a las personas que se le iban poniendo por delante, en un gesto afectuoso que jamás podía ser confundido pero que llegaba a ser deseado y esperado por quienes le conocían. Le da la impresión de tener su rostro grabado a fuego en el suyo, como si ese rostro tan amado no fuera más que una continuidad de ella o quizá ella misma.

Cómo olvidarle si no hay ni un solo momento en que no piense en él. No hay un solo instante en que no se sorprenda a sí misma flagelándose con el recuerdo de todo lo vivido y hostigándose con la alusión a todo lo que se quedó por vivir en una eterna tortura que, no por insufrible y dolorosa, quiere dejar de sentir. Es consciente de que, por más que sufra en el recuerdo, es infinitamente más placentero el hecho de poder recordar.

Cómo olvidarle si está presente en cada cosa. Está en el viento que se cuela por las ventanas abiertas y trae el aroma a sal del mar que él solía llevar impregnado en su pelo, en la luz clara del otoño que se reflejaba en el gris de sus ojos convirtiéndolos en verdes, en las sombras del huerto que se ciñen al suelo de la terraza y cimbrean la cintura que se movía sobre la suya, en el olor a libertad que la tierra emana y que se parece tanto a la libertad con la que él se movía y se mueve en algún lugar impreciso de sus recuerdos y de una realidad que desconoce, en esa calidez, en esa reverberación de claridad que irradiaba de él en las mañanas compartidas y que ahora mira atolondrada entrar por la ventana reflejándose en la chimenea apagada que, de pronto, parece convertirse en su enemiga porque le recuerda algo que ya no va a poder compartir, en la paz que está intentando apresar en ese nuevo lugar donde él nunca ha puesto sus pies y que no comprende cómo es posible que también le traiga su recuerdo.

Intenta alzarse sobre sus pensamientos, superar la melancolía de mujer abandonada y triste que lleva pegada como un halo resplandeciente que todos parecen ver o presentir, y apartando su cara en un gesto vano e inútil, se obliga a ayudar a entrar el resto de cosas que aún están en el camión de la mudanza o en su coche, para terminar cuanto antes con la profana tarea de ordenar, apilar, montar, ubicar y tirar todo aquello que es suyo y que parece que cada vez lo es menos.

Hay cosas que ya no tienen un uso concreto porque no está quien le daba sentido, otras, prefiere olvidarlas, algunas son prácticas y no tiene más remedio que ir dejándolas en los lugares lógicos en que cree que va a necesitarlas, pura logística existencial. Platos, vasos, sartenes,

botellas de vino, manteles, cubiertos, las tres bolsas de compra con artículos de limpieza, las cajas con la pintura nueva para las paredes...

Su cara sigue el movimiento seguro de aquellos hombres acostumbrados a todo tipo de muebles, enseres, montajes y envoltorios de mantas, y pregunta si ellos podrían ser tan amables de desmontar esa antiestética cristalería del hueco de la escalera junto al baño. Le dicen que sí, que lo hacen en un plis plas, y mientras dos compañeros suben el colchón y el canapé al piso superior, el más joven, con un arrojo y espontaneidad no exento de buena profesión, procede a ir desatornillando las puertas de cristal horrorosas y desencajando baldas para luego desatornillar las piezas de madera que van sujetas a la pared. En veinte minutos el mueblecito descansa, a piezas, en una esquina del comedor y ella comienza a dudar de su, en principio, buena idea. Tras el mueble hay una enorme mancha de humedad que tal vez la pintura no llegue a tapar del todo.

Mira los botes de pintura color arena, burdeos y chocolate pensando que tal vez iría mejor en ese hueco un color oscuro, contrastando con el otro más claro, pero al mismo tiempo cree que podría parecer una cueva si no pone una buena iluminación.

Tal vez un buen papel pintado que dé contraste, un estampado floral de esos tan modernos. Ya lo irá viendo con los días, ya irá su retina acostumbrando poco a poco a las nuevas formas, luces y colores de la casa y entonces podrá discernir qué color o qué mueble o qué poner en cada rincón para que a ella le dé sensación de bienestar y no de ahogo.

El sofá, con respaldos reclinables, avance para los pies y chaise longue, casi un capricho, no tarda en hacer su flamante aparición. La alfombra de fibras naturales de Ikea, que pensaba poner frente a la chimenea a los pies del sofá, aún está enrollada, por lo que casi no recuerda su color. Acto seguido comienzan a aparecer los electrodomésticos: lavadora, televisión, ordenador, frigorífico, secadora... Es increíble la de cosas que van acumulando las personas para poder vivir con cierto orden o comodidad. Ella, que pensaba en renunciar a tanto, se había sorprendido no pudiendo renunciar a casi nada.

Lo cierto es que salvo la cama, el sofá y la alfombra no ha comprado ni un solo mueble, ni un solo enser donde apilar la cantidad ingente de trastos sin los que no puede vivir.

Ha renunciado a casi todos los adornos, a los floreros, a los cuadros y fotografías, a los centros de mesa, a todo cuanto tenía en su casa tan moderna y tan bien amueblada, como si ello no fuera más que un obstáculo y una carga para ver las líneas limpias del espacio que mentalmente pretende ocupar.

Se ha vuelto minimalista, campestre pero minimalista.

Uno de los operarios comienza a subir por una escalera metálica para colgar las lámparas con tulipas grandes en forma de flor color morado oscuro y otro intenta, con bastante poca fortuna, encajar el frigorífico en el hueco de la cocina. Al final, entre dos logran empotrarlo y continuar con el resto de electrodomésticos. El ordenador va a la buhardilla sobre una mesa modular de las que también se montan a piezas, junto a la ventana que da al este, para poder ver el mar mientras escribe lo que será su primer libro, algo que aún no ha comenzado y que no sabe muy bien por dónde empezar.

Está muerta de ganas de que todo esto termine, de que esos tres hombres se larguen de una vez para quedarse a solas, ganas de que la soledad de los primeros momentos le indique un esbozo de cómo será su nueva vida, incluso si de verdad va a poder vivirla de la forma en que ha estado pensando estos dos últimos meses o, por el contrario, darse cuenta de que no va a poder vivir de la forma soñada.

Tal vez esta soledad no es más que un castigo autoimpuesto, tal vez no sea una huida hacia adelante, sino un paso hacia atrás, tal vez, incluso, puede que no sea un intento de olvidarle, sino

de dar un vuelco melodramático a su vida, hacer de su dolor un espectáculo privado que los demás puedan percibir en el desierto de las decisiones tomadas.

Cuántos tal vez, cuántos quizás.

Tal vez jamás pueda olvidarle, tal vez él vuelva y no sepa dónde buscarla, tal vez llegue a odiarle, tal vez logre hacer las paces con su recuerdo, tal vez no logre superarlo nunca.

Tal vez.

Lo que de momento sí sabe a ciencia cierta es que está deseando que esos tres se vayan de una vez por todas, que se den prisa, que no se les complique el trabajo, que no tarden en hacer lo que tengan que hacer y que la dejen sola, que es como de verdad le apetece estar.

Sola, completamente sola, más sola que la una, a solas, en soledad.

Desde la buhardilla, donde han subido el ordenador y los muebles de Ikea, se oye la voz grave del jovencito pidiendo ayuda para montar la mesa, ha perdido los tornillos y no sabe cómo coño montarla, palabras textuales.

Con un gesto de vaga impaciencia, como si eso no fuera más que uno de tantos avatares diarios, el hombre más gordito, que también parece el mayor de los tres en edad y rango, toma del suelo la caja de herramientas y comienza a subir las escaleras con desgana. Al momento se oyen golpes y tornillos rebotando en el suelo de los escalones, por lo visto ya los han encontrado.

Se ha quedado sola en el comedor mirando la chimenea apagada, preguntándose de dónde sacará la leña para poder encenderla, preguntándose si de verdad le dará gusto recostarse sobre la mullida alfombra, con una copa de vino tinto en la mano mirando el fuego, si ya no tiene con quién compartir ese momento, ese gesto que en sus pensamientos más románticos compartía con él. Ese mismo momento, en soledad, puede ser el cúmulo del alejamiento, del abandono y de la tristeza, un gesto que ha de pasar por ella a la fuerza, incluso un gesto al que va a tener que acostumbrarse, sobre todo porque ella lo ha decidido así. No es que haya decidido vivir sola, eso se lo ha impuesto él, sino vivir esa soledad del alma junto a la soledad real del cuerpo, que son dos cosas muy distintas.

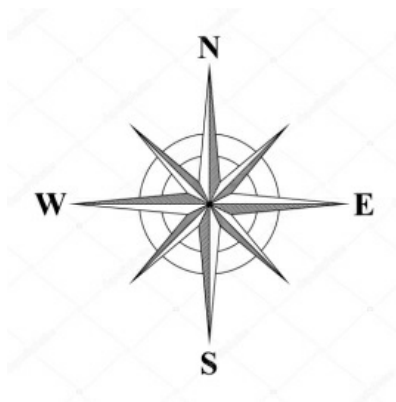
Podría haberse quedado en su piso de la ciudad, en su trabajo, con sus costumbres y con sus monotonías, pero la soledad, rodeada de todo eso que supone tener gente al lado, se le antojaba, simplemente, insoportable.

Su cara era un escaparate que todos observaban, y los gestos cálidos de quienes intentaban acompañarla en el sentimiento le parecían arrumacos hipócritas o actitudes de compasión, algo que soportaba todavía menos. El halo de mujer abandonada y rota por dentro sobrevolaba las mesas de la oficina, y los tres días de luto oficial que su jefe le había dado eran, en vista de todo, insuficientes.

No soportaba las frases de misericordia entre compañeras, las preguntas de ¿cómo estás? cada vez que se cruzaban en el baño, los cafés a media mañana cargados de psicoanálisis barato, los consejos de revista, las experiencias ajenas extrapoladas a la suya, los vaticinios de un futuro mejor, las habladurías, los chismes que nunca lograba sorprender, los roces de cariño en el brazo, las frases hechas y las miradas de conmiseración de personas a las que, en realidad, les importaban una mierda ella y su drama personal. La verdad es que tenía buenas compañeras en el trabajo, pero ninguna de ellas era su amiga, por lo menos su amiga del alma. ¿Por qué eso iba a cambiar debido a su ruptura sentimental?

Había hecho un vago recuento y no tenía amigas, conocidas sí, personas de confianza con las que salir a hablar y emborracharse, ir al cine, a las rebajas, tomar un café o ir a comer un domingo, pero amigas, lo que se dice amigas de verdad no tenía apenas. De eso también se había dado cuenta ahora, cuando no había tenido a qué agarrarse, porque cuando se hundió, nadie o

casi nadie acudió a echarle esa mano salvadora que habría podido subirla a la superficie. La gente huye del dolor, pensó para sí misma, tiene miedo al contagio, como si fuera una gripe, como si el dolor fuera un mal endémico del que hay que vacunarse o alejarse, como cuando no vas a ver a un enfermo por miedo a la infección y al contagio, y es que la tristeza es altamente infecciosa y nadie, absolutamente nadie, quiere contraer esa enfermedad o sentirla cerca aunque sea por unos minutos. Los operarios que bajaban de la buhardilla interrumpieron sus pensamientos, pero le dieron la buena noticia de que habían terminado su trabajo. Buscó en su bolso un billetito no muy grande para darles propina, en realidad, habían sido efectivos y rápidos, y los despidió con una triste sonrisa. Ya estaba sola. Completamente sola.



No sabía por dónde empezar.

Debería haber aprovechado el tiempo e ir adelantando trabajo mientras estaban aquellos tres hombres, más que nada por si le surgían problemas de logística que ella no pudiera solucionar, como, por ejemplo, desenrollar la enorme alfombra o cualquier otra cosa que hubiera necesitado el brazo fuerte de un hombre dando martillazos, que era para lo único que iba a necesitar a un hombre en los próximos doce meses.

Se fue hasta la cocina y miró las cajas llenas de herramientas culinarias que debía poner en su sitio, pero no le apetecía comenzar por algo tan terrenal y tan típicamente femenino como la cocina.

En el aseo dormitaba una caja con champús, geles, cremas limpiadoras, papel higiénico, jabón de tocador y algunas toallas pequeñas para lavabo. Pero tampoco le apetecía comenzar por la zona de aseo aunque entendió que esa caja estaba en el baño equivocado puesto que era el pequeño, y dejando las toallas, el papel y el jabón, que puso en su sitio, tomó la caja en brazos para subirla al piso de arriba.

El colchón y el canapé estaban perfectamente montados y sobre lo que ya era oficialmente una cama, descansaban las cajas de ropa de casa: sábanas, colchas, almohadas, fundas, cortinas, edredones... Sobre todo el nórdico, aquel edredón de plumas que le permitía dormir en pelota picada en pleno invierno y que le había proporcionado el lujo y la voluptuosidad de sentir aquella piel que ahora tanto añoraba mientras, simplemente, dormía.

Tampoco le apetecía comenzar haciendo una cama en la que iba a desvelarse durante el próximo año, de hecho, la miraba como si en lugar de una cama, con sus lúdicos y oníricos usos, fuera una especie de potro de tortura. No, no iba a comenzar por la cama precisamente.

Entró en la otra habitación, que estaba completamente vacía, y no sintió nada en absoluto. De momento no pensaba darle un uso a esas cuatro paredes, así que simplemente constató el hecho de que la casa que había comprado tenía dos habitaciones, y después salió de ahí sin más.

Subió hasta la buhardilla y vio las cajas de libros, la mesa montada, el ordenador sobre ella con los cables colgando como cuerdas de tender, la silla de oficina, ergonómica, tal como le habían aconsejado, y el flexo medio metido en otra caja junto a alguna foto y los útiles de escribir que ella guardaba, más por romanticismo que por practicidad.

Se entretuvo un buen rato montando todo el cableado del ordenador, hasta que lo dejó en funcionamiento. Luego puso la silla frente a la mesa y se sentó para sentir las primeras emociones que ese rincón de la buhardilla, el que más le había gustado de la casa, le transmitía.

Miró por una ventana, desde donde se veía un trozo de mar, que era más que suficiente para colmar sus anhelos; miró por la otra ventana y vio varias construcciones solitarias que le tranquilizaron el alma, no se sentiría completamente sola en momentos de grave necesidad; miró por la tercera ventana, que daba a la parte trasera de la casa, donde el huerto se extendía en una hectárea y media de tierra fértil que ella no pensaba cultivar, pero que acunó sus ánimos; y finalmente posó la vista en la cuarta ventana, desde donde se veía más y más tierra, extensiones de árboles, pinares, márgenes de cipreses, chopos y álamos y, en medio de todo ello, la buhardilla de otra construcción antigua, tan cuadrada, tan abierta de ventanas a los cuatro puntos cardinales y tan modernista como podía ser la suya, aunque algo más grande.

Aquel lugar era tan perfecto que pronto sintió que la mudanza había valido la pena y que esa habitación, abierta a la rosa de los vientos, iba a ser su santuario, el lugar donde comenzaría esa etapa de su vida que quería dedicar a escribir y a desnudarse no solo en el papel, sino a desnudarse de todo aquello que le era infructuoso o superfluo, quedándose tan solo con lo que de verdad era primordial o absolutamente necesario.

No es más feliz el que más tiene, sino el que menos necesita, rezaba el eslogan de Ikea cuando ella fue a comprar esa mesa, esa silla y la alfombra, y tenían parte de razón. Para vivir no se necesita tanto, pero era una pena que a veces no se tuviera ni lo más imprescindible.

Aunque ¿qué era lo imprescindible?, ¿el amor tal vez? Menuda gilipollez. Si eso era una pequeña muestra de por dónde iban a ir sus derroteros literarios, más le valdría dedicarse a otra cosa y no perder el tiempo en novelitas románticas de tres al cuarto.

En las cajas había libros de sus autores favoritos, entre los cuales figuraban muchas mujeres, y de una forma u otra, todas, absolutamente todas, habían tocado el tema del amor. ¿Acaso las mujeres tenían tal querencia al amor que este se convertía en un eje principal de sus vidas? O sea, se preguntó, ¿una mujer puede pasar por la vida sin amor? ¿Los hombres, que en teoría también aman, sienten esa plenitud o ese vacío de amor como algo tan existencial? No sabía qué responderse, solo sabía que empezó a faltarle la respiración y tuvo que levantarse de la silla como si tuviera un resorte pegado al asiento.

Necesitaba aire, más aire del que entraba por esas cuatro ventanas, necesitaba ser llevada o traída en el viento, dejarse flotar sin más pensamiento ni más anhelo que el de sobrevolar por encima de sus conflictos morales o románticos, sus preguntas sin respuesta y sus disyuntivas sentimentales.

Dejarse llevar.

Pero, si de verdad quería escribir, ¿no tendría que pensar?, ¿no tendría que sentir? ¿Podía elevarse por encima de su realidad para encontrar una realidad paralela que le permitiera flotar mientras seguía con los pies sobre la tierra?

No, tampoco pensaba comenzar por esa buhardilla, no pensaba ponerse a instalar el módem ni los útiles de escritorio ni ordenar los libros en estanterías que aún no había comprado, o apilarlos en el suelo de la forma conmovedora y bohemia que ella había imaginado.

Tendría que comenzar por algún otro lugar de la casa. Pero ¿comenzar a qué? ¿A instalarse?, ¿a tomar posiciones?, ¿a tomar posesión del inmueble?, ¿a convencerse de su decisión?, ¿a intentar vivir de esa nueva forma?, ¿a ordenar sus pertenencias, “cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa”, tal como decía la ley principal del orden que le dictaban las monjas cuando era niña?

El orden habría sido estar en sus brazos y que él tuviera un sitio en los suyos.

Ese era el principio del orden, por eso su vida era ahora el caos que era y se encontraba perdida buscando un origen y precepto nuevo al que poder agarrarse con uñas y dientes,

buscando algo que volviera a poner las cosas en el lugar adecuado y exacto, algo a lo que aferrarse, en lo que creer, en lo que sostenerse.

El principio del orden de las cosas estaba en su cama vacía y en su corazón roto.

Todo lo demás, lo que él había dejado, era el caos del fin de los tiempos, el Armagedón. Intentando ser positiva podría decirse que era el Big Bang que, tras la enorme explosión, daría lugar a la creación de un nuevo universo particular, a un nuevo mundo, a un infinito que, de momento, era solo una especie de agujero negro que absorbía cualquier fuerza, cualquier luz, cualquier intento de vivir o ser.

Trataba de ser positiva y eso ya le parecía una victoria. Claro que, habían tenido que pasar seis meses para comenzar a serlo.

Bajó por las escaleras divisando los huecos vacíos en la casa que poco a poco se irían llenando con sus pertenencias, viendo las carencias ambientales, y aún sin personalidad, de un lugar que no parecía estar habitado por nadie, aunque en pocos días tendría que ser un reflejo de ella misma y de su identidad, un lugar que reflejara la individualidad de su ser, la particularidad de su nueva forma de entender la vida y vivir. Tendría que mostrar su verdadero yo, ese que había ido a buscar escondiéndose entre el mar y la montaña, tendría que dar vida a esas paredes blancas que no mostraban absolutamente nada que no fuera vacío e impersonalidad, como si en vez de en una casa estuviera en los asépticos e impersonales pasillos de un hospital.

Todo estaba limpio, inmaculado, oloroso a pintura nueva y desinfectante, tal como había acordado con los antiguos propietarios, todo vacío de vivencias, como si también esas cuatro paredes y sus tabiques intermedios estuvieran esperando que la vida comenzara a fluir entre meros materiales de construcción hasta considerarse, en vez de una casa, un hogar.

Debería empezar por pintar y quitar el blanco. Antes que nada debería aclarar qué paredes irían de color arena y qué paredes de color chocolate. Por eliminación, pensó que el color oscuro quedaría mejor en las paredes que recibieran más luz, o sea, al lado de las ventanas, a las que también daría la espalda cuando estuviera sentada en el sofá, así se cansaría menos de un color tan fuerte. El burdeos iría de perlas en el hueco del armario que los operarios habían desmontado, dando un toque de color a un ambiente, tal vez, demasiado monocorde.

Los cojines rojos y verdes, junto a la alfombra de fibras naturales, darían un toque colorido y natural. Los estampados estaban completamente ausentes y prohibidos, aunque no desechó ir a buscar un papel pintado para el zaguán que, mezclado con los colores verde y burdeos, se acoplara a la decoración general y le diera algo de discreta elegancia, rompiendo la línea de colores uniformes. Le tentaba la idea de un estampado floral en ese rincón, tal vez grandes flores verde oscuro o chocolate, o crema y burdeos, tal vez en lugar de papel pintado podría poner estuco de diferentes tonos de rojo, tal vez flores de distintos tonos en grandes tulipas como las lámparas.

El hueco de la escalera la había absorbido porque pensaba, acertadamente, que eso y la chimenea se iban a convertir en el centro decorativo de su nueva casa y, ya que no podría hacer demasiadas remodelaciones, tenía que dejar su impronta en los pequeños detalles.

Los detalles siempre son importantes, lo que hace que no olvides, lo que te viene a la memoria casi sin darte cuenta. Pueden ser detalles buenos o malos, antiguos o modernos, simples o sofisticados, pero es lo que siempre se recuerda cuando se sale de una casa ajena. Es, en conclusión, lo que da personalidad y estilo.

Bran era ese cúmulo de detalles que hacía imposible que ella pudiera olvidarlo.

Se preguntó, por enésima vez en esos seis meses, cuándo sería su santo, cristianizado Bran en San Branda y, como siempre, desechó la idea de buscarlo en Google. ¿A qué santo su madre le

había puesto un nombre tan irlandés en una época en que los nombres extranjeros eran considerados paganos y parecían estar hasta mal vistos? Ella misma, sin ir más lejos, había tenido que soportar el "María" delante para poder llamarse como se llamaba: Lara.

Bran y Lara. Lara y Bran.

Siempre le había parecido que la musicalidad de sus dos nombres juntos era un detalle importante.

Ahora le parecía una mierda.

Siempre le había parecido que había algo de especial en esos nombres extranjeros, irlandés y ruso, que les unía dándole personalidad a ese binomio.

Bran, el rey irlandés que había surcado las aguas según los dictados de una misteriosa mujer que le había entregado una rama de manzano de hojas doradas y brillantes y que le había empujado a viajar hacia lo desconocido, haciendo que se perdiera en el tiempo y en el espacio, hasta convertirse en leyenda.

Lara, la protagonista de *Doctor Zhivago*.

Bran, el hombre que había empujado a Lara a perderse en el tiempo y el espacio hasta convertirse en un fantasma, en una sombra, en un espectro de lo que alguna vez fue.

Descendió las escaleras despacio sin saber muy bien dónde meterse ni qué hacer. La casa le era extraña, aún no tenía muy claro cuál sería su rincón favorito, posiblemente la buhardilla. Ni sabía, a ciencia cierta, si le apetecía comenzar con algo tan superfluo como preparar la que sería su vida objetual en aquel inmueble, en el que lo que más le gustaba, de momento, era el aire novedoso que imprimía a su existencia y que le daba la sensación, equivocada, de estar haciendo algo original por sí misma, como es tomar decisiones arriesgadas aunque en el fondo estén dictadas por la desesperación.

Se puso una chaqueta y se dijo a sí misma que ya era hora de recorrer lo que era también parte de su posesión: el huerto.

Tal como salió de la terraza y dio la vuelta a la casa, lo primero que pensó fue que con tanto terreno debería construirse una piscina para el verano, pero luego se imaginó sin poderla compartir con nadie y desechó la idea inmediatamente. Por no hablar de los costes.

Comprobó que la puerta de la cocina daba a lo que sus antiguos propietarios habían utilizado como galería, con dos hierros de cables entrecruzados que hacían las veces de tendedero y una barbacoa de ladrillos rojos al lado de un fregadero destartado. Unos metros más adelante se podía ver, tapado con lonas, lo que era el hueco de una piscina. Retomó la idea de nuevo. No sería tan caro si la mitad del trabajo ya estaba hecho, la tierra vaciada y excavado el hueco. Se dijo a sí misma que sopesaría la idea con más detenimiento.

Luego sus ojos ya no vieron más que árboles variados que habían crecido sin podar, matas de arbustos y florestas, un jardín salvaje y frutales que no tenían ningún fruto por el momento. Hectárea y media de bosque con grandes claros que podrían hacer de huerta si se decidiera a cultivar sus propios vegetales, algo que ni se le había pasado por la cabeza.

Tal vez pudiera tomar la costumbre de dar largos paseos por esa tierra cada mañana o cada atardecer, adquirir el hábito de pasear, meditar en cada pisada de sus botas, vagar sin más pretensión que la de moverse en la tranquilidad y el reposo, buscar inspiración para su primera novela en la quietud otoñal de las hojas y los arbustos, en el lento vuelo de las aves o en el reflejo de los rayos del sol vespertinos sobre el follaje. Caminar, buscar senderos no solo en esas tierras, sino en su mente, abrir travesías, caminos, parajes, reinos de imaginación y sensibilidad, ver lo que hasta ahora sus ojos no habían visto, emocionarse con lo que su alma hasta ahora no había sentido, mezclarse con la materia primigenia y crearse de nuevo en otro molde de barro menos

frágil, que no se convirtiera en polvo al primer soplo de viento hostil.

Podría dedicar una hora de cada tarde a pasear entre los árboles y sentir el contacto de sus cortezas centenarias, de su savia invisible que lo riega de vida en un circuito íntimo de fecundidad, oler sus ramas, acariciar sus troncos, sentarse entre las raíces a pensar, a imaginar o simplemente a recordar, como si entre ellas, fuertes y recias, profundamente clavadas en el suelo, pudiera sacar fuerzas para recordarle sin sentir la liviandad de su alma, sin sentir que, en cualquier momento, recordándole puede echar a volar por encima de todo y no volver jamás.

Sería una sana costumbre, tanto mental como física. De hecho, se podía ver a sí misma paseando en cualquier tarde del otoño cercano y ya presente, impregnado de melancolía y cálido sol, sacando fotos de esa naturaleza viva. ¡Dios mío, pero si había logrado vivir en el lugar que siempre soñó! Mar y montaña, largas extensiones de arboleda, naturaleza, aves, sol, viento, lluvia, una comunión perfecta entre la tierra y sus elementos, y ella y su realidad.

Tendría que saber cómo empezar ¿no? Tendría que tener una especie de hoja de ruta con el sendero que siempre quiso recorrer al llegar a un lugar así.

¿Cuántas veces se había imaginado a sí misma decorando una casa como esa, paseando por una arboleda similar a la de su propiedad, oyendo las olas romper en una orilla lejana y al alcance de la mano, teniendo tiempo por delante, huyendo de las prisas y de la ciudad, disponiendo de una buhardilla en la que sentarse a escribir mientras mira el mar, respirando paz y libertad a pulmones llenos?

Cientos de veces había soñado con poseer lo que ahora poseía, un trozo de tierra y cielo, un sonido que acunara sus oídos, un viento que moviera su pelo y trajera olor de pinos y naturaleza, un mar en el que sumergirse física y mentalmente, en el que reposar, en el que zambullirse, un lugar diáfano que no la limitara, un lugar nuevo alejado de todo y al que dar sentido, al que dar vida afianzando su verdadera forma de ser y personalidad, un lugar que marcar, que reclamar como suyo, un lugar bajo el sol y las nubes, un lugar simple y sencillo donde ser, simplemente existir, donde encontrar lo primordial y primigenio de la vida.

Ahora lo poseía y no parecía ser suficiente, no parecía ser nada.

Volvió sobre sus pasos lentos y cuando alcanzó la casa solo entró para volver a salir por la puerta en dirección desconocida. Aún no estaba preparada para quedarse sola en aquel lugar, aún no quería cerrar el portón principal y quedarse dentro, aislada del mundo, lo que era una contradicción porque ella había buscado ese aislamiento, no había parado hasta lograrlo, hasta ser consciente de que había dado con el lugar y la población ideal para permanecer encerrada en casa días enteros sin saber nada de nadie y sin querer saberlo, sin tener siquiera la tentación o la necesidad de salir a un mundo que cada vez le parecía más hostil y frío.

Había tantas cosas que hacer antes de llegar a tener esa sensación de estar en casa que por un momento le pareció una obra hercúlea poder llevarlo todo a cabo.

No se veía volviendo a Ikea para comprar los muebles de la terraza o del jardín trasero, no tenía fuerzas suficientes para meterse en el coche y dirigirse a la ciudad, pensaba que la ilusión que podría hacerle estrenar casa obraría el milagro, sin embargo, este no se había producido y se veía marchita, sin ganas de nada, sin saber por dónde comenzar, sin ánimo ni aliento suficiente. ¿Dónde estaban sus sueños, que ya no los encontraba? ¿Dónde la ilusión y el anhelo? ¿Es que también se los había llevado él junto con los CD, los libros y el cepillo de dientes? ¿Bajo el brazo quizá o en una de las pocas cajas que habían sido suficientes para sacar sus escasas pertenencias de casa, saliendo así de su vida con un sonoro portazo?

Se había llevado todo, dejándola tan vacía que no lograba encontrar ni un solo motivo para seguir, y, si con los meses había logrado tener la idea de cambiar su vida, ahora no lograba

adivinar cómo una simple casa en otro lugar, podría darle nuevos motivos para continuar. Se había agarrado a un clavo ardiendo y este parecía que empezaba a quemarle las manos.

Siguió caminando por el estrecho camino que llevaba a la playa, entre cerrados de cipreses y alguna que otra villa lejana tan aislada como la suya. Apenas se notaba que estuvieran habitadas, no parecían guardar vidas ahora que el verano se había terminado. Dio gracias en silencio porque el boom inmobiliario hubiera pasado de largo en aquella zona y apenas hubiera dos urbanizaciones de adosados casi pegadas al pueblo, lo que venía a ser un kilómetro largo de su casita.

Cerca y lejos. Según se mirara.

Lo suficientemente lejos, lo necesariamente cerca.

Cuando, tras unos minutos, llegó a la playa, creyó que moriría de melancolía y belleza. A su derecha, tras unas rocas, se adivinaba la desembocadura de una manga de río rodeada de piedras y cañas, juncos, cantos blancos y enormes como los huevos prehistóricos de Macondo, carrizos, verde de chopos y álamos, aves de todos los tamaños, gaviotas, garzas, abubillas, petirrojos, golondrinas y gorriónes revoloteando entre todo ello con vuelos rasantes y magníficos.

Frente a ella, tan solo un horizonte lejano y limpio que aunaba cualquier tono de verde y azul entre el mar y el cielo, aguamarina, turquesa, verde esmeralda, verde botella, azul cielo, índigo, azul marino y añil, en una orgía de tonos y matices, de brillos y tonalidades cambiantes digna de ser immortalizada en un cuadro para salvar así los engaños del tiempo.

Al otro lado, el pueblo. Un pueblecito de cinco calles antiguas de casas blancas, y cuatro modernas formadas por adosados también blancos que, escalando el monte, se mimetizaban con el paisaje y hacían aumentar las modulaciones de verde y azul entre el mar y la montaña, con un vigor sacado de sus más plácidos días de verano que aún permanecían desperezándose entre los otoñales rayos de un sol oblicuo.

Ahora entendía por qué no se había urbanizado más aquella zona. Sin duda era un paraje protegido debido al río y a su naturaleza, a todo un ecosistema que se pretendería cuidar y defender de las hordas de tiburones financieros y empresas promotoras. Su casa, según los cálculos, era la penúltima antes del río y debió ser construida hacía unas cuantas décadas, ya que ahora sería poco menos que imposible edificar algo semejante en un lugar como ese.

Se sintió privilegiada por poseer semejante tesoro y por un instante volvió la ilusión. Vivía en un edén entre las brumas del mar y la sombra de las montañas, con un pequeño río de aguas traslúcidas y transparentes que llenaban de vida aquel terruño que no sentía todavía como suyo, pero podía adivinar el cariño y el apego que, tal vez, algún día podría tenerle.

Su ánimo, tan cambiante como el mar y no menos profundo en melancolías y soledades, se vio interrumpido por la figura tosca de un hombre que, sentado en uno de aquellos enormes huevos de pterodáctilo antediluviano, la miraba desde lejos con manifiesta hostilidad.

Pese a la distancia adivinó lo sombrío de su expresión y compostura, ante ella y el mundo que les rodeaba, como si no lograra, darse cuenta de la belleza que tenía ante él o como si ni siquiera le importara, pese a estar sumergido de pleno en ella.

Se dio la vuelta y comenzó a pasear frente al mar en un gesto mil veces soñado, ignorando la mirada furtiva y la expresión huraña, obligándose a no pensar en él ni tan solo un segundo.

El vaivén de las olas producía en ella el efecto sedante que tantas veces buscó en los CD de relajación y taichí que se compraba en el quiosco frente a su oficina. Su mente, por un momento, pensó en recuperar los libros de ejercicios y comenzar por donde lo había dejado tantos años atrás, es decir, por el principio.

En casa, con el sonido embotellado y frente a la pantalla del televisor, no lograba concentrarse

en ningún tipo de ejercicio ni adiestramiento. Luego apareció Bran y cambió los ejercicios de relajación por ejercicios “camísticos” que, aunque la tensionaban, acaloraban y la rompían en pasión o entusiasmo, lograban dejarla relajada y distendida, como si poseyera un sosiego, una suavidad y una serenidad que solo podía semejarse a la de una gata satisfecha echada al sol.

Se aleccionó mentalmente para recuperar los fascículos de taichí y se visualizó en la parte trasera de su casa haciendo los pocos movimientos que había logrado aprender en aquellas sesiones, auto-impuestas, de relajación y artes chinas.

Sus pasos, vacilantes y sin prisas, se detenían cada pocos metros a observar los tesoros minúsculos que el mar había ido dejando cada noche en su arena: conchas de distintos tamaños, caracolas, piedrecitas de colores erosionadas, bolitas de pelo que semejaban erizos y algas varias sin importancia; lejos del alcance de turistas y domingueros que tenían ya casi olvidados los días de playa ante los primeros vientos otoñales. Las caracolas eran demasiado pequeñas para que el mar cupiera dentro de ellas y no había ni una sola estrella de mar, algo que soñaba con poder encontrar alguna vez en su vida aunque para ello tuviera que esperar a las primeras tormentas o a la invariable gota fría de cada mes de octubre.

Simplemente caminaba sin rumbo fijo, sin apremios de tiempo, sin mirar dónde ponía los pies, sin el móvil en el bolsillo, pensando en su nueva casa y en su nueva vida, como si no le pidiera nada más a esta que el correr pausado de sus días y la esperanza del olvido.

Intentó no pensar en los botes de pintura ni en las cajas llenas de trastos que se agolpaban encima de su cama o en un rincón del comedor esperando tomar posiciones en lugares más adecuados.

Intentó no pensar qué haría cuando no tuviera más remedio que volver a enfrentar esa soledad en la que podía perderse durante días enteros.

Intentó no pensar en la infinidad de noticias sobre atracos, robos, cadáveres encontrados días después de su muerte y fantasmas que habitan las casas de más de cincuenta años como, sin duda, era la suya.

Intentó no pensar en el primer e-mail que tendría que enviar a su oficina con los contenidos seleccionados para el programa.

Intentó no pensar en su madre, que a esas horas dormiría al sol en la residencia junto a tres abuelas crepusculares, tan arrogantes y ficticiamente jóvenes como ella, que creían vivir en un hotel para hacerse la ilusión de que no habían sido abandonadas por sus hijos.

Intentó no pensar en el domingo de paella con el que, obligada por su hermana, tendría que bautizar la casa en cuanto estuviera bien establecida.

Intentó no pensar en los cafés cargados de cada mañana de los últimos diez años en el bar de enfrente de su oficina y en la camarera que le dijo que la iba a echar de menos, como se lo podría haber dicho cualquier persona que hubiera visto durante todo ese tiempo cómo se puede llegar a marchitar o deslustrar una vida y una carrera prometedora.

Intentó no pensar en la piscina a medio hacer que hablaba del derrumbe económico de una familia.

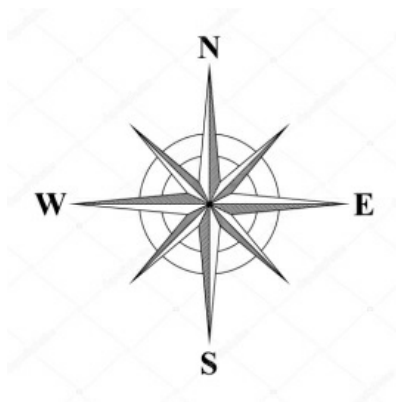
Intentó no pensar en el hombre de mirada hostil que, sentado en una piedra, parecía tan perdido o más que ella.

Intentó no pensar en lo que encontraría cuando llegara al pueblo o, mejor dicho, en lo que no encontraría: cafeterías de diseño, pubs, oficinas, rascacielos, hombres con traje de chaqueta, maletín de piel y zapatos italianos, mujeres con trajes de Dior y Chanel, perfumes de doscientos dólares y vidas de millones de euros que caben en un deportivo.

Intentó no pensar en que aún no tenía una cafetería predilecta, una panadería preferida, una

vecina con la que hablar del tiempo, una silla en el balcón de ese Mediterráneo donde leer el periódico del día o el libro del mes, y un perrito que le diera la excusa necesaria para salir a pasear los días de lluvia y frío, que tanto le gustaban, sin parecer una loca.

Intentó no pensar en que no sabía cómo encender fuego en una chimenea; en que las copas de tallo fino no tendrían una vidriera adecuada donde lucirse en el comedor sencillo y silvestre que ella pensaba no decorar; en los libros que, agolpados en cajas mercenarias, no sabía si iba a desempaquetar para dejarlos expuestos a la ignominia de no ser colocados en una librería, sino apilados en un bucólico estado de duermevela terrenal junto a las cortinas; en que el ordenador iba a ser lo único que la conectara con el mundo exterior más allá de su jardín o de ese pueblo anclado en una rutina que no variaba desde cientos de años atrás, porque en él parecía haberse abierto una paradoja del espacio y el tiempo y las horas, los días, los años, estaban estancados en el correr caprichoso de un ciclo que no se mide en segundos ni en minutos, sino en estaciones, en lluvias, vientos o soles.



¿Cómo había sido posible que comprara una casa en un pueblo sin haberlo visitado jamás?

Podría haber sido un triste pueblucho y a ella no le habría importado ni lo más mínimo, de hecho, en sus planes no había estado eso de pasear por sus calles ni de visitar sus tiendas o cafés. A lo más que aspiraba era a que fuera un pueblecito tranquilo sin discotecas locas de fin de semana y sin grandes aglomeraciones de turistas en verano, por más que lo considerara un mal menor que tendría que soportar en los meses estivales. No había pensado, ni por un segundo, que cuando la chica de la inmobiliaria le dijo que era un rincón típico mediterráneo la mar de tranquilo, palabras textuales, se refiriera a lo extremadamente típico, tranquilo y mediterráneo que era.

Sus casas blancas se arracimaban unas sobre otras extendiéndose a lo largo de una colina, por lo que desde cualquier rincón y calle se tenía vista directa al mar. En lo que se podía denominar “el centro” había tiendas típicas de artesanía local y recuerdos para turistas, amén de cafeterías con encanto; tiendas de ropa hippie, con mantas de lana con grandes franjas multicolores y cestos de mimbre; terrazas con sillas de madera que invitaban al reposo, donde se servían todo tipo de tés y cócteles; y geranios, cientos de geranios policromados colgando de las fachadas.

Un cruce entre Ibiza, una isleta griega y un patio andaluz. El blanco era el color en que, por decreto, estaban pintados todos los exteriores; y las rejas, las ventanas o balcones, junto a las flores o su ausencia, solían ser las que daban personalidad a cada una de las construcciones.

Era una especie de paraíso varado en los años hippies de los sesenta, con pintorescas casas de una planta y anchas puertas por donde entrarían en otra época los carros, las ruinas de un castillo medieval, bastante conservado, coronando el cerro cercano, metros de muralla, calles empedradas y empinadas sobre la ladera, remansos de paz blancos salpicando los terraplenes, piscinas de brillantes aguas en los adosados y villas más actuales que resplandecían bajo el sol de mediodía y que parecían mantenerse en precario equilibrio sobre los desniveles de terreno montañoso, balcones de hierro forjado, palomares con la misma forma cuadrada que su buhardilla desde donde echaban a volar palomas con las alas teñidas de colores, aceras estrechas, barandillas de hierro forjado y maromas en las paredes de las casas para ayudar a subir las cuestas más escarpadas, bancales de piedra o mosaico y fuentes saltarinas.

Ni siquiera la iglesia, una especie de ermita anclada en la plaza principal, tenía distinto color o estilo, parecía una alquería modernista en lugar de un templo dedicado a vete a saber qué santo o santa, a qué virgen de todas.

El pueblo, tan pintoresco y característico, la enamoró. La gente la saludaba sin conocerla y

ella no podía saber que ellos ya sabían que era la nueva ocupante de aquella casa cercana al río, porque en un pueblo como ese, de apenas cuatrocientos habitantes, todo termina por saberse.

Paseó sus calles, subió sus cuevas, bajó sus rampas y volvió a subirlas hasta que le salieron agujetas en las piernas y fue a dar de bruces al cementerio, que no era más que un camposanto lleno de cruces donde aún se enterraba en el suelo. El cerrado de cipreses, el viacrucis a los lados de una antigua calzada romana rehabilitada con adoquines cuadrados de piedra tallada, la campana de la entrada junto a la cruz y las murallas blancas que lo delimitaban, no dejaban lugar a dudas. Hasta ese lugar le pareció como sacado de una postal.

Las tumbas de personas a las que no conoció se derramaban sobre un suelo verde de hierba donde crecían rosales, margaritas, geranios, pensamientos, varas de nardos y alguna que otra hortensia de color azulado. Cruces de todo tipo también parecían crecer de esa misma tierra, algunas como varas secas de vides retorcidas.

Cruces griegas, cruces celtas, cruces de filigrana, cruces de piedra, cruces de hierro forjado, cruces de madera, de ladrillos rojos, de mármol con letras doradas y fotografía grabada en camafeo de cerámica, cruces blancas, grises o negras, cruces torcidas o soberbiamente alzadas entre macizos de flores, cruces con figuras de un Cristo moribundo.

Y losas. Losas de todos los colores y tamaños, desde las blancas y pequeñas de dos niños hasta las oscuras y graníticas de los viejos; las sobrias, alzadas y perentorias de la gente pudiente; grises de piedra granulada, mármoles veteados en rojo o verde, sepulturas hechas con azulejos de colores pálidos con letreros pintados a mano donde se lee el nombre del difunto entre oropeles dorados y azules, montones de tierra apelmazada para muertos olvidados y antiguos que el sepulturero se encarga de mantener para que el viento de tramontana no se la lleve, tal como se ha llevado su recuerdo o su memoria, lápidas de obra sin inscripciones, sin nombres ni fechas, lápidas que semejan túmulos de otra época y edad, en la que los hombres no hacían de sus restos un negocio floreciente en el que nunca faltaban los clientes.

Letras doradas, góticas o de imprenta indicaban nombres, apellidos y dos fechas, la del nacimiento y la de la defunción, indicando con ese gesto tan simple la fugacidad de la vida, la fragilidad de las emociones y vivencias, el carácter pasajero del ser humano. ¿Para qué tanto afán, tanto dolor, tanta posesión si al final solo quedan de nosotros unos gramos de polvo en el fondo de un ataúd de madera? ¿Quién se acordará de nosotros cuando hayamos muerto? De nuestras palabras, de nuestros actos, de nuestras caras que han ido cambiando con los años hasta no dejar nada de lo que una vez fuimos, de las alegrías o tristezas que dimos y nos dieron, de los besos, de los golpes, de los abrazos, de las negaciones, del amor y el odio, de la ambición o la soberbia, de nuestras posesiones más preciadas que quedan desperdigadas a los cuatro vientos o heredadas por deudos que tal vez ni las merezcan ni las valoren ni las atesoren con ternura.

Quién se acordará de nuestros errores y nuestros aciertos, de nuestros momentos de soledad, de pasión o de plenitud, de las caricias que dimos o nos dieron, del valor de las decisiones que tomamos, del coraje del que tuvimos que echar mano para poder sobrevivir o de la belleza de noches que quisimos que fueran interminables.

De nuestros bailes, de nuestro mar, de nuestro sol y nuestra luna, de nuestros derrumbes personales y callados, de nuestras victorias sencillas del día a día, de nuestra hambre y sed de justicia por la que no movimos un solo dedo, de la bienaventuranza de levantarse cada día sabiendo que este puede ser el último y que lo importante es vivir, seguir y poder contarlo porque, si algo es cierto, es que de esas tumbas, a las que todos tenemos que ir a parar tarde o temprano, no se vuelve para recuperar el tiempo perdido ni para enmendar los errores cometidos.

¿Qué quedará de ella? ¿Habrà alguien que recuerde su historia y cuente lo mucho que amó o

lo mucho que desesperó por ese amor? ¿Qué diría la gente de ella si muriera mañana mismo? Nada, absolutamente nada. No había hecho nada en la vida por lo que mereciera ser recordada, no tenía hijos, no había escrito ningún libro ni plantado ningún árbol. Su hermana, con el paso de los años, la iría olvidando y llegará el momento en que los sobrinos, a quienes regala juguetes cada Navidad, no recordarán ni su cara. Su madre, posiblemente, morirá antes, y ella habrá pasado por la vida sin una continuidad, que es lo que creemos que nos convierte en eternos y nos salva del olvido ante generaciones futuras.

Nadie se acordará de ella cuando haya muerto y su paso por la vida no será otra cosa más que una fugacidad de hechos que no tiene sentido para nadie, de vida interior que se quedará oculta en su pensamiento o en su alma, de ambiciones que nunca verá cumplidas y de sueños que morirán sin convertirse en realidades.

Pero ese es también el destino final para cientos de miles de millones de personas que han poblado la tierra antes, ahora y siempre.

La nada, el anonimato, la extinción.

Una lápida blanca y reciente rezaba un nombre y dos fechas, una de ellas muy cercana en el tiempo: Lucía Fortuny Blasco, 1969-2010, pero lo que le llamó la atención fue la inscripción “Jamás te olvidaré”. A su lado dos lápidas similares: Francisco Fortuny, 1942-2010 y Soledad Blasco, 1945-2010 con las inscripciones “Os recordaré siempre”.

No pudo evitar que esas tres tumbas, padre, madre e hija, le llamaran poderosamente la atención.

¿Qué habría sucedido para que los tres tuvieran la misma fecha de defunción?

—Un accidente —le dijo el sepulturero desde atrás dándole un susto de muerte y adivinándole los pensamientos—. La hija conducía y un conductor borracho invadió la calzada contraria, terrible, terrible, los tres muertos en el acto, no se conocía algo así de trágico en el pueblo desde el entierro de dos hermanitos que murieron ahogados en la playa, tantos y tantos años atrás.

De hecho, esos eran los dos únicos casos de muerte verdaderamente dramáticos ocurridos en el viejo y bello pueblo, el resto eran de ancianos fallecidos de muerte natural en la vejez y de dos angelitos que no habían llegado a nacer. Luego, simplemente le dijo que eran las dos y tenía que cerrar, pero que abría de nuevo a las cuatro para que los familiares pudieran ir a regar las plantas que crecían en las sepulturas y sus alrededores.

Con una azada al hombro salió delante de ella enfilando directamente a la puerta de entrada y saludándola al irse como si la conociera de toda la vida, con esa familiaridad de los pueblos en los que nadie parece nunca un extraño.

Desanduvo sus pasos e intentó hacer un plano en su memoria que la llevara de vuelta a casa por el camino más rápido.

Estaba cansada, hacía años que no caminaba tanto y lo cierto era que no había pensado estar fuera tanto tiempo cuando salió a pasear por la playa. La puerta de su casa aún estaría abierta y a la vista de todo aquel que, pasando por delante del portón principal, quisiera husmear en su interior. Vería las cajas apiladas y el desorden de la mudanza, sin que nadie hubiera tocado nada en más de dos horas, sin que nadie diera señales de vida y sin que se notara que allí iba a vivir alguien.

Apretó el paso. De pronto le vinieron a la mente todo tipo de intrigas, de robos y hurtos, de okupas, y pensó en sus objetos más preciados dándose cuenta, por primera vez en meses, de que aún los apreciaba y cuánto los iba a echar de menos si, por su desidia, alguien había entrado a robarle con soberana libertad. Echó a correr, como si estuviera haciendo jogging, en cuanto puso un pie en la playa y se dio cuenta de cuán quemadísima estaba, aleccionándose mentalmente para

dejar de fumar de una vez por todas, una cosa que, por cierto, no había hecho en más de tres horas.

En las rocas de alrededor del río ya no había ni rastro del hombre malcarado que la había mirado con hostilidad. Las gaviotas, graznando como cuervos en chillidos algo más agudos, sobrevolaban sus aguas y sus cañas adentrándose en tierra firme.

No sabía dónde había oído que las gaviotas, animal marítimo por excelencia, solo entraban a alta mar para morir, el resto de su vida lo pasaban en las orillas, en las playas, en los puertos siguiendo a los barcos cuando volvían de pesca tierra adentro, pero siempre teniendo la mar como referencia, sabiendo, por instinto, que lo único inevitable era esa muerte acuática a la que tarde o temprano deberían dirigir sus vuelos impregnados de libertad y simbolismo.

Al llegar al caminito que llevaba a su nueva casa una figura encorvada y con sombrero parecía esperarla en la puerta.

Una gran sonrisa se iluminó en una cara arrugada de viejo que no sabía por qué le recordó a Hemingway. Unos ojos azules como el cielo, un pelo cano venerable y una barba digna del abuelo de Heidi le dieron una bienvenida tímida y algo forzada.

Era su nuevo vecino. Su hijo había visto la puerta abierta al volver a casa y habían pensado montar guardia hasta que regresara, sin duda, pensaron, se había dejado la puerta abierta sin querer y con los tiempos que corrían no era para fiarse. Se presentó como Salvador y disculpó su entrometido atrevimiento de erigirse en guardián, pero con la edad, añadió, solo le quedaban ganas y fuerzas para entrometerse en los leves despistes ajenos ignorando los graves extravíos propios, que eran muchos.

Era un precioso palomar, le dijo señalando la buhardilla.

Ella le invitó a tomar café, algún día cuando ya estuviera instalada del todo.

Era eso lo que se hacía con los nuevos vecinos ¿no? Salvador asintió cortés y educado, pero declinó la invitación.

—Yo ya no soy buena compañía.

En realidad, nadie podía ser una buena compañía para alguien que buscaba la soledad y el aislamiento, tal como ella lo había buscado. Se despidió ofreciendo su casa para lo que pudiera necesitar, señaló la villa más apartada de todas, la última, y le brindó el brazo fuerte de su hijo para ayudarle a colgar cuadros, mover muebles o para cualquier cosa que necesitara de la fuerza masculina.

La mente le volvió, por un segundo, a la cara lejana y hosca de la única persona que podía ser hijo de aquel señor, y supo que, aunque le fuera la vida en ello, no pensaba pedirle jamás ayuda en nada, pues solo el extraño de mirada aviesa que la había mirado desde el río podría ser quien viviera tan cerca.

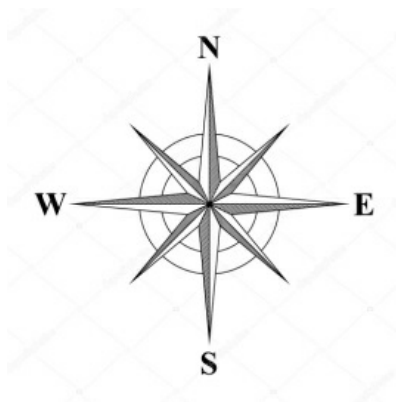
Cuando comenzó a andar despacio sus pies parecían titubeantes, pero había en aquella anciana silueta una fortaleza de tronco de higuera u olivo, de roble viejo, como una firmeza en sus retorcidos huesos que el tiempo no lograba romper.

Se giró para pedirle el nombre.

—Lara —gritó ella.

—Bonito nombre, como el de *Doctor Zhivago* —le contestó él, y siguió andando hasta entrar, varios metros más lejos, en lo que sin duda era su propiedad, una casa mucho más grande que la suya, con un palomar dos veces más amplio y alto y varios metros más de arboleda por cada lado.

Un lugar aún más bello quizá, pero también más solitario y amenazante en los oscuros días de invierno que estaban por llegar.



Hay planes que nunca se llevan a cabo y se quedan en el limbo de todas las cosas magníficas que podríamos haber hecho, le decía Salvador mientras paseaban por su huerto y le iba indicando los claros en donde se podría cultivar.

Su vecino había tomado la costumbre de saludarla cada mañana cuando salía hacia el pueblo para comprar el pan, y en pocos días había conseguido, sin proponérselo, que ella le acompañara en más de una ocasión para comprar esas menudencias, a veces tan innecesarias, que nos empujan a salir de casa sin excesivo entusiasmo, pero con la excusa de hacer algo que creemos útil y necesario.

El abuelo era afable, de buen carácter y humor, obsesionado por la climatología como casi todos los ancianos, y el paseo de casi dos kilómetros resultaba ser más que suficiente para colmar su necesidad de calor humano para varios días, los que transcurrían desde que hacía acopio de pan hasta que se lo terminaba, pues había adquirido la costumbre de congelarlo para no tener la necesidad de salir cuando no quisiera.

Algunas mañanas se les podía ver paseando por la orilla de la playa en dirección al pueblo y luego sentarse a descansar en la cafetería, a leer el periódico y tomarse un café con un croissant calentito mientras los rayos del sol otoñal acariciaban sus cuerpecitos desmadejados en las sillas de madera.

Hubo un día en que, aun amenazando lluvia, habían salido de todas formas, y es que hay cosas que la rutina y la soledad transforman en imprescindibles.

Esa mañana, que había amanecido lluviosa y en el aire flotaba todavía el olor a tormenta de la noche anterior, su hijo había decidido que el abuelo no fuera caminando a la panadería.

Hacía tan solo diez minutos, justo antes de que Salvador llegara a buscarla y mientras paraba una fina llovizna, había pasado un coche que salía de su finca, seguramente conducido por su hijo, para buscar el pan nuestro de cada día y ahorrarles la caminata bajo la lluvia. Sin embargo, el abuelito no se había resistido a salir y había llamado a su puerta para charlar un rato e invitarse, descaradamente, a desayunar.

Ella había hecho café para los dos y sustituido los croissants recién hechos por magdalenas embolsadas, y Salvador había sustituido las noticias del día en el periódico por cotilleos de la tele, previsiones sobre el tiempo, que siempre acertaba, y comentarios de noticias a los que añadía su sentido práctico de la vida y la sabiduría de su edad.

Salieron a fumarse el cigarrillo en la terraza y la conversación siguió el derrotero del huerto, la piscina y los árboles frondosos que ella se empeñó en mostrarle y que lograron sustituir al

paseo.

La vida, tras los primeros días de traslado, acomodo y miedo al futuro, se extendía en una plácida rutina de paseos y soledades que parecían estar plenas, que iban bastándose poco a poco. Los espacios se llenaban de árboles y cantos de aves y las horas se medían en un tiempo impreciso que iba desde despertarse cuando quería hasta acostarse cuando le daba la gana, en una absoluta anarquía de gestos y costumbres recién adquiridas.

Comenzaba a sentirse libre, poseía el tesoro del tiempo sin prisas y de los gestos sin obligaciones, el vacío de las conversaciones banales, un objetivo intelectual y filántropo y la negación al mundo, tan necesaria para vivir en paz y soledad consigo misma cual asceta solitario.

—Mi hijo quiso comprar todo esto —le soltó de sopetón— pero luego los planes se torcieron demasiado.

Sin que ella se lo pidiera procedió a contarle, grosso modo, la historia.

Su hijo era cocinero de cierto renombre en un gran restaurante de esos que tienen un par de estrellas Michelin y salen en las guías turísticas como restaurantes de diseño y encanto. Su nuera era relaciones públicas de un prestigioso hotel en la misma ciudad, de esos en los que se alojan personajes de la realeza, la aristocracia y actores de Hollywood de promoción o de incógnito, pero ambos sentían que la vida se les estaba yendo entre cacerolas, fogones, ruedas de prensa, eventos varios, y querían algo más.

Querían intentar tener hijos, vivir pausadamente, huir de las prisas y de las ambiciones, aspiraban a formar un proyecto común.

Su primera idea fue construir un pequeño y coqueto restaurante en lo que ahora era su casa, una propiedad antigua y reformada que solo usaban en verano, tirar tabiques, ampliar el comedor, la terraza, dejar solo unos baños en la parte superior y todo lo demás cocina para poder trabajar bien, y salones donde los comensales pudieran disfrutar de un ambiente selecto y privado, rincones llenos de encanto e intimismo, como la terraza del primer piso donde solo cabían dos mesas y daba de lleno al mar y al río.

Su habitación iban a ponerla en el palomar, junto a un baño que querían construir para que esa estancia estuviera completamente aislada del resto, hasta planearon una habitación para el futuro retoño.

La idea era tan emocionante y los planes de viabilidad tan excelentes que decidieron ampliar el proyecto.

Comprarían el terreno de al lado y esa casa sería una especie de hotelito rural y exclusivo de solo dos habitaciones independientes, una en la planta baja y otra en la superior.

Ya lo tenían todo pensado y proyectado sobre los planos de un arquitecto: el hueco de la escalera y el aseo serían un gran vestidor y anularían la cocina para convertirla en baño, haciendo de lo que ahora es comedor-salón una preciosa habitación con terraza. En la planta superior pensaban juntar las dos habitaciones y ampliar el cuarto de baño, utilizando el palomar como sala de estar, y los balcones harían las veces de terraza desde donde, también, se podía ver un asomo del mar.

Lo que ahora era su casa se convertiría en una especie de nido de amor para la noche de bodas de aquellos novios que no querían pasarla en un impersonal hotel o ir a su nueva casa para encontrarse la puerta tapiada por los amigos, en una broma algo más que pesada.

Pensaron en poner unas carpas en medio de las dos arboledas para poder celebrar los banquetes de boda al aire libre y planearon construir una especie de altar, un arco de celosía y filigrana de madera blanca, para poder officiar románticas bodas civiles, siempre rodeados de una naturaleza apabullante, de verdes jardineras y macizos de flores, incluso de una enorme y

preciosa pajarera donde volarían, casi libres, jilgueros cantores y canarios de amarillo chillón que dieran al lugar un halo de cuento de hadas élfico, pérgolas prerrafaelitas, tules al viento, magia; y en el hueco de la piscina formar un laguito artificial que le diera mayor embrujo al entorno.

El proyecto se expandía. Estaba todo pensado. Todo calculado.

Habían convencido a un concejal joven para que oficiara las posibles ceremonias a cambio de un extra por el traslado. Sabían hasta los colores en que iban a pintar las paredes, las telas de las cortinas, manteles y servilletas, el tipo de cristalería y vajilla exclusiva que iba a llevar sus iniciales grabadas a mano por la ceramista del pueblo, la tapicería de las sillas y los sofás, las recetas maestras, los menús, las letras que irían impresas en la carta, las bodegas que los abastecerían, los tipos de jabón, arreglos florales y sales que pondrían en las habitaciones, y el bordado de las toallas. Tenían obsesión por los pequeños detalles y por las pinceladas de elegancia, porque sabían que eso era lo que tenía que diferenciarlos de otros hoteles con encanto o de otros restaurantes exclusivos.

Cuando ocurrió el accidente las conversaciones para comprar esa propiedad estaban ya cerradas a falta de firma y los obreros contratados.

Lucía iba con sus padres en el coche para enseñarles todo, desde los nuevos terrenos hasta un planeamiento in situ de lo que una vez fue la casa de los abuelos que habían heredado y que sería el grueso del proyecto, el lugar de donde saldrían recetas culinarias que les darían fama internacional puesto que venían avalados por años de experiencia y contaban con muy buenos contactos entre sus amistades.

Fue un conductor borracho, que se salió de la carretera invadiendo el carril contrario, quien rompió todos aquellos planes.

Su hijo había abandonado cualquier aspiración desde entonces. Los ahorros de toda una vida que pensaban invertir en el proyecto, más las indemnizaciones de la compañía de seguros, eran más que suficientes para financiar el hundimiento.

Se había encerrado a cal y canto en aquella casa y había vendido el piso de la ciudad. No pensaba salir de ahí en lo que le quedara de vida.

Ahora él le hacía compañía, pero reconocía que no era precisamente una excelente compañía puesto que habían pasado dos años y no lograba que su hijo superara la tragedia, que se dignara a salir un poco, que se quitara el luto del alma y comenzara a perdonarle a la vida el haberlo dejado solo, sin futuro, sin esperanza, sin la que había sido el amor de su vida.

La mente de Lara comenzó a tejer imágenes. Se imaginó la habitación de ella en la casa grande como una especie de santuario y a él como un Lawrence Olivier solitario y magnifico en su dolor, imágenes en blanco y negro de Rebeca, o de cientos de dramas similares, llegaron a su cabeza en un agolpado ejercicio de romanticismo sin sentido que el silencio de Salvador potenciaba.

Siguieron paseando. ¿Y si la historia de su primera novela fuera un drama como ese?

Algo al estilo de *Cumbres borrascosas*. Ese romanticismo trágico, ese lugar donde siempre estaba oscuro y soplaban un viento furioso. Un lugar hecho para el dolor, el encierro, los secretos y los anhelos prohibidos, un mar embravecido en invierno y una sucesión de días grises y graves, de soledades y lágrimas. Un lugar perfecto para enterrarse en vida y vivir melodramáticamente la historia de amor más grande jamás contada.

Su vecino, el hombre hostil de mirada turbia que ella solo había visto una vez, sería un estupendo Heathcliff o un perfecto Mr. Rochester, y la vida de aquella mujer, a la que visualizó como a Bette Davis en *La loba*, uno de tantos dramas anónimos que saldrían a la luz bajo su poco experimentada pluma. Tenía la mente anegada de imágenes "made in

Hollywood" y prisa por empezar a escribir, algo que aún se le resistía porque no sabía qué tema escoger.

Sentía que tenía demasiadas cosas por decir y le costaba decidirse por una sola, y si juntaba todo en un solo libro, este podría resultar demasiado espeso y reconcentrado como para que se comprendiese.

Estaba dispersa, aventada a distintas corrientes literarias y modelos retóricos; leía incansablemente; pensaba hasta que le dolía la cabeza; imaginaba personajes, tramas, frases maestras; investigaba en los periódicos trazos de historias inexplicables que llamaran su atención; consultaba manuales para escritores; buscaba en biografías y buceaba en las leyendas de antiguos bardos, pero la inspiración no llegaba. A estas alturas ni siquiera tenía un tema concreto sobre el que expandirse, su espíritu cambiante elegía distintas corrientes; a veces quería ser una Beauvoir y otras una Maruja Torres, unas veces Diana Gabaldon y otras Lucía Etxebarria, a veces quería ser cualquiera de las hermanas Brontë y luego pensaba pasar directamente a literatura erótica, a veces quería escribir *La dama de las camelias* y luego se dejaba seducir por *La filosofía en el tocador*. Tenía intención de componer cincuenta poemas de amor y tres canciones desesperadas, pero luego se dejaba arrastrar hasta Macondo en un intento de copiar ese realismo mágico, a veces quería escribir *Madame Bovary* o *Anna Karenina* y terminaba pensando en las transgresiones de una moderna Juliette como algo que posiblemente tuviera más ventas, pensaba en escribir sobre épocas victorianas y luego sobre yonquis mezclando *La regenta* con *Trainspotting*.

No sabía cómo había llegado a ese punto de locura literaria, solo sabía que tenía un año para escribir algo, tiempo máximo que se había otorgado para lograrlo.

“La raíz de todas las historias es la experiencia de quien las inventa, lo vivido es la fuente que irriga las ficciones. Esto no significa, desde luego, que una novela sea siempre una biografía disimulada de su autor; más bien, que en toda ficción, aun en la imaginación más libérrima, es posible rastrear un punto de partida, una semilla íntima, visceralmente ligado a una suma de vivencias de quien la fraguó” escribía Vargas Llosa en sus *Cartas a un joven novelista*.

¿Qué quería contar ella? ¿Qué aspectos de su vida o de vidas que se le habían cruzado en el camino? ¿Qué historias simples y concisas merecían ser contadas y cuáles no?

¿Tal vez un superdrama como el del vecino, tan real, tan bucólico y romántico era merecedor de ser convertido en novela, y otros más normales y corrientes no?

“Las grandes historias de amor son aquellas que terminan en tragedia” había dicho alguien una vez, pero ¿eso significaba que únicamente eran merecedores de pasar a la posteridad los grandes amantes como Romeo y Julieta? ¿Acaso los matrimonios que llevan cuarenta años juntos educando hijos, trabajando a brazo partido, enfrentando problemas y que a los ochenta se pasean cogidos de la mano echándoles migas de pan a las palomas en los parques, son menos merecedores de ese honor? Quedarse viudo a los setenta y perder a la compañera de tu vida ¿no es también una tragedia?

Miró a Salvador que caminaba en silencio a su lado medio compungido aún por el secreto que acababa de revelarle. Le vio arrastrar su viudez y la de su hijo, tal como su madre, en apariencia, y sus compañeras arrastraban la suya en la residencia–hotel de ancianos en la que vivían lejos de sus seres queridos, y pensó que, aunque no solo de amor vive el hombre, solo eso parece alimentar lo suficiente como para vivir.

En la entrada principal sonó un claxon y la realidad se impuso.

Salvador aligeró el paso y pronto llegaron a la parte delantera de la casa donde,

incomprensiblemente, no había nadie. Lara decidió acompañarlo hasta la puerta para evitar que el anciano tuviera que arrastrar el portón de hierro. A lo lejos, una silueta masculina se dibujaba en el camino acercándose hasta ellos.

Su mirada era mucho más normal que la del día que lo vio por primera vez en la playa, pero su gesto no dejaba de ser serio. Simplemente parecía domesticado por las costumbres y la buena educación.

El viejo hizo las presentaciones de rigor a las que siguieron también las frases hechas carentes de toda personalidad: Lara, bonito nombre, como la protagonista de *Doctor Zhivago*. Mi padre me ha hablado mucho de ti, me alegra que tenga alguien con quien pasear y charlar. Esto puede resultar muy solitario, pero es muy bonito. Si necesitas algo, solo tienes que decirlo, estamos a un tiro de piedra, bla, bla, bla... Lo peor es que ella vino a decir lo mismo, más o menos, o sea, nada.

Vacíos conversacionales, justamente de lo que había huido.

Los vio alejarse por el camino antes de cerrar la puerta, pues le parecía un gesto de descortesía cerrar sin que se alejaran lo suficiente. Un íntimo sentimiento de educación llevado a su máximo exponente o una exacerbada cortesía hacia los desconocidos, siempre le había impedido cerrarle a alguien las puertas en las narices aunque este fuera un extraño y su gesto fuera tan casual como pasar por delante de su portal.

Se preguntó qué harían esos dos hombres solos en aquella casa durante todo el día, cómo llenarían las horas, los vacíos, las melancolías de los días lluviosos. Qué empeños pondrían en vivir cuando no hay motivos para ello o cuando no se encuentran. En qué gastarían los minutos, qué actividades o trabajos llenarían todas las interminables horas, que van del amanecer hasta el anochecer, en una casa vacía y aislada voluntariamente del mundo.

Por más que uno leyera, cocinara, viera la tele, hiciera gimnasia o cualquier otra cosa, había demasiado tiempo por medio y demasiada poca actividad, algo que a todas luces no podía ser bueno para un hombre aún joven como era el hijo de Salvador.

¿Y ella? ¿Cómo iba a llenar un día más?

Entró en casa y cerró la puerta en un intento de aislar esos pensamientos. Si quería, en ese mismo instante tenía cientos de e-mails que clasificar, cientos de poemas que leer, cientos de cartas de los oyentes que podían o no ser incluidas en los programas de la próxima semana o quincena, tenía cientos de canciones que buscar, cientos de documentación en la que bucear hasta encontrar lo que pudiera usar en antena. Solo tenía que sentarse delante del ordenador y comenzar su jornada.

Seguramente Ana, la locutora del programa, ya estaría conectada y hasta habría intentado algún tipo de conversación con ella por el chat o le habría enviado un e-mail con cualquier idea o poeta o filósofo que se le hubiese ocurrido.

Se imaginó la oficina medio vacía y a la mitad de la gente en casa, igual que ella, contentos por tener esa nueva condición de trabajo que, a modo experimental, dejaba a media plantilla trabajando desde el domicilio con rebaja de sueldo, eso sí, pero con bastante más tiempo libre.

Las mamás estaban tan contentas cuando se les ocurrió aquello para reducir gastos, que todas, en tropel, se presentaron voluntarias para esa nueva experiencia. Ella fue la primera, no porque tuviera motivos familiares, sino porque la idea había surgido de su triste y ya deprimida cabecita, y quería ponerla en práctica.

Jamás pensó que tuviera tan buena acogida. Simplemente había que reducir gastos y pensó que gustosamente renunciaría a doscientos euros al mes si pudiera no tener que salir cada día a la calle y enfrentar a todas esas arpias de documentación y guión que se sentaban alrededor de ella

y la miraban conscientes de su drama personal.

Encendió el ordenador tras echar una ojeada al mar nublado y gris que tenía frente a ella.

Se conectó a internet y luego a la intranet desde la cual accedía a toda la documentación de la emisora, tal como cuando estaba de cuerpo presente en la oficina. Desde el Hotmail le llegaron avisos de conversación en el chat que ignoró deliberadamente, y abrió la bandeja de entrada para ver los nuevos e-mails de su jefa y de los oyentes.

No había nada personal en aquella cuenta de e-mail, era del programa, rosadelosvientos@gmail.com, así que, con infinita paciencia, se sentó a leer poesía de nuevos talentos y de bardos anónimos que pretendían que sus poemas fueran leídos en antena, como si fuera tan fácil.

Había cientos de e-mails cada día, con cientos de poemas que no valían para nada y que ni mucho menos tenían calidad suficiente como para ser leídos. Había que separar el grano de la paja y dejar solo aquellos que de verdad tuvieran un mínimo de valor literario, algo que ella había hecho hasta entonces con frialdad y razonamiento.

Ahora le costaba más, sobre todo porque casi todas las cartas o e-mails traían una historia consigo y casi todas esas poesías, que a veces parecían escritas por quinceañeros, tenían detrás un drama personal que le resultaba imposible ignorar.

Ana le indicó, vía chat, que iba a buscar algo cortito de Khalil Gibran para leer en antena y que le localizara la música adecuada. No era ese su principal cometido, ella solía encargarse de la parte literaria, pero con el paso del tiempo y el contacto diario con el programa había logrado poner la música adecuada a cada poema o a cada leyenda. Le vino a la cabeza la banda sonora de *Braveheart* y le envió la nota por el chat. Perfecto, fue la escueta respuesta, y continuó el silencio informático y la lectura.

Volvía a llover, esta vez muy despacio. La soledad y el aislamiento se veían rotos por la musicalidad de la lluvia sobre el tejado y las ramas de los árboles; un sonido que no recordaba haber escuchado en años.

El ruido de pisadas sobre el camino le hizo levantarse para no ver nada en absoluto, hasta el punto de asustarse cuando oyó el timbre de la puerta. Molesta por la interrupción y sin reconocer que era ella misma la que había parado de leer poesías desde hacía rato, bajó de la buhardilla para abrir la puerta.

Marcel, el hijo de Salvador, estaba en la puerta con un canasto lleno de leña.

—Mi padre dice que te hará falta esto. ¿Sabes encender la chimenea? Lo imaginaba.

La cordialidad del gesto parecía desmentirse en las palabras y el tono, pero aun así, en un abrir y cerrar de ojos, aquel hombre estaba arrancando las primeras llamas a su recién estrenado hogar y dándole consejos sobre cómo hacerlo ella misma.

Dejó unas pastillas de encendido rápido y apiló la leña en el hueco apropiado mientras no dejaba de decirle que lo peor de todo era la humedad de esas casas viejas, que debía encenderla cada día para caldear todo el ambiente, que el cañón de salida pasaba por toda la casa y, por eso, la calentaba por completo hasta el último rincón; que si quería, él le daría el teléfono de un chico del pueblo que abastecía de leña a casi todo el mundo y que, por supuesto, cerrara la puerta de la chimenea si no quería que las chispas quemaran su flamante alfombra o provocaran un incendio.

Ella solo asentía mientras le miraba la espalda. Cómo un cocinero tenía semejante espalda era un misterio. Lo veía bracear con la leña, agachado delante de ella con la camisa estirándose sobre él hasta marcarle cada músculo, y se perdía en pensamientos extraños.

Sintió ganas de dejarlo ahí y largarse a la buhardilla corriendo, pero eso habría sido de mala educación. Cuando se levantó y se quedó frente a ella no sabía ni qué decirle. Un “gracias”

habría valido pero no le salió nada. Tontamente le preguntó de dónde venía su nombre, Marcel. La sonrisa forzada le indicó que era la primera persona que le preguntaba eso.

—De Marcelo, ¿original, verdad?

Le invitó a tomar un café que él no aceptó y cuando ya estaba en la puerta le lanzó las gracias, tan forzadas como su sonrisa y su respuesta, de nada.

Él mismo cerró la puerta de la casa y luego el portón de la entrada, como si ese fuera un gesto que había hecho mil veces. Recordó que esa casa podría haber sido suya y supo, sin ningún género de dudas, que, en efecto, lo habría hecho en más de una ocasión.

Oh Dios mío, sería un perfecto Heathcliff, huraño, serio y poderosamente atractivo, tal como ella había imaginado siempre ese personaje, salvo que Marcel era demasiado correcto y a la legua se veía que tenía educación, por lo menos la suficiente como para ser cordial, cuando estaba claro que no le había sentado bien tener que hacer lo que había hecho: ir hasta su casa para prestarle leña y enseñarle cómo encender una chimenea.

Se calentó al amor del fuego durante unos minutos y luego decidió que tendría que volver al trabajo si no quería que se le pasara el día completo sin hacer nada. De todas formas era lo que en realidad le apetecía, nada, no moverse del sofá, quedarse delante de aquel fuego que crepitaba y escuchar su sonido mezclado con el de la lluvia, quería hundirse en la soledad y la melancolía, en el vacío de las horas sin prisas y sin necesidades terrenales, tales como trabajar o como fingir una vida, fingir que estaba viviendo cuando en realidad se estaba muriendo cada día un poquito más.

Se sentó sin pensarlo y se arremolinó en los cojines notando el calor del fuego propagarse por la estancia. No quería pensar que al día siguiente tendría que encender ese fuego ella sola porque sabía que no lo iba a lograr, así que decidió disfrutar del que tenía sin pensar en nada más, sin pensar si mañana tendría otro similar o si tendría ganas de seguir leyendo poemas de tres al cuarto, que no había forma humana ni divina de poder leer por la radio sin caer en la mediocridad.

Decidió dejar la mente en blanco y no pensar en nada, total, si no trabajaba por la mañana podía hacerlo por la tarde y si no por la noche. Eso sí le pareció perfecto, trabajar por la noche, ella que no dormía desde hacía años más de tres o cuatro horas al día, que estaba aquejada de un insomnio perpetuo que no le permitía descanso en ningún momento, ni una siesta, ni un asomo de paz, ni un poco de descanso. Trabajaría de noche, total, qué iba a hacer con tantas horas libres y disponibles, con tanto vacío que llenar, con tan pocas ganas de nada como ella tenía, con tanta y tanta nostalgia que no le permitía hacer nada en absoluto, como si la melancolía la hubiera atado con gruesas cadenas de pies y manos y le impidiera avanzar en cualquier dirección.

Tenía que escribir, eso era lo único que la sacaría de la ruina, pero escribir qué y por qué.

“El novelista no elige sus temas; es elegido por ellos. Escribe sobre ciertos asuntos porque le ocurrieron ciertas cosas. En la elección del tema la libertad del escritor es relativa, acaso inexistente”

Pues ella no tenía ni idea de por dónde comenzar, sabía que quería escribir, pero no sabía qué.

Desde tiempos inmemoriales, cuando era una niña que soñaba con ser periodista, había llenado huecos de su imaginación copiando las listas de éxitos de las revistas para adolescentes de su hermana, luego comenzó a copiar rimas, preferiblemente las de Bécquer, y más tarde poemas sencillos, estrofas fáciles que aún podía recordar y que eran parte de esa especie de memoria adolescente de cualquier niña soñadora y enamorada en cualquier época, *“es mi amor como la línea que une el cielo con el mar, que parece que está muy cerca y no se puede alcanzar”*.

La carpeta del colegio estaba surcada de poesía, su mundo era poesía, su mente no hacía otra cosa que pensar poesía y en secreto, hasta comenzó a escribir poesía.

Quién habría dicho que sería la poesía la que le daría de comer y pagaría sus facturas.

Hay un tiempo para la poesía y un tiempo para renegar de ella, para quemar los papeles y los versos, para sentirse ridícula ante la propia inocencia e ingenuidad, un tiempo para abandonar los sueños y empezar a tomar realidades, para dejar de leer poemas y empezar a leer novelas, el gran género literario, la aspiración suprema, el anhelo intelectual no exento de idealismo y elevación, la creación soberana de un mundo y de unas personas que solo existen en la psique del autor, en su imaginación, en su propio universo y que, sin embargo, pueden nacer de la más pura y simple realidad.

Recuerda el día que rompió las múltiples cuartillas donde había escrito sus primeras poesías. No quiso correr el riesgo de que los basureros pudieran leer esos trozos de su alma aún niña, de esos pedazos de sueños y de romanticismos que luego sintió ridículos y poco dignos. Los rompió uno por uno, quería haberlos quemado porque le parecía mucho más romántico, pero en casa no había forma, así que se conformó con rasgar los pequeños pedacitos de papel, imposibles de volver a unir y, por supuesto, de leer.

Ahora le gustaría volver a leerlos, investigar cuáles habían sido sus sueños de niñez, sus amores de preadolescente que aún podía recordar de forma vaga, pero que ya no podía sentir de ninguna manera. ¿Qué sueños, qué ambiciones, qué dolores, qué anhelos formaban parte de su incipiente vida? ¿Qué cosas siguieron creciendo con ella y cuáles se perdieron para siempre? ¿Qué quedaba de aquella niña que un día fue en la mujer en que se había convertido?

Nada, excepto la necesidad de escribir.

Podía verse con el uniforme del colegio y la carpeta surcada de frases y corazones atravesados con flechas, compitiendo con las compañeras a tener más poemas, a tener mejor letra, a ser más original, a poseer el poema más secreto, el más hermoso, el que ninguna otra tuviera, a poseer el poema perfecto para poder escribirlo en el diario o en el revés del libro, escribirlo en las paredes y en la pizarra con tizas de colores, escribirlo en todo lugar y todo momento, como si el poema fuera más de ella que del propio autor, que la mayoría de veces era desconocido.

Recuerda su primer libro, *Rimas y leyendas*, de Bécquer; recuerda *La canción del pirata*: “*que es mi barco mi tesoro que es mi dios la libertad, mi ley la fuerza y el viento, mi única patria la mar*” con un anhelo de libertad que casi podía mover su pelo; recuerda *Platero y yo* entre las brumas de una biblioteca olorosa a cera de muebles, a madera y al jabón de las tocas de las monjas, el silencio surcado de risitas infantiles escondidas tras una mano que tapaba la boca, el color de los tomos bajo el amarillo de las vidrieras, el calor de la primavera, el olor a papel de los libros que nadie había abierto jamás, el retiro del mundo durante las dos horas que los viernes por la tarde dedicaban a leer, la paz de un libro, el aislamiento de la mente, la evasión del cuerpo, el no ser, el no estar, la huida de la realidad, el cambio por la ficción siempre bella de los poemas, la métrica y la rima inmutables y en su lugar, como si al menos eso pudiera existir correctamente y pudiera dar un orden a sus pensamientos y a su realidad.

Esa necesidad seguía dentro de ella, sentía que su vida no tendría sentido si no tenía un libro abierto en la mesita de noche y una cuartilla en blanco que llenar en el ordenador, pero el trabajo de pensar, algo que había hecho durante toda su vida, era tan agotador ahora que no se podía permitir el lujo de hacerlo.

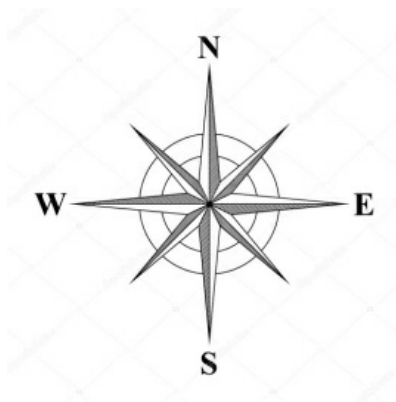
¿Por qué había planeado llevar a cabo su sueño en un momento de catástrofe personal?

¿Por qué la creación en medio de la destrucción?

Se dejó llevar por el calor del hogar y por la comodidad de su sofá nuevo hasta un lugar donde

los pensamientos dejaron de existir.

Si pudiera dejar de pensar, hundirse para siempre en esa nada absoluta, huir de una vez por todas de la peripecia de estar viva, de las necesidades banales y terrenales que tenía que enfrentar como el resto de los mortales, volverse loca de una vez por todas y abandonar el raciocinio que le impulsaba a seguir adelante con un tesón más propio de la supervivencia que de la vivencia. Si pudiera dejar de existir para ser solo un ser abandonado y dolorido que no logra aferrarse al mundo ni a sus costumbres; dejar el empeño cabezón de vivir para simplemente dejar de sufrir esa ansiedad de estar viva, desprenderse de todo y regodearse en su dolor hasta ser una loca por amor, una mujer rota e inservible para el mundo, convertir su vida en leyenda y pasar a ser parte de aquellas mujeres que, pese a morir, siguen viviendo en los libros y en la memoria de quienes los leen. Se quedó dormida por unos minutos, imaginando que era leyenda y que solo vivía en los libros que nadie iba a escribir jamás.



Decidió encender el ordenador para trabajar sin apagar la radio, así podría escuchar la dulce, rotunda y melodiosa voz de Ana declamar los poemas que ella misma había elegido semanas antes y quién sabe si de esa forma se sentiría inspirada para buscar y encontrar nuevos poemas, nuevas canciones, nuevas músicas y poetas con los que sorprender gratamente a los oyentes que, como ella, sufrían de insomnio o tristeza.

Siempre le inspiraba algo oír el programa, escuchar esas palabras que ella tecleaba en el ordenador convertidas en melodía y verso por la magia de la radio. Era como si milagrosamente cobraran vida y pudieran acariciar los oídos de quienes los escuchaban. A ella, uno le traía la memoria de otro, o una frase o un sentimiento le devolvía un verso olvidado, y unas palabras se podían convertir en el milagro de ser el ancla de corazones solitarios o el cabo de una madeja que desembrollara el mundo por unos segundos.

La radio era un medio que le hechizaba, lleno de romanticismo, de magia, de contacto y sentimentalismo, algo que las nuevas tecnologías parecían dispuestas a clausurar para siempre en vista de los índices de audiencia. Se estaba perdiendo el idealismo de intimidad que era vital para el funcionamiento de su programa. Ahora los sentimientos echaban a volar desde Twitter o Facebook o desde cualquier chat, cualquier página web, foro, o red social.

Ya no quedaba nada de los años en que daba miedo decir te quiero y la magia de unas palabras, en el susurro de la noche, podían hacer derretir a los corazones más rocosos.

Ahora la gente gritaba te amo con letras de colores que enviaba en PowerPoint al otro extremo de mundo, acompañadas de patéticos dibujitos, cuando no de imágenes lascivas. Ya no existía la ternura, ya no había lugar para la delicadeza y los sueños románticos que antes, en su época de juventud, duraban hasta los dieciocho años y ahora eran abandonados por los jóvenes a los catorce, edad en la que ya parecían haber perdido cualquier sentimentalismo, cualquier fantasía y se sumergían en la lujuria más descontrolada y práctica.

El programa, tras quince años y con una audiencia más que respetable que parecía envejecer poco a poco, comenzaba a hacer aguas y no era por falta de imaginación o materia prima, era por falta de interés en la audiencia.

Dios mío, si llevaban tiempo reinventándose, si llevaban años innovando y haciendo de todo para fidelizar a sus oyentes, algunos de los cuales llevaban con ellos prácticamente desde el principio.

Habían añadido entrevistas íntimas con personajes de actualidad, en las que los invitados siempre terminaban leyendo su poema favorito aunque no hubieran abierto un libro en su vida; regalaban entradas para conciertos de renombre o musicales; podían escucharse desde internet

supliendo así el típico aparato de radio en la mesilla de noche; habían sacado su página web para no perder el contacto con la realidad y una dirección de correo electrónico para los insomnes más modernos, pero sin llegar a romper con la recepción de correo ordinario, que era lo que siempre habían utilizado para recoger poemas inéditos de escritores anónimos; recientemente habían creado un chat para oyentes; habían sacado un libro recopilatorio con todas aquellas poesías; habían comenzado a colgar trocitos de programa en YouTube con imágenes y gifs de bucólicos paisajes y parejas encamadas que recibían muchos mensajes y me gusta; tenían sus cuentas en las principales redes sociales y ahora estaban pensando en anunciarse en páginas webs de literatura con tal de ver crecer a sus adeptos nocturnos, y aun así, según decían, costaba no ir perdiendo oyentes aunque de un mes a otro, y según en qué momentos del año, volvieran a ganarlos.

La poesía había muerto y con ella la delicadeza, la ternura, el amor y todo lo que hay de bello en el mundo.

Ana comenzó a leer a Gibrán con la banda sonora de *Braveheart* de fondo y lo cierto es que le iba como anillo al dedo, luego entraría *Noches de blanco satén* y después dos bloques de publicidad de diez segundos cada uno.

Ella, desde el silencio de su casa y en medio de la noche, se arrebujó en su manta y se sentó en la silla para ponerse manos a la obra con el programa de diez días más tarde.

Los libros, apilados en tremebundas columnas de papel, estaban olvidados y llenos de polvo en un rincón, sin que ella les hubiera dado ni una sola ojeada desde que llegó.

Si accedía a la intranet de la emisora tenía todos esos contenidos y alguno más, bastantes más de hecho, y localizar un verso concreto era bastante más fácil y rápido que mirar libro por libro hasta localizar autor y poema. Bastaba con poner las primeras letras en el buscador y salía automáticamente la lista de poemas o de autores que comenzaran por esas letras en cuestión.

Ella también había sucumbido a las nuevas tecnologías, a la poderosa arma de internet y a los miles de gigabytes de memoria y de internacionalidades que se hallaban en ese ciberespacio infinito, que no tenía ni principio ni fin, y el cual era accesible desde la pequeña buhardilla de su casa a esas intempestivas horas.

También había sucumbido al encanto de las horas nocturnas, ella, que antes dormía con un sueño insultante, había hallado el embrujo de la nocturnidad y de la madrugada la fascinación por compartir la intimidad con cientos de personas que, mientras el mundo dormía, hallaban algún tipo de paz y consuelo formando parte de ese batallón de desvelados que podían urdir complots para conjurar la soledad en secreto, al amparo de la profunda somnolencia del resto de la humanidad que caía en brazos de Morfeo cada santa noche.

Podían ser el club de los poetas, podían ser náufragos o formar el club de los sueños malditos, como decía Ana en un gesto de complicidad con la audiencia que buscaba alienarse, de cualquier forma posible, de lo que fuera con tal de no permanecer al margen de un mundo con el que no compartía ni horarios ni biorritmos. Pero ella tenía la sensación de que solo eran los últimos románticos que quedaban en la tierra.

Una especie en vías de extinción.

La próxima vez que Ana leyera a Gibrán en antena le aconsejaría la banda sonora de *La misión*. Sería fascinante.

Como cada noche, los correos comenzaron a llegar imparables.

Siempre sucedía así y a ella le había gustado comprobar que los cientos de veces que le había dicho a Bran que la gente se emociona con según que lecturas y eso les empuja a escribir, era completamente cierto.

Él tenía la opinión de que solo eran unos frikis solitarios, y no es que no la creyera o no le

diera la razón, sino que, simplemente, no la escuchaba ni le interesaba esa parte de ella, la parte laboral que, sin embargo, era una de sus partes más importantes puesto que toda su vida había soñado con formar parte del otro lado de los poemas y de los libros, o sea, dejar de ser lectora para ser también escritora, algo que Bran no parecía comprender.

La gente oía un poema envuelto en música y lo sentía como acicate para tomar papel y escribir lo primero que se le ocurriera, desde enhorabuenas a su programa hasta mandar el verso que llevaban semanas pensando si enviar o no enviar.

El chat del programa echaba humo en conversaciones ajenas y la web comenzaba a tener colgados nuevos versos o recomendaciones de libros, invitaciones de otras webs y de otros foros literarios, todo parecía marchar bien, como si renovando los contenidos y actualizando los medios de comunicación el programa tuviera un nuevo resurgir. Eso, unido a la política de reducción de presupuesto, tendría que dar sus frutos a corto plazo. Tal vez dejaran de perder audiencia, de hecho, parecían haberse consolidado en los últimos meses, con lo que el acierto en sus decisiones de modernidad parecía un logro, pero ahora había que comenzar a crecer tal como crecieron los primeros años del programa, como cuando comenzaron la aventura.

Un e-mail parpadeaba en el escritorio, de hecho, eran varios los avisos de nuevo correo y, a falta de otras cosas, empezó a abrirlos, más que nada para ir haciendo algo.

Si había algo que le enfermaba sin remedio era la obcecación de los oyentes a pedir canciones. Sabían de sobra que no se dedicaban canciones, que eso no era un programa de dedicatorias y, aun así, se empeñaban en pedir por favor tal o cual canción. Normalmente nunca ponían ninguna, pero en casos realmente extremos de melancolía o denotada insistencia le hacían un guiño poniendo la canción como por casualidad, sin decir nunca que era una solicitud o diciendo, si acaso, que era el programa el que le enviaba la canción a modo de mensaje o de caricia, una botella al mar o una paloma mensajera, algo poético que escondiera el acoso y derribo de la persona que lo solicitaba y que siempre quedaba como un mensaje que solo el oyente en cuestión podía entender.

Un nuevo e-mail pedía una nueva canción, al que ella no hizo caso.

En la buhardilla vecina se encendieron las luces y desde su asiento pudo identificar la silueta de Marcel, esbelta y grande, perfilándose en la oscuridad.

Otro insomne, otro náufrago, otro corazón solitario habría dicho Ana con su voz grave y melodiosa. No importaba que la silueta se apoyara en la ventana mirando en su dirección ni que se quedara quieta en una observación silenciosa y taciturna desde la cual parecía estar mirándola. No importaba que luego se sentara en el escritorio y ella lo viera teclear, escribir sin parar hasta que casi se le olvidó que lo estaba observando. Ni importaba que, justo antes de apagar la luz y volverse por donde había venido, le llegara un correo pidiendo la canción *Lucía* de Serrat y contándole una historia de amores frustrados en un accidente. Ni tampoco importaba que la audiencia se volviera loca en el chat tras ver publicado en la web un poema anónimo y el enlace del video de la canción. No importaba porque, aunque pareciera lo contrario, podía ser que quien hiciera todo eso no fuera la misma persona, sino dos y que cada una estuviera en un rincón distinto del planeta llorando a dos mujeres distintas que podían tener el mismo nombre y que habían muerto en las mismas circunstancias.

Las casualidades no existen, se dijo, y volvió a rememorar la luz en la buhardilla de la casa del lado y la silueta mirándola por la ventana, en un intento de racionalizar aquello que acababa de suceder en su ordenador, en la página web y el chat del programa y que había acelerado su pulso en una especie de presentimiento silencioso y trágico.

No se imaginaba a Marcel, el cocinero taciturno, escuchando ese tipo de programas ni

componiendo poemas o dedicando canciones y, sin embargo, lo que acababa de ocurrir podía decir todo lo contrario.

Una especie de animadversión creció en ella al recordar la forma huraña en que la miró en la playa y no encajar en su visión a un romántico empedernido o a un poeta en ciernes.

No lo había vuelto a ver desde que acudió a su casa a encender la chimenea, tan correcto y tan distante. A Salvador sí, porque de vez en cuando salían juntos a comprar el pan y a pasear por la playa cuando el clima lo permitía, pero el silencio se había hecho en torno a aquel extraño y hosco hombre que ahora resultaba que era poeta y melancólico crónico.

Sin darse cuenta apenas de lo que hacía, accedió a la web para leer detenidamente el poema y la historia que tanta expectación había creado.

Ya eres solo tu nombre cuando te nombro.

No eres aquella boca ni aquellos ojos.

Ni aquella vida que trajo, entre la sombra, su amanecida.

Buscó en su memoria las frases y supo que no era la primera vez que las leía, por lo tanto, el poema no era original del oyente en cuestión.

Se sintió decepcionada.

Ya solo eres tu nombre; no tienes carne.

Introdujo la primera frase en el buscador, sin dejar ni un solo mensaje en el chat, y esperó a que este le arrojará los resultados.

Ya, derribado, tu nombre es mi silencio crucificado.

Rafael de Penagos, un autor que habían leído unas pocas veces en el programa.

El hombre que lo había mandado había desaparecido casi inmediatamente, pero su huella, basada en la tristeza de amor y en la vida apagada de su mujer, habían calado hondo en la audiencia.

Un e-mail de Ana se cruzó con otro de ella. Casi a tiempo real, casi sincronizadas ambas habían realizado la misma acción, solo que ella desde la emisora, dejando sonar mientras tanto una triste canción de fondo. Hay que sacar partido de esto le decía sin más, contacta con este señor.

Mierda, ¿qué le iba a decir a su vecino, que sabía que era él quien había revolucionado la web y el programa con su historia? Y luego qué, ¿lo invitaba al programa para que llorara en directo? Por favor, vaya mierda.

—¿¡PARA QUÉ?! —Fue su escueta respuesta chillando desde las letras mayúsculas.

—Yo qué coño sé, solo sé que se ha bloqueado la centralita y la web echa chispas, hay que localizarle y hacer algo con esto.

—Intentaré encontrar su dirección de correo y a ver qué pasa, no sé qué es lo que pretendes, pero si tú lo ordenas lo haré.

Eso era algo tan natural como respirar para Ana, decirle al equipo lo que tenía que hacer, lo que se le ocurriera, lo primerito que le venía a la mente.

Durante meses, Ana había notado sobre su cabeza el frío acero de la espada de Damocles y había tenido unas mil ideas disparatadas para salvar su programa, pero las únicas que habían funcionado habían sido las suyas, incluido el recorte de personal y horario. ¿Qué pretendía hacer ahora con todo eso? Aprovecharse del dolor ajeno, pero ¿de qué forma?, o sea, sin pararse a medir cualquier acción desde una postura moral. ¿Qué operación pretendía realizar con ese escritor anónimo? ¿Acaso rifarlo entre la audiencia femenina que ya suspiraba por él aun sin conocerlo por culpa de su poema, de su canción y de su trágica historia melodramática? Por Dios que era rastrero todo ese tema.

El movimiento de la gente se vio incrementado cuando Ana leyó el poema en antena e hizo referencia a todo lo que estaba ocurriendo en la web y el chat.

Solía hacerlo cada media hora para que las personas que no disponían de ese medio pudieran saber qué se decía o se hacía en la otra cara del programa y de paso hacer un guiño personal a los internautas, que siempre se sentían halagados de escuchar los mensajes en su voz como si tomaran vida y, por supuesto, agradecían la respuesta cómplice de la locutora, como si tuvieran su minuto de gloria aunque esta fuera anónima.

Por primera vez, y sin que sirviera de precedente, puso en antena la canción de Serrat dejando a todos medio llorosos y compungidos ante tal efecto dramático. Juntar la historia con esa canción, era realmente triste, pero también, tal vez, demasiado populista, o no, quién sabe.

A ella se lo podía parecer porque creía conocer personalmente a la persona que había comenzado toda esa locura. Pero de no haber sido así, de tratarse de un hombre completamente anónimo usando un poema personal y no uno de otro autor sin nombrarlo, o de no haber conocido el rostro de esa persona, tal vez la primera sobrecogida por la tristeza hubiera sido ella, porque esos temas siempre la habían dejado por los suelos. No había nada que la hiciera llorar tanto como la muerte unida a una buena banda sonora, las dos cosas juntas eran letales y, ya fuera en la radio o en cualquier película, terminaba llorando como una Magdalena. Si ahora no lo hacía era porque no lograba imaginarse esa parte sensible en un hombre tan tosco y tan serio como Marcel.

Ponerse en contacto con él, ¡qué locura!

Una de las cosas que tenían prohibidas era mezclarse de esa forma con los oyentes, crear lazos personales o acercamientos. Parte de la magia de la radio consistía en parecer cercano sin llegar a serlo jamás, conservando así, ese misterio y ese encantamiento.

No contestaban ni un solo e-mail, siempre decían en antena que los leían todos y que tomaban en serio sus palabras, sus consejos y sus peticiones. Y era del todo cierto, pero nunca respondían personalmente por más ganas que a veces tuvieran. La única excepción que habían hecho en todos estos años fue con una oyente, María, que tras años de enviar poemas de exquisito trazo les anunció su boda y se atrevió a invitar a todo el equipo. Por supuesto, declinaron su invitación, pero le dieron la enhorabuena en antena. Años más tarde ya la conocían tanto que le enviaron flores al hospital cuando nacieron sus hijos, y todavía mantienen el contacto como si fuera una amiga más. De hecho, habían logrado tener con ella cierto grado de amistad personal que iba desde tomar café hasta acudir a alguna que otra velada literaria en las librerías de más renombre en la ciudad, o ir a la feria del libro. Vivieron su divorcio juntas, desde los e-mails, y ella vivió su separación de Bran, casi que como la persona más cercana, aunque de forma virtual, siendo un anclaje para un mundo que se le derrumbaba.

Pero eso había sido un caso extraño que se salía de lo habitual.

Le llegaron a ofrecer ayuda para que pudiera publicar sus poemas, pero ella nunca quiso escribir un libro, sino simplemente desahogar sus pensamientos; así que, tras quince años de poesía, seguía siendo tan original e inédita como cuando empezó, solo que se había convertido en una poetisa consumada que no quería ningún tipo de reconocimiento.

Algo extraño porque normalmente quien escribe tiende a buscar ese reconocimiento público, esa especie de bendición popular. Tenían oyentes que escribían peor que ella y, sin embargo, soñaban con ver publicado su libro, algo que ella no lograba entender. A ver, alma de cántaro, solía pensar, no ves que escribes como una niña de trece años, ¿cómo vas a publicar eso? ¿Acaso no leían a otros autores, ya consagrados, para notar la diferencia de calidad y la falta de estilo?

Ella misma se preguntaba, a veces, qué era lo que pretendía hacer si, de una vez por todas, se

sentaba a escribir su libro. ¿Buscaba la gloria, tan fugaz para casi todo el mundo o, simplemente, era esa necesidad intrínseca a plasmar en papel cualquier cosa que creyera importante? Si ni siquiera había comenzado a escribir y ya tenía miles de dudas, principalmente sobre el tema, pero también sobre todo lo demás, y en el supuesto que tras un año de vida monacal lograra tener un libro escrito... ¿Qué?

Soñaba con publicarlo, vale, pero ¿de verdad podría verlo editado? Ella, que se movía en un mundo paralelo al de los libros, sabía que era harto difícil lograr publicar cualquier cosa; un mundo de agentes literarios, de ediciones repetitivas de los mismo libros ya consagrados, de novedades que, a veces, sin tener la calidad suficiente ahí estaban, en las estanterías de las librerías, mientras que gente con más calidad jamás veía su manuscrito encuadernado; negocios, plazos de entregas, lucha constante y premios que siempre parecían recaer sobre las mismas personas. No todo era tan romántico ni tan fácil.

“Tal vez el atributo principal de la vocación literaria sea que quien la tiene vive el ejercicio de esa vocación como su mejor recompensa, más, mucho más, que todas las que pudiera alcanzar como consecuencia de sus frutos” decía Vargas Llosa.

Habría que hacerle caso, desde luego, no solo por ser quien era y escribir lo que había escrito, sino porque ella reconocía que tenía razón, tenía enfrente el caso de María que nunca quiso que sus escritos fueran más allá de las voces de la radio y se negaba a publicar toda su antología de poemas compuestos durante quince años, o sea, un tomo que haría palidecer al mismo Neruda si este lograra leerlos.

¿La gloria o el desafío personal?

Siempre se había imaginado tal como estaba ahora, sentada frente al mar con un libro delante, escribiendo, sintiendo esa inspiración, de forma que las palabras surgieran de ella casi por dictado divino y, sin embargo, por más que se encerraba a escribir en el silencio de su buhardilla y miraba ese mar, que siempre pensó que sería su inspiración, se encontraba seca, sin nada que decir, sin ideas, sin temas claros sobre los que expandirse, sin un asomo de por dónde empezar.

El reto del papel en blanco, decían los maestros, y sí que era un reto, la verdad, un reto que llevaba semanas perdiendo y que ya comenzaba a obsesionarle

Recordaba, como un insulto, la facilidad que tenía para escribir cuando vivía con Bran y las veces que sacrificó el calor de su cama para sentarse en la frialdad de la madrugada a escribir lo primero que se le pasara por la cabeza. Cuántos poemas, cuántos relatos y leyendas, cuántos principios sin final y cuánta documentación había dentro de aquel disco duro, cuántas madrugadas y cuántas mañanas de fin de semana había prescindido de la compañía de Bran para sentarse a escribir.

Su presencia solía cortarle la inspiración, algo bastante curioso porque ahora era su ausencia lo que hacía huir a las musas.

Cuántas broncas por sentirse abandonado, por no tener momentos para él entre su trabajo y su vocación, cuántas veces le había dicho que pusiera los pies en el suelo y se dejara de sueños e imaginaciones. Él, que tenía tanta imaginación que era capaz de hacer visualizar un incendio en casa con tal de vender un seguro de hogar. Él, que solía encontrar caminos imaginarios en su cuerpo y espacios de belleza irreal entre las luces y las sombras del anochecer en su cuarto. Él, que sin saberlo había llenado folios de palabras que nunca se habría atrevido a decirle de otra forma. Él, que disparaba sus sueños y sus quimeras, que había huido llevándose consigo hasta el valor de la palabra, hasta el último sueño, hasta el significado de las cosas y la facilidad para nombrarlas, para atarlas y encontrar coherencia en los versos y novelas que ya no iba a escribir.

Cuántas veces le había dicho que escribiera por la noche para poder estar juntos durante el

día, y ella, derrotada en el sofá, sin ganas de nada y sin tener ánimo ni para escuchar el programa, se dormía acurrucada en un vacío que iba aumentando día a día sin que hiciera nada por aliviarlo o acortarlo.

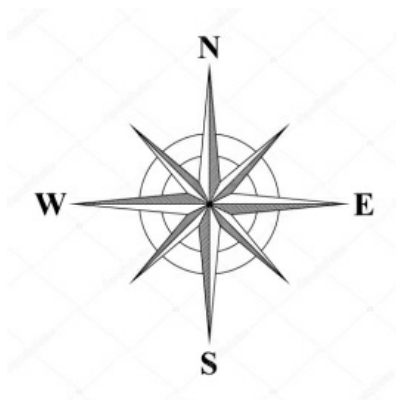
Ahora su castigo era la noche, las horas más duras, las horas que antes pasaban sin que se diera cuenta y que ahora se eternizaban en la soledad y la nada, como si fuera el último reproche o una especie de maldición que Bran hubiera lanzado antes de marcharse dando un portazo.

¿Había sacrificado su vida y su amor por la simple gloria o por su verdadera vocación?

El programa estaba llegando a su fin. Había ciertas canciones que siempre se ponían en esa franja horaria, tal vez porque la gente comenzaba a dormirse y a apagar su radio, y entonces recurrían a música menos popular y a cantantes menos conocidos, más de culto por decirlo de alguna forma. Los versos de Buesa, recitados por aquella hermosa voz masculina que se había prestado a embotellarlo, eran un premio para los noctámbulos más fieles. Esos versos que surgían de la radio con una magia oscura y casi ancestral, como si hubieran estado allí esperando ser leídos desde el principio de los tiempos, desde mucho antes de nacer, de ser escritos o vividos; ese fluir de poesía sencilla y al mismo tiempo compleja, popular, íntima y sensual, como poca se había escrito, rozaba los corazones más solitarios y más tristes, los más abandonados y los más necesitados de palabras, no de consuelo, sino de palabras que recuperaran para ellos la nostalgia, la belleza del tiempo y los hechos perdidos, el desconsuelo de no hallar consuelo, de no tener un lugar en el mundo donde ser ellos mismos y tumbarse a bien morir.

No... nunca fue mi mano más lenta que en la hora secretamente mía de aquella noche, aquella, fue así como una nube cuando oculta una estrella...

Ana comenzaba a despedirse. Tras años de programa había adquirido ciertas costumbres líricas que anticipaban el final, conclusiones, sueños y propuestas para el día siguiente, bendiciones laicas, epílogos radiofónicos que todos los oyentes entendían. La web fue despoblándose de gente y el chat se quedó callado. Eran las cuatro de la madrugada y, tras tres horas de música ininterrumpida, las noticias saltarían puntuales a las siete, hora y momento en que comenzaría el programa despertador de la emisora, un programa nuevo y novedoso que pretendía atraer a más gente y competir con programas similares de otras emisoras. Risas, buen humor, bromas telefónicas, música machacona, ritmos alegres y fáciles, melodías con sentimiento que se quedaban grabadas en la memoria de forma indeleble para todo el día, percusiones, anuncios rápidos de gran impacto, voces agudas, tan diferentes a la de Ana, grave e íntima, espontaneidad y alegría. El día y la noche en la emisora, tan distinto y opuesto como la vida misma, el mismo contraste y la misma luz. Y ella había perdido cuatro horas más de su vida en un propósito que no veía cumplido y que no se atrevía a dar por finalizado. Apagó la radio y el ordenador. Creía merecerse un poco de descanso y las cuatro era una hora más que buena para comenzar a tener sueño. La luz en una ventana del primer piso de la casa de enfrente, posiblemente de una habitación, se apagó también y el silencio se hizo tan espeso como en un sueño.



Salvador declinó la invitación de paseo y croissants, no solo por la mañana fría y medio lluviosa tan clásica de otoño que invitaba al encierro, sino porque el pobre hombre llevaba encima un resfriado más que considerable y caminaba por casa con batín y bufanda, debajo de una locura de ropa de abrigo superpuesta.

Había tenido la deferencia de salir a abrir y charlar con ella unos minutos en el recibidor de casa, por lo que pudo echar la primera mirada al interior de la vivienda de aquellos dos hombres que parecía, tal como le había dicho el abuelo, a mitad reformar.

Por un lado, la pintura ya tenía ciertos desconchones de humedad y había trazos de rayas, borradas de mala manera, en las paredes en las que, tal vez, habían tirado tabiques o puesto instalaciones eléctricas. Los muebles se apilaban, con descuidado orden, en un salón amplísimo que daba a una especie de mirador semicircular, por el que ella hubiera matado para poseerlo en su casa, y que ahí no estaba aprovechado ni lo más mínimo. Todo tenía un aire de provisionalidad que, sin embargo, no resultaba incómodo, sino que hasta favorecía el ambiente en una belleza decadente propia de las antiguas películas dramáticas que tanto le gustaba ver. Desde lo alto de las escaleras, una vidriera de colores daba un aire tan mágico como lúgubre en el que hubiera encajado de perlas la figura del ama de llaves de *Rebeca*.

Todo poseía la mágica belleza de lo marchito, de los sueños abandonados, de la nostalgia y de las vidas frustradas, más propio de un castillo en Escocia que de una casa de campo en el Mediterráneo. Claro que tampoco era una casa de campo al uso, sino una enorme mansión rural que otrora tuvo que ser magnífica y que estaba a medio remodelar, quedándose estancada en los tiempos en que era usada como casa de veraneo y con los decorados ampulosos de cuando iba a ser un restaurante con encanto para gentes adineradas que pudieran permitirse menús de más de cien euros.

El pobre hombre se había disculpado por el desastre de esa casa en la que vivían dos hombres solos, pero ella no había detectado ni un gramo de polvo ni ningún rincón sin barrer, todo estaba limpio, solo que mal decorado, o ni siquiera decorado, dejado como por casualidad, abandonado, pero con clase, simplemente indefenso ante la desidia de su dueño que, sin embargo, había hecho acopio de bellos muebles y de costosas antigüedades para decorar algo que luego había perdido su encanto y su razón de ser.

Habría matado por ver las habitaciones, la cocina donde el chef aún prepararía, de vez en cuando, algún plato de los que habían dado fama internacional al restaurante donde trabajaba, pero no se atrevió a pedirle que le enseñara la casa aunque se moría por verla. Marcel no estaba por ningún sitio, al menos no se dignó a bajar, si es que estaba en el piso superior, y por un lado

se alegraba de no haberlo encontrado.

Desde la noche de la canción no podía quitárselo de la cabeza, sobre todo cuando llegó la contestación al e-mail en el que le pidió que se pusiera en contacto con Ana, la productora del programa, y le mandó el correo privado de la emisora. No solo aceptó hablar con la locutora, sino que nada en su respuesta le parecía, ni por asomo, tan sensible ni tan romántico como había sido su incursión en antena y en la web.

Si hubiera sido otra persona podría haber olvidado ese detalle y esa especie de escisión de personalidad, pero tratándose de su atractivo y hostil vecino, conociendo la historia de primerísima mano por su propio padre y habiendo visto la tumba de aquella mujer, no lo lograba.

Había algo en toda aquella historia que la escamaba y le hacía malpensar.

Tal vez se había vuelto recelosa, desconfiada de los sentimientos ajenos o, más bien, se podría decir que de las muestras pomposas de cualquier sentimiento por profundo que este fuera. Sabía, por experiencia, que en la vida real la mayoría de la gente vive sus dramas de corazón hacia dentro y no en grandes gestos dramáticos que luego no parecían tener continuidad.

En el supuesto de que simplemente quisiera desfogar sus pensamientos y hacer un póstumo homenaje a su esposa fallecida, algo bastante común entre sus oyentes, lo más lógico habría sido que ni siquiera contestara a su e-mail y, en el caso de hacerlo, que su respuesta no fuera tan alegre, tan pagada de su acto y tan orgullosa de su éxito entre las féminas que habían bloqueado la centralita en busca de su dirección electrónica. Había, entre líneas, una especie de inmodestia que la inquietaba y que no coincidía con la personalidad que adivinaba en Marcel y, sin embargo, ¿podía negar lo que había visto?, ¿pensar que era casualidad la llegada del e-mail, la llegada de Marcel al ordenador de su buhardilla y la historia con el mismo nombre de un mismo accidente?

Demasiada casualidad. Quería pensar que no era lo que parecía, pero, por desgracia, siempre suele ser lo que parece. Marcel, su apenado y serio vecino, el mismo que parecía frustrado, derrotado, enfadado con el mundo, no era más que un presuntuoso que copiaba poemas de otros autores, haciéndolos pasar por propios, para encandilar a mujeres solitarias y románticas en una emisora de radio.

Se alegraba de no haberlo encontrado porque así no tendría que disimular el asco que comenzaba a darle esta historia. Ana estaba emocionada con ella, como si nunca hubieran tenido historias similares, bueno, tal vez no tan dramáticas como la muerte, pero era cierto que cada dos por tres escribían hombres solitarios y románticos que terminaban por cartearse con muchas de sus oyentes, y que al final o eran más feos que Picio o eran puro fraude. El caso más sonado fue el de un tal Mateo que logró tirarse a cinco oyentes de Barcelona y a diez más en unas vacaciones de Semana Santa por Madrid. Claro que también habían tenido dos buenas historias de amor terminadas en boda, y algunas en las que las parejas no llegaron tan lejos como al altar, pero lo cierto es que no era lo habitual.

¡Ay, sí! Aquellos habían sido buenos tiempos.

El programa era casi nuevo y crecía su número de adeptos cada noche, todo tenía el sabor de la aventura y las cartas de entonces eran cartas de verdad, escritas en papel, podías leerlas sentada en el sofá de casa. Hasta les habían colocado un buen sillón en la oficina para que pudieran leer la ingente cantidad de misivas que les llegaban a diario desde cualquier rincón.

Ella, que siempre había tenido debilidad por el género epistolar, gozaba descubriendo caracteres de oyentes anónimos, haciendo juegos de grafología; descubriendo historias de gente que se atrevía a contar su vida a una desconocida, personas que, no exentas de cierto pudor, abrían sus almas y sus mentes, que aprovechaban el anonimato para decir lo que nunca hubieran dicho con su nombre, que escribían sus primeros poemas de amor o los últimos de desesperanza;

gente solitaria que buscaba un poco de compañía o consuelo, personas que dejaban parte de ellas mismas y de su personalidad en los folios llenos de palabras que a veces decían mucho más que palabras.

Alguna lágrima, algún borrón que apenas era perceptible, aquellos folios de cuaderno arrancados a una libreta, aquella tinta de pluma que se iba volviendo azulada, el papel de buena calidad o los folios baratos, casi transparentes, de aquellas primeras tiendas del todo a cien, suspiros entre las frases, exclamaciones de dolor y de nostalgia, letras ilegibles, preciosistas o de convento; demandas de contacto, de compañía: quiero escribirme con personas de mi misma ciudad, quiero conocer gente con la que hablar, quiero cartearme con personas de toda España, quiero no estar sola, quiero hablar con alguien, quiero que alguien me escuche, que alguien sepa que existo, quiero que alguien me dé algo que ni yo mismo sé qué es, pero que me falta, como un vacío que no logro llenar con nada, quiero querer, quiero vivir.

Y poemas, Dios mío, si había leído poemas en esta vida.

Poemas inéditos de gente que necesitaba escribir como medio de supervivencia, de gente que solo podía conocer sus propios sentimientos si los ponía por escrito, poemas de amor, de rabia, de desamor, de tristeza, de miedo, de soledad, de ideales, de política, de tradiciones, de secretos, de actos gloriosos, de actos sublimes, de erotismo, de vacíos, de cobardía, de socorro, de soledad.

Poemas de todo tipo y condición, infantiles, demasiado complicados, demasiado simples, surrealistas, populares, de rima fácil, sin rima, largos, cortos, de páginas y páginas que decían bien poco, de dos frases que contenían un universo, sonetos, elegías, canticos, odas, poemas a dos voces, clásicos, modernistas, románticos, barrocos, medievales, bíblicos como el *Cantar de los cantares* o teatrales como el *Diálogo entre Venus y Príapo*, poemas trágicos, poemas de amistad, poemas con música, poemas sin razón concreta salvo el ser y poemas que luchaban por seguir siendo, todo tipo de poemas.

Pero esa era una etapa que la Rosa de los vientos había superado hacía muchísimo tiempo.

Las nuevas tecnologías y ellas, el equipo al que Ana daba las gracias todas las noches y sin el cual no sería posible este programa, esas “alas en el viento”, esas hadas, como ella las llamaba, ya no eran las mismas de hacía quince años y Ana, aunque intentara parecer lo contrario, tampoco.

No podría precisar en qué momento y en qué de todo habían cambiado, pero lo habían hecho.

La tecnología, ni que decir tiene, había cambiado para mucho mejor y ellas, la verdad, no lograba determinar si para mejor o para peor.

Ya no eran muchas las veces que comían juntas en un intento de alargar la magia y discutir amigablemente los contenidos, ya no tomaban cafés al amanecer desde hacía años. Mara, la otra chica, se había despedido años atrás para comenzar una nueva andadura y desde entonces las otras “alas” habían sido sustituidas por consecutivas becarias con menos luces que un cine porno. Ana había pasado por un par de relaciones destructivas que la habían arrastrado a la locura y ahora, que parecía por fin estable, era ella quien hacía agua por las soldaduras, como si fuera un buque mal varado.

No, no eran las mismas. Quince años dan para mucho, ocho horas diarias de lunes a viernes dan para mucho, estar más tiempo en el trabajo que con la propia familia y hacer las horas extras necesarias no remuneradas, dan para mucho. Para demasiado.

Caminó hacia la playa echando de menos todo aquello de diez años atrás. Tal vez la mejor época, con el programa ya consolidado, y aún libres de todos los desengaños posteriores, libres del dolor y del miedo, libres de las presiones de las audiencias, de tener que luchar para sobrevivir y de la renovación obligatoria a la que habían estado sometidas los últimos tiempos.

Libres de relaciones destructivas y de desengaños, libres de la presión de la directiva; triunfadoras en un formato y en una franja horaria que resultaba casi vacía de contenidos en el resto de emisoras, dueñas de sus vidas y con un futuro por delante, veintiocho años y ganadoras natas, sí, aquella fue la mejor época.

Sus pasos y sus pensamientos pararon a la orilla de la playa. No había nada más bello que el mar en otoño. Tal vez en invierno.

El pueblo, a lo lejos, parecía perdido en la bruma, de hecho, el castillo apenas se veía entre el montículo de nubes que pasaban por delante. La curva que subía hacía las casas nuevas se perdía entre la niebla como en un cuento, pero frente a ella, sin una sola nube baja, el mar melancólico se mostraba claro y gris como casi todos los días.

Y cerca del río, sentado en una piedra como el primer día que lo vio de lejos, Marcel.

La miró serio como la otra vez y luego, como si se lo hubiera pensado mejor y le hubiera costado Dios y ayuda decidirse, alzó la mano a modo de saludo.

Ella le respondió con idéntico fervor y, dándole la espalda, comenzó a caminar.

Perfecto, así no tendría que hablar con él. Podría disimular la rabia que le daba todo aquello que sucedía en el programa, además, no sabía de qué podría hablar con una persona así, a veces huraña y a veces mentirosa, en todo caso una persona extraña que poco tenía que ver con ella.

Posiblemente, si no fuera tan atractivo le daría menos rabia todo aquello. Tal vez lo encontraría patético y ridículo, pero en ningún caso lo sentiría como un insulto, que era como en realidad lo sentía.

No tenía claro lo que le pasaba con aquel hombre, le repelía todo aquello, pero le daba la impresión de que, si se lo propusiera, ella sería la primera descuidada que caería en sus redes aunque fuera como un último y patético intento de olvidar a Bran y demostrarse que aún estaba en el mercado.

Maldita sea, Bran.

¿Por qué tenía la sensación de que nunca más tendría la posibilidad de vivir algo semejante a lo que vivió con él? Él no había muerto ni tenía por qué ser fiel a su recuerdo, como era el caso de Marcel, sino que le gastó una auténtica putada: —He conocido a otra, una chica que me comprende y no se pasa la vida pensando en escribir ni en tonterías.

Habían pasado ¿cuántos?, ¿siete meses desde entonces? Y en todo ese tiempo no había logrado dejar de pensar en él, ni que cada día saliera de su mente un reproche de los muchos que le hacía o una queja de las muchas que siempre tenía preparadas o una frase letal de aquellas que la dejaba sintiéndose como una estúpida.

Cada vez su recuerdo era más lejano, cada vez pensaba menos en él, por lo menos había logrado no pensar a todas horas y dedicarle solamente los momentos de mayor soledad, cuando su ausencia era un dolor físico y mental, tan real y cierto, que se podría diagnosticar con una simple radiografía, tan patente que tenía que poner la tele o hacer algo que tapara el silencio, pero también era cierto que comenzaba a ver la luz al final del túnel.

Hacía ya un mes que vivía en aquella casa, un mes de trabajo silencioso en la buhardilla, un mes centrándose en un libro que no había escrito y un mes en el que aún no había tenido tiempo de pintar las paredes ni de comprar los muebles que le hacían falta. Un mes de soledad en soledad y de cortos paseos por la playa en un otoño que se había adelantado a su fecha y que iba acorde con su estado de ánimo.

Un mes. Siete meses. Más de medio año. Cuando se diera cuenta vendría Navidad y luego Pascua y luego haría un año entero, el aniversario de toda aquella destrucción y de todo aquel retraimiento. Pasaría el verano, llegaría otro otoño y entonces tendría que valorar su trabajo en

domicilio y pensar si se incorporaba de nuevo a la vorágine del tráfico y de la oficina, a los cafés y a las compañeras, a volver de nuevo al mismo lugar en el que había estado encerrada durante tanto tiempo o seguía con esa fantasmal labor de estar sin estar en los sitios, como un ente que lo dicta todo desde un ordenador y al que nadie ve, y lo cierto es que hoy por hoy lo prefería.

Aún había tiempo, once meses por delante para lo del trabajo, toda una vida para olvidarle.

Se sentó en la cafetería de costumbre y pidió su cortado y su croissant calentito mientras ojeaba el periódico. Aquellas frías mañanas le habían devuelto un poco la vida, aunque echaba de menos la cháchara de Salvador, sus conjeturas climatológicas y la tranquilidad de espíritu que poseía.

Cuando terminó, dudó entre dar un paseo por el pueblo o ir directamente al supermercado a comprar algunas cosas que, en realidad, no le hacían falta, pero que había usado de excusa para darse ánimos y salir. Llevaba cuatro días sin ver la luz del sol, salvo en la ventana y en los cortos paseos que había dado en el jardín trasero de la casa, que tanta expectación había creado los primeros días y que ahora había abandonado al ostracismo y al rincón de las cosas y planes que nunca iba a llevar a cabo.

Había querido emocionarse y crear expectativas de una vida cómoda y plena, pero no era suficiente como para meterse en trabajos pesados y en gastar fuerzas que aún no poseía. Le vino a la cabeza la promesa que le había hecho a su hermana de comer una paella cuando estuviera instalada y la de ir a buscar a su madre para pasar un fin de semana juntas, pero ni se había instalado completamente ni había montado otra habitación que no fuera la suya y con esas excusas se había alejado del mundo por completo, dejando solo una especie de cordón umbilical con el programa, que era lo que la mantenía unida al resto del universo. Por lo demás, seguía aislada, tanto como un día soñó estar.

No lograba saber si su proceder era bueno o malo, solo que, de momento, no deseaba nada más que seguir así.

Caminó por las calles sin tener un rumbo fijo. Fingió su desocupación y su ocio comprando varios periódicos y un par de revistas con las que tener las manos ocupadas y simular lo que, en verdad, no era. Y siguió deambulando sin más.

Probablemente sabía de antemano que iba a llegar al cementerio y a quedarse frente a la tumba de Lucía, pero se engañó a sí misma diciéndose, una vez delante, que estaba allí porque aquel no era un cementerio como los demás, que tenía un aire diferente, casi festivo, entre alegre y solemne, que la había cautivado aquella primera vez cuando, un mes atrás, lo visitara sin saber por qué.

La tumba, por supuesto, seguía exactamente igual, con las mismas rosas y las mismas flores, con la misma dolorosa inscripción que, no sabía por qué, le sonaba ahora un poco falsa, hasta parecía el mismo viento el que movía las ramas de los árboles. Siguió caminando entre las fosas, leyendo las inscripciones, fijándose en que todas ellas tenían flores plantadas y no ramos secándose al sol o, peor aún, ramilletes de flores artificiales de plástico o de tela comprados en los chinos.

Le gustó la concepción de poner algo vivo entre los muertos, como una prolongación de lo que había sido su vida; narcisos, lirios, rosas, matas de claveles, hasta un galán de noche. En la tumba de aquellos dos hermanos, que según le contó el sepulturero habían muerto ahogados, entre sus bustos de mármol blanco, había un gran no me olvides y rosas blancas. Casi nunca ocurrían desgracias en el pueblo, le había dicho también, aquí la gente se moría de vieja, de muerte natural.

Giró por uno de los repechos del camposanto que se elevaba por encima del terreno y, para su

sorpresa, se encontró con el mar de frente, a lo lejos, tras un camino que serpenteaba paralelo a lo que era el viacrucis que llevaba hasta allí. Aquello le impactó.

Un cementerio desde el que se veía el mar y al fondo, justo al otro lado, las ruinas del castillo, todo un lujo visual para personas que no podían darse el lujo de verlo.

Sonrió ante el pensamiento de que había elegido para vivir el pueblo más bello y pequeño del mundo, por lo menos del Mediterráneo y hasta pensó que le encantaría descansar mirando al mar. Otra canción de Serrat acudió a su cabeza y ya no pudo dejar de cantarla mentalmente, *“cerca del mar porque yo nací en el Mediterráneo”*. Cerca del mar donde ella había pensado ir a enterrarse en vida y donde parecía estar dispuesta a no dejarse morir aunque fuera más por terquedad que por otra cosa.

Volvió sobre sus pasos hasta la tumba que había venido a visitar inconscientemente, como si aquella mujer tuviera algo que aclararle o decirle, como si leyendo aquella inscripción, que juraba amor eterno, le fuera posible conciliar al hombre que la había mandado hacer, con el caradura que parecía escribir poemas nocturnos en la radio para conquistar corazones solitarios.

Una voz rotunda, grave, masculina, y no del todo desconocida, la sobresaltó con una sola palabra, con un simple y hermético “hola”, sobre todo porque había pensado encontrar al sepulturero y no a su vecino, con el que no había vuelto a hablar desde lo de la chimenea, si no contaba aquella silueta nocturna en la buhardilla o su “saludo” lejano de esa mañana en la playa.

Marcel estaba tan serio como siempre. El saludo forzado, la sonrisa que no llegaba a los ojos, la postura cerrada, la voz profunda y algo ronca, todo él decía que prefería estar solo y que no entendía qué narices hacía ella frente a la tumba de su difunta.

“Vuela esta canción para ti, Lucía, la más bella historia de amor que tuve y tendré.”

—Era mi mujer, imagino que mi padre te habrá contado.

Asintió con la cabeza, y tanto que le había contado, diría que le faltó tiempo para contarle, pero ya se sabe cómo son los abuelos y más un anciano aburrido que vive internado con su hijo y tres fantasmas en un caserón a medio habitar.

“Tus recuerdos son cada día más dulces, el olvido solo se llevó la mitad, y tu sombra aún descansa en mi cama con la oscuridad, entre mi almohada y mi soledad.”

Se quedó quieta viendo cómo Marcel echaba un botellín de agua sobre las rosas y le contaba que en unos días había una reunión en el ayuntamiento para poner el goteo en el cementerio y así poder regar automáticamente todas las plantas a la vez. Era una magnífica idea, la gente ya no tenía tanto tiempo como años atrás y no podían venir día sí, día no, a regar las plantas de los difuntos, pero tampoco querían renunciar a la originalidad de tener seres vivos alegrando aquel singular camposanto.

Su conversación, del todo impersonal, le detalló la forma en que las gomas irían enterradas bajo el suelo, los metros necesarios y la inversión que tendrían que hacer los vecinos, algo que él, en caso de que fuera necesario, estaba dispuesto a sufragar por entero con tal de quitarse la molestia de acudir cada tres días a echar agua embotellada.

Vale, apuntó mentalmente y durante un segundo dejó de escuchar y de cantar para sí aquella canción que ya no sería nunca la misma. Le resulta una molestia, ya no está tan apenado o, tal vez, simplemente tiene grima a los cementerios, como tanta y tanta gente que huye de cualquier rito funerario, cualquier hospital o cualquier cosa que le recuerde cuán frágil es la vida.

“No hay nada más bello que lo que nunca he tenido, nada más amado que lo que perdí. Perdóname si hoy busco en la arena esa luna llena que arañaba el mar.”

Fueron saliendo del lugar despacio, sintiendo el oleaje del mar a lo lejos, caminando sin hablar hasta que llegaron al coche y él se ofreció a llevarla de vuelta a casa. Pensó en negarse,

pero al mismo tiempo recordó todo el trayecto de vuelta y se subió en cuanto él abrió la puerta. Había cierta curiosidad en aquel hecho, no subía solo por ahorrarse la gran caminata, sino porque le apetecía estar cerca de aquella extraña persona que parecía tener dos caras tan opuestas, aunque el comentario impersonal del agua y el riego acercara ambas posturas.

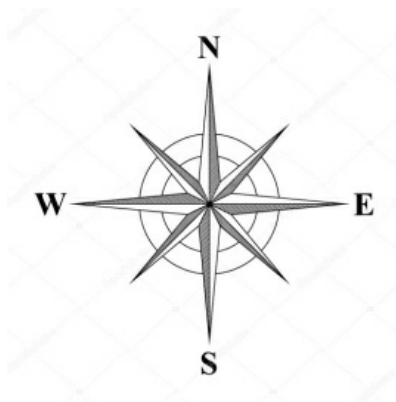
El coche, impecable, oloroso a nuevo, pero sin serlo; las manos en el volante denotaban fuerza; los gestos, seguridad; las piernas se movían con soltura, casi rozando el volante, lo que demostraba su altura; pudo oler el perfume en su ropa en cuanto cerró la puerta, creándose una especie de microclima dentro del automóvil; no llevaba pañuelos de papel ni ambientadores; el cenicero limpio sin estrenar; tres revistas en el asiento trasero y dos barras de pan habían sido todas sus compras; un bolígrafo sobre la guantera balanceándose con el movimiento; y una forma de moverse que le hacía pensar más en un felino que en una persona fueron el bagaje de su primera observación.

La segunda fue que era un hombre más bien callado, sin llegar a ser tímido.

Solo cuando ya estaban frente a la playa le preguntó si le gustaba vivir en el pueblo y a qué se dedicaba. Sí a lo primero y mentira a lo segundo. Le dijo que era escritora y él sonrió mientras ella rezaba por dentro para que no le preguntara qué escribía pues tendría que decirle otra mentira o la más simple y pura verdad: nada.

Sin embargo, no le preguntó, solo le pidió consejo para comprarse un libro, tenía mucho tiempo libre y pocas ocupaciones, así que había terminado con su biblioteca, la de su padre y la municipal, que era irrisoria y solo abría en verano, por eso no tenía más remedio que abastecerse de algo nuevo, de cualquier novedad editorial.

Terminaron hablando de libros y de autores. Cuando se despidieron, él había aceptado una invitación para tomar café y echar una ojeada a todos los libros que ella tenía apilados, sin orden ni concierto, en la buhardilla. A veces las cosas no siempre salen como una planea. Ella quería haber encontrado en Marcel al caradura de la radio nocturna, pero se había encontrado con una cita para tomar café en su casa, con un hombre que para nada encajaba con la idea que se había formado de él. De la rabia que le daba el giro de los acontecimientos y sus pensamientos encontrados, echó las revistas y los periódicos sobre el sofá en cuanto entró en la casa y los olvidó hasta tres días más tarde cuando se sentó a buscar noticias que la inspiraran.



He visto el miedo en tus ojos mientras mirabas aquel lugar exacto en donde reposa toda mi ruina y donde murieron mis esperanzas, te he visto mirarme con un punto de pánico que ni siquiera tú sabías que tenías en la mirada, ese miedo a lo incierto que es lo único que sabemos irrefutable.

No sé qué piensas de lo poco que sabes, no sé lo que intuyes en mí y en mi historia, ni siquiera sé si alguna vez podré contarte todo lo pasado y todo lo vivido, todo aquello que reposa en la lápida que has estado observando en silencio sin saber que yo estaba tras de ti, que he seguido tus pasos sin querer, que como muchas veces ha ocurrido íbamos en la misma dirección y simplemente, por un azar que no logro entender, estamos juntos caminando hacia los mismos lugares aunque intente huir de ti y de ellos.

Tú no sabes las veces que he dejado de caminar para esconderme de tu presencia, las veces que he evitado verte o las muchas veces que he sorteado los encuentros. Antes era yo el dueño de este trozo de mar, era yo quien lo vivía y quien lo paseaba, el amo de sus atardeceres y sus colores nocturnos, del vuelo de sus aves y de la melancolía, de todo cuanto tú ya has ido poseyendo también.

Aún hay mucho de este mar que no has visto y que me encantaría mostrarte, las tormentas invernales, las olas gigantescas y magníficas del mar embravecido, la calma de los amaneceres en verano, la luna reflejada en él como en un espejo, las hogueras de la noche de San Juan, los ritos milagrosos, los colores y los aromas del verano, los tonos cambiantes de azules y verdes, la conjunción perfecta de sus estrellas, la oscuridad de las noches sin luna, cada pequeña piedra, cada caracola nueva, cada estrella de mar que va sacando de su interior tras la tormenta, la forma recta y perpendicular de su rompeolas y su espuma, la amenaza de su temible energía cuando las olas alcanzan varios metros de altura y llegan hasta más allá de la carretera desconchando el asfalto del paseo por el que ahora podemos caminar todos los días aunque no lo hagamos, aunque tanto tú como yo prefiramos pisar la arena, la fiereza caprichosa y cambiante de sus aguas, la quietud y el reposo, el silencio, la placidez de todos los días que aún están por venir, su entereza y estoicismo, la firmeza de su carácter indómito, la imperturbabilidad de su eterno movimiento, el sosiego de los siglos pasados y las turbulencias de los años futuros, todo junto en un mar que aún no conoces del todo y por el que yo llevo años deambulando, caminando, pensando, vagando sin más, un mar que me ha servido de refugio y de escondite y que sin embargo me ha empujado a descubrirme, a encontrarme... algo que sin duda tú estás necesitando.

Me gustaría hacerte entrega de él, entregarte mi mar, darte lo mismo que él me ha dado a mí.

He visto durante un segundo el mismo miedo que yo tuve, el mismo espanto y la misma aprensión mientras miraba esa misma tumba que hoy mirabas tú.

Miedo a la soledad aunque la hayas buscado, miedo al futuro aunque hayas tomado sus riendas y decidido cómo vivirlo, miedo a las decisiones que han cambiado tu vida, miedo a diluirte sin ver cumplidas tus metas, miedo a vivir y necesidad de estar viva, todo eso y más en un segundo y en unos ojos que no podían hacer nada por ocultarlo al escrutinio que he hecho de ti mientras tú no sabías que te miraba.

Quiero entregarte las respuestas que me ha costado años tener pero sé que primero tienes que preguntar.

Quiero entregarte todo aquello que a mí me ha servido, todo aquello que ya he alcanzado y las tretas a las que he recurrido para engañar a la desesperación de las preguntas sin respuestas inmediatas.

Quiero borrar de tus ojos ese miedo a vivir y ayudarte a encontrar una razón para seguir aunque sea tenue y no sea la idónea, quiero que me permitas conocerte y que me permitas no entregarte mi mar, sino compartirlo contigo en los días que están por llegar, en las mañanas de cafés y paseo que sé que te gustan, en las tardes y en los ocasos de soledad tan necesarios para tu alma y para tu espíritu.

No sé por qué necesito tener algo en común contigo, casi una desconocida, casi una enemiga tal como me pareciste la primera vez que te vi.

Veo la luz en tu casa y veo la soledad inmensa que has buscado y sé que no va a ser suficiente, ojalá me creyeras, no es suficiente, y sé que no vas a tener a nadie a mano cuando una noche de repente te vengas abajo y te preguntes qué haces aquí, perdida en un pueblo lejano y en una playa desierta sin más compañía que la soledad y los fantasmas del pasado.

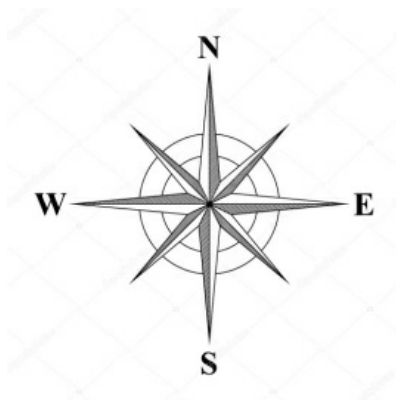
Veo llegar la misma desesperación que me alcanzó a mí y tengo miedo por ti, por el dolor que no puedo impedirte y que es tan igual al mío, aunque no tenga el porqué, aunque no pueda evitarte nada, aunque puedas pensar que a mí no tiene por qué importarme lo que te ocurra o lo que pueda pasarte.

Estás aquí cerca, has entrado en mi vida sin querer y te veo perdida, vives a cincuenta metros escasos de mi casa, tu luz es un faro que me recuerda que hay más gente en el mundo, un mundo del que estoy desheredado desde tres años atrás.

Tu luz, reflejada en el espejo que una vez perteneció a la mujer que ocupa la tumba que hoy estabas mirando, luces, señales de que existes cerca, de que vives, de que estás, señales que no puedo ignorar y que llevo tratando de no ver desde el primer día que llegaste, señales que me empujan hacia ti sin que pueda evitarlo.

Ojalá pueda darte algo que necesites, ojalá pudiera darte este mar y estos pensamientos, ojalá pudieras verme pensar en ti y en el café de mañana, ojalá no me tuvieras el miedo que me tienes, tal vez más que miedo prevención y tal vez también por mi propia culpa.

Ojalá supiera por qué has entrado en mi vida así, tan despacio, porque siento que hay algo que tira de mí en tu dirección, ojalá supiera qué ha ocurrido en estos pocos días y cómo has hecho para darme a entender que estás ahí por algo, aunque aún no sepa por qué, pero por algo



“Orgasmoterapia” cariño, le decía Mara en el chat, tú lo que necesitas es un buen polvo así que pilla al primer macho ibérico que tengas a mano y ponte al día.

Tan simple. Mara tenía la buena costumbre de simplificar tanto las cosas que una llegaba a preguntarse cómo no se le había ocurrido esa idea por sí sola si era tan sumamente fácil.

Pillar al primer incauto que se le ponga por delante y quitarse siete meses de celibato de un solo plumazo. En realidad no eran siete, eran diez si contaba los que vivieron juntos sin pasar ni una noche en la misma cama porque Bran se sentía humillado y frustrado. Luego es cuando ya se fue con la otra que no lo humillaba ni lo frustraba y con la que retozaría en la cama como ya no hacía con ella.

Su vida sexual tampoco había sido para echar cohetes y con Bran no había hecho ninguna excepción salvo los primeros tiempos en que aquello era un incendio diario y llegaba a perder la cuenta de los orgasmos y de los lugares y de las posturas en una vorágine de sexo sin control que duró exactamente cinco meses, hasta que se instaló a vivir con ella. Luego todo fue declinando muy poco a poco hasta el consabido momento de frustración que detonó el final del ciclo orgásmico más importante de su vida.

Bran había sido un dios en ese aspecto, había sido el que la espabiló del todo por decirlo de alguna forma, el que la inició en el buen camino.

Hasta entonces todo habían sido relaciones fugaces de más o menos duración, sin convivencia y sin ningún tipo de planes en común, sin ningún avance ni físico ni de identidad ni sexual, o sea, relaciones que no sabía qué habían significado en su vida y que le habían dejado un poso intrascendente.

A algunos los recordaba con cierto cariño y a otros los odiaba a muerte, pero si echaba las cuentas no quiso ni a unos ni a otros, además tampoco eran tantos ni fueron tan buenos; si sacaba cuentas su experiencia era más bien escueta, alguna noche loca amaneció con alguien del que no recuerda su nombre, alguna que otra vez un rollito de fin de semana, dos que le habían durado quince días y cuatro relaciones serias que tampoco fueron más allá. Lo normal, ¿no?

Creyó que Bran iba a ser el amor de su vida, no en vano habían llegado a la convivencia y a sentir algo que jamás sintió antes por nadie.

La vida le había demostrado que no y eso todavía la tenía derrotada frente a un ordenador con una hoja de Word en blanco que no sabía ni cómo ni de qué llenar.

Hazme caso, un clavo saca a otro clavo, rezaba la última frase de Mara en el chat.

Habían quedado para tomar café.

Tras un mes sin poner un pie en la ciudad y sin casi salir de aquella casa había quedado citada

con Mara en una cafetería cercana a la emisora.

El gran jefe requería su presencia. Una cosa era trabajar desde casa, le había dicho, y otra no aparecer para nada de vez en cuando, además, ella se había comprometido a ir a buscar las cartas de los oyentes, aquellas cartas que llegaban en el correo ordinario y tradicional en cuentagotas a la oficina y que habían sido sustituidas por los e-mails y la web pero que algunos seguían enviando como su único medio de comunicación con el programa.

Ya tenía todo el día planeado, salvo que Mara, con su idea de tomar café, verse y charlar le había trastocado los horarios. Pensaba ir a comprar los muebles de la terraza de una vez por todas, comer en casa de su hermana, tomar café con Mara y luego recoger las cartas de los oyentes, charlar con las compañeras un poco, con Ana, y volver al pueblo para encerrarse en ese caparazón.

No tenía ni pizca de ganas de hacer nada de todo lo que se había comprometido a hacer, le faltaban fuerzas, le faltaba un motivo justo para construir ese día.

—¿Te acuerdas de *Al este del edén*? —le había preguntado Mara, tan enigmática y literaria como siempre, no en vano compartía su mismo sueño, ser escritora—. ¿Cuando Samuel le dice a Adam que tiene el remedio para curarle aunque puede que también lo mate? Pues tiene que ser a las cinco, el café tiene que ser a las cinco. —le había tecleado misteriosamente Mara en el chat.

Mara siempre había sido un poco teatral, una mujer que siempre parecía rodeada de efectos especiales. En sus primeras épocas juntas la habían contratado precisamente por eso, por su magnífica puesta en escena y por la notable diferencia de caracteres. Vestía de negro riguroso, tenía un toque entre siniestro y nuevo romántico que parecía muy pasado de moda pero que ella convertía en actual, leía a Sartre y había tomado los buenos y malos hábitos del existencialismo francés, sus estudios de literatura se resentían porque simplemente pasaba olímpicamente de leer o estudiar todo aquello que no le gustara, recitaba en francés, leía en inglés, pregonaba y practicaba el amor libre, echaba pestes sobre la exclusividad sexual y cantaba *La Internacional* cada primero de mayo como si fuera una paria más del mundo.

Ellas, quería pensar, la recuperaron para la sociedad de la que huía el día que le pusieron un poema de Ángel González delante.

Si yo fuese dios y tuviese el secreto, haría un ser exacto a ti, lo probaría, a la manera en que prueban los panaderos el pan, es decir, con la boca.

La vieron quedarse muda por primera vez, la vieron enrojecer lentamente, la vieron emocionarse sin ningún tipo de rubor o vergüenza y cuando terminó de leerlo,

Oigo constelaciones; existes. Creo en ti. Eres. Me basta.

Una lagrimita traicionera surcaba por su mejilla, esto es lo más bonito que he leído en mi vida, y ya nunca fue la misma.

Ahora vestía siempre de blanco porque decía que era el único color que iba con su aura y solo hacía una excepción con el azul de los vaqueros. Leía cualquier cosa encuadernada que cayera en sus manos, desde tratados de filosofía hasta cuentos infantiles pero con preferencia por autores hispanoamericanos y a ser posible mujeres, hacía yoga, había descubierto que era lesbiana, daba clases de literatura en una academia donde su aire hippie no era más que una extravagancia propia de los genios, escribía artículos para distintos periódicos, seguía intentando escribir su primera novela, repasaba manuscritos para una editorial y traducía al castellano cualquier libro en francés o al francés cualquier libro en castellano, lo que tampoco era mucho. Aun así, tenía tiempo para todo y nunca se agobiaba, no como ella que tenía cientos de horas libres y parecía faltarle tiempo y ganas para todo.

Recuerda perfectamente aquel día en que se emocionó con el poema.

Lo recuerda porque ambas se emocionaron por lo mismo, Mara por leerlo y ella por verla emocionarse. Era apasionante ver en ella lo mismo que tantas y tantas veces había experimentado en sí misma, aquella emoción, aquella forma en que las palabras llegan a acariciar el alma, la sensación de belleza y de profundidad, el privilegio de sentir algo tan bello acariciando cada uno de los sentidos que podrían haber permanecido mil años dormidos, el milagro que se formaba en el pensamiento cuando las palabras entraban por completo hallando un significado que va mucho más allá de lo que cualquier palabra puede significar, esa sensación de plenitud que inflama el pecho y que nos obliga a lanzar suspiros sin otro destinatario que el viento y que hace que por un breve instante el mundo sea un lugar mejor, un lugar que nos pertenece, un lugar más bello y donde los milagros aún son posibles por el hecho de que hay personas que saben conjugar las palabras exactas para que estos parezcan realizables.

Suspiró. No valía la pena recordar tan atrás en el tiempo porque este suele doler más de lo que parece.

No sabe en qué momento del pasado comenzó aquella distancia insalvable entre ella y el resto del mundo, no sabe en qué instante dejó de confiar en todo cuanto le rodeaba ni a qué podía deberse tanto escepticismo y retraimiento de todo cuanto tenía alrededor, cuándo perdió la confianza en sí misma y las ganas de seguir peleando, cuándo el mundo dejó de importarle.

Solo sabía que, desde mucho antes de que Bran huyera y de que ella fuera capaz de frustrar tanto a alguien, ya huía de todo.

Hubo un tiempo en que disfrutaba de cosas y sentía cosas que ahora era incapaz de sentir o de disfrutar, Dios mío, cuánto no daría por volver a emocionarse con un poema hasta llegar a las lágrimas, por sentir esas emociones, esa plenitud y esa vida, sin embargo, se creía a vuelta de todo siendo consciente a su vez de que quien se cree estar a vuelta de todo es porque no ha ido a ningún sitio.

Buscó aquel poema de Mara en la intranet para leerlo entero por milésima vez y traer con él los recuerdos de aquellos momentos en que aún tenía sensibilidad, de aquellos días en que aún no había muerto para la belleza ni para la poesía ni para el mundo, aquellos días que siempre eran buenos, nuevos en su cotidianidad, intensos en su sencillez, alegres en su propia tristeza, vacíos para ser llenados, plenos en su levedad.

Días y meses y años que no iban a volver jamás, que se habían perdido para siempre igual que ella.

Oyó el timbre de la puerta y pensó en no abrir. Seguramente era Marcel y vendría a buscar un libro entre esa pila de libros que estaban frente a ella, se sentarían a tomar café como dos buenos vecinos y a charlar del tiempo como dos perfectos extraños y tal vez pasara una hora sin pensar en nada, tal vez pasara un par de horas entretenidas o quién sabe, tal vez pasara una hora retozando sobre la alfombra frente a la chimenea, ¿por qué no? ¿No le había dicho Mara que lo que necesitaba era un buen polvo y que pillara al primer macho ibérico que tuviera a mano? El único que tenía a mano era ese, un tipo que no sabía por dónde cogerlo de extraño y serio que parecía ser pero que cada noche mandaba falsos poemas de amor para deleite de almas ingenuas.

¿Cuál de los dos estaría en la puerta?

¿Qué hacía, abría o no?

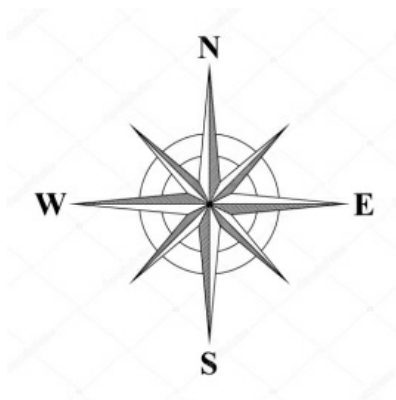
Al día siguiente ya rompería su encierro pasando un día entero en la ciudad con su hermana y con Mara y con un montón de cosas que había pensado hacer aun sin tener ganas, así que ¿por qué no se hacía la sorda y dejaba sonar el timbre? Le diría que tuvo que irse o que no recordó su cita y se marchó a pasear o daría cualquier excusa, de hecho, no tenía ni por qué dar explicaciones de por qué no estaba en su casa ¿o sí?

Dios, ¿Tanto costaba tener esos momentos de paz? Momentos de tranquilidad en los que no hacer absolutamente nada. Vale que tenía un libro en ciernes que no lograba comenzar, vale que su trabajo la mantenía ocupada varias horas, vale que el insomnio le alargaba más el día y que la casa, a medio instalarse, no necesitaba apenas ningún cuidado con lo que disponía de bastante tiempo para haraganear que era para lo que, recién había descubierto, tenía verdadera vocación, pero aun así, cada vez que le interrumpían un pensamiento o un acto, cada vez que tenía que interrumpir su rutina de no hacer nada, era como si le causaran una brecha en el espacio tiempo que le impidiera volver luego al momento y lugar adecuado.

Habría querido quedarse quieta con sus diatribas y sus sermones mentales, con sus recuerdos y sus dolores, no pensar en otra cosa ni hacer otra cosa para ver si así, de alguna forma, puede ir dándoles acomodo en las estanterías de su mente, y comenzar a poner cada cosa en su sitio y a buscar un sitio para cada cosa, es decir, ordenarse mental y espiritualmente. Sin embargo, hechos tan simples y poco violentos como un café, suponían un esfuerzo que no sabía si valía la pena realizar.

Pero es que no era ese café de hoy o el de mañana, no era la comida o los muebles de la terraza o las cartas que la esperaban en la oficina, sino la obligatoriedad de tener que hacer algo que realmente no quiere hacer, de sentir que un acto simple en ella se convierte en violento, que cualquier circunstancia trivial se transforma en crucial, darse cuenta de que la obligan no a salir o a tomar café, sino a vivir, de que esos hechos cotidianos tienen la fuerza de un empujón que la obligan a ponerse en marcha, algo para lo que ya no tiene ni valor ni ganas ni ve la necesidad.

Cansada de sus propios sentimientos entre los que no quería añadir el remordimiento de conciencia de ser una mala vecina, se levantó para abrir. Marcel estaba en la puerta con el gesto serio de siempre y tras él Salvador portaba unas pastitas de té y una enorme sonrisa en la boca. Sonrió a su vez y los invitó a pasar arrepintiéndose de no haber tenido tiempo en un mes de arreglar un poco más la casa. Una cosa era segura, no sería esa tarde ni con ese tipo tan serio con quien retozaría en la alfombra de Ikea.



Cuando volvió a casa a las ocho de la noche medio borracha, lo primero que hizo fue ponerse la ropa más vieja que encontró en su armario, atarse el pelo, poner un CD en el DVD y buscar entre los botes de pintura los pinceles, los rodillos y todo aquello que había comprado un mes atrás.

Antes de nada tapó con papel el suelo y puso tiras adhesivas de papel en los marcos de las puertas, en las ventanas y el rodapié, luego comenzó pintando las esquinas y la orilla de la pared que estaba pegada al techo con una brocha gruesa, resolvió por fin el dilema de los colores para cada lugar, abrió una botella de buen vino y tomando el ancho rodillo de lana, comenzó de una vez por todas la labor de ocupar su casa y darle la apariencia de hogar.

Luego comenzó a pintar las paredes.

Decidió, tal como había pensado la primera vez, que las paredes de la puerta y la ventana irían en tono chocolate, el hueco de la escalera en rojo oscuro tipo burdeos y el resto todo en color arena salvo el tiro de la chimenea que decidió a ultimísima hora pintarlo de rojo también para crear contraste y ambiente.

Sin parar más que para fumarse un cigarro de vez en cuando y para dar algún sorbo a su copa de vino, no dejó de pintar sin descanso hasta las siete de la mañana, y, cuando acabó, cuando sacó la cuenta de que llevaba más de diez horas pintando, llorando, bebiéndose sola dos botellas completas y sus brazos le dolían del tremendo esfuerzo, terminó de pintar con la brocha gorda y se sacó de la manga un recuerdo floral que comenzó a trazar en la pared más oscura con una tiza blanca y que luego fue repasando con un pincel fino en color arena hasta enredarla por toda la obra frontal.

Flores que se abrían o cerraban, campánulas abiertas, ramas entrelazadas, hojas y tallos de fino grosor que parecían surgir del rodapié y enmarañarse por cualquier sitio, corolas cerradas que subían y bajaban, capullos de flores inexistentes, tulipas, brotes y filamentos imposibles de hallar en la naturaleza y que tomaron forma en aquella pared chocolate llenando así el hueco más oscuro y convirtiéndolo en una pequeña obra de arte.

A las once de la mañana aún no se había ido a dormir pero había dejado el comedor salón decorado como ni en sus sueños o planes se había llegado a imaginar.

Solo a las doce, medio borracha aún, agotada, con calambres en los brazos, con pintura hasta en las cejas y medio llorando, tuvo fuerzas para darse una ducha y tirarse sobre la cama como un bulto a intentar dormir porque no se le ocurría qué más podía hacer con su vida salvo eso, dormir, dormir y dormir.

Dormir hasta que el mundo reventase o hasta que ella estallase en fragmentos, en pedacitos

inmundos de sí y lograra desaparecer de una vez por todas.

Recordó los muebles que le tenían que traer, las cartas que debía leer, el libro que quería escribir y supo que nada de ello ni de otras cien mil cosas podrían hacerle salir de aquella cama.

Como en un sueño, tal vez inducida por el alcohol o por el cansancio de vivir o por las lágrimas o por el agotamiento de pintar más de doce horas seguidas o quizás por todo a la vez, creyó ver a Marcel en la puerta de su cuarto acercándose a tapar su cuerpecito desnudo medio tiritando sobre la cama, pero ni se asustó ni se lo creyó de verdad. Era como si lo hubiera visto dormida y no se dio ni la molestia de asegurarse si era cierto que él estaba allí y la estaba tapando con el edredón nórdico.

Durmió apenas cinco horas pero cuando despertó no se tomó la molestia de levantarse porque la cabeza le daba unos golpes que de estar de pie la habrían tumbado de nuevo sin remedio.

Entre las brumas de la resaca y del sueño repasó mentalmente todo lo ocurrido antes de volverse a dormir de nuevo inducida por las pastillas y por las ganas de seguir en el vacío.

Había ido a buscar a su hermana, habían ido a desayunar y entre las dos fueron a comprar los muebles de la terraza. Tal vez esa presencia fraternal y el recuerdo de que tenía dos sobrinos le hizo plantearse que no tenía mesa para invitarlos a comer la ya famosa paella y decidió que una vez puestos tendría que comprar algo similar a un comedor. Una mesa, seis sillas y un aparador de madera clara que apenas ocupaba espacio y que iría a conjunto con la decoración en tonos naturales sin llegar a ser piezas rústicas que era un estilo que no iba con ella, llegarían la semana próxima. Lo de la terraza quiso que fuera de hierro forjado o por lo menos que lo pareciera. Para la delantera bastaría con un par de sillas y una mesa pequeña con cristal de colores, para la trasera ya fue una mesa grande donde cupieran varias personas y seis sillas más, todo de hierro, ligero y medio transparente que se podía mimetizar con el paisaje del huerto y los árboles.

Durante aquella mañana no había ocurrido nada tan drástico que la hubiera obligado a tumbarse en la cama y dejarse morir como estaba haciendo, al contrario, pensó que llevaba demasiado tiempo encerrada y sola y que eran horas de coger el toro por los cuernos para recomenzar a fondo su vida.

Se creyó la ficción de estar viva y sin dolor, pudo reír, pudo charlar y lo cierto es que disfrutó de la presencia de su hermana y de los niños hasta el punto de poner fecha a la inauguración oficial de la casa para dos semanas más tarde, cuando ya hubiera pintado, arreglado lo que aún no había tenido tiempo de arreglar y le hubieran llevado los muebles.

A las cuatro salió de aquella casa para ir hasta la cafetería donde había quedado con Mara, tan cerca de la emisora que decidió, ya que llegaba pronto, ir a buscar las cartas de los oyentes.

Aquello fue un error pero no lo sabría hasta mucho más tarde.

Saludó a todas sus compañeras, charló con unas y con otras, tuvo la entrevista con el jefe que le informó del buen rumbo del programa y del buen funcionamiento de su idea del trabajo en domicilio y luego, cuando llegó Ana, se pusieron a charlar como amigas pasando por encima de los temas espinosos que esta parecía no atreverse a tocar para no hacerle daño. Agradeció su tacto, de hecho, le agradeció que no le preguntara por Bran ni por cómo estaba sin él o por cómo llevaba su vida de abandono, sino que los temas mucho menos personales, fueran el eje de su conversación.

La invitó a tomar café con ella y con Mara para recordar viejos tiempo pero se negó. Desde hacía algún tiempo ella y Mara se habían distanciado y no le apetecía reunirse con ella, además tenía mucho trabajo. Trazaron líneas básicas de contenidos para el programa y le contó de su conversación con el hombre de la famosa viudez que había trastocado a la audiencia femenina. Le harían llegar las cartas o los e-mails que a ellas les parecieran más buenos o adecuados para

que pudiera estar en contacto con otras personas y salir así de la depresión y la tristeza. Por supuesto se calló todo lo que sabía y se calló el hecho de que el famoso viudo era o podía ser su vecino, eso, al fin y al cabo ni tenía porque saberlo y hasta incluso pensó que no era cierto, algo que habría preferido desde luego.

Todo había transcurrido entre la normalidad aunque era consciente del abismo que se abría entre ambas incluso desde mucho antes de que el programa comenzara a hacer agua, mucho antes de que ella comenzara a trabajar en casa, desde mucho antes de que empezara a sentir que entre el mundo y ella había una brecha que cada vez era más ancha.

Las personas cambian, se dijo. Lo cierto es que desde que Mara se fue, rompiendo así el funcionamiento idóneo del trabajo y siendo sustituida por distintas personas que nunca llegaron a cuajar, nada había sido igual, ni siquiera Ana y ella habían logrado recuperar la complicidad de entonces cuando formaban la triple A, Ana, Lara y Mara, sinónimo de calidad.

Llegó tarde a la cafetería y con un enorme bolsón de cartas bajo el brazo.

La bronca de Mara no se hizo esperar, sin embargo, no era por la tardanza por lo que la abroncaba, sino por haber destrozado su principal efecto especial.

—¿Que has pasado primero por la emisora? Te dije que vinieras aquí a las cinco no a las cinco casi y media, joder. —Luego le señaló una mesa del fondo.

—Mira.

Sus ojos siguieron la dirección de los de ella y ante su propia incredulidad allí estaba Bran, hablando por teléfono y con cara de circunstancias que seguramente habrían aflorado a su rostro en el mismo instante en que la vio entrar.

El corazón se le paró de golpe y se giró inmediatamente a mirar a Mara para hacer el teatro de no haberlo visto. Quería huir de allí, irse, desaparecer. No estaba preparada para enfrentarse a eso y Mara no tendría que haber sido tan cabrona de tenderle esa trampa.

Ella se había imaginado una tarde de chicas, buena conversación frente a un buen café, las ciento cincuenta mil anécdotas que su amiga siempre vivía, un poco de tertulia literaria, rememorar los buenos tiempos, compañía, algo de cotilleo que nunca viene mal y una buena charla entre amigas, pero nunca se había imaginado que pudiera terminar así, medio escondiéndose en la mesa al amparo del cuerpo leve de Mara y las tazas de porcelana barata, huyendo de la persona que tan solo unos meses atrás era su pareja, haciendo como si no lo hubiera visto y pensando qué iba a hacer cuando él se levantara para irse y no tuviera más remedio que pasar por delante de ella.

Sintió miedo. Auténtico pavor. Pero Mara le impidió cualquier tipo de huida obligándola a enfrentar no solo su pasado, sino a la persona que lo había protagonizado incluso más que ella misma.

—Pero, tía, ¿de qué tienes miedo? —Le inquirió en una pregunta que parecía más metafísica que real pero que guardaba un poso de desasosiego. No quería que Mara pensara que le tenía un miedo físico a Bran aunque en principio tuviera algo que ver.

Bran jamás la había maltratado si es que Mara pensaba eso, pero aun así le tenía un auténtico pánico nacido de los meses de desprecio y mala vida que habían llevado justo antes de separarse definitivamente.

No podría soportar la cara de asco con la que la miraba, la expresión de pena en sus ojos como si ella solo fuera una mujer patética y ridícula que no merecía nada de lo que poseía, incluido él, ese rostro pétreo que no le mostraba ninguna piedad ni ninguna misericordia cuando le decía a la cara que no soportaba la idea de acostarse con ella, que a su lado se sentía humillado, castrado, frustrado y utilizado como un eunuco, que lo había emasculado con sus

ideas de gloria literaria, con sus éxitos radiofónicos, con sus amigos intelectuales y sus progresos personales y ella, estúpida de ella, se preguntaba qué había hecho para que él se sintiera así, para hacerle tanto daño, para convertirlo en un simple consorte y quitarle la personalidad si eso, su personalidad tan fuerte y marcada, esa seguridad que irradiaba era lo que siempre le había gustado más de él.

Había pasado años preguntándose en qué fallaba ella como persona, teniendo cuidado en medir sus palabras para no herirle, abandonando poco a poco sus amistades para estar más cerca de las de él, cambiando de costumbres, cambiando hasta de piel si hubiera sido necesario para conservar al Bran que era antes de que ella lo destrozara, volviéndose loca por encontrar el nexo que los unió cuando se conocieron, intentando revivir los momentos más eróticos que se habían perdido irremediablemente, intentando reconquistarlo, pidiéndole perdón a todas horas sin una sola palabra, dejando que él se sintiera siempre superior, dejando a un lado hasta su orgullo cada vez que le pedía un poco de amor por caridad, buscando dentro de ella y en todo su alrededor las culpas que solo reconociendo serían merecedoras de clemencia por parte de él, apartándose de todo y buscando castigo a sus pecados. Abandonó la idea de salvar el programa que llevaban tanto tiempo intentando levantar como si solo así, fracasando, pudiera encontrar en él algo similar a la comprensión, demostrándole que no era la triunfadora ni la mujer dominadora que él decía que era a su lado. Días y meses en que se hacía perdonar por él hasta el simple hecho de estar viva porque hasta eso parecía ser insultante.

Los dos meses de auténtico infierno en que dormían en camas separadas mientras él decía a veces estar buscando un piso y otras pensando qué hacer con ella, si seguir o abandonar, como si fuera un simple bulto o un fardo que se puede dejar en cualquier esquina de la vida, y esas miradas frías, de aborrecimiento, de cansancio, de una repulsión que parecía transformarse en odio cuando ella intentaba cualquier tipo de acercamiento físico, un resentimiento que se le escapaba por los poros, por el tono de la voz, por los gestos vagos de desprecio que no intentaba ocultar.

¿Cómo pudo llegar a odiarla cuando ella solo lo amaba? ¿Cómo pudo transformarse tanto en tan poco? Ese fastidio a la hora del desayuno, esa inquina en los reproches, esa malquerencia en frases vagas e inciertas que podía interpretar de mil formas y todas malas, ese sentir que se ha convertido en su enemiga por el simple hecho de amarle hasta el punto de no querer reconocer que hacía demasiado tiempo que su relación estaba totalmente rota y empeñarse en arreglarla a cualquier precio, al precio de perder su dignidad, su orgullo y su razón, algo que a él parecía gustarle y al mismo tiempo la despreciaba por ello, porque solo le resultaba satisfactorio el hecho de la pura humillación sin ver que esta procedía del dolor, de la desesperación por perderle y del amor que aún sentía por él.

Cuánto rencor, con cuánta saña le decía que en el fondo era una mierda de tía que no sabía lo que de verdad era querer a alguien porque jamás se le hace tanto daño a nadie a quien se ama, con cuánta aversión la rechazaba una y otra vez, con cuánto hielo en los ojos la miraba al volver a casa antes de encerrarse en aquella habitación en que tenía las maletas medio llenas desde tantos días atrás que hacía que pareciese inverosímil el que alguna vez se fuera. Cuánto odio destilaron sus palabras cuando le dijo que había conocido a otra, una mujer de verdad que no lo humillaba y que no le hacía sentir frustrado, con la que se pasaba noches enteras de locura y amor, con la que no tenía problemas en sentirse un hombre y no un muñeco, un consorte, un tipo insignificante.

Cuánto rencor y qué expresión de triunfo en sus ojos cuando le anunció el ascenso en su empresa, como si así le demostrara algo, como si eso le hiciera sentir en las mismas condiciones

que ella o acaso superior, qué enormes ganas de restregarle su éxito en las narices para tres días más tarde acabar de hacer la maleta y largarse con la otra.

Mirado fríamente, tal vez estaba esperando ese ascenso y por eso tardó dos meses en coger el portante e irse, que era lo que tendría planeado desde el principio, y, sin embargo, esos dos meses fueron los peores meses de su vida, lo que para él había sido una transición al éxito para ella había sido un descenso a los infiernos.

Siete meses después todavía no se atrevía a mirarlo a la cara. Aún se sentía culpable de haber roto la relación, aún se sentía despreciable por haberle destrozado la vida a la persona que más quiso hasta conseguir que la odiara, aún veía cada noche los vacíos de aquella cama como un insulto, como un recordatorio de su auténtico fracaso personal, el fracaso de no haber sabido mantener una relación madura con alguien que en verdad le pareció un ser excepcional cuando lo conoció y que ella convirtió en una sombra de sí mismo sin saber ni cómo ni por qué.

Notó movimiento en las mesas colindantes a la suya y no se giró a mirar para no ver si era él quien se levantaba y se acercaba.

Pero lo era.

Por supuesto, se paró a saludar.

Lo de siempre, las cuatro frases de rigor y alguna más, cómo estás, cuánto tiempo, qué tal te va, te veo bien, yo de puta madre, ya ves, delegado de la sucursal, mucho curro, el programa va viento en popa de nuevo, ya me lo ha dicho Ana, me alegro por ti, me ha gustado verte, Lara, Mara, adiós muy buenas. Adiós.

Apenas dos minutos de conversación, dos minutos de palabras que no significan nada y que no podían ser más impersonales, dos minutos de auténtico infierno dilucidando qué frases eran con doble sentido, qué frases parecían sinceras, que frases ocultaban un poso de rencor, qué frases podían haberse dicho con condescendencia y cuáles con honestidad.

Y luego el vacío, el vacío más grande que hubiera podido sentir jamás, la nada ocupándolo todo y frente a ella Mara viendo cómo se iba rompiendo poco a poco, cómo se iba poniendo blanca, cómo el alma se le iba alejando del cuerpo y cómo poco a poco volvía a ella, sin lágrimas ya, sin gestos, sin muecas de tristeza, sin palabras, solo silencios que eran mucho más explícitos y ensordecedores que cualquier palabra que hubiera logrado balbucear.

—¿No entiendes nada, verdad? Lo acabas de ver y aun así no lo entiendes, no quieres entenderlo, ¿es eso? —Mara le hablaba como si ella pudiera racionalizar lo que le decía, pero en realidad no la escuchaba, en realidad solo pensaba en la cara de triunfo total que había visto en él, en la supremacía de sus gestos y su voz, en el tono triunfal de sus palabras, en esa especie de virilidad insultante y notable, como si se le hubiera pasado de un plumazo todo complejo de inferioridad hablando con ella, como si supiera que ella lo iba a notar y a sentir como un insulto personal.

Para Bran, mostrarse todo lo contrario a como se había mostrado estando con ella era su mejor forma de echarle por cara lo infeliz que había sido en aquel pasado común.

Se decidió por contarle a Mara todo aquello que ella ya sabía de algunas tardes de café, de horas en que había necesitado su apoyo, el de una amiga, y la única que le quedaba era ella y su hermana porque ya se había distanciado de todo el mundo que Bran veía como una amenaza, salvo que con su hermana por consanguineidad y con Mara, por lealtad, no pudo.

Le habló del infierno, del cielo, del rencor, del doble sentido de aquellas palabras tan simples con las que la había saludado, con la demostración de que le iba todo, como él decía, de puta madre sin ella, le contó que no lograba encontrar una excusa por la que seguir viviendo, que cuando parecía querer ver la luz al final del túnel ocurría cualquier cosa que la volvía a hundir en

la oscuridad y que ese encontronazo sería la puntilla definitiva que rompería esos siete meses de penitencia y resurgimiento que habían culminado en largos paseos por la playa y por comenzar a poder dormir cinco horas seguidas o por lograr no pasarse el día llorando, todo por la borda tras verle, tras ver su mirada de hielo, su gesto ampuloso de triunfo que solo pretendía humillarla una vez más, quizá de forma definitiva.

—Tú eres la tía más ingenua del mundo —le había contestado a todo aquello. Y luego tomó la palabra para decirle todo lo que durante ese tiempo no había querido ver ni saber.

—¿Sabes quién es la mujer que está con Bran? Ana, tu jefa, la gran Ana, la gran locutora, la última romántica del mundo, la gran comunicadora, Ana, la hija de puta más grande que haya podido parir madre, ¿Y sabes desde cuándo? Desde hace dos años, dos añazos, Lara, te han estado engañando todo ese tiempo te la han pegado, primero como una aventura que no tenía importancia y que se podía ocultar hasta que la cosa terminó en algo más serio, Bran está con Ana, con tu amiga del alma, con tu compañera de trabajo desde hace quince años y no es que lo sepa yo, es que lo sabe toda la oficina, lo sabía todo el mundo, lo sabían todos menos tú, así que deja de llorar, deja de pensar en él y haz el favor de comenzar a odiarlos a los dos o te doy dos ostias.

Aquello fue una especie de rotura por la que se le había salido el poco raciocinio que le quedaba intacto, solo que en lugar de hundirla, de volverse loca de dolor, la atenazó una rabia incontrolada que, como una llama que Mara atizaba, empezó a quemar y quemar hasta convertir en cenizas todos y cada uno de sus pensamientos más ecuanimes y coherentes. Enlazó los gestos, captó las separaciones, comprendió al fin las palabras que no entendía, dedujo los silencios al teléfono, interpretó las muchas formas en que Ana se distanciaba de su drama personal, las veces que creyó ver en ella esa chispa de piedad que en realidad sería un asomo de culpa, las ocasiones en que había huido y puesto excusas para no quedar con ella, la frialdad con que había tratado todo el tema de su separación de Bran, mostrando una brecha entre ambas que ella, inocente, acusó a su propio estado de ánimo decaído, se percató de la infinidad de veces que no la había escuchado, la cantidad de ocasiones en que eludía hablar con ella cuando empezaba a contarle algo privado, como si aún fuera su mejor amiga, las veces que se calló, que huyó, que le negó el hombro y que ella entendió solo como una consecuencia más de su forma de ser.

—Mira si serás mala persona que ni Ana te soporta ya. —Le había dicho Bran una vez, y ella ni siquiera pensó en cómo sabía Bran que ella y Ana ya no eran las amigas íntimas que una vez fueron y menos aún cómo era capaz de echarle la culpa de algo cuando la realidad, ahora lo sabía, era que ya se veían y se acostaban juntos.

Mara la dejó hablar y la dejó desahogarse hasta que no pudo más con su soliloquio que empezaba a crear venganzas apocalípticas para aquellos dos desalmados.

—Mira —le decía— Dios me libre de no defender el amor libre y de creer en la sagrada institución del matrimonio o en la fidelidad, ya sabes lo que pienso del tema, pero hay algo superior a la fidelidad o superior a cualquier otra cosa que se pueda parecer a esa exclusividad sexual y amorosa, y es la lealtad, la honestidad, Lara, la nobleza, y esos dos han sido las personas más rastreras, más mezquinas y más traicioneras que me he tirado jamás a la cara.

Mara se había enterado solo dos semanas atrás, cuando por casualidad había entrado en esa cafetería y los había visto besarse sin el menor escrúpulo. La casualidad, de nuevo, hizo que dos chicas de documentación que trabajaban en la emisora ya en los tiempos que lo hizo ella bajaran a merendar y a fumarse un cigarrillo en la terraza y que al sentarse con ellas para recordar viejos tiempos la pusieran al día de todo.

—Pero las casualidades no existen, Lara, eso era una señal, tenía que serlo. Cuando me

dijeron que toda la oficina estaba al tanto del tema menos tú, supe que te lo tenía que decir y si no lo he hecho antes es porque no sabía cómo, así que pensé en que lo mejor era que tú lo vieras con tus propios ojos, pero has tenido que anunciar tu llegada en la emisora para recoger esas putas cartas y encima has llegado tarde con lo que le has dado tiempo a Ana de no venir, de avisar a Bran de que estabas en la emisora, lo sé porque me ha mirado con asco mientras hablaba por teléfono, como si estuviera seguro el muy canalla de que ibas a venir a tomar café conmigo, de lo contrario los hubieras pillado in fraganti.

Recordó que le había propuesto a Ana tomar café con las dos, a lo que ella se había negado, y que le había dicho que estaban citadas en esa misma cafetería, con lo cual la reacción de ambos por separado parecía concordar con las palabras de Mara.

Recordaba vagamente, entre las brumas de la resaca y el adormecimiento de las pastillas para dormir que se había tomado, que se habían pasado dos horas más charlando en la cafetería solo que, en lugar del café, habían tomado dos copas de whisky, y luego no puede recordar bien lo que hizo, salvo llegar a casa y ponerse a pintar como si estuviera loca, sin descanso, sacando una rabia que desconocía en ella, sacando fuerzas de una especie de odio que comenzaba a nacer a cada pincelada.

Sabía que antes de eso había parado el coche frente a la playa en un patético y teatral deseo de ponerse a llorar y de sentirse triste, hundirse en su miseria hasta ahogarse en ella, pero vio que no podía, que las lágrimas se habían acabado, que la pena, la tristeza y la autocompasión cedían el paso a la rabia, al sentido del ridículo más extremo y más real, comenzó a imaginar todo lo que habrían dicho de ella las personas que sabían el tema desde el principio, comenzó a reconocer detalles, miradas de tristeza o de burla, retazos de conversaciones que en su dolor no creyó ni por un momento que fueran con ella, indirectas, cotilleos a puerta cerrada en los baños, conversaciones que cesaban cuando entraba, hilaridad o indiferencia.

Luego, cuando su separación tomó tintes dramáticos, cuando dejó de ser la cornuda consentida para ser la mujer abandonada a la que se le notaban los regueros de las lágrimas en las mejillas, notó la rigidez, los silencios, las miradas de misericordia y lástima, las de simpatía donde antes estuvieron las de crueldad, las de tristeza donde antes estuvieron las de impiedad, algo que ella comenzó a no tolerar, a sentir como un insulto y que al final la llevaron a proponer a la dirección trabajar desde casa.

Dios mío, qué habría pensado su jefe sabiendo que tenía que trabajar hombro con hombro con la mujer que había colaborado a destrozarle la vida, qué pensaron todos entonces cuando llegaba al trabajo sin haberse acordado de peinarse, con ojeras, adelgazando a ojos vista, con ese rictus de dolor en la cara durante tantos y tantos meses.

Cómo le permitieron trabajar con Ana todo aquel tiempo sabiendo lo que sabían, callando como putas ¿Para qué? ¿Para no hacerle más daño? Por favor, si más daño era imposible hacerle, si su silencio de meses y meses en los que su agonía fue patente para todos era mucho más doloroso que cualquier palabra que le hubieran podido decir entonces.

Recuerda que pintó de una sola tacada todo el comedor y se preguntó si habría quedado bien o tendría que repintarlo todo. No lo recordaba con exactitud, solo retazos de imágenes, asomos de olor a pintura, restos de color chocolate en sus manos, la imagen de Marcel tapándola con delicadeza, y luego un silencio sin pesadillas que duró cinco horas.

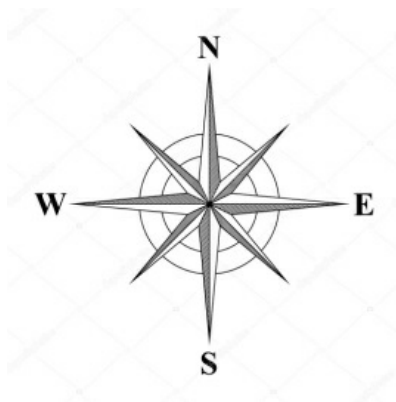
No podía evitar, ahora que echaba la vista atrás en un intento de recordar bien todo lo ocurrido el día anterior, un nuevo sentimiento que no sabía cómo calificar.

Se quedó en la cama todo el día, de hecho, se tomó dos pastillas que el médico le recetó tiempo atrás para dormir y logró quedarse frita un buen rato por la tarde pudiendo así dejar de

pensar en todo aquello que pugnaba por salir de su mente para que ella pudiera analizarlo. Algo en ella no quería hacerlo. Prefería dormir. Por la noche encontró su e-mail lleno de mensajes, se tomó un vaso de leche con cacao, vio luz en la buhardilla del vecino y recordó la historia de la canción que le había contado Ana, la hija de puta de Ana, pero pasó de todo aquello como si no le importara.

Se tomó dos pastillas más y se volvió a meter en la cama ovillándose hasta encontrar la postura necesaria para poder dormir. Siguió durmiendo toda la noche y toda la mañana, se despertó al día siguiente con dolor de cabeza, con 403 mensajes en el correo y un sabor de boca insoportablemente amargo. Se duchó, se vistió, bajó a desayunar y solo entonces cayó en la cuenta de que llevaba dos días sin dar señales de vida, sin trabajar, sin intentar escribir, sin comer, sin beber, sin hablar con nadie y sin hacer nada más que doparse y dormir.

El comedor estaba fascinante y se alegró de que durante aquella borrachera hubiera nacido en ella algo tan fino y elegante, algo tan original. No, si al final seré una artista, pensó, y solo entonces vio la nota de Marcel sobre el sofá diciéndole que esperaba que se encontrara bien, que había ido a buscarla para tomarse un café y la puerta estaba abierta de par en par, que su padre había estado muy preocupado por ella y le había mentido diciéndole que tenía gripe, que lo sentía pero la había tapado cuando la vio dormir medio congelada y que si necesitaba algo allí estaban ellos dos para cualquier cosa, que si no daba señales de vida esa misma mañana pasaría a mediodía a ver qué tal seguía. *“Te he dejado un termo con sopa por si tienes hambre... y precioso comedor. Eres una mujer muy original. Por cierto, bonito tatoo”.*



Están cayendo los primeros copos de nieve pese a que aún no ha llegado el invierno, tan solo es un otoño extremadamente frío y lluvioso, insólito incluso y sobre todo inédito puesto que nunca he visto nevar a la orilla del mar. Dicen que ha nevado a veces muy cerca, pero no aquí, no en nuestra playa. Ojalá no deje de nevar en toda la noche y ojalá pueda compartirla contigo.

Veo tu luz en la ventana de la buhardilla y sé que estás ahí, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, escribiendo, visitando los parajes de tu mente y creando un mundo en el papel. No te lo he dicho pero me gusta que seas escritora, aunque nunca haya leído ni una palabra tuya, aunque no sepa exactamente qué escribes ni dónde ni para quién, pero me gusta.

No puedo quitarme tu imagen de la cabeza y te juro que lo he intentado, te juro que intento no verte, no recordarte, no rememorar los pocos segundos que estuve en la puerta de tu habitación mientras tú dormías, asustado, sobrecogido ante tu imagen, tu desnudez y tu vulnerabilidad, intimidado por la sensación de rebeldía que tenía tu cuerpo, la osadía con que estabas tumbada en la cama y el carácter hasta ahora desconocido que reflejaban la laxitud de tus miembros, piernas dobladas, brazos abiertos, el pelo revuelto sobre la almohada, medio envuelta en sábanas que no te tapaban apenas nada, que dejaban descubierto más que escondían, que no llegaban a resguardar los secretos que ocultaban puesto que dejaban a la imaginación todo aquello que por otro lado intentaban ocultar, desmadejada en el lecho como si te hubieras abandonado a ti misma, como si hubiera algo de rendición en tu gesto y al mismo tiempo siguieras intentando no rendirte, no ceder, seguir, liberarte, tu cuerpo llamando a la insurrección por un lado, cansado y dócil por otro, como si mientras dormías siguieras batallando y el sueño no fuera más que un modo de descansar ante la lucha y la victoria. Como si mientras dormías siguieras peleando aunque fuera contra ti misma.

Y aquel mural lleno de flores, ¿cuándo lo pintaste? ¿En medio de qué ensoñación o pesadilla pudiste hacer algo tan bonito? Tienes alma de artista, aunque no lo sepas, aunque nadie te lo haya dicho.

Tus manos tenían restos de pintura, el ambiente olía a paredes recién pintadas y a alcohol, pero entre todo fulguraba tu perfume y el del aire de invierno que se había colado por la puerta abierta de par en par que dejaste olvidada y por la que yo entré, asustado tras no saber nada de ti en dos días enteros y tras ver que habías dejado el acceso libre a cualquier intruso.

Yo fui el intruso, yo me colé y te vi como no debería haberte visto nunca, no por tu desnudez en la que no he podido dejar de pensar, sino por la fragilidad que me mostraste, por la tentación que suponías para mis ojos, vulnerable y abierta a mi mirada, al alcance de mis dedos, dormida, tan sutil y tan definitiva, tan bella, con una desnudez perfecta y un encanto descarado de

libertad íntima, como cuando sabemos que no nos miran y nos mostramos tal como somos, cuando no tenemos miedo a la crítica ni a las miradas ni a los juicios y nos permitimos ser caudillos de nosotros mismos, con la misma libertad con la que caminarás desnuda por tu casa al salir de la ducha, dueña de ti, de tu cuerpo y de la actitud que pueda presentar.

Creo que jamás he visto a una mujer desnuda que me dijera tanto. Creo que jamás una desnudez ha sido tan explícita, y creo, más bien estoy seguro, que jamás una desnudez me ha impactado tanto.

No sabría cómo explicarte que no ha habido nada sucio en mi mirada y aun así las alas del deseo no han dejado de sobrevolar mi mente y de invocarte, no he mancillado tu recuerdo por el simple hecho de que te respeto más allá de mí mismo y no podría usarte de esa forma, no podría recordarte para mi lujuria o lascivia, pero reconozco que no he podido desprenderme de ti, no he podido olvidarte, abandonar el recuerdo que se me ha quedado clavado en algún lugar inexacto de mi cuerpo y que comienza a dolerme, a quemarme, a marcarme a fuego sin que tú seas consciente de lo que comienzo a sentir, tú, tan dolida aún por un daño que no me has contado, tan a la defensiva conmigo, el tipo extrañamente serio que te ha tocado tener de vecino, el tipo que despierta, que resucita, al que estás recobrando tras tantos años, y tú sin saber, sin darte cuenta de cómo voy bajando las barreras, de cómo voy dejándote entrar en mi vida y de cómo intento entrar en la tuya aún no sé por qué.

No sé por qué.

Te debo una disculpa, no sé si me perdonaras el gesto, tal vez habría sido mejor irme sin taparte y sin dejarte aquella nota que no explicaba nada de todo lo que me has hecho sentir en tan pocos segundos, pero dejarte tiritando de frío, abandonarte de esa forma sin que sepas que nos preocupamos por ti, de que hay alguien a quien le importas ha sido más fuerte que la sensación de miedo que ha reconcomido mi conciencia desde esa mañana. La rosa de los vientos de tu tatuaje, el color de tu piel, el calor que emanabas mientras te tapaba con una rapidez nerviosa que no me ha dejado disfrutar del momento de arroparte como ahora sé que me habría gustado hacer, con la ternura que no debo tener hacia ti, la sensación de estar haciendo algo malo y la necesidad de contártelo, de darte una pista para que supieras y te prepararas mentalmente para el hecho, el simple hecho de que te he visto dormir desnuda, todo aquello que me da vueltas a la cabeza mientras temo tu reacción, mientras no sé cómo disculparme ni cómo vas a reaccionar, mientras intento olvidarte de aquella forma e intento recuperarme como amigo ante ti, como cómplice tuyo en una borrachera de la que puede que no recuerdes nada, implicado solo en el secreto de guardar tu desnudez y abrigarte del frío sin reconocer el impacto de un acto de amistad.

Te debo una explicación, siento que debo darte algo íntimo de mí, corresponder a esa confianza con la que tú me has investido sin saberlo, con la confidencialidad que ha habido en el gesto de taparte y el segundo en que he podido ver tu piel, quiero darte parte de mis secretos, de las vivencias que nunca te he contado, profundizar un poco en la verdad que no he sabido decirle a nadie, en mi verdad.

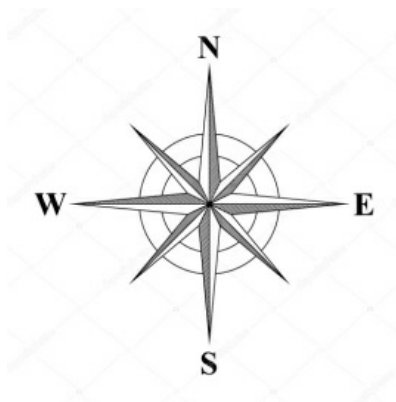
Siento que tengo la necesidad de que me conozcas y sepas algo de mí, puede que no logre abrirme tanto como para contarte lo más íntimo, puede que pase por encima de mis más recónditos secretos y no logre contarte toda mi realidad, pero déjame intentarlo, déjame hablarte de mí y de lo que ha sido mi vida, conóceme un poco antes de juzgarme mal como me estás juzgando, sé que no soy un tipo alegre y comunicativo, sé que tal vez soy todo lo contrario, pero no soporto ver que no confías en mí, que hay una especie de muro entre nosotros que no he sabido romper o que incluso he ido haciendo crecer, pero déjame que intente derribarlo.

Sigues tirando de mí, sigues devastando aquellas limitaciones que me he impuesto y hundiendo la calma en la que he vivido desde hace tanto tiempo, sigues infiltrándote por los rincones de mi alma sin que pueda evitarlo ni pueda decir por qué, solo sé que estás aquí por algo y que no puedo hacer como si no existieras, como si la vida no siguiera a pesar mío, como si no estuviera vivo.

Desde que llegaste sé que lo estoy, desde que te vi la primera vez mirándome con aquella prevención y aquella indiferencia insultante que yo te provocaba con mi aspecto serio y huraño, me has hecho entender que no puedo seguir con mi vida de esta forma, solo espero que me digas cómo, cómo debo seguir ahora que has roto mi calma y me has obligado a salir al mundo otra vez, dime cómo continúo si no sé de dónde cogerme, si no sé por dónde se quedó todo y no hay un hilo conductor de todo aquello que se acabó roto en el pasado, dime cómo volver a empezar, si puedes, si me das la oportunidad de estar en tu vida, de ser algo para ti, no sé lo qué, pero ser, estar.

Sigues imprimiendo los días de afanes nuevos, de curiosidad, de encuentros que a veces no me atrevo a afrontar no por timidez, sino porque sé que no confías en mí y no quiero dar la impresión de forzarte a aceptarme cerca, sigues haciéndome ver mañanas cargadas de ansias nuevas y distintas, de anhelos no colmados, de ambiciones que creí irrecuperables, de esfuerzos que hace tan solo dos meses jamás habría hecho, me imprimes coraje y valor, me estás obligando a vivir de nuevo aunque ya no quede nada del hombre que fui, como si me estuvieras creando cada mañana al verte pasear desde mi ventana, al oírte reír las ocurrencias de mi padre y distinguirme a lo lejos cogida de su brazo anciano acompasando tus pasos jóvenes y vitales a los suyos tan lentos y vacilantes, no sabes cuánta vida has traído con tu llegada, cuánta alegría con tu tristeza, cuánta vitalidad con tu melancolía, no te imaginas cuánto nos estás dando en tan poco tiempo ni cuánto hemos llegado a quererte estos dos solitarios y tristes hombres que no sabían la soledad en que vivían hasta que llegaste tú para espantarla.

Sigues tirando de mí en este mismo instante mientras miro como sigue nevando y la luz de tu ventana al otro lado de los árboles se ha apagado, el faro que me ilumina cada noche se va casi cuando llega la madrugada, en el momento más oscuro, antes de rayar el día, justo el instante más frío y más sombrío que coincide con el que tú te vas a dormir. Te imagino igual que te vi y no quiero imaginarte, ojalá no te hubiera visto, ojalá nunca hubiera subido hasta tu cuarto para comprobar que estabas en casa y que estabas bien porque ahora no puedo desprenderme de tu imagen por más que lo intento y me da miedo pensar que tiene algo que ver con lo que siento, con lo que estoy empezando a sentir por ti.



Había comenzado a nevar de madrugada, en el momento más frío y oscuro de la noche mientras ella, sin poder dormir, leía los e-mails que le iban llegando poco a poco, a borbotones que parecían surgir de repente tras una canción o un poema concreto.

La voz de Ana, rotunda, grave y acariciadora, recitaba los versos con un sentimiento que ella reconocía falso y premeditado al que sin embargo ya se había acostumbrado.

Cientos de veces había sido testigo de esa distancia no exenta de frialdad con la que ella leía en antena pero hasta entonces lo había relacionado con una profesionalidad fuera de lo común y no con la insensibilidad o el desafecto. Siempre creyó que Ana guardaba distancia entre su sensibilidad y su trabajo para no mezclar ambas cosas, para no dar más de sí que lo que el programa requería, como una defensa, incluso a veces confundió su celo profesional con verdadero amor por la labor que realizaba. Hoy sabía que era completamente falso, que su voz, tan popular y esperada, tan estimada en la declamación, no era más que una postura forzada, una cordialidad que enmascaraba el desapego real por cuanto hacía.

No sabía cuándo a lo largo de todo ese tiempo se había dado cuenta de eso, tal vez por fuerza de escucharla, que era algo que hasta entonces no había hecho. Parecía mentira, quince años y en realidad no sabía nada, absolutamente nada de aquella mujer con la que había trabajado codo con codo cada tarde, sino que tenía que alejarse, comenzar a tomar distancia, ser conocedora de aquella verdad oculta, para darse cuenta de quién era realmente cada cual.

Noches de tortura escuchando su voz, escuchando sus comentarios, escuchando los textos que ella elegía y le seleccionaba como si buscara en ellos una filosofía de la que personalmente carecía o una sensibilidad para la que no tenía un lugar en el cuerpo donde guardarla. Aquellas modulaciones de voz, aquellos silencios premeditados, aquellas expresiones pseudo-filosóficas, aquellas frases que repetía en antena como un mantra, que parecían ser buenas costumbres y que no eran más que subterfugios y rellenos, superfluos términos o giros que añadía cuando estaba saturada de vacíos y de poemas que llevaba tantos y tantos años repitiendo, puras fórmulas de monólogos cada vez más carentes de profundidad, locuciones dejadas al azar de la inspiración momentánea, actitudes ensayadas de falsa sensibilidad, palabras y más palabras que no significaban nada.

La noche entera intentando no oírla, sino escucharla para poder ir conociendo a la persona en que se había convertido de repente, en la falsa amiga, en la traidora, tal vez en la mujer enamorada que antaño siempre tenía problemas para vivir una relación y que ahora parecía asentada firmemente en la vida marital y que formaba parte de ese grupo de mujeres que pasan de un día para otro de solteras a casadas y se les confiere un halo de singularidad que antes no

tenían, como si por el hecho de vivir en pareja les hubieran sido revelados todos los secretos de este mundo. Toda la noche intentando acostumbrarse a su nueva personalidad, a la condición distinta de ser mujer y no de simplemente mujer, a la condición de compañera, de pareja, de amante, a la nueva Ana que parecía haber surgido de pronto de la mano de Bran.

Ella, sentada en la penumbra de la buhardilla, intentaba ver en aquella voz todo lo que veía antes y no lo conseguía. Le costaba escuchar ciertos términos y creer que no se trataba de mensajes velados, de indirectas o de insinuaciones hacia ella y hacia su historia, escucharla decir la palabra amor en antena, algo que había hecho más de mil veces, se había convertido de repente en un insulto. Observaba la luz en la buhardilla de enfrente, veía la silueta insomne de Marcel y leía las entrelíneas de sus mensajes de viudo que le ponían enferma de los nervios dándole ganas de gritar que sabía que todo aquello era falso, que no era sino otro fraude al amor el que hacía con aquellas misivas rellenas de una sobreactuada tristeza.

No lograba ver en él, cuando lo veía durante el día, la parte sensible que mostraba durante la noche ni al tipo romántico que escribía poemas falsos y recibía día a día cartas de consuelo de oyentes femeninas que al parecer soñaban con un hombre que en realidad no existía.

¿Cómo se podían cometer tantas arbitrariedades en nombre del amor, cómo se podía arrastrar ese término en pos de cualquier otra acción y usarlo como justificante a tanta acción egoísta y vil por parte de aquellas personas? ¿Acaso ni Ana ni Marcel eran conscientes de su falsedad?

Como cada noche en que la rabia había sustituido a la pena y al sentimiento, se fue a dormir enfadada y sintiéndose engañada por el mundo, como si todo hubiera conspirado para hacerla sentir así y, cuando tras unas pocas horas de sueño despertaba, se seguía sintiendo engañada, timada por el universo entero y, lo que era peor, despojada de cualquier esperanza, como si con ese uso indebido de la palabra amor hubieran roto cualquier certeza en su existencia y cualquier expectativa de futuro.

Tal vez con el tiempo se convirtiera en una mujer amargada, solterona, solitaria y perturbada, de esas que crían docenas de gatos, huyen del trato social y acaban teniendo síndrome de Diógenes.

Tal vez ese proceso ya comenzó cuando decidió apartarse del mundo y marcharse a vivir a un lugar solitario como ese y cuando tuvo la feliz idea del trabajo en domicilio, quién sabe, tal vez todo aquello, aquellas infinitas ganas de huir no eran más que el comienzo de un futuro incierto y antisocial que estaba comenzando a desarrollar.

Había nevado a la orilla del mar según rezaban las noticias y quiso ir a verlo. Su jardín estaba cubierto de un manto blanco fino y de pocos centímetros pero seguía nevando de forma constante y suave, sin parar pero sin excesiva prisa, como si quisiera darle tiempo a acostumbrarse a ver algo tan inusual.

Cuando oyó el timbre de la puerta supo que Salvador no podía ser. El pobre hombre no se había quitado bien el resfriado desde un mes atrás y jamás se atrevería a salir en plena nevada.

Marcel era quien estaba en la puerta con cara de frío y la misma expectación que cualquiera de los colegiales que no habían ido esa mañana a la escuela.

—La playa está nevada, vamos, demos un paseo.

Malditas las ganas de dar un paseo con él. Se puso dos pares de calcetines bajo las botas, la chaqueta más gruesa que encontró en el armario y bufanda, guantes y gorro de lana. La nariz se le puso roja en el mismo instante que cruzó la puerta y los dedos comenzaron a dolerle del frío. Lo más fácil habría sido decirle que no, incluso mientras se ponía los calcetines pensó en revelar la puñetera verdad, sé quién eres y sé lo que haces, canalla, pero luego imaginó que la sola razón de haberlo visto en la buhardilla escribiendo mientras recibía el e-mail pecador no era

suficiente prueba, en todo caso siempre sería una afirmación circunstancial que podía crear una duda razonable sobre su culpabilidad, así que, pese a eso y pese a ella misma, salió con Marcel a ver la nieve sobre la arena del mar.

Las noches de ese último mes se reflejaban en sus ojeras y en su poco aplomo, parecía como si de un momento a otro tuviera que quebrarse bajo el peso de sus propios sentimientos o de su propio cuerpo que no le respondía con la misma intrepidez de antaño.

Esperaba que Marcel al menos no fuera tan crio como para jugar con ella a las bolas de nieve, no tenía ganas de juegos, ni de paseos tampoco, la verdad, así que rezaba en su fuero interno porque no ocurriera nada que le hiciera tener un movimiento en el cuerpo o en el alma.

Tal vez por eso, porque esperaba que no sucediera nada, que el paseo fuera algo frío entre ambos, dos desconocidos, o bien porque le tenía tomada la medida a las mentiras de aquellas cartas que él escribía, que le impresionó el deje triste y real de sus frases cuando dijo que lo que más echaba de menos de su viudez era no poder compartir esas cosas tan simples, un paseo, una charla, la nieve, el sol, las cosas cotidianas que desde hacía demasiado tiempo habían dejado de tener razón de ser.

Le dejó hablar más por curiosidad que por otra cosa. En su presunción sabía que iba a mentirle tarde o temprano y esperaba esa mentira, esas palabras que le hicieran caer en un equívoco o en un desliz, esperaba cualquier contradicción o lapsus, pero no se esperaba que él pareciera tan sincero cuando por primera vez le habló de Lucía y de su vida sin tapujos.

Lo dejó hablar absorbiendo cada palabra cada vez con menos inquina, con menos rabia, creyendo que se estaba dejando llevar por lo mismo que todas aquellas personas que respondieron a su llamada de auxilio desde la radio y que hasta podía terminar creyéndole pese a saber que, aunque fuera en parte verdad, no estaba haciendo más que mentir, tal como Ana mentía o tal como mentían los oyentes por e-mail o por la web, para ser quienes no son y para vivir lo que en realidad sueñan con vivir.

Le describió cómo se conocieron y cómo se fueron distanciando hasta llegar al punto del restaurante y hotel rural, le confesó con cierta vergüenza que había estado a punto de comprar lo que hoy es su propiedad y ella no tuvo más remedio que decirle que ya lo sabía, que su padre no era muy bueno guardando secretos. Lo que no le habrá contado, porque no lo sabe, es que estábamos al borde del divorcio.

No, eso no se lo había contado. Eso era completamente nuevo. ¿Al borde del divorcio? Una persona que le pone a otra en la tumba que jamás la olvidará, que le jura amor eterno ¿al borde del divorcio?

Había muchas cosas a las que no le ponía voz, demasiadas cosas que no le podía contar, demasiados recuerdos que prefería guardar por la vergüenza típica a ser descubierto en su más profunda intimidad. Se atrevía hasta cierto punto a redactarle someramente los hechos y las anécdotas, las circunstancias y efemérides diversas representativas del noviazgo o de los años de matrimonio, pero no las frustraciones ni los deseos, no las sensaciones más bellas o las más ruines, había un espacio que guardaba para él y que sin embargo podía saltar de un momento a otro por encima de aquella biografía ya inexistente, de aquel pasado que para él estaba tan presente, secretos que guardaba celosamente, actos verificados y completamente inocentes, detalles íntimos que se quedaban en el tintero y que le dejaban un regusto de irrealidad, de dejar a medias algo que en el fondo conserva mucha mayor profundidad pero que prefiere obviar como si al menos contando parte de un todo completo pudiera desahogar una pequeña parte de lo que en realidad necesitaba contar en voz alta.

Palabras que se quedaban al borde de la sinceridad sin llegar a ser falsas, hechos que dejaba

incompletos al pasar por encima de las sensaciones que produjeron, actos consumados que guardaban un significado que no dejaba siquiera entrever en las entrelíneas de aquel discurso biográfico que se quedaba a medio llenar con los sentimientos y las sensaciones en las que él no quería profundizar.

Siguieron paseando a intervalos de silencio forzado, de arrepentimientos, no sé por qué te he contado esto, de pocas perspectivas de futuro, de compromisos que no se atrevían a aceptar, no sé si ir o no ir, de mudas culpabilidades y de callada melancolía.

A lo lejos, justo en la parte contraria a donde estaban, se podía ver a los críos jugando con la nieve, haciendo muñecos casi en la orilla del mar con envidiable alegría e inocencia, como casi todos los juegos infantiles. Ellos, varados en aquella roca, guardaban silencio y se preguntaban qué narices estaban haciendo ahí. Dos extraños, dos personas que se conocían de dos meses y que no tenían nada en común salvo al parecer un programa de radio y un secreto.

¿Y tú qué? le preguntó de repente, ¿desde cuándo bebes hasta perder el sentido y desde cuando llevas ese tatoo?

La imagen de él tapándola aquella lejana mañana de borrachera y la notita con el halago de su tatuaje la hicieron sonrojar.

Era algo que había intentado olvidar sin conseguirlo del todo y que él en ese momento le recordaba con una sonrisa cómplice que no esperaba.

—Voy a confesarte una cosa... hacía dos años, casi tres que no veía a una mujer desnuda, fue un shock —pero su sonrisa, que por una vez le había llegado a los ojos, quitaba cualquier pensamiento lascivo y grosero a esa afirmación algo desvergonzada de por sí y añadía un vago sentimiento de compinche al hecho de haberla visto en pelota picada y completamente borracha sobre la cama deshecha.

—A mi padre le dije que tenías gripe y que no te molestara, pero no he dejado de preguntarme qué te había pasado para llegar al coma etílico.

No pensaba contarle nada, un mal día, se dignó a responderle misteriosa mientras él asentía mirando al mar.

—Lo conozco, he tenido algunos de esos.

Luego le contó unas pocas borracheras de las tuyas, de esas borracheras infames que hacen época y logró arrancarle las primeras sonrisas sinceras en mucho, muchísimo tiempo.

Recuerda perfectamente cómo la invitó a coger una "a medias" el sábado para celebrar su cumpleaños y tener la excusa perfecta para no ir a una cena que los amigos habían preparado en su honor y para su deshonra ya que no pensaba acudir de ninguna de las maneras. Recuerda la naturalidad de los gestos, el pensamiento sucio de preguntarle por qué no invitaba a cualquiera de aquellas mujeres con las que se escribía con la complicidad del programa de radio y al que no se atrevió a ponerle voz, recuerda el tonto instante en que le dijo que sí, que le apetecía quedar para tomar una copa.

—¿En tu casa o en la mía?

—En la tuya, en la mía está mi padre.

Y recuerda lo nerviosa que se puso cuando al despedirse en la puerta de casa le dio un beso casto en la mejilla y se despidió hasta el sábado, recuerda que dejó de nevar y recuerda que pensó inmediatamente en buscar una excusa que le permitiera salir de casa ese día y darle plantón pero no encontró ninguna.

Siguió observándole por la noche cuando se levantaba a escribir y se preguntaba a quién de todas aquellas bobas estaría escribiendo, si se citaría con ellas o si es que tal vez solo necesitaba esa compañía epistolar para llenar sus noches y no buscaba nada más allá de la pura amistad,

comenzó, desde ese día de la nevada, a disculparle las hazañas de no saber escribir poemas y a pensar que tal vez hubiera mucho más que no le había contado a ella durante el paseo, y pensando sin parar se le ocurrió la idea de escribirle como si fuera una oyente más, inventándose un perfil falso y una dirección de correo electrónico, como si hubiera conseguido su dirección a través de la emisora, dejar de ser ella misma y ser una de aquellas muchas personas que se habían sentido conmovidas por su historia sentimental.

Se sentó delante de la hoja de Word que tenía en blanco para el libro que no estaba escribiendo, buscó un nombre que le permitiera guardar el anonimato y comenzó una epístola sentimental y fácil de amores frustrados y caídos en el olvido imposible, en la necesidad de amor y de alguien que la escuchara, en la urgencia de las amistades verdaderas y en la indigencia de la soledad más cruel.

Casi sin querer comenzó a escribir parte de sus vivencias, a contarle extensamente la traición de aquel hombre y de aquella amiga, sin dar nombres ni datos reales, desfogó en palabras aquellos sentimientos que no había expresado por vergüenza y porque no encontraba a quién, explayándose sin querer en su propio drama, extendiéndose en detalles que comenzaba a ver a medida que los escribía, sin darse cuenta de que aunque usaba un nombre falso era de sí misma de quien estaba contando tanta verdad, y cuando terminó, cuando tras pensarlo varias veces le dio al enter y envió su primer mensaje en una botella, como diría Ana, se dio cuenta de que había estado necesitando escribir todo aquello, que el anonimato la protegía de ser juzgada y criticada, que la distancia la ponía a salvo de cualquier calificación y que el simple hecho de ver en palabras escritas aquello que había vivido le daba una extraña sensación de libertad que no había sentido en todo ese tiempo.

“Escritor es una persona que hasta sus más íntimos pensamientos y sus más recónditos sentimientos necesita escribirlos, plasmarlos en palabras, ponerlos por escrito para poder darle una forma real” había leído una vez.

Y puede que fuera verdad.

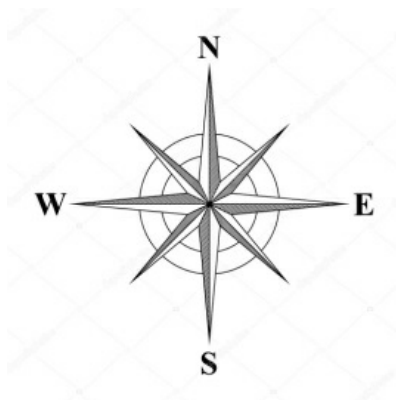
Siguió trabajando, leyendo, buscando, escuchando el programa y continuó vigilando la buhardilla de Marcel en espera de una contestación que en cuanto llegó una hora después resultó ser tan conmovedora y tan emotiva como no se había esperado.

Intentó buscar entrelíneas algo similar a la personalidad de Marcel sin llegar a encontrarlo y sin embargo parecía escuchar aquella voz que en la playa se había vuelto casi íntima a medida que avanzaba por la carta, como si fuera él quien estaba dictándola.

Le pareció ver un par de frases conocidas, como si se hubiera apropiado de algún concepto ajeno, pero pensó que eso podía ser debido a que era un ávido lector, como ya sabía, y salvo que firmaba con otro nombre, la carta le pareció coherente y sincera. Intentó buscarle defectos y lagunas, pero, excepto una notoria insuficiencia verbal en la que repetía palabras o equivocaba algún significado, no halló ninguna. Marcel, o sea Chris, que era como firmaba, perfectamente podían ser la misma persona solo que en la intimidad de una carta y en el apoyo de la invisibilidad, este se explayaba como seguramente no se atrevería a hacerlo de ningún otro modo.

Decidió dejar de buscar excusas para no quedar con él el sábado siguiente y hasta llegó a pensar que ella, que de verdad lo conocía de forma personal, tendría mayores ventajas frente a las demás oyentes que pudieran escribirle.

Solo en la cama, varias horas después, se preguntó para qué querría ella tener ventajas sobre las demás.



El sábado por primera vez en toda la semana Salvador fue con ella a dar su acostumbrado paseo por la playa y a comprar el pan en el pueblo, solo que ella tenía más la cabeza en las nubes que de costumbre.

Había cruzado tres cartas con Chris, o sea, con Marcel y en cada una de ellas parecía descubrirle algo distinto que poco o nada tenía que ver con el ejemplar machuno serio y poco comunicativo que había sido su vecino hasta el día de la nevada, de hecho, si no había buscado y encontrado una excusa para no quedar esa noche con él, había sido única y exclusivamente por el recibo de aquellas tres cartas que le habían dotado de algo similar a un alma.

Las frases de la playa, cuando le habló de su mujer, habían terminado con la palabra divorcio y un cierto resquemor, luego cambió de tema y ya no volvió a ser, ni por asomo, la persona que había comenzado a hablar.

Tras todo lo leído, ahora se creía capaz de rasgar un poco aquel caparazón en el que se resguardaba y, cuando pensaba así, inmediatamente se preguntaba para qué. ¿Para qué narices quería ella meterse en la vida de nadie, rasgar ningún caparazón o lograr ser la mejor amiga que aquel corazón solitario necesitaba? Seguramente Mara le diría que ese corazón lo que necesitaba era un buen meneo y no una mejor amiga, sino una buena amiga de esas que hacen buenos favores, pero Mara era así de desnaturalizada, ella desconfiaría por instinto de un tema tan puramente emocional.

Seguía haciendo un frío de muerte, pero respirar ese aire tan puro y fresco era un alivio para sus pulmones atiborrados de tabaco y para su mente atiborrada de encierro.

El pueblo a lo lejos se veía tan bello como cada día, a veces con bruma, a veces con sol, entre las cortinas de lluvia o entre el viento otoñal de semanas atrás siempre se veía perfecto hasta el punto de sorprenderle cada vez que salía a la playa y lo miraba, descubriéndolo de nuevo como si fuera la primera vez.

Era como si no terminara de existir, como si entre las nubes bajas de la densa niebla de invierno o incluso en la reverberación del sol de una futura tarde de verano fuera imposible que algo tan bello pudiera estar enclavado de esa forma y en ese lugar dotando de tanta perfección un entorno tan ya de por sí delicado y delicioso.

Lo había descrito en las primeras páginas de su libro recordando las sensaciones y los rincones recién descubiertos que la llegada del invierno junto a su clausura voluntaria no le habían dejado volver a ver con la paz suficiente como para evocarlos de forma precisa y concreta, y que sin embargo podía describir echándole un poco de imaginación que tapaba las carencias reales de detalles o pormenores.

Había en aquel lugar una delicada y serena existencia que le resultaba casi imposible detallar en el libro.

Cómo relatar la afable sonrisa de los vecinos y sus voces o acentos, el olor del pan recién hecho junto con el de la mantequilla de los croissants y el aroma del café, cómo referir el blanco engalanado de sus calles que los geranios rompían en un multicolor coso de viveza y naturalidad, cómo narrar el vía crucis doloroso de una empinada calzada romana con adoquines de piedra lisa que llevaban a un camposanto donde los muertos vivían entre flores naturales y desde donde se veía el mar, cómo contar las cien mil batallas de aquel castillo derruido pero aún épico y que aquellas piedras convertidas en ruinas habrían albergado, su pasado moro y su futuro reposado robado a la forma de vida moderna, el soplo de la tramontana, el susurro del viento entre los muros y los árboles, el aroma de la playa y las barcas, el graznido de las gaviotas, la paz de los domingos, el repique de las campanas en la iglesia de la plaza, la suavidad con la que parecían deslizarse las horas y los acontecimientos en un lugar que salvo por unas pocas excepciones dramáticas todo el mundo moría de viejo y en perfecta armonía.

Cómo explicar tanta delicadeza y tanta paz en un momento y lugar donde el resto del mundo parecía inmerso en una tercera guerra mundial, donde solo se hablaba de crisis, de paro, de economía, de índices de riesgo, de primaveras sangrientas, de dictadores y sátrapas, de huelgas y pérdidas en bolsa, ecosistemas destruidos, contaminación, tormentas solares, tormentas bursátiles, atentados terroristas, caída del capitalismo y fin del mundo no solo según el calendarios esotéricos, sino según cualquier persona que asomara la nariz tras las hojas de un periódico.

Cómo se podía permanecer ajeno a todo aquello en un lugar en el que nada parecía real salvo el transcurrir del tiempo desperezándose en mañanas lluviosas y tardes de recogimiento donde la luz se despedía diciendo adiós como si fuera la mano de un amante secreto en la estación de un tren, con la promesa de un retorno pero sin la convicción de que ese regreso fuera radiante y gozoso. Días de brumas y de otoño, de nieblas y hasta nieve junto al mar cercando la esperanza de primaveras y veranos plenos que siempre parecen lejanos y que al final ni siquiera se echan de menos.

Cómo contar todo aquello que solo se puede sentir y que parece irreal.

Cuántos lugares en la literatura habían sido inventados y cuántos reales, y en medio de ellos, cuántos lugares inventados eran reales de verdad pero con otro nombre y otras vivencias que les hacían pasar por territorios que solo habían existido en la mente de su autor. Macondo, Avalón, la Atlántida, Garmendia del Viento, Comala, Troya, Oz, Narnia, Mágina, Vetusta, La Tierra Media, La isla de las manzanas, Tara, La ínsula Barataria, lugares y más lugares enclavados en el tiempo y en el espacio, en el ser o no ser y que sin embargo son totalmente ciertos cuando estamos inmersos en su lectura y en sus descripciones, lugares de los que no dudamos ni por asomo de su verdadera existencia pese a lo insólito de los acontecimientos que en ellos tienen lugar y que nos son narrados.

“Si las palabras y el orden de una novela son eficientes... el lector, al leerla, quedará tan sugestionado y absorbido por lo que ella le cuenta que olvidará por completo la manera en que se lo cuenta y tendrá la sensación de que aquella novela... es la vida misma manifestándose a través de unos personajes, unos paisajes y unos hechos que le parecen nada menos que la realidad encarnada, la vida leída”

Tenía las palabras de Vargas Llosa siempre presentes cuando comenzaba a dudar de su pericia de escritora, cuando las fuerzas le fallaban o cuando la imaginación no quería imaginar, cosa bastante frecuente en los últimos días en que por más que lo intentaba no lograba sacar unos

personajes dignos de ser descritos y que parecían impregnados de una mediocridad y una falta de calidad literaria solo digna de principiantes sin don o ingenio y soñadores sin futuro como por lo visto era ella.

No había nada en el mundo que le hiciera pensar que algún día terminaría por escribir ese libro, ni siquiera el haber comenzado por fin.

Cuántas tardes de concentración para escribir algo que se le estaba resistiendo hasta límites insospechados, cuántas tardes y noches de abstracción, de buscar palabras, de encontrar significados, de comparar estilos y formas, de leer y leer todo cuanto cayera en sus manos en un intento de lograr poseer un tema que desarrollar, un estilo propio, una forma, un tiempo, un contenido válido con unos personajes especiales y con personalidad.

Sobre qué escribir, qué contar, qué decir, ella que siempre había permanecido a la sombra de palabras dictadas, que soñaba y soñaba sueños imposibles de llevar a cabo y que ahora, ante su callada e inerte pluma, comenzaba a ver como quimeras e ilusiones pueriles que chocaban de frente con su realidad, con su vacío narrativo, con su falta de ideas y su carencia de carácter al plasmar en palabras cualquier cosa que no se hubiera dicho y de mejor manera en cualquier libro ya escrito

La vida misma manifestándose.

Y la vida misma era lo que tenía delante de sí, aquel lugar, aquellos pasos en la arena, aquella vida ya vivida de Salvador, aquella que ella ni siquiera podía pensar en haber vivido, en todo lo que tenía por venir y todo lo que quería dejar atrás, en todo lo imaginado, lo sentido, lo visto y escuchado, lo percibido y lo ignorado, en todo lo real y lo irreal que se daban la mano en aquellas brumas y en aquellas costas que parecían sacadas de cualquier libro o de cualquier mente, las ruinas de la Atlántida, las brumas de Avalón, el frío con aroma a brasero de olivo de Mágina, los vuelos en esteras voladoras de Macondo, las gentes de Vetusta, los ejércitos de la Tierra Media, la magia de Narnia, los espíritus de Comala, ella misma en ese momento y en ese lugar, todo cierto y todo incierto, la vida y el sin vivir, la muerte y la esperanza, los sueños y las duras realidades, los empeños y los abandonos, esto y ahora, aquello y lo de antes, un mañana que solo podía imaginar, tal como solo podía imaginar que el tiempo y el espacio se dieran la mano en un lugar similar y en un momento como este.

Salvador la trajo de nuevo a la realidad preguntándole por la cita de esa misma noche con Marcel.

—No sé qué le habrás hecho pero has conseguido hacer algo que yo no he conseguido en dos años. que saliera de casa un sábado por la noche.

Dos años. El mismo tiempo que Ana y Bran habían estado juntos a sus espaldas.

Dos años, hora tras hora, día tras día, semana tras semana. Se sentía protagonista de una historia que nada tenía que ver con ella. No le había hecho nada a Marcel salvo escribirle esas cartas haciéndose pasar por otra persona al igual que él se las contestaba haciéndose pasar por el tal Chris, o sea, solo estaban mintiéndose el uno al otro, contándose una sarta de embustes, palabras que poco tenían de ciertas.

No contestó nada, se limitó a sonreírle y el viejo la miró como si esa sonrisa escondiera algo que quisiera velar a su escrutinio, le dejó imaginar lo que quisiera o lo que le viniera en gana imaginar sobre ellos dos. Curioso término, ellos dos.

El café le supo más amargo que de costumbre y el periódico daba más malas noticias que el resto de días, pero no identificó ninguna de las dos cosas como una señal de mal fario sino que siguió empeñada en vivir ese día con el mismo empeño que había puesto en los restantes días de los últimos meses, ninguno.

La cita nocturna la sacaba un poco de la rutina pero sin llegar a conmocionarla, sin llegar a crear expectativas de absolutamente nada fuera de lo habitual en cualquier cita. No podía echar mano de la amistad y carácter íntimo de las cartas así que debía permanecer al margen sin destapar su secreto, algo que tal vez a la cuarta copa le pareciera nimio y sin sentido, porque ¿qué sentido tiene mentirle a alguien para ser su amigo cuando en realidad ya le conoces lo suficiente como para saber que no es posible la amistad? ¿Por qué Marcel la atraía por un lado y la repelía por otro? Y sobre todo ¿qué narices pretendía hacer, hasta donde pensaba llegar? Ella, que aún no se había repuesto del golpe de Bran y mucho menos de su traición ¿se estaba cogiendo a un clavo ardiendo para no sentirse tan sola, para tener algo a lo que aferrarse, para levantar un poco su autoestima como mujer?

Si quería compañía tenía a su hermana, a Mara, a su madre, tenía un par de amistades que aunque se vieran poco podía acudir a ellas, tenía a María, aquella oyente que había vivido con ella parte de su separación, no le hacía falta buscar a nadie más y no necesitaba a nadie más que a la gente que conocía y que la quería desde mucho antes de que todo aquello ocurriera. Salvador y Marcel habían entrado en su vida, vale, pero también había entrado la panadera y la camarera con las que charlaba cada mañana y no por eso quedaba con ellas para irse de copas.

Tú lo que necesitas es un buen polvo, le había dicho Mara en una de aquellas intervenciones tuyas tan elocuentes en las que nunca llegabas a saber si hablaba en serio o en broma.

Vale, también podría ser que fuera eso, que necesitara “calor humano”, era una teoría válida, que tuviera las hormonas revolucionadas, que no pudiera soportar el celibato prolongado, que Marcel, allá en el fondo la atrajera sexualmente hablando, que simplemente necesitara valerse del sexo para autoafirmarse, reivindicarse, demostrarse a sí misma que no era la perra gélida que Bran la acusaba de ser, que tenía algo que dar a un hombre sin castrarlo y sin hacerle sentir inferior, o tal vez quisiera sentirse ahora superior iniciando una relación sin sentimientos, sexo por sexo, una relación que la satisficiera sin involucrarse sentimentalmente, como se supone que son las relaciones de mujeres dominadoras que exigen sin otorgar y que toman sin dar, una femme fatale que se pone una máscara de fortaleza y seducción para no ser dañada, para no sentir nunca más el dolor de un amor frustrado o de una traición.

Pero ella no era así, no encajaba en ese perfil, más bien era una ilusa, una náufrega que intentaba de alguna manera dar brazadas para no terminar de ahogarse, para no hundirse agarrándose a cualquier cosa que le sirviera de tabla de salvación aunque fuera por unos instantes.

Una copa, una buena conversación y punto. Tres cartas, tal vez unas pocas más hasta llegar a creer que su mundo tiene algún sentido. Tal vez saliera con Mara una noche de estas, tal vez la paella con su hermana la animara, tal vez fuera a ver a su madre que siempre le echaba en cara por teléfono lo poco que se veían, tal vez un cine, tal vez un viaje ¿Por qué no? Fingir la vida hasta que esa ficción se convirtiera en realidad, hasta que la fuerza de la costumbre borrara cualquier tipo de costumbre anterior, simular normalidad hasta que todo vuelva a ser normal, hasta que pase suficiente tiempo para cerrar las heridas, hasta que todas las aguas vuelvan a su cauce, hasta que todo sea como antes del cataclismo que asoló su vida.

Intentó que aquella cita no rompiera su monotonía y, salvo limpiar a fondo el comedor y los baños, no hizo absolutamente nada que no hiciera cualquier otro día fuera sábado o lunes.

No tenía por qué leer los e-mails de la emisora ni por qué trabajar, sin embargo, a media mañana se sentó a leer y a buscar poemas con la misma insistencia de siempre.

Tenía el trabajo adelantado, no había vuelto a hablar con Ana ni por el chat negándole la oportunidad de explicar algo o de fingir cualquier tipo de compañerismo o trato aunque fuera por

puro celo profesional. Mandaba los mails acostumbrados con la programación y la selección de música o poemas elegidos y del resto ya se encargaba ella desde la oficina y en producción, no les hacía falta hablarse siquiera, todas las palabras sobraban entre ambas y la muralla de silencios crecía y crecía cada día un poco más hasta que al final resultaría imposible saltar por encima de ella, pero eso exactamente era lo que buscaba, que ese muro que estaba levantando la apartara por completo de todo lo que pudiera tener el tufo pestilente de la traición o hasta que esta dejara de importarle lo suficiente como para hacerle frente.

El saber que Bran y Ana estaban juntos le había hecho cerrar página definitivamente y abandonar cualquier posible esperanza o cualquier cosa similar a ella. Sabía que ya no había marcha atrás. Era curioso porque si algo hizo bien durante los meses de separación fue no crear esperanzas ni expectativas, al menos firmemente, no se engañó ni un solo instante, ni una sola vez se hizo ilusiones de una reconciliación, y sin embargo, el saber que él, de verdad y no como excusa, estaba con otra y que esa otra era Ana, finiquitó cualquier otro pensamiento y le quitó la angustia de imaginarlo con una mujer sin rostro para darle la dimensión real a las pesadillas y a los pensamientos. Ante ella surgió la pura realidad y con ella llegó la renuncia definitiva a sus sentimientos y el amparo amigable de la soledad.

La soledad...

Tal vez lo que peor llevaba de esa soledad era la hora de la comida.

Podía estar todo el día sola, sumergida en cien cosas o en ninguna, pero la sensación de comer sola, sentada en el comedor recién estrenado de la casa, se le hacía insoportable. Solía comer de pie en la cocina algún plato preparado que siempre le resultaba excesivo o cualquier otra cosa que no necesitara una preparación previa. Adiós a las dietas y a las comidas elaboradas, adiós a la alimentación correcta, un trozo de pan con algo dentro y un buen café después era su única forma de alimentarse.

La melancolía se dejaba caer como una losa cuando intentaba la parodia de sentarse con un plato delante del televisor viendo las noticias, le resultaba insoportable ese chocar de los cubiertos, el eco de estos repitiéndose en el hueco de la escalera, la sensación de que faltaba un comensal al lado, la falsa necesidad de orden que impregnaba esa acción. Prefería cualquier cosa antes de sentirse asolada en aquel lugar que podía acoger a una familia entera y solo la acogía a ella en una esquina como si la ausencia de otras personas fuera un reproche mudo de los muebles que compró y de la decoración y de la vida que intentó insuflarle a esas cuatro paredes que ella hubiera querido llamar hogar. Todo aquello solo hacía más patente el abrumador destierro en que vivía. No el que eligió para vivir, sino el que le fue impuesto.

Imaginó que, como todo, se iría con el tiempo. Seguramente llegaría un momento en que ni siquiera echaría de menos las conversaciones de sobremesa, los comentarios sobre noticias o el quehacer diario, tal vez terminaría hablando sola en voz alta o tal vez se callaría para siempre, no lo podía saber, solo sabía que por el momento era algo que se le hacía intolerable.

Tal vez lo peor no era tan solo la hora de comer, sino incluso la de dormir. Por eso había desarrollado aquel insomnio perro y cruel del que solo huía a base de pastillas o de alguna borrachera ocasional por decadente que pudiera parecer.

Ahí sí que echaba de menos a Bran, aunque este le hubiera dado dos meses de ventaja para acostumbrarse a dormir sin él. Echaba de menos el calor de las sábanas, el aroma de su cuerpo, el tacto de su piel, el simple acto de extender la mano y tocarle, hasta sus soplidos nocturnos la hacían sentir en compañía, se sabía custodiada, guardada de todo por aquel que luego la abandonó desertando de ella y de su cama como quien deserta de un ejército y de un país asumiendo de esa forma que la convivencia entre ellos solo había estado llena de batallas y

guerras, olvidando los buenos tiempos de paz y concordia.

Tal vez era por ese vacío que ahora tenía que echar botellas al mar en forma de cartas, de e-mails a una persona casi desconocida, tal como hacían los cientos de corazones solitarios que enviaban su dirección o su correo electrónico para que Ana lo dijera en antena, que colgaban poemas en la web, que se carteaban con rostros anónimos y almas torturadas que buscaban huir de la soledad siempre más acentuada en la oscuridad de una noche larga en la que por más que estires la mano no hay una piel que tocar o un cuerpo que hallar al lado.

Mensajes en botellas, gritos silenciosos, a veces alegres, a veces angustiosos pero siempre solitarios, soledad aceptada, soledad rechazada, eludida, admitida, buscada o impuesta, pero siempre soledad.

Y Marcel fue un buen sustituto para aquella de la que pretendía esconderse cada noche, durante unas horas al menos, las horas que duraron las conversaciones, las anécdotas, algún secreto confesable y las dos botellas de vino que no lograron que se emborracharan lo suficiente como para hacer cualquier cosa de la que luego se pudieran arrepentir o de la que pudieran sentirse orgullosos, nada salvo lo que en principio él había propuesto y ella imaginado: conversación, unas copas y cada uno a su casa, punto.

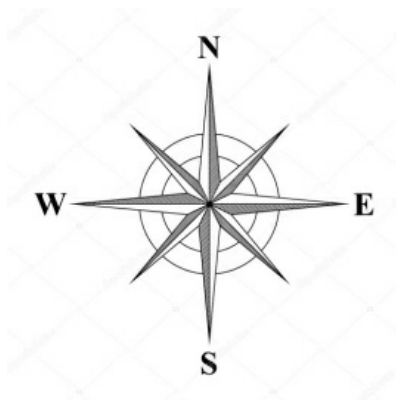
Sí que hubo instantes en que no sabía qué hacía en su casa con un extraño, charlando de trivialidades y de cualquier otra cosa excepto de temas personales, hubo momentos en que parecieron alejarse y otros en los que se acercaban, segundos de silencios incómodos que luego llenaban con la impersonalidad con que se iban llenando las copas, alguna duda a la hora de hablar por miedo a parecer incorrecta o pueril, por miedo a desconocer un tema en concreto o a no tener la misma opinión y vivir una pequeña confrontación de opiniones, inseguridad al no saber qué esperar, a recordar sus pensamientos de esa misma tarde y las frases de Mara en el chat que frente a Marcel parecían incoherentes y poco probables, risas no fingidas, carcajadas alegres ante anécdotas inverosímiles de juventud y locura, tibio conocimiento de la otra persona que poco a poco se va destapando con otra personalidad a la imaginada, a la que ella había detectado en las cartas que le ocultaba dentro de una carpeta virtual de su ordenador y que le comenzaban a crear una especie de remordimiento, de sensación de estar mintiendo o de estar viviendo una mentira que el otro no parecía merecer.

Fue una noche tan distinta y plena que no necesitó sentarse a escribir o a leer para quedarse dormida, no necesitó el ordenador para hipnotizarse con cartas ajenas ni para narcotizarse con hechos lejanos de los que cada vez tomaba más y más distancia mientras a la vez se acercaba a la raíz común que la unía con todos aquellos que le llenaban el correo, como si al reconocer su soledad pudiera comenzar a clasificar la soledad ajena, como si al mantener ella ese intercambio epistolar hubieran dejado de importarle las epístolas extrañas, como si al adentrarse en su propia soledad pudiera decidir con quién compartirla y con quién no, como si por primera vez en quince años hubiera tomado distancia de todo aquello que otros contaban y que ella leía sin pensar ni un momento que alguna vez pudiera vivirlo y que ahora repetía en los mismos gestos y en las mismas palabras que cientos de oyentes habían hecho durante años sin que ella se diera cuenta de que cada carta, cada botella lanzada al mar con un mensaje dentro, no era sino la aceptación de un hecho que nadie quiere aceptar: estamos solos, simplemente, solos.

En compañía o no, queramos o no queramos, lo podamos aceptar o sin poderlo, la realidad es que estamos solos, varados en un mundo que nos es ajeno, que a veces no comprendemos, que nos obliga a seguir siempre adelante, que nos obliga a ser parte de algo que tal vez no sea parte nuestra, que nos obliga a cumplir con leyes y razonamientos, valores y principios que tal vez no sean los nuestros con tal de sentirnos inmersos en una sociedad que por semejanza con los demás

confundimos con compañía, pero la realidad es que precisamente por esa compañía la sensación de soledad aumenta hasta hacerse insoportable y nos obliga a buscar la comunicación necesaria o rodearnos de los objetos precisos que nos hagan sentir que al menos pertenecemos a un sector de población con el que tenemos algo en común.

Las cartas, los poemas, las canciones melancólicas, esas botellas de vino compartidas, los álbumes de fotos que pretendían ser artísticas, esas conversaciones personales que no íntimas, todo con tal de huir de esa soledad que nos hace sentir desheredados del mundo, impotentes, inseguros de nuestra suficiencia personal, como si no fuéramos dueños de nuestra propia existencia. Podemos llenar nuestros días de silencios o de conversaciones, de actos o de posesiones, de objetos tangibles que nos den un asomo de poder individual o intangibles que nos den unos principios a los que agarrarnos, podemos llenar los días de personas, de poemas, de libros, de logros, de pertenencias, de goces, de fortuna, de rutina, pero cuando el día termina, en lo más oscuro y frío de la noche, justo antes de amanecer de nuevo y antes de que nos hayamos vuelto locos de desesperación o nos hayamos llenado de esperanza, tengamos un cuerpo al lado o el vacío más absoluto, la realidad es que estamos solos y todo el camino que podamos recorrer no nos lleva a otro lugar más que a la soledad definitiva.



Había intentado más de cien veces resistirse a lo que hizo, como si de verdad ella fuera la dueña de sus propias decisiones o pensamientos y pudiera lograr vencer la tentación, pero lo mejor de las tentaciones, como dijo Oscar Wilde, era caer de lleno en ellas.

Había pasado tantas noches imaginando, visualizando, notando cómo los celos se enroscaban en su interior como una forma de tortura auto infligida, como si la misma sensación de sentirse traicionada pudiera convertirse por momentos en morbo, flagelándose con visiones eróticas y fotogramas voluptuosos de amantes traidores en los que vivía un punto de curiosidad y excitación.

Se preguntaba si Bran haría lo mismo, si sus gestos seguirían cargados de la misma voluptuosidad que a su lado pareció ir perdiendo con el paso de los años, acaso la besaría de la misma forma, la penetraría con la misma lentitud de los primeros tiempos, le abrazaría las manos sobre el lecho por encima de su cabeza, la dejaría exhausta y medio dormida mientras se abraza a su cuerpo desde la espalda, con las piernas entre las suyas, con un brazo rodeando la cintura y su respiración tan cerca de la nuca que podría sentirla, un vaho caliente y húmedo como el rescoldo de placer entre sus muslos por los que escaparía su semen sin que ella llegara a percibirlo esa misma noche, solo al día siguiente, al despertar, notaría la viscosidad de él aún impregnándola antes de meterse en la ducha para borrar cualquiera de sus restos.

Solo que son restos indelebles, tal vez no para el cuerpo que tras unas simples normas de aseo se convertía de nuevo en soberano y autónomo, pero sí indeleble para el espíritu que permanecía anclado en esos gestos, en esos aromas, en todas esas caricias y sensaciones pasadas.

Ella era un claro ejemplo de hasta qué punto cualquier anécdota en la vida de una persona es algo imborrable para otra, cualquier gesto hecho con la viveza del momento, con la inconsciencia de un amante entregado era o podía ser para el otro algo permanente e inextinguible, algo que no se podría quitar de encima con un simple gesto mecánico de aseo personal.

Sentada en la oscuridad del coche imaginando el encuentro que no se iba a producir pero que temía que se produjera, no lograba discernir exactamente qué era lo que había ido a buscar y mucho menos aún el porqué.

Sabía que, si lograba verlos juntos posiblemente el dolor volvería a ella con toda la fuerza de la traición, pero tenía la vaga esperanza de que no le dolería tanto como imaginaba o de que simplemente se hubiera anestesiado con el paso de los meses desde la ruptura o el de los días desde que supo la verdad íntegra, y tenía la impresión de que si era así, el círculo se estaría completando poco a poco y el olvido seguiría haciendo su labor curativa hasta que lograra cerrarlo del todo y dar ese pasaje de su vida por finiquitado.

Una prueba, un test, sabría que lo ha olvidado cuando la herida dejara de doler, pensaba que el amor se mide por la cantidad de dolor que nos produce su ausencia y quería medir la cantidad de decibelios dolorosos que experimentaba su alma tras tantos meses de la desertión y el abandono de Bran. Saber exactamente hasta dónde podía soportar, cuál era el límite del dolor y el sufrimiento, saber si era cierto que hasta se podía llegar a morir de amor, pero sobre todo necesitaba saber si iba a sobrevivir a él, si había esperanza de una vida más allá, si de toda esa cantidad de sufrimiento ella podría renacer distinta y nueva, volver a la vida y convertir aquellas agonías de muerte en ansias de vivir, y para ello necesitaba verlos juntos, verlos caminar de la mano, verlos hablarse con la complicidad de viejos amantes, verlos recorrer las mismas calles que para ellos serían diferentes porque habrían adquirido el don de ser el soporte de su historia y servirles como telón de fondo a actos que de repente, por el simple hecho de estar juntos, parecían nuevos y diferentes a cualquier acto exactamente igual pero hecho con otras personas.

Se preguntaba si aún estarían en la fase del arrobamiento intenso, de la abstracción íntima, la fase en la que milagrosamente uno ve la vida como si la descubriera por primera vez, como a través de un cristal que suele adquirir el color de los ojos del ser amado, la vida a través del amor recién descubierto y vivido a plenitud, la vida en rosa, *Quand il me prend dans ses bras il me parle tout bas, je vois la vie en rose...*

Si habrían inventado un idioma propio, unas contraseñas inexpugnables para el resto de la humanidad que los alejara y los mantuviera en un mundo apartado donde solo tenían cabida las noches y las mañanas y los sentimientos y el sexo descontrolado y el erotismo recién hallado como un tesoro que no sabían que aún tenían que descubrir tras tantos años de intentar encontrarlo enterrado en otros cuerpos que no habían sido los suyos, como si hubieran sido piratas excavando agujeros en arenas de playas desconocidas basándose en planos mal dibujados y erróneos.

Se preguntó si habrían logrado recomponer los restos arqueológicos de ese amor investigando el pasado en común desde el primer día que se encontraron con o sin ella, incluso a pesar de ella, cómo fue que lograron saltarla por encima, cuando comenzaron los primeros síntomas de que algo estaba naciendo entre los dos y qué pensaron al principio, cuando ella era la compañera y amiga de una o la amante y pareja oficial del otro.

Qué frases pronunciaron en algún café, escondidos en las mesas del fondo, al amparo de un lugar seguramente desconocido donde ninguno de los dos habría ido nunca antes con compañía y que no podría delatarles porque no formaba parte de la rutina ni de la ruta diaria de ambos, qué se dijeron cuando las ganas los consumían, qué palabras, qué silencios, qué gestos guardaron en lo imposible o en un rincón de lo probable a la espera de que algo ocurriera, de que algo cambiara lo suficiente como para dejarles ver la luz.

Palabras de un lenguaje nuevo que he construido para nosotros, para el amante perseguido que debe de esconder su voz... Si tú me miras me hablarás...

Qué habrían hablado de ella, Dios mío, de ella, que permanecía ajena a toda aquella confabulación de sentimientos ajenos, a aquella conspiración silenciosa y hasta cierto punto improbable que estaba germinando en la trastienda mental o sentimental de las dos personas con las que más convivía a diario, qué clase de pena, de misericordia o rabia fueron gestando día tras día hacia ese impedimento que al final no lo fue y que lograron saltar como un obstáculo más en la carrera hacia su dicha y sus encuentros clandestinos.

Dónde se vieron por primera vez, en qué pensión de mala muerte o en qué lujoso hotel, entre qué sábanas mercenarias, entre qué paredes. Se los imagina entrando en casa de Ana sigilosamente alguna vez, intentando no ser vistos, incluso por separado para que nadie los

relacionara, porque todo aquello que se esconde es propenso a ser descubierto a la mínima ocasión por ojos invisibles pero conocedores y ella vivía demasiado cerca de la emisora, demasiado cerca del centro, en una calle demasiado concurrida como para poder ser vista sin que llegara a ver.

Cómo fue que decidieron aquella deslealtad, cómo fue que decidieron darle cumplimiento a los deseos tal vez guardados desde mucho tiempo atrás y postergados cientos de veces, imaginados en miles de noches, buscados durante cada uno de los días de su vida que sin darse cuenta los había llevado a cada uno y por separado hasta el momento de vivir lo que estaban viviendo juntos.

Acaso incluso podía pensar que la suya era una gran historia de amor en la que el desengaño y el dolor infligido no eran más que un daño colateral y ella era la víctima inocente de los deseos ocultos y el erotismo. Mártir del amor egoísta, sacrificada en nombre de pasiones alimentadas en la imposibilidad y que tal vez por eso eran tan fuertes y formidables que necesitaban inmolarla para poder hacerlas realidad.

Cuándo decidieron que valía la pena arriesgarse, cuándo comprobaron que su amor era más fuerte que la lealtad o la amistad, pero sobre todo, cuándo decidieron el engaño, cuándo decidieron la mentira y la falsedad y basaron su relación en la traición.

Qué palabras emplearon en aquella conversación tras la cual se perdieron en cualquier habitación de hotel, qué dijeron de ella, acaso tuvieron pena, misericordia, indiferencia, irritación, qué sentimientos les producía. Les remordería la conciencia, intentarían no hacerle daño ante el propio desconocimiento de sus sentimientos recién nacidos o tal vez por el contrario comenzaron a hablar de ruptura desde el primer instante. Le habría exigido Ana que rompiera con ella, intentaría Bran que fuera ella la que rompiera y por eso cambió tanto su actitud durante los últimos dos años, quizá antes incluso si no recuerda mal.

Había cientos de preguntas agolpándose en su mente mientras el coche seguía aparcado en doble fila delante de casa de Ana y mientras la oscuridad y lo intempestivo de la hora le iba produciendo una ensoñación ligera no exenta de miedo y de sentido del ridículo.

Sabía desde el principio que se había dejado llevar por un ímpetu necio nacido en el fondo pueril y trágico de los grandes dramas leídos en alguna ocasión en donde las protagonistas hacen de su tragedia una gran obra de arte y de su dolor un ejercicio de amor sin fin y eterno en el que solo la muerte logra dar el final necesario y a veces deseado, siempre grandioso y lo suficientemente teatral.

Nunca le habían gustado las historias de amor con final feliz, jamás había leído en su edad adulta historias románticas de final de cuento y no pensaba que ella fuera a vivir nada semejante, desde luego, pero sí deseaba perderse por algún acto intermedio, por algún movimiento de relleno de la historia en la que aquellas dos personas a las que esperaba vivían, ser el personaje invisible que simplemente observa sentado en un coche en medio de la oscuridad a que los amantes, otrora furtivos, hagan su aparición estelar como ya protagonistas absolutos de su propia obra, convertidos a sus ojos en amantes de verdad, con dimensión real, palpablemente juntos sin ningún género de dudas.

Ojalá se pararan y se besaran frente a ella al amparo del portal, ojalá le asestaran la última puñalada sin saberlo, ojalá los vea felices, comiéndose con los ojos y tocándose con las manos y con esa aureola invisible en el cuerpo como si no soportaran ni un segundo la separación obligada de la ropa y de las normas de educación que les impedía tocarse como de verdad lo hacen los amantes en la intimidad, como si hasta el simple hecho de tener que ser dos cuerpos distintos cada día en lugar del cuerpo único de cada noche les produjera un dolor infinito.

El frío atenazaba sus manos y su nariz estaba completamente roja cuando se miró en el retrovisor.

Casi no recordaba haber tenido un amanecer como ese, dentro de un coche a unas horas intempestivas y soportando un frío glacial.

En alguna ocasión, muchos años atrás, había sentido lo mismo al salir de algún local de moda o de alguna discoteca, cuando se quedaba dentro del coche charlando con los amigos o decidiendo a dónde ir a desayunar, pero no se podía comparar la ocasión ni el momento. No es lo mismo pasar frío por un motivo tan célebre y lúdico como cualquier fiesta que estar sentada en un coche martirizándose a pensamientos oscuros y a recuerdos que preferiría olvidar si pudiera.

Pero no podía por más que lo intentara, era como si quisiera mantener esa evocación flageladora a la espera de una realidad que terminara de una vez con todo, más que como una comprobación de los hechos, más que una confirmación de la traición, mucho más que la misma sensación de morbo curioso que era lo que en principio pensó que la había llevado hasta ahí.

Quería verlos. Quería verlos juntos.

Ver sus actitudes, ver sus miradas, sus gestos, reconocer la complicidad, explorar las diferencias en el trato que Bran tenía para aquella mujer que según él era mucho más mujer que ella, que no lo frustraba ni lo oprimía, adentrarse en el comportamiento de los amantes para comprobar el grado de interacción que pudiera haber entre ambos, escrutar las señales de su olvido y de su indiferencia hacia ella, explorar los gestos más escondidos que solo ella conocía en los dos, como amiga y como amante de cada uno de ellos, acercarse al lenguaje oculto de sus cuerpos, al idioma no verbal que servía para hablarse sin palabras, distinguir las señas ocultas de su intimidad, de esa especie de aura que siempre rodea a los enamorados y que los confina a un mundo aparte del resto de los mortales, miradas significativas, gestos imperceptibles, palabras susurradas, un roce, un parpadeo, una sonrisa, un mohín, el simple movimiento que solo se le hace a la persona con la que hay tanta confianza como para que lo interprete a la perfección sin necesidad de nada absolutamente más que ese esbozo, esa intención que no llega nunca a ser un gesto claro para nadie, que no es detectado por ojos que no comprenden ni saben el significado de las señales o que ni siquiera nadie puede interpretar como señal de algo pero que para ellos es parte de su lenguaje y de su relación.

No los vio hasta que no estuvieron casi delante de ella, a unos pocos metros del portal y casi en ángulo recto a donde estaba aparcado el coche.

Examinó todo aquello que un momento antes le había parecido tan importante.

Sus ojos miraban a Bran más que a Ana porque era él quien la había estado martirizando con su recuerdo durante los últimos ocho meses; Ana tenía el honor de haberlo hecho solo durante los últimos dos.

Reconoció la complicidad y el grado de intimidad en la forma en que él tomaba las llaves de las manos de ella que se las entregaba como si en ese gesto le entregara la vida, pero también vio la frialdad recia y dominante de Bran que aceptaba aquella entrega con la dosis suficiente de soberbia y vanidad que ella le conocía de cientos de acciones similares.

No era lo que hacía, era cómo lo hacía.

No era el simple hecho de abrir la puerta de una casa, sino la toma de posesión de un hogar. No era la forma en que ella le había entregado las llaves distraídamente en un gesto que podía considerarse casual, sino la forma en que lo miraba cuando las mantenía colgando ante sus ojos, la mirada de entrega total de un destino que parecía poner en aquellas manos que las arrancaba de entre sus dedos en un gesto brusco que podía confundirse con una masculinidad imposible de ocultar y que no era otra cosa que la supremacía del dominio que a él le gustaba ejercer sobre su

pareja, tal como lo había ejercido con ella misma durante casi todos los días de su convivencia en común.

Bran era de los que abrían las puertas a las mujeres para que pasaran primero, pero no por educación, sino por una pretendida superioridad.

Era de los que trataban de amparar y cuidar pero no por cariño sino porque pensaba que él tenía la obligación de proteger su territorio y su posesión, era de los que regalaban suntuosos regalos no como muestra de afecto, sino por vanagloria personal, y todo eso que aún podía reconocer en él porque lo había visto durante demasiado tiempo brillaba en sus ojos cuando cogió las llaves de las manos de Ana para abrir la puerta de su magnífico apartamento.

Había en el simple gesto de coger unas llaves, abrir una cerradura y una puerta, en el sutil movimiento de ceder el paso a una mujer mientras acompañaba con la mano en su cintura el paso que ella daba hacía el interior de la oscuridad, un matiz de arrogancia y envanecimiento imposible de ocultar a sus ojos curiosos que lo observaban desde lejos y desde fuera.

Reconocía el gesto hecho cientos de veces así como adivinaba los gestos que no había podido ver, esa mano colgada de su hombro al andar que a ella siempre le había dado tanta rabia, esa forma de observar las miradas de otros hombres sobre ella, esa forma dura e implacable de señalar el terreno cuando creía tener algún tipo de adversario, real o imaginario poco importaba, esa forma de exigir explicaciones de una sonrisa que no había ido dirigida a él, de una conversación más larga de lo que él creía oportuno, de una mirada mal interpretada, de unos celos mal disimulados, la forma en que él hablaba con otras mujeres mientras la observaba a ella en un intento patético de provocar sus celos y su inseguridad, la manera de moverse cuando estaba enfadado, siempre a punto de saltar, siempre bordeando la finísima línea de la violencia física, sin llegar nunca a traspasarla pero dejando bien claro que era algo que podía ocurrir de un momento a otro y que ella sería la única culpable de que eso sucediera, la facilidad con que se enojaba por cualquier motivo y la dificultad de perdonarle los errores que ella jamás creyó que lo fueran pero por los que igual le pedía perdón, ese orgullo masculino que ella confundía con virilidad, esa especie de arrogancia de macho alfa que ella no lograba separar del afán protector con la que la envolvía, esas miradas de presunción que ella confundía con miradas seductoras y con promesas de noches locas de sexo descontrolado y salvaje, esa forma de marcarla a fuego entre las sábanas y de reclamar respuestas que se sentía forzada a dar, como si él también se sintiera forzado a pedir las, obligado a hacer todo lo posible para dominar el difícil arte del erotismo que muy pronto cayó en actos puramente carnales y sin alma tal vez porque en su arrogancia de semental confundía la práctica y la cantidad con la sensualidad y la calidad.

La luz del portal iluminó sus figuras que se iban alejando hasta que las perdió de vista.

Conocía perfectamente la orografía de aquel edificio y supuso que se habían parado frente al ascensor.

También supuso los gestos y las intenciones, los movimientos reflejos de ambos y las acciones propias de su condición de enamorados en plena luna de miel. Tal vez se besaran apoyados en la puerta metálica como un preludio apasionado de lo que probablemente ocurriría cuando entraran en casa. Tal vez él abriría la puerta del apartamento con la misma propiedad con la que había abierto el portal, irían directamente a la habitación sin encender las luces de la casa, tan solo los ojos de buey del techo del pasillo que apagarían inmediatamente al entrar en el cuarto de matrimonio.

Sentado en la cama, Bran se quitaría los zapatos y poco a poco el resto de la ropa hasta quedarse desnudo, que era como le gustaba dormir. Ana se dirigiría al cuarto de baño pues siempre había adolecido de cierta incontinencia urinaria sobre todo si había tomado café o alguna

cerveza. Desde la cama Bran oiría el grifo del bidé y la cadena del retrete y solo al cabo de un rato, cuando él ya se había metido entre las sábanas harto de esperar desnudo en una postura sugerente y sintiéndose algo ridículo por el simple hecho de haberla mantenido durante un minuto exacto, Ana haría su aparición estelar con un picardías o simplemente con nada, o con el tanga de puntillas negro y el sujetador a conjunto como si fuera una modelo del catálogo de Victoria's Secret que cada temporada ojeaba con verdadero encono y fascinación.

El resto era tan predecible y tan rutinario, lo había imaginado tantas veces el último mes que ya no valía la pena intentar visualizarlo.

Además no le dolía.

Milagrosamente había dejado de dolerle mientras los miraba entrar en el portal y reconocía en ellos el mismo tipo de relación que Bran y ella habían compartido, con las mismas cadenas de capitulación y de sumisión por parte de la facción femenina de aquel binomio de seres humanos llamados pareja, llamados amigos, amantes, compañeros y que no eran más que una repetición de vasallajes y sumisiones perpetuadas por los siglos de los siglos porque siglo tras siglo era lo que les habían inculcado a mujeres como ella o como Ana, mujeres de más de treinta años, casi cuarenta, criadas en colegios religiosos de pago, arrulladas por los años de sometimiento de sus madres y de sus abuelas y de las madres de sus abuelas, y que les impedía reconocer una relación insana por más que estuvieran viéndola delante de sus narices.

Gestos demasiado masculinos que ya hicieron sus padres o sus abuelos, acatamientos a leyes no escritas, rendiciones, entregas, cautiverios voluntarios, tal vez no la sumisión humillante en la que habían vivido otras mujeres en épocas anteriores o incluso en la actualidad, pero sí la docilidad que, por ejemplo, Ana no mostraba jamás en otro lugar ni en otro momento salvo en esa fracción de segundo que ella había podido observar.

Ana dejándose disciplinar por el Bran tirano que la dominaba primero en la cama y luego en la calle, primero con el placer y luego con la indiferencia, primero con amor y luego con el descuido y la negligencia, tal como hizo con ella, tal como seguramente había hecho con alguna otra pareja de la que ella no había oído hablar nunca porque nunca le quiso contar nada salvo las peripecias puramente libidinosas y, según él, sin importancia.

Había sido una noche más o menos tan fría como la que estaba viviendo dentro de ese coche y también a esas mismas horas de tan solo dos años atrás.

Ella se había arrodillado entre sus piernas pidiéndole perdón por algo que no creía haber hecho, por algo, cualquier cosa que a él le había ofendido. Ruegos, lágrimas, la terrible amenaza del abandono, los reproches silenciosos y las frases hirientes a las que ya comenzaba a acostumbrarse.

Había pasado el tiempo de la rebeldía y de los gritos, el tiempo de los alborotos y las broncas terribles a chillidos, el tiempo de la insurrección en la que ella intentaba hacerle entender hasta que comprendió que jamás verían las cosas desde el mismo punto de vista y todo eso había dejado paso al sometimiento más humillante, a la reverencia, a la súplica, al ruego.

Era mucho peor su rostro convertido en una efigie, la cara de decepción al mirarla y la negación a tocarla que cualquier otra cosa, mucho peor que sus gritos eran sus silencios, mucho peor que las amenazas eran los intentos de irse que ella siempre impedía y que, ahora se da cuenta, él siempre terminaba por abortar cuando ya tenía el pomo de la puerta en la mano, peor que las palabras malsonantes era el simple hecho de que no le hablara, mucho peor que la bofetada que nunca le dio pero que siempre parecía querer controlar era el hecho de que no la tocara, de que se pasara días sin dormir con ella mientras seguía tentándola desde una distancia cercana y al mismo tiempo inaccesible.

Arrodillada entre sus piernas, desabrochando los botones de sus vaqueros le pedía perdón por algo que no había hecho y él la dejaba hacer sabiendo de antemano que ni la mejor felación del mundo iba a convencerle de abandonar su enfado o de ceder en su orgullo.

En una noche tan fría como esta, pero de dos años atrás, había vivido el culmen de su propia humillación y su degradación personal, que se mantuvo hasta el día que Bran salió de casa dando un terrible portazo, dos años de mortificación y descenso a los infiernos conjugados con días de calma y falso sosiego, dos años de indignidad y perdones supremos alternando con fines de semana románticos en lugares solitarios que inexplicablemente daban un giro traumático en pocas horas.

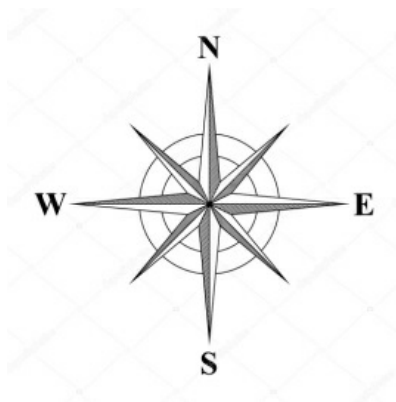
Bran sujetándola por el pelo, marcándole el ritmo, estirando de él hasta lograr hacerle daño, dos años de ignominia y soledad, de miedo a pronunciar la palabra equivocada o a hacer un gesto que pudiera resultarle ofensivo turnándose con momentos de exaltación en los que él magnánimamente le decía lo bien que se había portado en tal o cual sitio, lo magnifica que había estado mostrándose en todo momento una mujer femenina y leal digna de ir cogida a su brazo, digna de mostrarla a todo el mundo como compañera.

Bran levantándose sin mirarla mientras ella se limpia la boca en un gesto que intenta disimular para que no parezca grosero, dos años de vergüenza y de suplicio, de perdones y absoluciones sumarias, de humillaciones que nunca llega a sentir como tales porque él la convencía de su culpa.

—Por lo que más quieras, ve y lávate esa cara.

Arrancó el coche y miró por última vez hacía el piso de Ana donde no se veía ninguna luz encendida.

Le quedaban varios kilómetros hasta llegar a su casa pero no tenía prisa, no la esperaba nadie, y eso, por primera vez en mucho tiempo en lugar de producirle tristeza le produjo una extraña y plena sensación de paz que hacía demasiado tiempo que no sentía.



La bruma de los atardeceres adormecía todos sus sentidos en aquel pequeño lugar que parecía un estudio bohemio y que no era más que un palomar antiguo reconvertido en buhardilla por los antiguos dueños de la casa desde el cual ella vigilaba el movimiento de las aves, el de las ramas más altas de los árboles del jardín y el de las luces que se iban encendiendo en la buhardilla de la casa de Marcel.

No lograba recordar cuándo Marcel había ido ocupando el lugar de su padre en los paseos matutinos o simplemente los había acompañado como una presencia silenciosa que cada vez le parecía más necesaria.

Salvador, amedrentado por el frío y vaticinando más frío todavía en los próximos días como un meteorólogo experto, solo salía bien avanzada la mañana y se paseaba bajo el sol de mediodía por el bosque cercano sin pisar la playa, mientras que ellos dos, en callado y cómplice acuerdo, preferían seguir paseando por el mar aunque a veces no llegaran al pueblo.

No lograba recordar ninguna conversación íntima o excesivamente seria entre ambos desde el día de la nevada, así como tampoco lograba recordar el color de sus ojos o la ropa que vestía, pero le valía su presencia lánguida y cómoda, casi etérea y al mismo tiempo rotunda, sus anécdotas sin importancia, sus descubrimientos literarios de los que ella era autora, sus recetas secretas que jamás pondría en práctica y sus trucos de cocinero experimentado.

Si en ocasiones se mostraba taciturno y huraño como los primeros días en que ella llegó, parecía no darle importancia y simplemente agradecía el poder salir de la rutina diaria sin darse cuenta de que aquellos paseos ya formaban parte de ella. Le llevaba libros que él no había leído y le grababa canciones en el pendrive para que las escuchara en su ordenador durante las noches solitarias en que los dos encendían las luces de la buhardilla para enfrascarse cada uno en asuntos muy diferentes y engañosos. Ella creía que él escribía cartas íntimas a desconocidas incautas que escuchaban su programa de radio y él creía que ella estaba escribiendo un libro, ambos al amparo de la noche y del silencio absoluto, al resguardo de las altas horas en que la creación, la fantasía y lo oculto podían convertirse en algo tangible, casi al alcance de la mano.

Se veían solo un rato por la mañana, pero era suficiente para lograr retener un poco de calor humano que les acompañara durante el resto de día.

Tardes cortas en las que la luz se extinguía tan rápidamente que, cuando ella abandonaba la buhardilla y bajaba a la cocina para hacerse un café con leche, tenía que encender la luz al subir para poder seguir trabajando, en diez minutos la claridad se desvanecía y la penumbra sembraba de sombras las habitaciones en donde la ropa y los objetos tomaban una consistencia fantasmal y las vigas del techo o los artesonados comenzaban a crujir ante el cambio brusco de la

temperatura en cuanto el sol se escondía definitivamente.

Noches eternas en las que se enfrascaban en sus trabajos pero siempre pendientes de la ventana encendida en la casa de al lado, casi como si esa luz les sirviera de faro en medio de los sonidos de aquel mar cercano por el que paseaban y del asomo de naufragio que los dos sentían en la soledad de sus buhardillas, un faro que los iluminaba y les recordaba constantemente la presencia del otro como algo que los anclaba en la realidad nocturna y desamparada de sus vidas, un faro que les hacía creer que había tierra firme al otro lado, en la otra orilla.

El libro que había comenzado a escribir con la descripción del pueblo y sus pintorescos rincones casi inéditos para ella misma se le resistía como un enemigo voraz e invencible que siempre la derrotaba entre palabras que no lograba hilvanar y conceptos que no sabía cómo explicar.

De fondo, la música del programa y la voz de Ana.

Y esas ganas de seguir flagelándose un poco al escucharla, de volver a verla entrar en el portal con la mano de Bran en su cintura, su forma de mirarlo al entregarle aquellas llaves, la sensación de dolor que sabía que se extinguía día a día y que podía comenzar a ver como un resurgimiento, como el renacimiento de ella misma, renovada y libre, comprendiendo que no era ella la culpable de nada en absoluto, absolviéndose a sí misma de todo pecado.

Y sin embargo, en medio de esa nueva sensación seguía sin saber cómo continuar con su libro.

No supo por qué marcó el número de Marcel en su móvil. Habría sido mucho más fácil enviarle un e-mail a su alter ego, Chris, contándole sus dudas literarias y él le habría contestado al cabo de un rato. Se había mostrado muy feliz en su correspondencia por conocer a una escritora y había olvidado contarle que ya conocía a otra, ella misma en su desdoblamiento de personalidad, la Lara vecina y la Lara oyente con la que echaba botellas al mar llenas de mensajes confusos y falsos.

Durante un segundo sintió la misma punzada de decepción que sintió cuando él no la nombró en el e-mail de respuesta, cuando le escribió que nunca había conocido a una escritora de verdad y, sin embargo, sí la conocía, ella.

Colgó rápidamente arrepintiéndose de aquel impulso tonto e innecesario pero su gesto ya había tenido eco en la casa de al lado. Se apagaron las luces de la buhardilla y a los pocos minutos sonó el timbre de la puerta.

No podía huir y en el fondo no quería hacerlo tampoco, pero tenía cierta reticencia a parecer pueril o a que su llamada de auxilio fuera interpretada de cualquier otra forma. El simple hecho de que él en lugar de devolverle la llamada hubiera corrido a buscarla ya era una forma de pedir socorro muy poco elegante por su parte, como si tuviera una necesidad acuciante que solo él con su presencia pudiera resolver o colmar.

Cuatro mañanas antes, tomando café se habían intercambiado los números de teléfono por órdenes de Salvador que parecía tener un nuevo empeño desde aquel sábado que quedaron para tomarse unas copas de vino en su casa.

Ella estaba sola y él a veces también se quedaba solo en casa cuando Marcel salía, tal vez alguna vez fuera necesario llamar. La trampa había funcionado de perlas, pensó, tan de perlas que ella había sido la primera en pedir socorro y no era por haberse caído de la escalera ni para que la ayudaran a cambiar una bombilla, ejemplos claros y falsos que Salvador había utilizado para ilustrar la necesidad de comunicación entre ellos, entre buenos vecinos, habían sido sus palabras exactas, entre amigos que podían echarse una mano en momentos de necesidad, sino para conjurar una soledad y un silencio que cada vez era más insoportable, para redimir la sequía

de palabras e ideas que ella sufría cada vez que abría el documento de Word en el que estaban escritas las mismas expresiones, las mismas hojas, las 2156 palabras para ser exactos, desde hacía semanas.

Apagó la radio, cerró el correo de la emisora y bajó a abrirle sabiendo de antemano que era él sin ningún género de dudas.

Y era él. —¿Has pedido auxilio? —fue su frase de buenas noches.

¿Qué otra cosa podía ser más que auxilio? Si no necesitara hablar no le habría llamado, y al haber colgado tan pronto le hizo pensar que ella no se atrevía a comenzar una conversación, lo que le había impulsado a salir en pijama a la calle. Sabía que una vez lo viera en la puerta de su casa dispuesto a la charla no podría simplemente colgar y olvidar que había pensado en él como un amigo al que sí podía recurrir.

En lo más recóndito de su pensamiento se alegró de aquella espontánea acción y de las palabras con las que él parecía querer disculparse de su impulso. Casualmente en ningún momento pensó que le pudiera estar ocurriendo nada malo.

—No sé escribir —le dijo a boca jarro mientras él preparaba café.

No sabía escribir, era cierto, no sabía, no tenía un estilo definido y hasta el momento solo había hecho una redacción, de siete páginas, un tanto larga tal vez, pero una redacción al fin y al cabo. Sin personajes, sin argumento, sin narrador, sin tiempo ni espacio definido, sin captar la atención del posible lector, sintiéndose incapaz de plasmar sus ideas en palabras, sintiéndose incapaz de seguir el hilo argumental que tantas veces había imaginado, llena de dudas y de yermas hojas virtuales en blanco que en su cabeza crecían y crecían y que le era imposible llenar con vocablos que tuvieran significado.

—¿Cómo puedo escribir una historia de amor sin que parezca una novela romántica de Corín Tellado?

—¿Escribes historias de amor?

—No escribo una mierda.

La risa de Marcel podía ser contagiosa acaso por permanecer hasta ahora oculta casi siempre y guardada entre risas mucho menos ostentosas, entre sonrisas y alguna carcajada anterior que no siempre había sido tan abierta y sincera.

Se sentó a su lado en el sofá tras haber echado un par de troncos en la chimenea y alcanzarle el café humeante que era una promesa de charla e intimidades en baja voz. La lámpara de tulipas grandes estaba a media potencia y hacía resaltar el rojo de la pared y la crepitación de las llamas anaranjadas ofreciendo un ambiente que invitaba a la conversación privada y a los secretos.

Marcel no se consideraba tan entendido en libros como para aconsejarle pero saltaba a la vista que su confusión y su sequía literaria no era más que la punta de un iceberg y que había mucho más en el fondo de lo que se veía en la superficie. Rescató para ella algunos conceptos de manual, lo primero era saber qué quería escribir y en qué forma narrativa, le aconsejó que no cayera en el tópico de las descripciones simples y el sentimentalismo, y luego le preguntó si de verdad quería escribir una historia de amor o quería más bien utilizar el amor como excusa para contar algo mucho más profundo, algo que tal vez era lo que ella estaba ocultando sin saberlo, queriendo resguardarlo de la posible opinión ajena, del escrutinio de los posibles lectores, de su implicación personal o incluso de sí misma.

Cómo iba a ser capaz de escribir sobre el amor una persona que vivía sin él.

Se vio con sus ojos por un momento, fríamente, pensando en todos los tópicos posibles, en aquellas sentencias rápidas a las que eran sometidas las mujeres de cualquier época: treinta y ocho años, soltera, viviendo sola, trabajando a solas, sin hijos, completamente estéril. Y vio el

futuro tal como podría estar viéndolo él, una anciana que escribe libros románticos de experiencias que no ha vivido, tal vez como sustitución de todo lo que no había sentido y que se tenía que conformar con imaginar. La realidad le dio tal bofetada que hizo el ademán de levantarse del sofá, solo que él no la dejó.

—El amor es mucho más que una historia romántica, Lara, el amor es algo en lo que no siempre vale o importa el simple amor.

Dejaba la taza del café sobre la mesa y la miraba hablándole de lo que él creía que era distinto en las muchas historias que había leído, en los cientos de libros que cientos de autores habían escrito, en la parte filosófica o realista o imaginaria o cruda de miles de historias de amor, le apartaba un rizo que caía sobre su frente mientras desgranaba el significado oculto de novelas que ella jamás habría entendido de esa forma, del que jamás se había percatado, le desgajaba el matiz que diferenciaba una historia de otra, la verdad que se escondía tras las palabras, los condicionamientos necesarios para que la historia de la vida de una mujer no se redujera solo a la historia de un amor que podía vivir o no, se acercaba un poco más a ella mientras bajaba la voz en el silencio de la noche para decirle que el amor no era lo que en realidad movía el mundo, aunque lo pareciera y aunque tuviera a veces esa capacidad, sino el poder, la ansia de poder.

Acaso novelas en las que muchas mujeres eran protagonistas y en las que el amor era o parecía su principal historia eran en realidad historias de poder, de empoderamiento, de búsqueda, de hallazgos, de reconocimientos ocultos y de transgresiones de un orden establecido en el que no se podían sentir representadas.

El reconocimiento personal, el salto por encima de las costumbres, la feminidad, el derecho sobre el propio cuerpo, el erotismo, la culpabilidad de no ser lo que una sociedad patriarcal espera que esas mujeres sean, el derecho a la independencia total, a la libertad infinita, a sacarse el yugo aún actual de complejos y tradiciones inculcadas desde hacía miles de años por los hombres y por una sociedad que hasta hacía muy poco consideraba a las mujeres ciudadanas de segunda fila.

No hay una historia de amor en la que el final siempre sea feliz.

Si son tradicionales, terminan en el mismo instante en que el amor triunfa tras muchos contratiempos, sin que nadie cuente lo que hay tras veinte años de convivencia y tras un marido que impone la sumisión y la docilidad.

Si no son historias patriarcales y costumbristas no son consideradas novelas románticas, pero las mujeres, la mayoría, no quieren leer lo que están viviendo a no ser que sea para pensar que ellas, gracias a Dios, están bien como están, ellas quieren seguir creyendo en el amor aunque ya no sepan exactamente qué es tras años y años de aburrido matrimonio, de exclusividad sexual y de rutina, tres cosas que pueden acabar con ese concepto tan abstracto.

—Hay una gran diferencia entre las novelas rosa y las novelas en que las protagonistas son mujeres y viven una historia de amor —le decía mientras la miraba a los ojos de cerca con una voz hasta entonces desconocida, grave y con un matiz ronco—. Si Romeo y Julieta no hubieran muerto seguramente habrían terminado divorciándose, no puedes comparar ciertas cosas, no es lo mismo leer a Danielle Steel, con todos mis respetos, que *Cumbres borrascosas*, no puedes comparar a Corín Tellado con Madame Bovary, sería una auténtica locura, sería como comparar el *Drácula* de Bram Stoker con *Crepúsculo* ¡por el amor de Dios!

Bran. Bran.

Aquel nombre había sonado extraño en sus labios.

—Mi ex se llamaba así, bueno, más o menos así, Bran.

El silencio, solo roto por el crepitar del fuego, se fue espesando alrededor de ellos sin llegar a

romper la atmósfera que había ido creciendo poco a poco en medio de aquella conversación literaria.

—Lo siento.

Pero no lo sentía, ahora sabía perfectamente por qué aquella mujer se creía incapaz de escribir una historia de amor. Tenía un nombre propio la tristeza que siempre había visto en sus ojos, la melancolía y la seriedad de aquellos primeros días de otoño en que la vio por primera vez y le parecía una mujer hundida, un alma solitaria de la que desconfiaba por pura inercia como desconfiaría de cualquier desconocida que se le acercara, una persona tan dañada y tan vencida como él.

Ahora comprendía la soledad y el encierro que se había impuesto y la falta de confianza en sí misma que no podía ocultar en los gestos imperceptibles que él había observado cuando habían estado juntos en alguna otra ocasión, esa falta de seguridad y esa duda siempre asomada a sus ojos, esa forma de esquivar los suyos y de callar para no llevarle la contraria pese a no pensar igual porque de ser así no se habría callado, ese miedo al enfrentamiento que había detectado la última vez que habían tomado café en ese mismo sofá semanas atrás, en los silencios incómodos en los que ella, una persona que a todas luces tenía un buen dominio del vocabulario e imaginación suficiente como para escribir libros, caía una y otra vez.

Ahora iba a ser él quien le recomendara y llevara a su casa ciertas lecturas olvidando que la mujer que tenía delante había estudiado literatura y trabajaba en y con libros. Era absolutamente necesario abrir aquellos ojos tristes a la luz de nuevos entendimientos y conceptos.

Lucía había sido una mujer feminista que leía y leía libros de autoras tan o más feministas que ella, acodada en el sofá, desgranaba una por una las frases que escondían los conceptos que para ella eran básicos y primordiales, que formaban parte de su ideología descubriéndole el sentido real de muchas historias que él hubiera leído quedándose solo con la misma historia en sí. Estudios, novelas, y en los últimos tiempos ensayos sobre feminismo que se bajaba de internet, *El cuerpo contra el lenguaje*, *El género en disputa*, *El cuerpo como territorio de soberanía*, *Feminismo y masculinidad*, *La formación del sujeto*, *Las mujeres y la política*, *Placer, amor y diferencia de sexos*, Simone de Beauvoir, Judith Butler, Flora Tristán, Shere Hite, Bataille, Foucault, Clara Campoamor, Wollstonecraft, Pardo Bazán, biografías completas, ensayos, artículos.

Y sobre todos ellos estaba él recordándole constantemente que estaba casada desde hacía diez años, que no tenían hijos, que por las noches parecía exigir su derecho de pernada, que le hacía sombra. Ella, tan solo una relaciones públicas en un hotel dónde él había logrado que la contrataran por su amistad con el gerente. Él, afamado cocinero en uno de los restaurantes con más renombre de la ciudad.

Recuerda, mientras enumeraba aquellos nombres y títulos, los días en que, según las ocasiones, lo miraba como a un enemigo a batir, la distancia insalvable entre ambos, los días de pasión y amor ya olvidados, hundidos en la rutina de la simple existencia, carcomidos por el vivir diario y por los conceptos que tal vez de haberlos descubierto antes no la habrían llevado hasta el altar, como si no lograra conjugar su feminismo con el hecho de vivir con él, de ser su pareja, como si una cosa fuera excluyente de la otra, irreconciliable.

Recuerda la forma en que él intentó acercarse hasta esa filosofía tan fuertemente abrazada por ella y buscarse, verse representado en el tipo de hombre que intentaba someter a una mujer en los libros que ella leía y no lograba verse a sí mismo como tal, recuerda la frustración y los silencios, la equivocación en los gestos, la mala interpretación de las palabras y los actos, la distancia agigantada por el simple hecho de que se había terminado lo que una vez hubo entre ellos aunque

ella se escudara tras tantos tratados y ensayos feministas que a sus ojos no tenían ninguna relación con él salvo el hecho irrefutable de que era hombre, pertenecía sin remedio y sin condonación posible al género dominador y opresor, algo que no podía cambiar.

Recuerda el intento último de salvar lo que ya estaba roto, recuerda perfectamente la tarde oscura de varios años atrás cuando ella aceptó la petición de divorcio hecha por él tras encontrarla por la mañana en la cama con su amante, quería recuperar su libertad.

Aún puede oler la leña quemada en la chimenea de la casa en donde habían inventado un patético intento de hotel rural que no era sino una forma de querer revivir algo que estaba más que muerto, recuerda sus ojos, sus palabras que parecían dominar una ira infinita de la que él era único objeto y culpable, la atmósfera intensa del momento más íntimo que habían vivido, el de su separación definitiva.

Puede sentir aún su impotencia, el dolor clavado profundamente en su interior arrepintiéndose del anterior y patético intento de intentar convencerla para que se quedara con él, los te quiero que ya sonaban vanos y fútiles como si nunca hubieran sido ciertos o como si solo hubieran sido palabras con las que él anudaba su espíritu, con las que engrosaba la maroma que pretendía atarla y limitarla, recuerda con todo lujo de detalles las palabras que más daño le hicieron y las que descubrieron una realidad oculta, yo ya no te quiero, yo quiero a otra persona.

No eran relaciones libres, sino sentimientos lo que la ataban al otro.

Si ya no había nada entre ellos ¿por qué prolongar la agonía en medio de discusiones filosóficas, culpabilidades y promesas de reconciliación que no iban a cumplir?

¿Era absolutamente necesario todo aquel palabrerío filosófico para romper con él e irse con otro? ¿Era necesario culparle a él de su desertión? ¿No había podido simplemente irse, marcharse, salir de su vida y firmar los papeles necesarios para escapar de aquella trampa sin tener que buscar un culpable?

Tres años, tal vez casi cuatro desde entonces, dos años desde su muerte. Tiempo que se había escurrido de sus manos, tiempo que ella había pasado conviviendo con él solo porque la dejó hacer, la dejó vivir como mejor le pareciera, firmando sin tinta un acuerdo en que le daba absoluta libertad, sin importarle la dualidad de sus sentimientos y sin pensar que compartía su cuerpo y su alma con otro al que ni conocía ni, en principio, quería conocer.

Un último intento, un último esfuerzo, una última forma de demostrarle que él tampoco creía en la exclusividad sexual ni en el amor eterno, una última tentativa de vivir en armonía, ella sin renunciar a su forma ideal de vida o a sus principios filosóficos y él renunciando a esa posesión total que tan machista le parecía, una forma moderna de ver la vida, algo que se estaba poniendo muy de moda, relaciones abiertas, la libertad completa en todos los sentidos.

Jamás había habido por su parte una muestra de celos, un asomo de discusión o cualquier tipo de alarde machista que ella tanto odiaba, la dejó en paz, es cierto, pero en el trayecto en que ella pretendía liberarse lo que hizo fue absolverlo a él de todo pecado y dejarlo flotando en el limbo del desamor que ya no le producía ni pena ni dolor alguno.

Recuerda, como si hubiera sido ayer mismo, cómo buscaba sin rencor el aroma del amante en la piel de Lucía, cómo imaginaba los encuentros, las palabras, los gemidos, esa forma extraña que Lucía tenía de correrse haciendo un ruidito tan concreto y tan secreto que él podía distinguir el instante exacto en que llegaba aún en su imaginación y en otros brazos que no eran suyos y que nunca tenían un rostro concreto, rastreaba por curiosidad, tal vez por fustigación propia, las notas de su agenda, las sesiones de pilates y los almuerzos de trabajo sabiendo que tras una fecha y una hora escrita en un papel había una tarde de amor y una sesión de sexo intenso sin que eso le produjera nada más que la rabia del engaño, lentamente, muy poco a poco los recelos y la

aprensión del principio habían dejado paso a la expectación y solo existía un leve resquemor, una especie de competición silenciosa entre ambos hombres que nunca se nombraba abiertamente, un asomo de patetismo y de sentimiento del ridículo cuando pensaba que nadie entendería el acuerdo con Lucía de poder mantener esa doble vida, cuando se decía a sí mismo que ningún otro hombre se avendría a un acuerdo semejante y comenzaba a sentirse defraudado con los principios de libertad sexual que ella había logrado inculcarle y con los que parecía ser de todo menos el tipo misógino que ella no soportaba.

Podía entender que ella amara a dos hombres distintos y que disfrutara de ambos con total libertad, pero no lograba comprender por qué tenía que engañarle, que mentirle y ocultarle tanto la identidad como los momentos en que lo veía, el simple nombre con el que lo llamaba y que no supo hasta después de su muerte.

Eso no era ejercer su libertad, eso era simplemente mentirle, tapar sus ojos, apartarle de su vida dejando un hueco en el que no tenía cabida, arrinconándole hasta reducir su convivencia a los pocos minutos al día en que estaban juntos y en los que él ya no tenía ni ganas de intimar, en los que se martirizaba al encontrar restos de tardes apasionadas, momentos insignificantes en que se sentía apartado, simples detalles que revelaban la necesidad de aquella convivencia y de aquel acuerdo, instantes en los que meterse en la cama con ella era o bien una competición de fondo que lo dejaba exhausto pero insatisfecho o inmerso en una forma de indiferencia que ya no tenía nada en absoluto de fingida.

Las relaciones abiertas con las que ella pretendía comparar su convivencia no eran así, no se basaban en la libertad y en la libre sexualidad de una sola persona, tenía que ser algo basado en el libre albedrío de ambos y no en la ocultación, en la liberación de todas las partes y no en la opresión de alguien, tendría que haber franqueza y sinceridad y no la mentira y el desorden que parecía haber entre ellos, la verdadera libertad incluiría poder hablar del tema sin subterfugios, con total sencillez y confianza pero Lucía huía cuando él le preguntaba y le acusaba de tener fantasías sexuales insanas en las que se la imaginaba acostándose con otro solo para excitarse, como si aquello que ella había pretendido hacer, porque era libre de hacerlo y consecuente con sus sentimientos, para él fuera simple lujuria.

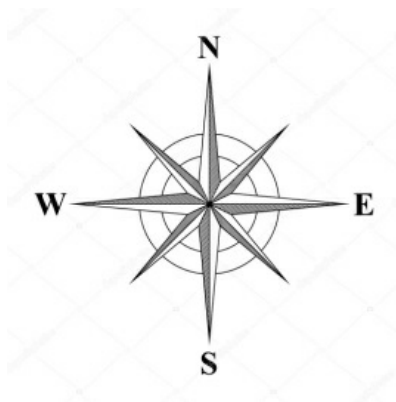
Recordaba todo mientras la miraba a ella sentada a su lado en el sofá, en un segundo de tiempo, en el escaso margen que hay entre un latido y otro, entre sístole y diástole, en un lugar extraño que comenzaba a resultarle familiar poco a poco y con el ruido de la chimenea de fondo, como si apenas nada hubiera cambiado, aún en el mismo lugar, anclado en los mismos pensamientos, en las ideas que Lucía le había inculcado y que ni entendía ni podía superar.

No era lo mismo vivir una relación liberal que ser un cornudo consentido y Lucía solo se molestó en confirmarle la segunda opción, jamás la primera.

Recordaba todo en una milésima de segundo delante de una mujer con la que había estado filosofando sobre el amor.

Quién se había creído que era él para hablar de ese tema precisamente con ella, una mujer que a todas luces había sido tan maltratada por ese concepto, el concepto de amor, como él mismo.

—Te traeré unos cuantos libros que debes leer inmediatamente, verás cómo muchos de los que ya conoces nunca volverán a ser iguales tras esas lecturas.



Cómo es que nunca le dijo a su padre la verdad sobre aquella relación que habría terminado en divorcio si no hubiera ocurrido el fatal accidente, pensaba mientras veía cómo Lara entraba en la cocina con las tazas ya vacías de café.

Cómo Salvador, tan sabio y sagaz en ocasiones, que adoraba a su esposa y que le conocía a él tan perfectamente, no tenía ni tuvo entonces una ligera idea o al menos sospechó siquiera un poco de la mala relación de su hijo y Lucía cuando ya estaban todas las decisiones tomadas y tan solo faltaba eso, el mismo divorcio en sí.

Nunca le había contado nada de todo lo que estaba ocurriendo y se había tragado él solo aquel sentimiento terrible de decepción y desamor, los días que se deslizaban hacia un final previsto que solo hacía que alargarse indefinidamente y que los tornaba en imposibles de tolerar. Aquella desidia por todo cuanto le rodeaba, aquellas mañanas en que el simple hecho de tener que repetir los actos que hasta ahora habían conformado su vida se habían tornado en inadmisibles, en actos baldíos, repetitivos y sin sentido, en una sucesión de momentos y de propósitos que en otros tiempos hasta habían sido importantes para él y a los que ya no les veía ni la simple razón de ser.

Podía recordar casi hasta el último detalle y recordaba, a veces sin querer, muchísimas fechas aquel último año, aquellos últimos meses de convivencia pactada, la esperanza de que todo fuese una aventura a la que Lucía renunciaría tarde o temprano, como si esperara que todo volviera a ser de alguna forma igual que antes y no terminara de reconocer que estaba roto desde hacía demasiado tiempo como para poder recuperarlo en todo su esplendor.

Recuerda perfectamente los gestos nuevos y el aire de primicia y plenitud que aquella relación le proporcionaba y era como si ella hubiera vuelto a ser de nuevo la mujer de la que se enamoró y no la que había estado años en hibernación a su lado, veía nítidamente el halo de esplendor que irradiaba, aquella satisfacción sin remordimientos que exhibía y de la que él podía hacerse cargo sin sentirse responsable de ella, sabiendo perfectamente que no era él quien tenía la posibilidad de ofrecer tanta dicha y bienestar.

La veía dormir entre aquellas mismas sábanas en los días de verano que compartían en aquella casa y que eran los pocos reductos de paz que tenían, los pocos momentos de tranquilidad que, como un intermedio, les ofrecían las vacaciones, y se sentía avergonzado al comprobar hasta qué punto ella estaba lejos de él, lejos del tipo de matrimonio o de relación que durante años habían tenido, imaginándola dormir en otros lechos distintos que no llegaría nunca a conocer.

Aquella aventura era como si hubiera puesto el mundo del revés y lo hubiera convertido en amigo o amante de su propia esposa y al amante convertido en esposo.

Era aquel hombre y no él quien tenía derecho a reclamar un trato casi conyugal mientras que

él se quedaba esperando las migajas de un amor que ya no le correspondía, quien se conformaba con actos cada vez menos maritales, con conversaciones de amistad y con un trato que, no exento de cariño, parecía más bien el que se le podía brindar a un extraño, a un intruso con el que tuviera confianza y con quien parecía obligada a vivir.

Las calles de la ciudad en verano eran una especie de pesadilla llena de turistas y botellones en las que él se sumergió a veces en busca de olvido y tal vez de venganza.

Tal vez solo quería comprobar hasta dónde era capaz de llegar. Si también él por sí solo era suficiente para tener cualquier relación fuera del matrimonio tal como ella hacía o tal como también hacían compañeros suyos de trabajo que no dudaban ni un segundo en comentar gráficamente entre cacerolas y sartenes la última noche loca con mujeres que no eran sus esposas ni sus novias y a las que les ocultaban, por supuesto, las infidelidades como si en el fondo aquellas les produjeran algún tipo de remordimiento y no la lúdica satisfacción de la que solían hacer gala ante sus colegas masculinos en horario laboral.

Caminaba por la zona de copas con uno de aquellos colegas, solteros y sin compromiso que conocía a multitud de personas en la ciudad y entre ellas a muchas mujeres liberales y sin problemas para terminar la velada en casa de quien fuera, mujeres para las que no existían compromisos ni noviazgos ni relaciones serias porque para ellas, tal como le ocurría a Lucía, los hombres no eran más necesarios que durante ese tiempo exacto en que podía durar un coito y sus prolegómenos.

Mujeres totalmente emancipadas y lejos de los complejos con los que habían crecido sus madres, dueñas de sus vidas y de sus cuerpos, provistas de una feminidad exuberante que el ansia de libertad e independencia volvía aún más seductoras, como si pudieran contagiar esa libertad, esa sensación de osadía, esa forma increíblemente distinta de vivir en absoluta franqueza consigo mismas y sin opresión de ningún tipo, mujeres cuyas escalas de valores difería bastante de las de aquellas chicas con las que él había salido más de veinte años atrás y que aún arrastraban los trastornos y las manías de una sociedad decadente y gris en la que simplemente hablar de relaciones prematrimoniales era poco menos que escandaloso.

Relaciones prematrimoniales, algo tan obsoleto como el mismo matrimonio en sí.

Recuerda la sensación de libertad que le ofrecía el simple hecho de estar sentado tomando una copa entre personas conocidas y desconocidas, frecuentando gente nueva, llevando cualquier conversación animadamente, con mujeres con las que podía hablar de cualquier tema sin tener que acabar precisamente en la cama aunque reconocía que era algo que se había propuesto mientras se arreglaba.

Recuerda las luces de la ciudad que semejaban una promesa para quienes salían buscando interactuar con alguien de todos aquellos desconocidos que también salían exactamente para lo mismo. La música sugerente, *chill out*, las copas de diseño, los relojes que marcaban horas imprecisas, pasarelas de personas que buscaban algo sin saber el qué o que simplemente no buscaban absolutamente nada, los diseños de moda, las costumbres cambiantes en las que no se sentía reconocido pero que no lograban incomodarle ni hacerle sentir fuera de lugar, los grupos de personas que llenaban las mesas y se tumbaban cómodamente en una especie de camas de plumas y cientos de cojines en colores terrosos y luces tenues, las conversaciones silenciosas de los baños mientras por parejas se consumían cantidades ingentes de drogas de diseño caras y al alcance de solo una élite que se lo podía permitir lejos de las esferas de gentes que buscaban las mismas sensaciones y que recurrían a drogas de peor calidad y a lugares de peor catadura.

Lujo, diseño, esnobismo, libertad, modernismo, sofisticación y bohemia, una clase a la que él podía pertenecer si quisiera por estatus social y que a Lucía le habría encantado.

Aquella noche hacía un viento de poniente que la madrugada se encargaba de refrescar tan solo un poco, y en la terraza de lujo situada en el ático de un edificio desde el cual tenía a los pies la ciudad completa se sentía casi liberado de toda presión y de todo remordimiento. Podía o no podía terminar con alguna de esas mujeres en la cama, pero notaba que el simple hecho de tener la opción, de vivir esa expectativa, la libertad misma de poder hacerlo le daba alas y le quitaba un gran peso de encima, el peso de los cuernos se dijo a sí mismo.

Mientras Lara en la cocina llenaba de nuevo las tazas de café visualizó a la mujer pelirroja que durmió a su lado una sola noche y a la que le dejó una nota con su teléfono antes de salir de su casa con la esperanza de que llamara y la sensación de que nunca iba a llamar, algo que allá en el fondo esperaba que ocurriera.

Curiosamente aquella mujer fue a la que contrató para que comenzara con los trámites de su divorcio tan solo unos días después y que le dejó meridianamente claro que entre ambos, desde ese preciso instante no habría nada más que la simple relación profesional, y es que no se le ocurrió buscar a mejor abogado que a aquella amazona de cabellos rojizos que hacía gala de una seguridad que a él le faltaba por completo y con la que ya había hablado de la relación independiente que llevaba con su esposa sin que esta moviera ni una sola pestaña o procediera a juzgarle.

Era sin duda una mujer más que meritoria que poco o nada tenía que ver con esa supuesta independencia feminista de la que hacía gala su mujer, alguien que sabía lo que quería y lo que no sin ningún género de dudas y que jamás habría utilizado o aprisionado a un hombre en pro de un feminismo que solo salía a relucir cuando era más conveniente, tal como había hecho Lucía con él.

Recordaba que no pudo volver directamente a casa ese amanecer que parecía tener escondido un mensaje por el momento indescifrable y recuerda que paseó por esa misma playa sabiendo que Lucía estaría en casa durmiendo sin haberle echado de menos ni siquiera un poco, liberada de alguna forma de la culpabilidad de sus actos por el acto que él acababa de cometer.

Decidió el divorcio definitivo en ese mismo instante.

Aquella mujer que había dejado durmiendo en una cama de sábanas revueltas, aquella mujer que conocía desde solo unos pocos días y con la que había pasado una sola noche había marcado sin saberlo una raya definitiva entre Lucía y él.

El feminismo de estar por casa y que solo consistía en cargarle con sus propias ansias de libertad parecía exento del verdadero fondo necesario para hacerlo creíble.

No se es feminista solo por acostarse con otro y predicar el amor libre si todo aquello no va rodeado de un fondo real de pensamiento, meditación, ideología y acciones consecuentes.

Comprobó la parte de mentira que había existido en las explicaciones filosóficas que ella le había dado tantas veces y la necesidad de unos actos que no tenían nada de metafísico o existencial, sino que más bien sonaban a tomadura de pelo. Lucía no era una mujer como la abogada ni como otras mujeres que, conscientes de serlo, luchaban por vivir su vida y ser dueñas de la misma. Lucía, a su lado, solo era una mentirosa necia que se había aprovechado de él durante todos aquellos años y que ahora, cuando ya disponía de un buen patrimonio y de un buen trabajo, se escudaba en principios que antes, quince años atrás, cuando se mostró una mujer clásica que le hacía creer que él era su príncipe azul y el amor de su vida, no poseía.

Le llevó churros recién hechos, preparó café, calentó leche y dispuso una bandeja que subió hasta la habitación en donde se suponía que ella habría estado esperándolo dispuesto a despertarla para anunciarle aquella decisión que aunque pareciera lo contrario no tenía nada de repentina, solo que Lucía no estaba sola y mucho menos había esperado que él llegara tan pronto

como para sorprenderla todavía encamada con aquel otro hombre.

Fue la primera vez que lo vio. La segunda y última había sido poco después en su funeral.

Lara se había vuelto a sentar a su lado esperando que él hablara, guardando un silencio entre respetuoso y vergonzoso, como si por un lado hubiera adivinado sus pensamientos y por otro se avergonzara de aquel único dato de su biografía que había dejado escapar.

Casi se le había olvidado en dónde estaba y qué había ido a hacer a aquella casa pero su presencia silenciosa se lo recordó inmediatamente. Recordó el nombre que había quebrado la conversación y que le había hecho retroceder en el tiempo hasta el punto de quedarse colgado de sus propios recuerdos: Bran

Él no era bueno para ofrecer consejos y menos aún si no se los habían pedido.

Él no era nadie para decirle lo que tal vez aquella mujer estaba esperando oír salvo lo que ya le había dicho sobre el amor y la literatura, sobre el montón de libros que en su cabeza ya tenía apuntados para dejarle, o mejor regalarle, y que salvaba de esa forma del abandono en el que dormían amontonados formando pilas infames junto con las otras muchas cosas de Lucía que no se atrevió a tirar.

Estaba ahí sentado, frente a una nueva taza de café humeante y frente a una mujer que le había pedido auxilio sin querer en una noche de invierno en la que ambos y por separado naufragaban en aquellas buhardillas que, aunque habían sido palomares, no dejaban que ninguno de los dos pudiera abrir las alas. Anclados en el suelo firmemente sobrevivían al duro clima entre chimeneas encendidas y paseos matutinos que les bastaban para tener la ficción de amistad y de contacto humano suficiente.

Había tantas cosas que aún no comprendía, tantas cosas que su curiosidad preguntaba y a las que nunca daría respuesta, tantas cosas que ya jamás tendrían contestación.

—¿Puedes hacerme un favor? —Sus ojos se posaron en el nudo celta que Lara llevaba colgando de un cordón en el cuello y que quedaba fijo en el hueco que formaban los huesos de las clavículas. —Ven a casa y coge tú lo que quieras, no he tirado nada de ella en todo este tiempo y tal vez tú puedas ayudarme a deshacerme de todos aquellos trastos.

Lara estuvo a punto de declinar la oferta, no quería poseer aquellos libros a ese precio, al precio de ser ella la que tuviera la potestad de deshacerse de cosas que él no se había atrevido a tirar a la basura desde hacía tantos años o que tal vez no quería tirar porque atesoraban la presencia de aquella mujer desaparecida. Aun así, accedió. Le venció la curiosidad y sobre todo el asomo de confianza que llevaba impresa aquella petición.

Encendió un nuevo cigarrillo y se apoyaba en el respaldo del sofá, seguramente abochornada por la extraña solicitud surgida en un impulso indescifrable, y podía ver en ella la duda o la incomodidad por el hecho de haber aceptado, como si en realidad no se sintiera absolutamente autorizada a hacer algo que él no había podido; pero si no era ella, casi una extraña la que lo hacía por él, nadie iba a poder.

Al menos él no.

Había repartido entre varias amigas algunos enseres personales de Lucía, collares de bisutería, pendientes y anillos, algunas figuritas de sus viajes y alguna tontería de lujo de las que a ella le gustaban tanto, más como recuerdo que como otra cosa, para que la gente que la quería la recordara tal como la conoció.

Había intentado ser ecuánime en ese reparto y luego se había escondido en su dolor y remordimiento hasta que el tiempo transcurrido había formado una barrera entre todas sus amistades y él mismo.

Podía pasearse por aquella habitación cerrada a cal y canto y encontrar el espíritu de su esposa

entre todo aquello de lo que no se atrevía a deshacerse. Dejó que pensarán que no superaba la pérdida y se hundió en la soledad que resultó ser un último reducto de paz en donde podía detenerse a pensar y a dejar que transcurriera el tiempo sin más prisa ni más afán que el simple hecho de ir existiendo lejos de las prisas y de los lujos y de todo aquello que en alguna otra ocasión le pareció tan importante, deshaciéndose de lo innecesario y superfluo, consciente en todo momento de la suerte que tenía al poder financiarse la locura de vivir como un asceta en un lugar apartado que muy pocas amistades conocían.

No había vuelto a tocar nada de todo a no ser que fuera para recordarla, para apresar parte de aquellos días en que habían sido felices y en los que todo transcurría en una normalidad y en un modo de vida que parecía ser como el de tantas parejas, como el de tantas personas, sin grandes locuras, sin grandes pasiones ya, pero también sin aquella especie de espiritualidad o alianza íntima que él esperaba tener con la mujer que se suponía tenía que compartir su vida.

Había casi un abismo entre la Lucía que él conoció y de la que se enamoró con aquella otra que predicaba y practicaba el amor libre, exhibía resplandeciente modelos caros, coleccionaba cualquier cosa de marca, se inventaba reuniones, espectáculos, viajes, exposiciones y de todo lo que hiciera falta para alejarse de él y dejarlo al margen. De aquella Lucía que festejaba sus platos y celebraba sus invenciones culinarias con fervor a aquella que se había vuelto macrobiótica, luego vegana, y que no probaba nada en absoluto que él hubiera cocinado, ni siquiera el plato con el que ganó uno de los más importantes concursos gastronómicos que ella encontró un asco y al que no dirigió ni una sola mirada distraída.

Vivían en dos mundos tan opuestos que era imposible que alguna vez se encontraran.

Recuerda el cansancio cuando llegaba a casa tras una noche de fin de semana con el restaurante lleno hasta los topes y con aquellas interminables listas de espera para encontrar que ella había salido con aquel otro hombre.

Recuerda el calor pegajoso con el que dormitaba en las largas esperas del verano y el frío del crudo invierno que le atenazaba en las madrugadas que dormía en un sillón para que no fuera tan insultante su ausencia en la cama.

La sensación de imprevisto que había adquirido todo, de imprevisibilidad, como si nunca tuviera a que acogerse, aquella inseguridad que al principio le dolía y que poco a poco llegó a preferir o incluso a aceptar con alivio, la casa vacía, las noches largas y los días demasiado cortos en sus afanes, no soportaba el hecho de volver y ver que no estaba, aunque terminó por preferirlo, o que sí estaba pero ausente, alejada de él y de sí misma, como el cascarón de cualquier bicho que se desprende de algo que solo es un lastre y con ello logra hasta volar, esa terrible sensación de hastío, las conversaciones vacías, superficiales, llenas de indiferencias y frases hechas, rebosantes de actos sin sentido que semejaban una lectura de agenda y no un diálogo, henchidas de la consideración y cordialidad con la que se puede entablar una conversación con cualquier extraño sin llegar a decir absolutamente nada importante o real sobre uno mismo.

Las miradas esquivas y los secretos que poco a poco van dejando de serlo, la voz de una radio en la noche, una carta a medio escribir, una dirección de correo electrónico que ya no olvidó y que estaba marcada con un emoticono enamorado, una canción que se repite una y otra vez en el CD y que no significa nada para ellos como pareja pero sí ha adquirido, de repente, significado para ella.

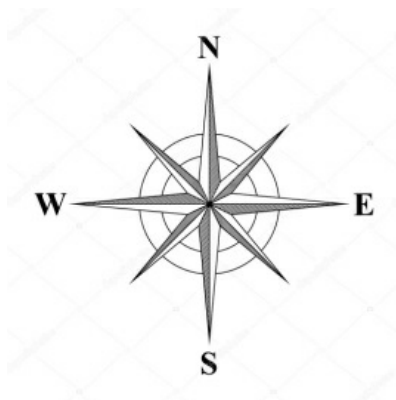
Notas en los bordes de la agenda, arreglos a horas intempestivas, algún rastro de perfume, dos entradas para el cine de alguna película que él no vio y que tenía pensado ir a ver con ella, el ticket de algún restaurante de la competencia, una letra nueva en el móvil y un número de

teléfono distinto que no se comparte porque no pertenece a su mundo en común. Mensajes que se borran automáticamente después de ser leídos, ausencias, lapsus, deserciones, cambios de humor, la belleza repentina y recobrada que solo da el amor satisfecho, un segundo de duda antes de contestar, un segundo de vacilación con la que se pretende ocultar una mentira o una verdad sin llegar a conseguirlo.

Recuerda el pensamiento infalible y visionario de que ni siquiera el intento de reconciliación o de convivencia a tres bandas como ella le había propuesto iba a ser suficiente porque a él, aunque se le pudiera acusar de romántico, no le valía ni soportaba en absoluto la sensación de que su relación se basara en el sexo y en el dinero, en las dos únicas cosas que no tenían significado sin otras muchas que lo complementaran, algo que le era más doloroso en sí que el hecho de tener que compartirla con aquel amante desconocido, y recuerda además cómo para ella eso era más que suficiente, no le exigía nada, no parecía desear ninguna otra cosa de él que esa rutinaria y conveniente convivencia, pero tampoco le ofrecía ninguna otra cosa que él se atreviera a pedir hasta que ya no pidió nada en absoluto.

Solo Lara, aquella mujer que fumaba en apariencia tranquilamente en el sofá y a la que, sin embargo, se le notaban las corrientes internas de su pensamiento, tendría la oportunidad de quitarle aquel peso de encima, librarle de los recuerdos físicos de su existencia y su pasado que, amontonados en cajas, parecían llamarle en algunas ocasiones.

—Déjame ver qué has escrito —le pidió de repente volviendo ese presente y a ese lugar, mirando su sonrisa vergonzosa—. ¿Puedo leerlo?



Qué distinta es esta casa cuando tú estás en ella, cuando abres las ventanas para que entre la luz en las habitaciones que llevan años cerradas y que yo quería clausurar para siempre en un intento de olvidar lo que hay ahí dentro, aquella parte del pasado que hasta hace poco me seguía haciendo daño y que había dejado de doler milagrosamente ante tu presencia.

A veces me pregunto si más que el pasado y los actos de dolor o la muerte me dolía más el golpe de la vida en sí. Si tal vez yo mismo busqué ese dolor y esa forma de seguir en duelo permanente como una forma de no afrontar todo aquello que no podía creer que hubiera llegado a soportar, la humillación constante, la lejanía, la forma en que me dejé manipular, la tortura de vivir con alguien a quien quieres y que ya ha dejado de quererte, la utilización indebida de mi cuerpo, de mi mente y de mi trabajo, el uso fraudulento de la palabra amor y libertad, todo lo que Lucía hizo conmigo durante los últimos años y que nadie supo ni sabrá jamás, la falta de coraje para mandar todo lejos y volver a comenzar.

Y de repente entras tú aquí y todo parece que haya sucedido hace siglos, como si hubieras borrado su recuerdo de esta casa.

Te veo mirando sus libros, paseando por encima de sus cosas, investigando lo que puedes utilizar en el trabajo que estás emprendiendo, la reverencia con la que me pides permiso para llevarte este o aquel libro a tu casa como si en el fondo te doliera tocar algo de todo lo que fue suyo.

Has borrado de un plumazo no solo parte de sus recuerdos, sino que la has borrado de mí.

Has entrado como un soplo de aire y has quitado el polvo de los años y la sombra de las presencias, de las evocaciones dolorosas, has traído contigo esa especie de aire alternativo que te rodea, ese viento fresco de Tramontana que parece surgir de ti, esa forma mágica en la que estás en los sitios, esa forma tan tuya de estar y ser, de existir, tal vez menos rotunda y menos terminante de lo que fue ella, pero mucho más clara y evidente, mucho más serena y terrenal, como si ella hubiera sido un huracán que lo mueve todo hasta tener el poder de destruirlo y tú fueras la brisa que va dejando las cosas en el lugar adecuado y natural que les corresponde.

Tú también mueves mi mundo, pero sin llegar a derrumbarlo, lo creas, lo haces, lo estás construyendo día a día sin darte cuenta, has minado los cimientos que ella dejó a la intemperie y los has vuelto a levantar para terminarlos de hacer y de componerme tal y como debería haber sido siempre, me has dado una posibilidad y una certeza y me has entregado la facultad de volver a ser yo, como si estuviera naciendo de tus manos que recorren los muebles y buscan los detalles y pasan las hojas y me tocan sin querer.

Tus manos que han aprendido a tocarme sin pretensiones y sin el miedo o la desconfianza al

contacto humano que una vez adiviné en ti.

Tus ojos buscan sus fotos para tener una imagen mental de ella y mientras miras un álbum vas comparándome con el Marcel del pasado, con el Marcel que vivía con ella y no con el que soy ahora, un viudo madurito e interesante, según algunas amigas me dijeron hace tiempo, sino el que he surgido tras los años de silencio y reflexión de los cuales me has echado a patadas con tu simple sonrisa o con la simple forma en que caminas por el jardín y la playa, con la simple manera en que has ido haciéndote hueco, con los gestos en los que has ido entrando en mí y sacándome fuera, al otro lado de este encierro.

Tus ojos me miran y me comparan, te sonríes ante la diferencia de la ropa y de los años, me sorprende que puedas encontrarme guapo en según qué fotos y que me lo digas tan abiertamente, que guapo estabas aquí, me dices y creo que estoy a punto de ponerme rojo o algo así pero tú sonríes y añades qué joven y me dejas sumido en la miseria del tiempo que ya no podré recuperar, del que perdí con ella, al que ya nunca tendré la posibilidad de volver para cambiar lo que ocurrió, para cambiar todo el pasado que tú compruebas en el álbum de fotos y que te acerca a mí en una distancia infinita de la que ya no somos dueños.

Miras la ropa en los armarios y no te extraña que no la haya tirado ni regalado, me dices que tú jamás podrías superar el instante de tener que deshacerte de las cosas que pertenecieron a alguien a quien amaste y murió, que la melancolía de la vida y el vacío de la muerte son dos cosas que no puedes soportar, pero yo ya no la quería, aunque en el fondo la quisiera, aunque sepa que no la olvidaré, aunque la quisiera hasta el punto de negarme a mí mismo, yo ya no la quería cuando murió o por lo menos ya no la quería como se supone que la debía querer.

Y ella a mí tampoco.

Y sin embargo no he podido quitar nada suyo, no he podido tirarlo ni regalarlo ni amontonarlo en cajas para darlo a la parroquia, no he hecho nada con todo lo que una vez le perteneció. Has sido tú quien ha metido en cajas la ropa que sus amigas no quisieron llevarse y los recuerdos que dejaron haciéndome creer que no podían obligarme a desprenderme de ellos y que simplemente no eran del valor suficiente. Has sido tú quien ha cerrado las dos cajas y las has precintado con la ayuda de mi padre mientras yo en la cocina temblaba de nervios y de aflicción, sintiendo ese suplicio de haberte pedido que me ayudaras en algo tan molesto y triste, algo que no sé si me vas a perdonar.

Había algo de trascendental en que fueras tú quien hiciera los gestos que yo no pude hacer años atrás, la que me ayudaras a terminar de desembarazarme de ella, a eliminarla por completo de mi realidad para que su hueco quede diáfano y libre, para que el lugar que ocupaba quedara vacante, vacío y a la espera de ser llenado, un hueco que he guardado por si quieres ocupar tú, un hueco que he ido puliendo y suavizando con los días, agrandando y haciéndolo confortable para que te puedas sentir a gusto si decides tomar posesión de él, un hueco que crece cada día un poco más hasta que me ocupe por entero y yo no sea más que corazón y sentimiento, hasta que no sea más que el lugar al que tú vayas a resguardarte si decides hacerlo, ojalá lo hagas.

Había algo de especial en ese gesto que no has entendido pero que aun así has hecho a la perfección, había una ceremonia con la que olvidar su egoísmo y que tú has conjurado con tu generosidad, había una codicia que tú has expulsado con tu sencillez, has puesto franqueza donde ella guardaba sus mentiras, caridad donde había interés, humildad donde ella ponía complicaciones, luz en la oscuridad, claridad ante la penumbra, orden entre todas las dificultades, has logrado perfectamente superar la comparación de su vida con la tuya, como si hubieras peleado con ella y con su fantasma y hubieras salido vencedora de esa extraña lucha.

Tal vez egoístamente te he comparado y te he observado tan distinta y tan real que yo mismo te he dado la victoria sobre ella y, sobre todo, has ganado, me has ganado, nos has ganado, a mí y a ella, sobre todo a ella pero sobre todo a mí que me he rendido ante tu forma de reír y de mirarme por encima de las cosas que yo no habría podido mirar si tú no las hubieras sacado de su escondite y de los armarios donde las guardé años atrás.

Escucho tu risa ante las bromas de mi padre que parece un niño cuando tú estás cerca y me doy cuenta de que esta casa no tiene ninguna risa guardada, no hay en ella el eco de las carcajadas de nadie, acaso de conversaciones y de algún grito, acaso de los secretos que ella guardaba entre sus paredes y que me ocultaba a mí, pero no los ecos de alguna risa similar a la tuya, de esa alegría que desprendes aunque sobre tus ojos a veces aún se cierne un deje de tristeza.

Admiro la forma en que estás superando lo que sea que te haya hundido y que todavía no me has contado, admiro la falta de rencor y amargura en tus gestos aunque sé que puedes guardarla en algún lugar que no me muestras, veo la forma en que te subes a ti misma, en que te superas, veo la valentía que demuestras al no dejarte arrastrar por el dolor, me conmueve recordarte hundida hace dos meses y ver cómo has resurgido, cómo has luchado en la soledad de tu casa para salir a flote, algo que yo no he podido hacer hasta que no llegaste tú.

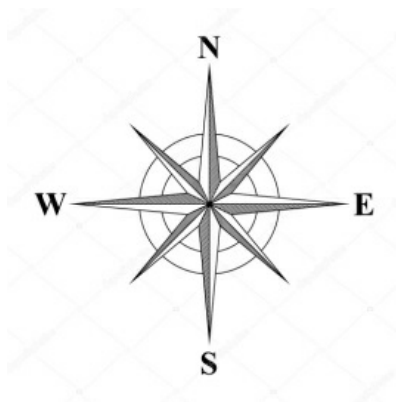
Admiro tu fortaleza aunque a veces me intimide, admiro cómo no te has dejado arrastrar por la ruindad y has logrado depurar los sentimientos hasta sacar algo bueno de ellos, tú, simplemente, una nueva mujer que va naciendo de ti y de todo lo que has logrado dejar atrás y que yo contemplo embelesado, hechizado por el milagro de verte resurgir alegre y viva, aún vacilante tal vez en según qué ocasiones, pero resuelta y persuadida a intentarlo cada vez que sea necesario.

Qué distinta es esta casa desde que tú estás cerca, qué distinta la playa, qué distintos los días y las noches, qué distinta mi vida.

Me pregunto dónde has estado todos estos años y qué has estado haciendo y con quién.

Me pregunto cómo ha sido posible que llegues a importarme de esta forma, tú, que hasta hace poco no sabías que existía y que has tardado tanto en dejar de mirarme con desconfianza y recelo aunque reconozco mi parte de culpa en ello.

Me pregunto qué eres para mí, por qué desde que llegaste he estado mirándote por la ventana y espiando tus pasos para verte sin que me veas, notando cómo te ibas transformando en algo que iba a permanecer a mi lado y muy cerca, notando cómo mis defensas, las barreras que levanté para ti y para cualquier persona, iban perdiendo su razón y su altura. Me pregunto si notas en mí algo que te ha hecho cambiar de actitud, si adivinas la existencia de este azorado y temeroso sentimiento al que, sin embargo, no le doy nombre y que ni yo mismo sé qué es, pero que me obliga a buscarte y a intentar retenerte y a que formes parte de mi vida, a compartir y a darte todo aquello que tengo guardado desde hace años dentro y que no sabía que tenía. Qué distinto es todo desde que estás aquí, qué distinto y qué bello.



No podían reconocer el momento exacto en que aquella especie de amistad vecinal, el trato puramente cívico entre dos personas que viven cerca y por pura obstinación aisladas del mundo, comienzan a tejer los hilos de una cercanía armónica que va dejando paso poco a poco a una intimidad progresiva con momentos de soledad voluntarios.

Es difícil distinguir los instantes en que dos personas comienzan a buscarse y a pensar la una en la otra como si no fuera posible que ese nexo que ahora les une haya sido tan frágil y delicado, tan extraño y favorecido por el puro azar que hasta puede que no se hubiera producido jamás, incluso ahora, en el momento en que saben ya tanto el uno del otro y en el que han entrado dentro de antiguos secretos adivinados en los silencios y en los rostros que intentan ocultarlos.

Ahora que saben que lo que les une es tan tenue y frágil que cualquier elemento o circunstancia aún puede romperlo o quebrarlo con excesiva facilidad.

Se aferran a la misma incipiente amistad, al simple compañerismo que les impide estar solos en las ocasiones que no desean estarlo, para agrandar esos lazos, esas pocas cosas en común que van descubriéndose con el pasar de los días y la variedad de las conversaciones, sorprendiéndose en los hechos más insignificantes, en los días rutinarios o fechas especiales de todos los mortales entre los que ellos vivían sin conocerse y que sin embargo tienen en común con el resto de la humanidad como si eso los acercara aún más.

Buscan en el pasado de sus vidas lazos que hasta ahora no creían que tuvieran y que creen especiales al contárselos, como arqueólogos que encontraran restos que justificaran vivencias en un lugar y espacio común, como si esos vínculos fueran exclusivamente suyos y no también del resto del mundo.

Quieren conocerse a través de los días pasados en los que no estaban juntos y en los que ni siquiera podían imaginar su vida de otra forma.

¿Qué hacías y dónde estabas el día de las Torres Gemelas? ¿Cómo viviste las olimpiadas de Barcelona? ¿Qué despertar tuviste el 11 M? Preguntas y respuestas que traen sentimientos o sensaciones desconocidas u olvidadas.

El día de las Torres Gemelas él estaba en la cocina del restaurante acabando la jornada de mediodía y observando la preparación de diseño en los postres de las últimas mesas junto con algún segundo plato de algunos comensales rezagados, oficinistas con sus jefes, administrativas y compañeras que rodeaban a algún pez gordo de turno al que tenían que aceptarle la invitación a comer casi por obligación y que había reservado mesa el mismo día de un mes atrás cuando programó esa visita en su agenda. Algún intelectual que fumaba apuntando palabras sin sentido

en un cuaderno con un significado exclusivo que solo él podía entender, comidas de negocios, delegados de zona de promotoras urbanísticas, financieros de segundo orden, los de primero solían ir más bien a cenar, concejales de urbanismo, tiburones de bolsa y mercados de valores.

Habría pagado para que el restaurante fuera uno de aquellos bohemios restaurantes parisinos en que los artistas eran los principales clientes. Gentes del mundo de la cultura siempre al borde del impago y del desahucio, pintores que pagaban su comida con un boceto sobre una servilleta de papel, triángulos amorosos de intelectualidad y de un futuro existencialismo, modelos famélicas del brazo de un escultor en ciernes o de un pintor en época dorada, conversaciones literarias frente a un café y un cigarro, librepensadores, almas errantes, historias vagas y dolorosas, abandonos humanos y divinos de quienes buscan inspiración en cualquier rincón inmundo, en cualquier hecho obsceno o cualquier tema vulgar del que solo los genios pueden sacar una obra de arte.

La luz de los días y las noches de un París de entreguerras en plenos años veinte y antes de la oscura depresión, quizá también el París de varios años después.

La transgresión de unas leyes que comenzaban a ser transgredidas en plena luz del día, corrientes de pensamiento, olor a flores de los Campos Elíseos y la brisa húmeda del Sena, la placidez de las tardes sin prisa, las noches de estreno en la ópera, las mujeres tan verticales con sombreritos, guantes y largos collares de cuentas fumando con boquilla largos cigarros con los labios pintados de rojo y kohl en los ojos oscurecidos por el insomnio y por la nocturnidad voluntaria, la elegancia de las formas y de novedad de las ropas femeninas, la ligereza de las telas primaverales en los escaparates de las primeras marcas de moda, de aquellos diseñadores míticos que comenzaban entonces a abrir sus primeras boutiques. Sombreros y paraguas, flores en las solapas de trajes oscuros, la despreocupación de aquellos días en que aún se palpaba el ambiente festivo y atrevido, casi insolente tras una guerra y en el que se no veía el asomo de horror de otra guerra futura, arquitectos, escritores y mecenas, librerías que arriesgaban su capital en libros que se convertían en obras maestras, Joyce, Cezanne, Picasso, Stein, Hemingway, Matisse, el ballet ruso de Diaghilev estrenando y escandalizando con su *Rito de Primavera* de Stravinsky, Anaïs Nin y su tórrido y escandaloso romance con Henry Miller, La Dome y La Coupole acogiendo cada noche la flor y nata de la intelectualidad del momento, el Hotel Ritz donde Proust se sentaba a contemplar los comportamientos de la alta sociedad parisina con rigor casi científico, la liberación del hombre de sus más mojigatos complejos, libertad y creatividad, la sustitución de la sensualidad escondida por el erotismo íntimo y honesto, la emancipación de espíritu, el surrealismo y la individualidad del sujeto como persona soberana. París, donde siempre era una fiesta.

Pero su restaurante no era así, no había nada de talento ni acudía ningún genio en busca de sus musas errantes, solo existía la eficacia administrativa y la habilidad para los negocios de personas absolutamente terrenales que contaban sus bienes como posesiones y que buscaban el poder en las cosas tangibles y contables que pueden ser vistas y notadas por el resto de coetáneos. Facturas a cargo de la empresa, puros y copas, chóferes a cargo de la administración pública, maletines infestados de dinero o de papeles que lo producirían, carcajadas y anécdotas a cual más bronca, seriedad o alboroto según el día y la hora, según quién esté en la cabeza de la mesa, según la jerarquía del momento y de la ocasión.

Los llamaron para que salieran a ver el tremendo espectáculo en una televisión del despacho, donde hasta los clientes habían entrado corriendo para poder llegar a tiempo de ver el segundo impacto del avión sobre la torre número dos.

La sensación de miedo, la ironía de quien decía que en Estados Unidos hasta las tragedias son

a lo grande, la tierra temblando a sus pies, el orden del mundo a punto de caer al mismo tiempo que se iban desplomando las torres, una nueva época de oscurantismo y guerra que parecía abrirse ante la humanidad en el mismo instante en que el gobierno estadounidense reaccionara, el espanto de ver cómo las personas caían de los edificios humeantes, el estremecimiento de comprobar cómo la locura puede arrasarlo con todo lo bueno o lo humano de las personas sean del bando que sean, pertenezcan al lugar que pertenezcan o profesen la religión que profesen.

Tal vez ese día él dejó de creer en la humanidad misma o tal vez creció su fe.

Quizá ni siquiera aún lo sabe aunque haya transcurrido tanto tiempo desde entonces.

El día del 11 M, ella preparaba el desayuno para Bran mientras este se estaba afeitando en el baño.

Había amanecido una mañana despejada y casi primaveral, de esas que en el Mediterráneo ya empujan a la mar para abastecerse de sol y playa pero con la manga larga de una chaqueta.

Como cada mañana tenía la radio puesta en su emisora para escuchar el programa despertador, las voces alegres tan distintas a la de la noche, agudas y festivas, no íntimas y graves como la de Ana, voces que intentan transmitir alegría y viveza, no nostalgia ni evocación.

Las canciones diferentes de radio fórmula, alegres y sin pretensiones, con letras que poco o nada tenían que ver con los poemas musicales y profundos que ellas elegían para los oyentes insomnes de cada noche, intentando con sus machacones estribillos y sus músicas pegadizas sacudirles la modorra a los oyentes rezagados, a las madres que subían a sus hijos a los coches camino de los colegios, a los oficinistas que se tomaban su primer café del día en el bar cercano a su oficina, el hilo musical de tiendas de ropa y de autobuses repletos de personas extrañas entre sí.

Cada hora, durante tres minutos exactos, repasaban la actualidad del día y los deportes antes de continuar con las bromas telefónicas y los anuncios en directo, y fue entonces cuando escuchó que en Madrid habían hecho explosión varias bombas en los trenes de cercanías.

Recuerda que encendió la televisión de la cocina y apagó la radio por primera vez desde que comenzó a trabajar en la emisora. Noticias cruzadas, conexiones en directo, imágenes aún lejanas y poco esclarecedoras, hipótesis a cual más terrible y miedo, una sensación de miedo y dolor que poco a poco iba creciendo dentro de ella mientras Bran apuraba su café sin hacer ni un solo comentario.

Joder, cómo se han pasado, fue lo único que dijo antes de coger la chaqueta y marcharse al trabajo como si ese hubiera sido un día cualquiera.

Corrió hacia la emisora dándose perfecta cuenta de que el momento que estaba viviendo era crucial, histórico, que habría un antes y un después de aquellos actos y de aquella barbarie, tal como pensó años antes con el atentado de las Torres Gemelas, buscó los números de teléfono de compañeras en Madrid para preguntar cómo estaba toda la plantilla en la emisora central, cada uno llamando a otros conocidos, investigando la situación exacta de sus amistades y de sus compañeros a los que conocían de reuniones, entregas de premios, certámenes, cursos de perfeccionamiento y trabajo, gente con la que habían coincidido en fiestas o en el ejercicio de su profesión, con la que mantenían una correspondencia tan fluida y diaria que pese a estar a cientos de kilómetros era como si estuvieran al lado.

De fondo, en todas las conversaciones telefónicas que tenían lugar en aquel edificio de la Gran Vía tan cercano a Atocha se escuchaban los pitidos de coches, las sirenas de ambulancias o policía, el escándalo en la calle, el descontrol e inquietud que se vivía en aquella ciudad, se sentía el temblor en las voces, el miedo más profundo, la enajenación y la rabia contenida, el dolor de la injusticia, el vuelco, otra vez, en el orden del mundo que ellos conocen, señales de aquel

horror que cruzaban por los hilos telefónicos y eran audibles, palpables a seiscientos kilómetros de distancia.

Era como una urgencia necesaria contarse la vida, encontrarse en hechos comunes, ir conociéndose en los pequeños detalles que se dejaban ver entre las líneas de todo lo mucho que se decían.

¿Cómo celebraste el Mundial, qué bebida elegiste para emborracharte esa noche de banderas bicolores y pitidos de coches por toda la ciudad? ¿Qué edad tenías el 23 F? ¿Cómo lo vivieron las monjas de tu colegio de pago? ¿Cuándo terminaste la universidad? ¿Por qué nunca fuiste a la universidad? ¿Qué estabas haciendo mientras ella escribía correos electrónicos a una emisora de radio para contactar con personas con las que tuviera algo en común? ¿Qué plato preparabas o supervisabas la noche que conocí a Bran?

Dónde estaban cada uno en los momentos cruciales de la vida del otro, cuando eran unos desconocidos que podrían no haberse cruzado jamás o incluso se cruzaron sin saberlo en cualquiera de las fiestas a las que acudían, uno como invitado y otro como organizador, catering y cenas organizados por la emisora en fiestas de Navidad, eventos culinarios de entregas de premios con la firma de uno de los mejores restaurantes de la ciudad, camareros con bandejas, periodistas de lujo, colaboradores silenciosos que nunca ponen su voz, órdenes en la cocina, fallos de última hora, las fresas demasiado maduras y el queso a punto de quemarse en lugar de fundirse, defectos de protocolo e invitados que no llegan, tarjetas de acreditación, trajes de gala y etiqueta, platos exclusivos de lujo y mesas numeradas con los nombres de los asistentes.

Restos pretéritos de una amistad incipiente que pueden recomponer gracias a la globalidad de acontecimientos que han vivido a la par que el resto de humanidad, rastros de hechos e indicios de lugares comunes cuando ellos aún no tenían nada en común más allá de los lazos que estrechan a las personas que pueden vivir en la misma ciudad y en la misma sociedad y que sería improbable de recomponer si hubieran nacido lejos el uno del otro por más actos y hechos universales que los unieran.

Van sospechando que la primera impresión no siempre es la que cuenta, que las casualidades no existen, que las cosas siempre suceden por alguna razón concreta aunque a ellos se les escape por el momento la elucidación de su amistad, se conforman con ir tendiendo puentes e ir descubriendo los pequeños detalles que les definen en sus actos anteriores, incluso en los actos en los que se mostraban parcos y extraños el uno con el otro, tan curiosos como para empezar aquella amistad y al mismo tiempo tan hostiles como para simpatizar en tan corto espacio de tiempo.

Van dejando ver detalles de sí mismos en las conversaciones y en los gestos que el otro capta y acepta con un deje de asombro y tolerancia, van contando pensamientos y vivencias que dejan a salvo en esa intimidad recién nacida con una persona que todavía no deja de ser un desconocido y que le deja el margen suficiente como para que, en caso de arrepentirse, pueda salir inmediatamente de su vida, de dar un paso atrás, como si aún estuvieran a tiempo de darse la espalda mutuamente y seguir siendo, cívicamente, solo unos vecinos amables, de no continuar conociéndose, a tiempo de aceptar traiciones que no duelan y de vislumbrar deserciones que no han dado tiempo a lastimar o a dejar una huella patente.

Van dejando una puerta abierta al desengaño que puede ocurrir en cualquier momento aunque esperan que no ocurra jamás, al desencanto de una acción egoísta, de un pensamiento intolerante, de una forma extraña de mirar y comportarse, de hechos aún futuros que esperan que no sucedan pero que existen en su catálogo de probabilidades, tal vez precavidos por simpatías anteriores que no llegaron a cuajar en amistades sinceras y desinteresadas.

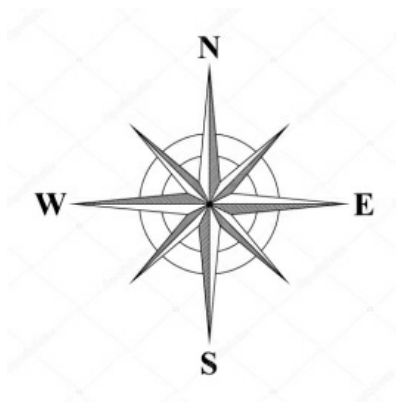
Aun así hay cosas que puede que nunca sepan, que nunca les serán desveladas porque no lograran saber qué instante, qué fuerza o qué conjunción estelar se alineó en un instante preciso de un tiempo pasado para que comenzara a rodar el cúmulo de casualidades o certezas que los ha llevado hasta ahí.

Ella jamás recordará la noche de cinco años atrás en que puso un poema concreto que movió a alguien a escribir buscando amistad, algo que había ocurrido cientos de veces con o sin su intervención, *Yo la amé, y era de otro, que también la quería. Perdónala, Señor, porque la culpa es mía*, jamás sabría hasta qué punto una de sus oyentes, que esperaba con la radio encendida y un libro abierto a que su marido regresara del trabajo, había dejado alzar el vuelo a su espíritu romántico al son de un poema de Buesa y al acorde de una canción de Sabina, al igual que él jamás sabría que el simple hecho de no hacer el pedido acostumbrado a un comercial de bodegas artesanales del Penedés y sustituirlo por otras había llevado a un hombre a trabajar de agente mercantil en una agencia de seguros en la que terminó de delegado.

No lograrán saber, a no ser que la luz se haga de repente en su mente, el nexo verdadero de aquella unión por más que investiguen en su pasado, no lograrán reconocer que cualquier acción hecha sin pensar y con la práctica de cientos de acciones similares pueden modificar el destino de otros, acciones que no dejan ni un solo recuerdo, ni un solo pensamiento, que no son grandes ni son vitales, que no son importantes para absolutamente nadie y que llevan impreso el sello de la rutina y que por eso no distinguen de otras similares que sin embargo nunca habrán tenido unas consecuencias tan concretas.

Pero eso es algo que ni siquiera sospechan mientras hablan frente a un café o mientras dan su paseo matutino, es algo que quizá no sabrán nunca porque se queda flotando en ese círculo de personas que nos enlazan y que no se cierra del todo.

Los cinco grados de personas con las que todo el mundo está conectado a cualquier otro, el amigo del amigo de un amigo, el comercial de unas bodegas, la oyente de un programa nocturno, el hombre que escribe a mujeres solitarias, la ayudante de producción devaluada a documentación, el cocinero de élite que rechaza un pedido comercial, un poema, una canción, una voz grave en la oscuridad y lentitud de una noche solitaria, unas frases escritas cincuenta años antes, una canción compuesta en una noche de borrachera, un dial, unos números en fluorescente brillando en la radio despertador encima de una mesita de noche, una soledad que une y un anhelo que separa, hechos que son coincidencias, que ni siquiera coinciden en el tiempo y que a la vez dejan de serlo si se busca en el pasado más oculto.



“Lo importante es saber que en toda novela hay un punto de vista espacial, otro temporal y otro de nivel de realidad, y que, aunque a veces no sea muy notorio, los tres son esencialmente autónomos, diferentes uno del otro, y que de la manera como ellos se armonizan y combinan resulta aquella coherencia interna que es el poder de persuasión de una novela. Esa capacidad de persuadirnos de su verdad, de su autenticidad, de su sinceridad”

Seguía leyendo y descubriendo los fallos de su narrativa con la misma indiferencia rabiosa de quien no puede evitar lo inevitable y termina por asumir que no hay más remedio que aceptar sus limitaciones y sus propias barreras sean de la forma que estas sean.

Las cartas a un joven novelista se habían convertido en su libro de cabecera, lo leía y releía una y otra vez subrayando con lápiz las frases de más calado, las que parecían encerrar una lección magistral de escritura y que atesoraba como si Vargas Llosa se las hubiera escrito a ella en primera persona, como si ese libro que ella había adquirido por curiosidad años atrás en Círculo de lectores hubiera sido comprado sabiendo lo mucho que algún día iba a necesitar cada uno de esos consejos y ejemplos.

Buscaba incansablemente la bibliografía que citaba para poder leerla y esclarecerse, para tener los ejemplos prácticos al alcance de la mano, desde eBay había echado a su carrito de la compra una cantidad ingente de libros mencionados y de referencias literarias que iba encontrando por el camino.

Le dio una vergüenza terrible cuando un periodista compañero suyo en el programa anterior a *Rosa de los vientos* había nombrado *El tambor de hojalata* como un libro cumbre del siglo XX y ella no lo había leído, reconocía los defectos de literatura que tenía asombrándose de lo poco que en realidad había madurado literariamente desde su época de universidad, cómo había cientos de libros que nunca le hicieron leer entonces y de los que había ido poco a poco conociendo su condición de imprescindibles, le había pasado años atrás con el *Trópico de Capricornio* y el *Trópico de Cáncer* de Miller, con Virginia Woolf y con Kafka pero aun así, la obra universal era tan extensa que le llevaría años amueblar su mente con los grandes pensamientos y movimientos de la literatura, con maestros de la narración y la prosa, con la sensibilidad y la praxis de cada uno de ellos que difería entre sí como la noche del día y que sin embargo eran parte de las grandes firmas de la literatura universal.

Aprender de los maestros, analizar, leer sin descanso, disfrutar en el recorrido de ese aprendizaje, de esa especie de puesta a punto que tras los quince años de poemas y radio estaba necesitando urgentemente si de verdad quería escribir algo serio por primera vez en su vida.

Perderse en los íntimos instantes de un libro, de una historia, de unos sentimientos o de unas

acciones de las que iba aprendiendo con avidez, tal como leía, con sed y hambre, con una ambición concupiscente de apresar el valor de cada frase, de cada personaje, de la especial intensidad de todo el conjunto que forma en sí mismo un libro, leyendo sin parar hasta tres libros a la vez de distintos estilos y autores, como si todas las horas no fueran suficientes, como si cada tema necesitara de un momento distinto del día.

Por la mañana leía novelas clásicas de autores hispanoamericanos, había dejado los autores románticos ingleses y franceses para la tarde y por la noche atacaba los libros feministas que había ido a buscar a casa de Marcel en un afán de orden que a veces rompía por el simple hecho de que no podía dejar de leer una cosa para ponerse a leer otra completamente distinta, a veces la novela la poseía de tal forma que las horas de la mañana se confundían con las de la tarde y seguía leyendo sin parar, sin comer, sin hablar con nadie y sin trabajar para la emisora.

Podía buscar y encontrar en cada uno de aquellos libros el amor por la palabra que siempre había estado en ella y hallar el motivo que la había impulsado desde niña a escribir, solo le faltaba comenzar, le faltaba saber más, leer mucho más, ampliar sus horizontes con ideas nuevas que hasta entonces no habían tenido cabida en su mente, seguir leyendo, seguir practicando con las palabras hasta aferrarse a un estilo propio, encontrar su propia forma de escribir, leer más todavía, más ensayos, más libros, más conceptos, y seguir escribiendo para luego borrarlo, leer en voz alta aquellas frases para encontrar la musicalidad del vocabulario, abrir su mente, recuperar todo aquello que aprendió en los años de universidad y que permanecía enterrado bajo toneladas de poesía sin poder salir a la luz por culpa de la rutina diaria y de la falta de ambición de los años, del inmovilismo, del conformismo y del complejo de inferioridad que siempre tuvo cuando leía cualquier cosa escrita por ella.

Solo paraba para trabajar en los guiones de la emisora pero cada vez con menor interés, buscando poemas fáciles, populares, a gusto del consumidor y conjuntos musicales o canciones que ya habían puesto en más de una ocasión, leía sin curiosidad las cartas y los e-mails de los oyentes, seleccionaba los textos leyendo solo el principio de cada poema o de cada mensaje con la suficiente experiencia como para adivinar cuál valía la pena ser leído en antena y cuál no, cuál tenía suficiente calidad literaria y cuál no poseía ni un gramo de ella, dejó de perderse por los folios de cartas y páginas de Word para encontrar someramente aquello que le hacía falta desde el punto de vista puramente productivo y dejó de involucrarse de lleno en todo como si ya no fuera la misma persona, como si aquello que había amado durante años hubiera perdido de repente todo interés y significado.

Estaba llegando a una etapa de cambio, la veía venir, despacio pero contundente, escondiéndose en medio de lo habitual. La veía acercarse y comenzar a romper con su vida y su trabajo anterior, notaba la falta de ganas, la crítica despiadada a los contenidos que ella misma seleccionaba, huía del trato con Ana aunque sus motivos fueran personales y no profesionales, ya no le conmovía el amor al verso de aquellos oyentes ni el suyo propio, sabía que aquella variación de vocación era irreparable, que se había estancado y necesitaba cambiar inmediatamente, salvarse, pero también sabía que ningún otro trabajo le ofrecía la oportunidad de seguir avanzando en sí misma ni tanto tiempo libre para vivir.

Se conformó pero tomó distancia. Una distancia cada vez mayor y más insalvable.

Era como si a medida que su mente se expansionaba con nuevos conceptos y lograba desentrañar el significado filosófico de distintas obras encontrara de pronto que el romanticismo de los poemas y el ensueño de la poesía habían estado cegando sus ojos a una realidad mucho más vasta y compleja que solo ahora podía dilucidar y esclarecer, como si de sus ojos hubiera caído una venda que le había impedido ver las realidades que siempre habían estado ahí frente a

ella.

Se había endurecido, de forma imperceptible se había hecho impermeable al sentimentalismo y a la melancolía, buscaba los significados ocultos no solo en los libros que leía con fruición, sino en todos los hechos de su vida inmediata, reconociendo errores y perdonándose casi todos excepto la ceguera y el sometimiento voluntario que sufrió viviendo con Bran al que comenzó a ver en una dimensión completamente distinta, mucho más terrenal y certera. Recordaba expresiones, gestos, vaguedades que iba cosiendo poco a poco, en una especie de punto atrás a las nuevas ideas que surgían de los libros que leía y de las teorías que estos guardaban. La palabra patriarcal comenzó a formar parte de su vocabulario y se le revelaron las trampas en que había caído, las actitudes aprehendidas desde la infancia, las ideas de príncipes azules que la podían despertar con un beso y las del romanticismo más avieso que había hecho mella en su inconsciente.

En su mente, mientras trataba de destapar las mentiras y los condicionamientos en los que había vivido, mientras recordaba con un pudor rayano en la ignominia y el bochorno todos los actos de sumisión y vasallaje que había tenido que pagar como cuota por una felicidad inventada, rezaba para que aún hubiera esperanza.

No podría vivir sin ella, no podría sobrevivir al hecho de tener que volver a desintegrarse a cambio de unas migajas de amor o convivencia.

Y sin embargo y pese a todo había algo en ella que seguía conmocionándose con un poema y con unas palabras perfectamente conjugadas, la parte que quería seguir manteniendo la fe o la parte más sensible que quería esconderse sin conseguirlo del todo.

Tenía que existir el modo de fusionar sus ideas con sus sentimientos, su feminismo recién entendido con el amor antaño idealizado, sin cesiones, sin sumisión y sin perder su independencia, sin ofrecerse voluntariamente al sacrificio en el altar de un lecho, sin perderse de nuevo, sabiendo ya la verdad y dejando que esta se expandiera libremente sin ningún tipo de margen o error, sin los límites de sus relaciones anteriores y el romanticismo de andar por casa aprendido de una relación puramente mercantil de los sentimientos que había estado tantos años explotando en su programa de radio.

Sus ojos se habían abierto a nuevas comprensiones, podía mirar una película y comprobar la carga subliminal que había en ella, podía leer una novela y distinguir los acentos patriarcales que hasta muchas mujeres aceptaban, podía escuchar una canción y verificar el punto exacto en que esta se tornaba puramente machista sin que se notara, *eres un ángel, la luz de tus ojos...* veía un anuncio y diferenciaba la carga moral, la feminidad convertida en producto de consumo, intentó ver una telenovela y se escandalizó de hasta qué punto las mujeres estaban inmersas en ese rol del que era difícil desprenderse y que muchas aceptaban sin más, podía ver las señales que abundaban por doquier en la sociedad que la rodeaba, pequeños detalles, finísimos hilos muy bien hilvanados, imprecisiones, apenas esbozos o rasgos de valores antiguos, mujeres que se inmolvaban voluntariamente porque era eso lo único que les habían enseñado a hacer, santas o pecadoras, vírgenes o putas, ángeles o demonios, mujeres dispuestas a salvar al género masculino o a perderlo, objetos de oscuro deseo, adornos o esclavitud en la vida de un hombre según fuera su escala de valores o según su estatus social.

La mirada de Ana, siempre tan independiente y tan libre, entregando las llaves de casa a Bran como quien entrega su vida en un gesto de vasallaje sin precedentes en ella, que solía tener un carácter firme y enérgico, se le cruzaba cientos de veces por la mente como el claro ejemplo de la cantidad de tonterías que se pueden llegar a hacer por amor y ponía un límite de lo que ella pensaba hacer por el amor si alguna otra vez este llamara a su puerta, y desde luego no era

convertirse en lo que había sido antes ni en lo que Ana se estaba convirtiendo ahora.

Tendría que haber un modo de que todo cuanto descubría se pudiera sentar de alguna forma en su mente sin tener que romper con lo anterior, como la actualización de un programa informático en lugar de un formateado.

—Sigue leyendo —le decía Marcel—, lee cosas nuevas, atrévete a buscar hasta que encuentres.

El romanticismo femenino había evolucionado y la forma de escribir poemas de amor de autoras anteriores, aunque tuviera un valor incalculable desde un punto de vista literario, había dejado paso a autoras tal vez más desconocidas en una época que el amor bien entendido era un valor a la baja, pero estaban ahí, escribiendo desde sentimientos que podían cohabitar con pensamientos, sin que el amor cegara su entendimiento más crítico y sin que las pasiones las rompieran como personas soberanas y dueñas de sí mismas.

Amor compartido y libre, no entregado y esclavo.

Lecturas diferentes de los mismos textos, tal como siglos atrás hiciera Elisabeth Candy Stanton con *La Biblia de las mujeres*, como Nuala Ní Dhomhnaill con su adaptación contemporánea de los ciclos mitológicos del Ulster, “*Haré incursiones en toda la fértil tierra de Irlanda, mis batallones bien armados, mis Amazonas junto a mí (no para robar un toro, no es esta batalla por una bestia – sino por el valor de un honor mil veces máspreciado – mi dignidad)*”.

Palabras usadas por mujeres, poemas contruidos por mujeres, sin capitulaciones y con amor, sin sumisión y con pasión, algo que ella nunca había conocido en su vida y que ahora, solo ahora, veía por doquier repetirse como un mal endémico, en cientos de señales que estaban a plena luz del día, visibles para cualquiera que pudiera verlas, *el que tenga ojos para ver que vea*, sutiles diferencias que poco a poco parecen ir desapareciendo pero que aún siguen ahí, en cada supermercado, en las colas de los pediatras, en las colas de los mercados, en los puestos de dirección de las grandes empresas, en los sueldos, en las minifaldas de las azafatas, en los anuncios, en las tiendas de ropa, en las novelas televisivas, en los tópicos aún existentes, en las terrazas de los cafés, en la calle, en las empresas, en la intimidad de cada hogar.

Palabras y actos de mujeres que también podían incurrir en los mismos hechos o errores que los hombres y que en un afán de feminismo mal entendido los convertían en los mismos objetos que ellas se negaban a ser, espectáculos con boys, mayordomos de limpieza impecable, metrosexuales de distinto pelaje, objetos de deseo ya no oscuro, sino considerado la antítesis del machismo y utilizado como bandera de un feminismo transgresor que cae en los mismos errores de aquello que intenta abolir.

Cuerpos, seres convertidos en objetos de deseo, de consumo, de explotación, de mercantilismo, ángeles y demonios sea del sexo que sea en un momento en que ser ángel está mal visto y ser demonio está de moda, cosificación global, cuerpos sin alma, casi sin voluntad, el hombre, ya no esclavo de sus miedos, ni mujeres esclavas de hombres, sino seres humanos esclavos de la sinrazón de la deshumanización y la pérdida de valores, sometidos al poder de tan solo unos pocos que en realidad nos dictan cómo ser.

Marcel la miraba callado mientras ella le hablaba de todo aquello que empezaba a fraguar en su mente, de todo lo que llevaba días leyendo y que iba dejando un sedimento intelectual, la apertura a ideas distintas que no sabía que pudieran ser tal como ahora son, diciéndole que pese a todo ella seguía leyendo poemas de amor y seguía creyendo que este existía, como si una cosa no fuera excluyente de la otra, tal y como Lucía sí llegó a creer.

El paso lento de los días silenciosos, de las mañanas frías de paseos y las largas tardes de

lectura estaban dando sus frutos en forma de pensamiento nuevo, poco a poco, a medida que terminaba una lectura y comenzaba otra, a la medida pausada y caprichosa de su desgana o su voracidad, días sin prisa y sin otra realidad que la de los libros y conversaciones que se iban volviendo más íntimas, que la de los cafés matinales y las noches de poemas y canciones que revelaban la verdadera dimensión de todas las lecturas vespertinas y que lograban conjugar ambas cosas.

Cuando tuvo que volver a la emisora a recoger el siguiente fardo de cartas de oyentes, ella ya estaba más allá del poder de todas aquellas gentes y por encima de Ana o de Bran.

Úsame, le había dicho Marcel cuando ella le explicaba que pese a todo no tenía valor suficiente como para enfrentarse a ellos de nuevo. Tenía la convicción de que todavía no era suficiente, de que el tiempo aún no había cerrado del todo las heridas y de que todo aquello que tanto esfuerzo le había costado levantar se vendría abajo en el mismo instante que se encontrara con una de aquellas personas y le trajera de nuevo un pasado que ahora más que nunca quería olvidar y superar.

Tenía pavor a que el paso de los días y su nuevo entendimiento se rindieran ante la vista de aquel hombre y el rencor o la rabia por la comprensión de cuanto había sucedido de puertas para adentro de su relación misteriosamente se diluyera ante él. Podía no encontrarlo, podía no volverlo a ver, pero algo le decía que era inevitable que se encontraran, tan cerca del trabajo, de las oficinas de ambos, compartiendo cafetería predilecta con Ana y horas libres de cigarrillo y café en los desayunos y meriendas de sus respectivos trabajos.

—Úsame, estoy acostumbrado a que las mujeres me usen —le decía sonriendo mientras ella valoraba el hecho de que él la acompañara por una vez y la ayudara en ese trance.

Podía echar mano de Mara o de su hermana como la vez anterior, pero eso sería dar explicaciones biográficas que seguramente le pedirían y no quería verse otra vez contestando tópicos y hablando del resumen de su vida en este último mes. Podía simplemente hacer la gestión en cinco minutos y salir pitando de aquel lugar, podía cerrar los ojos y echar a correr en cuanto los viera, pero eso no sería enfrentarse a ellos ni a su pasado, no sería intentar superar el miedo a ellos o la vergüenza que comenzaba a sentir de sí misma.

—Úsame como quieras, a mí me vendría bien pasar un día lejos de mi padre, la verdad, hace meses que no voy a la ciudad y. también, sí me apetece, tengo cosillas que hacer.

Volver a ver a sus amigos y compañeros, perderse por un centro comercial en busca de las pequeñas cosas necesarias que se van agotando, perdiendo por los rincones de la casa o envejeciendo, tomarse un café sin prisas por el centro de la ciudad, tomarle el pulso a la gente, al lugar, reconocerse en él y perdonarse el exilio voluntario de tantos años mientras se reconcilia con los rincones más bellos, con sus cafés favoritos, con sus tiendas y amistades más añejas, con las sensaciones ya olvidadas y los sabores y olores de la ciudad, de aquella urbe siempre en crecimiento y expansión, siempre ávida de sensaciones y espectáculos, siempre ofertando nuevas veladas y nuevas vivencias, cine, teatro, conciertos, ocio de cualquier tipo y que él ya ha olvidado.

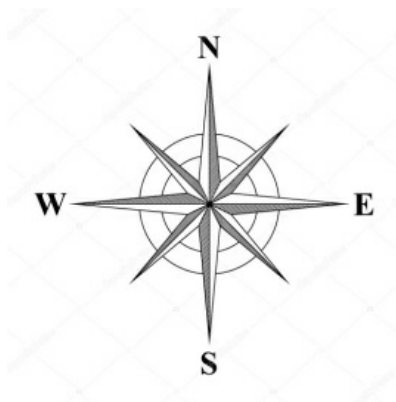
Solo dime el día que vas y déjate llevar, deja que haga una hoja de ruta, deja que te enseñe la ciudad como yo la he visto siempre, deja que cruce contigo los umbrales que Lucía nunca quiso cruzar conmigo, deja que pasee por el barrio gótico hablándote de la vida que habría querido vivir en otra época, los lugares que lo describen y que añoro como si yo los hubiera vivido en alguna vida anterior, de las leyendas e historias que lo pueblan, de las gentes que le dan su sabor especial, deja que vea contigo desde el moderno y lujoso ático de un hotel toda la ciudad a nuestros pies, déjame guiarte por los sabores de los mejores restaurantes, por los aromas de

los rincones más pintorescos y por los olores de mis lugares favoritos, un té con sabor a moras, un café de noches de Arabia, el gusto del Mediterráneo y el regusto de la ciudad que abre las puertas de Europa, el color de sus calles y el ambiente de sus monumentos, el amor a la libertad que se respira sin darse cuenta, la luz de las mañanas sin prisa, la vida que exhala en la respiración tumultuosa de las gentes con las que se va uno cruzando, el gris de los edificios antiguos y el blanco casi cegador de la luz marítima y tan cercana, la intimidad de un anochecer entre las luces de neón y el dorado resplandor de un atardecer entre las velas de un lugar mágico que no sabes que existe porque nunca has vivido la ciudad como yo la he vivido, ni como la estoy describiendo, nunca la has visto con los ojos con los que yo la he mirado ni con la sensibilidad y el conocimiento intrínseco que creo poseer, sin las prisas de un trabajo y sin la rapidez con la que transcurrían los días en que caminabas por los lugares de siempre para hacer lo mismo de siempre, con la rutina absurda y el círculo tan cerrado de personas que estaban en tu limitado mundo.

Déjate llevar, le decía su voz interior.

Recordaba el día en que pensó, mientras ponía los pies en aquella casa tomando posesión de ella por primera vez, que tenía que dejar paso al instinto y a lo abstracto, a la aventura de vivir y de dejarse arrastrar libremente.

Déjate llevar y reconoce que en el fondo no has vivido, no has salido de tu mundo ni has intentado vivir más allá de tus propios límites, no has apurado los amaneceres ni las tardes ni has respirado las mañanas, no has ido nunca a la ópera, no has cenado en un restaurante frente al mar, no te has vuelto loca por un concierto ni has ido a ninguna exposición en más de diez años, reconoce que no has apurado la copa de vivencias que la ciudad y la vida ofrecían, no has vivido al límite, no has saboreado nada sintiendo el verdadero sabor de las cosas, has pasado por delante de lugares que él está evocando y aunque has sentido su especial forma de ser no has llegado a perderte por ellos hasta aprehenderlos y hacerlos tuyos, no conoces de tu propia ciudad más que las calles y sus nombres, más que aquellos lugares por los que pasabas sin mirar y sin verlos, huyendo de las aglomeraciones de turistas y de gente desconocida, no te has perdido en sus rincones, en sus sinuosidades o escondites secretos ni en sus arterias, no has llegado hasta su corazón, y cuando lo has hecho ha sido con los ojos vendados, sin verlo bien y sin que llegara a decirte nada, tienes libros y fotos y lecturas sobre todo lo que él cuenta y sabiendo que está al alcance de la mano has preferido leerlo que vivirlo, mirarlo que pasearlo, intuirlo que caminarlo una y otra vez, has preferido reconocer la personalidad de aquello que forma parte de ti desde el tomo de un libro que perdiéndote en las aceras y en los pavimentos que lo componen, en las calzadas que lo guían desde tiempos pasados y que tú no has pisado jamás. Déjate llevar, escucha en su propia voz, confía, abre las puertas de tu mente y atrévete a hacer algo que hasta ahora no has hecho; Vivir.



Me encanta ver cómo la luz se va abriendo camino en tu mente y en tu comprensión, cómo tu inteligencia tan viva va asimilando conceptos que antes no tenías o que no creías que eran del todo como son, ver el esfuerzo en tus ojos, ver la forma en que vas aprehendiendo todas las teorías que te están haciendo evolucionar como persona y afianzarte como mujer.

Aúnas en ti las teorías que, llevadas a su extremo, son las que terminaron con mi vida anterior junto con la poesía que hay en tu mente, con la entrega que ha habido en las relaciones de las que todavía no me has hablado y que son las que te han hecho tanto daño, juntas lo radical con lo personal hasta darle un vuelco a todo, hasta apropiártelo y asimilarlo como una nueva forma de vida, una nueva fe, una nueva certeza, y yo frente a ti, asombrado de todo aquello que vas creando entre las páginas de los libros y los sentimientos que estos te despiertan, frente a un café y frente a tus ojos clarividentes que descubren nuevos afanes y pensamientos.

Eres tan fácil de conocer, eres tan legible, imprevista y súbita, pero clara y perceptible. No sabes, no tienes ni idea de cómo hablan tus ojos y de lo mucho que expresas en ellos, no te imaginas de qué forma eres cristalina y transparente para mí que voy descubriéndote poco a poco y asombrándome de hasta dónde llegan mis aciertos, como si por inercia fuera adivinándote un segundo antes de que tú te muestres, tan sincera y nítida, tan preocupada e inquieta, saliendo despacito de entre las preguntas sin respuestas que nunca habías llegado a preguntarte, descubriéndote tú al mismo tiempo que descubres un nuevo horizonte y que te descubro yo alzándote con él.

Me llamaste y sé que luego te arrepentiste, pero me llamaste.

Y ahora pareces necesitarme de nuevo para afrontar una realidad de la que tienes miedo. No sabrás nunca lo poquísimo que me lo pensé aquella noche para echarme a la calle e ir en tu busca ni para encontrar la excusa perfecta para ayudarte sin que me lo pidieras explícitamente, para encontrarte en un instante e inventar un nuevo día, para que el faro que veía encendido en el palomar donde te desvelas cada madrugada me iluminara durante unos minutos.

Tal vez es que estamos demasiado solos y necesitamos muy poco para buscar compañía, de la misma forma que vamos encontrando excusas para hacer lo que queremos hacer, encontramos también justificaciones que nos eviten la soledad.

Tiras de mí, sin darte cuenta, me levantas y me haces entrar en movimiento pese a mi estática forma de vida, como si me estuvieras resucitando tras tanto tiempo de estar muriendo, como si de repente tú pudieras obrar el milagro de devolverme la vida y hacerme andar en la oscuridad hacia la luz, despertándome y obligándome a vivir.

Tal vez es que estamos demasiado solos en estas casas grandes y familiares en las que sobrevivimos prodigiosamente a nuestros propios fantasmas y miedos, tal vez llegaste aquí para espantar a los míos y que yo pudiera amedrentar a los tuyos hasta que desaparezcan por completo para los dos, tal vez solo necesitas a alguien con quien hablar para no volverte loca y no te imaginas cómo me alegra que hayas pensado en mí aunque luego te hayas retractado.

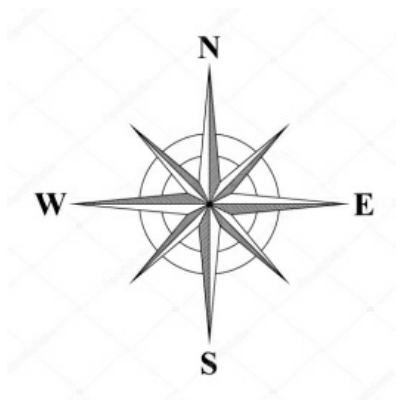
Frente a ti, en estas noches puedo ser la persona que nunca he sido antes, puedo ser lo que tú necesites, un amigo o un hermano, un contertulio, un hombro en el que llorar o alguien con quien poder reír, dime solo qué necesitas de mí y te lo daré sin vacilaciones, sin pensar que el uso que tú hagas de mí pueda ser puramente egoísta, úsame te he dicho, úsame, por más que lo hagas nunca podrás hacerme daño, lo sé, igual que sé que nunca podrás usarme sin más, me lo dicen tus ojos y la sonrisa triste con la que a veces me miras como si no supieras exactamente cómo sonreírme, como si aún no confiaras en mí aunque ya hayamos roto las barreras que nos separaron al principio y hayamos comenzado una amistad, aunque estemos empezando y no sepamos a dónde vamos a llegar, úsame, me siento cómodo contigo y sé que aunque me uses nunca vas a consumirme ni a manipularme, úsame para ti, para mí mismo, para reconocermelo útil y para que tú veas una razón válida para tenerme cerca, acógeme entre tus dudas y tus nuevas creencias, introdúceme en tu mundo, recurre a mí cuando el dolor de seguir descubriendo sea demasiado fuerte como para soportarlo sola, sácame de esa forma de mi propia inutilidad, de mi torpeza, de mi ineptitud, haz que la vida me dé otra oportunidad para vivir y que sea contigo, no sé de qué forma o de qué manera posible, pero contigo, que me miras y me sonríes y me hablas y me tocas y me escuchas como nunca lo ha hecho nadie, como no lo hizo ella, como si yo fuera una persona en la que confías, como si comenzara a hacerte falta, una persona a la que dejas que se acerque a ti para hablarte bajito y especular sobre el amor que seguramente ni tú ni yo hemos conocido, que dejas que aparte un mechón de tu pelo para poder verte bien los ojos y no te apartas ni eludes el gesto, alguien en quien vas depositando cierto grado de crédito casi sin querer.

Frente a ti comienzo a ser lo que era, o tal vez una versión mejorada de mí mismo, una versión madurada, completada, crecida, la persona que nunca pude ser antes.

Si me lo permites, si me dejas, si no me rompes tú antes de que todo se rompa, quiero entregarte todo aquello que una vez pensé que querría darte si tú me dieras la oportunidad, todo aquello que me pertenece y que me gusta, aquello abstracto que ha formado parte de mi vida o que formó parte de mí alguna vez en los tiempos pasados y que ahora ya no he vuelto a ver por miedo a que mi percepción de las cosas haya cambiado tanto como para no valorarlos. Rincones y lugares que he atesorado limpios y puros para ti sin saber que eras tú ni que tenías que llegar, lugares que sin saber fui salvando para poder dártelos ahora.

Déjame que te proteja mañana del frío y del miedo que he visto en tus ojos esta noche, déjame ser tu caballero de brillante armadura, tu escudo protector frente a las adversidades que notas que se van acercando a medida que llegan las horas en que tendrás que enfrentarte a la realidad fuera de nuestra playa y nuestro mar, déjame no que libre tus batallas, sino ayudarte a librarlas a ti, déjame apoyarte y liberarte del desasosiego que veo crecer a cada minuto que me hablas de mañana, déjame darte un motivo por el que mañana no sea un día para olvidar, sino para ser recordado, déjame ayudarte a que me ayudes, déjame redescubrir las cosas que he mantenido impolutas en mi pensamiento como si hubiera adivinado que un día te las iba a entregar a ti. Y cuando me mires entre todas aquellas nuevas vivencias o lugares me veas distinto, que me reconozcas en otro lugar y en otros momentos para verme en tus ojos de la forma en que no me he visto desde mucho tiempo atrás, recuperándome a mí mismo en tu

mirada, reivindicándome como persona, como hombre, restituyéndome como ser. No sé desde cuándo he comenzado a importarme a mí mismo y cuándo he comenzado a sentir otra vez, ni siquiera sé qué siento, pero sé que vuelvo a estar vivo cuando tú me miras y me hablas y me sonríes, que vuelvo a sentir la sangre en mis venas y el latir de este corazón que creía irrecuperablemente roto. No sé hasta dónde puedo llegar, pero al menos veo que hay un camino abierto ante mí.



Déjame que te lleve hasta un lugar que desconoces, le había dicho días atrás cuando ella todavía dudaba de su valor y su habilidad para sortear las situaciones que podían llegar a presentarse en la ciudad, cuando aún creía que el mundo que estaba recomponiendo era demasiado frágil y se podría derrumbar como un castillo de naipes en cuanto tuviera que enfrentarlos juntos o por separado.

Déjame que te acompañe, úsame, tenme como escudo protector, como abrigo en los segundos que puedas creer imposibles de sobrellevar sin tener algo a lo que cogerte, alguien que aguante tu mirada y sepa lo que estás sintiendo y no se atreva a juzgarte ni a tenerte compasión ni a tenderte un vacío en el que puedas hundirte, ni a dejar que la solidez de tus ideas o de tus propósitos tiemble o se derrumbe, que la estructura de tu nueva vida trepide o se sacuda por elementos adversos.

Déjame que te acompañe para ayudarte y ayudarme a mí mismo, para salir y verte lejos de estos horizontes inmutables del mar y la montaña, lejos de los medios que nos han unido y que nos confieren una existencia concreta que no es la única posible, déjame verte recortada a la luz de unas velas frente a un café de magia en el centro de la ciudad, en los lugares que ella no quería visitar ni ver, en los sitios en que me tenía que perder solo para poder vivirlos, déjame verte en la risa de una mañana alegre de noviembre cuando aún están frescas las flores dentro de los canastos y los cubos metálicos que nadie ha comprado para llevar a los cementerios, en la luz grisácea de las once de la mañana cuando de los edificios salen a tomarse un café los funcionarios y los oficinistas como vomitados por las fachadas grises de ministerios y oficinas de arquitectura impecable, la triste alegría de vivir aun cuando el mundo hiberna en una fría placidez de invierno y se envuelve en lanas, plumas y colores oscuros, en gabardinas, paraguas, abrigos y bufandas, en la fresca mañana que va dejando paso a los mediodías sin casi sol, ya taciturnos por la irrisoria y avarienta cantidad de luz que se cuela por entre las nubes de tormenta y la altura de las edificaciones, déjame verte, déjame acompañarte en el sentimiento de pérdida o encuentro que puedan ofrecerte aquellas personas cuando te vean entrar por primera vez en mes y medio dentro de una oficina que no te echa de menos y que casi no recuerda en nada el hecho de que tú hayas estado viviendo entre sus paredes durante los últimos quince años, como si nunca hubieras trabajado ahí, como si nunca hubieras hablado o reído o llorado en ese lugar, como si de ti ya no quedara más que el recuerdo lejano de aquella mujer que no pudo enfrentar los golpes de la vida, como si te hubieras suicidado en lugar de haber cambiado de domicilio y de protocolo de trabajo, como si no existieras del todo.

Déjame contrastar a la persona que he conocido en la tristeza y la soledad para compararla

con la persona que eras antes de que el mundo se tornara en un enemigo a superar, déjame ver cómo eran tus risas sin dolor, tus gestos expertos en el ámbito desconocido del trabajo que hasta ahora no sabía que tenías, del trabajo que te lleva cada noche a la buhardilla frente a la mía para no solo escribir un libro, sino para ejercer un empleo que te permite pagar las facturas y la hipoteca de la casa a la que has ido a parar como por casualidad, un trabajo que todavía me ocultas y del que no quieres hablar, como si fuera un secreto, como si tuvieras algo que ocultarme.

Le había propuesto ir juntos, acompañarla, pero ella se había negado.

—Me esperas en el bar de la esquina y bajo enseguida, luego iremos donde tú quieras.

Unas cajas de folios para impresora llenas de cartas extrañas, de sobres multicolores pero mayoritariamente blancos, el silencio y la rapidez de guardarlo en el maletero del coche aparcado en zona azul, la misma prisa que tuvo horas después en cogerlos y meterlos en casa, el silencio de las explicaciones pertinentes que él no le había pedido y que ella no le iba a dar.

Ni siquiera tuvo la oportunidad de saber en qué edificio de todos había entrado mientras la veía caminar entre la gente, distinta a todos aquellos con los que se cruzaba, pequeñita al lado de las masas que se van acercando y alejando sin mirarla, apartándose de ella o sin ni siquiera moverse en su línea recta y dejando que sea ella la que se vaya haciendo a un lado para no chocarse con nadie, la que los esquive.

Le habría gustado verle la cara mientras se aleja, adivinar que está pensando al entrar al edificio que no le ha dejado saber cuál de todos es, ver sus pupilas dilatándose al entrar en la oscuridad que se despeja hasta hacerse artificial e impersonal, luz de bombillas halógenas de bajo consumo que lo inundan todo de una claridad indeterminada y vulgar, luz de oficina, luz de folio, luz de comisaria en la madrugada, luz que no termina de ser luz.

A esas horas de la mañana aún no ha llegado la compañera que se ha convertido en enemiga y que fue un tiempo rival sin que ella lo supiera, de la que le ha hablado someramente sin entrar en detalles, y ella podrá, tras unos minutos en los que apenas hablará con nadie excepto con su jefe, salir de aquel lugar con el espíritu intacto, con la sensación de haber superado una prueba, con la terrible impresión de haber postergado el dolor y de darse, de esa forma, una nueva oportunidad para seguir creciendo, un mes más de plazo para olvidar y para resurgir, un mes más para no estrellarse en la realidad y que le hace dudar de nuevo de sí misma.

Ya no sabrá hasta qué punto ese cambio que ha notado con el paso de los días es un cambio real y bien asentado en su mente, ya no sabrá si los cimientos que él ha ido construyendo con los libros prestados han sido bien fraguados y son duros y resistentes, no sabrá si puede resistir en realidad o solo es una sensación que le proporciona esa tranquilidad en la que vive lejos de todo y que la mantiene a salvo de sí misma y alejada de las tentaciones o de las heridas del pasado.

Guarda las dos cajas en el maletero y le sonrío casi sin darse cuenta.

—Vamos donde quieras, ya tengo el día libre —y se introduce en el asiento del copiloto a la espera de que él la lleve a los lugares prometidos y le haga vivir sensaciones no prometidas.

Se deja llevar, como él le pidió y como ella se propuso hacer tiempo atrás, se deja arrastrar hasta el interior de aquella amistad nacida en los vacíos existenciales de ambos y en el dolor infligido por personas que ya no están en sus vidas pero que aún viven en sus remordimientos y en sus sueños más inconfesables.

—Te tengo preparada una sorpresa que te va a encantar.

El coche arranca silencioso y se mezcla en la marea de coches que recorren las calles a esas horas que ya no son las horas punta pero que están entre las de la mañana y las del mediodía, esas horas intermedias en que ya no hay prisas pero tampoco existen las pausas salvo las

obligatorias de los cafés, almuerzos, desayunos tardíos, citas, compras, actualizaciones de libretas en los cajeros y el afán propio de las diez de la mañana, cuando todos se acaban de incorporar al horario laboral y las calles se llenan de gente que aspira a ver la luz del sol sin estar encerrada en un trabajo opresivo.

Turistas madrugadores, paseantes de la tercera edad reconociendo la ciudad que no pudieron reconocer en sus tiempos de trabajo por cuenta ajena, abuelos mirando las obras, colas en los museos y en las catedrales, gente que se puede dar el lujo de no trabajar o que simplemente busca vivir un poco entre obligaciones terrenales ineludibles, gente que se escapa durante diez minutos a fumarse un cigarrillo en la puerta del despacho, mujeres y hombres de compras, estudiantes haciendo pellas, repartos de correos y de marcas de cerveza, el hilo musical de las tiendas de moda, el aroma a pino de los portales recién fregados, el de las farmacias recién abiertas, el de las tapas del bar recién hechas, el de los cafés de Starbucks y el de mantequilla de los bollos y croissants de las cafeterías tradicionales, el de los cigarros en las terrazas y el del invierno cerca de un mar tan gris como las nubes que hay en el trozo de cielo que pueden ver desde el techo panorámico del coche que los desliza sin prisas en el parquin del centro en donde va a permanecer aparcado todo el santo día hasta que decidan que ya están cansados de caminar, saturados de ver cosas y de sensaciones nuevas, atiborrados de cafés y platos de diseño que les dejan con hambre y que les obliga a buscar un McDonalds a media tarde, ahitos de conversaciones personales, impregnados de un modo de vida del que han estado ausentes desde mucho tiempo atrás, ella varios meses, él varios años, recuperando el tiempo perdido, comprando pequeñeces que caben en el bolso de ella o en pequeñas bolsas de papel que se van moviendo al compás de sus pasos y no llegan a pesar como para hacerse molestas.

Si hubiera hecho un buen día estarían sentados en una terraza viendo pasar la vida, pero como hace frío y todo está gris se internan en los cafés y en los lugares elegidos por él para sorprenderla como si fueran refugios que les permiten quitarse las bufandas y los guantes, que les vuelven a calentar las manos y les hacen usar los pañuelos de papel para evitar el moqueo típico de la condensación.

En la Fnac hay una exposición de cuadros fotográficos, su otra gran pasión, que ninguno de los dos ha visto y que recorren despacio, casi sin hablar.

Buscan en los libros y en los CD canciones que pueden gustarles a ambos o que simplemente llevaban tiempo queriendo tener, videos de películas que pueden compartir en los interminables sábados por la tarde o después de cenar, “en tu casa o en la mía, en la tuya, en la mía está mi padre”, podrían estar horas sin salir de ese lugar, leyendo contraportadas, mirando grabados, escuchando canciones en el hilo musical, poniéndose los cascos para escuchar temas nuevos, comparando sus gustos y conociéndose hasta el punto de comenzar a adivinar qué le gusta al otro incluso antes de que este lo diga.

Nunca pude hacer esto con Bran, yo nunca pude hacer esto con Lucía, algo tan simple, una frase tan normal, una realidad que ya no hay porque esconder, que ya no tiene importancia y que no deja de ser una frase sin pretensiones, una simple frase que no quiere decir nada más que constatar una verdad.

Pasean por las calles a pesar del frío, recrean su vista en los edificios emblemáticos, en las grandes avenidas, en los espacios que él ha ido buscando en su memoria para entregárselos a ella y que comience a vivirlos.

Como dos turistas en su propia ciudad caminan juntos a una distancia que les permite hablar en voz baja y en alguna ocasión él la toma de la cintura en un gesto de cortesía para que acceda a la acera, traspase una puerta o le permita pasar a un transeúnte que viene en dirección contraria y

que no los ha visto porque va conectado a un móvil o a un plano callejero.

Roces sin importancia, gestos casuales, la cara a unos centímetros una de la otra mientras se ponían los mismos cascos y escuchaban la misma canción, un toque casual al darle una bolsa o al hacerle guardar el monedero para pagar las consumiciones, invito yo, ni pensarlo, vale, invítame tú después, miradas en la misma dirección, vislumbrando fachadas modernistas, cornisas, escaleras de caracol, hierros forjados, mosaicos y frisos, arte en estado puro al alcance de sus ojos que parecen descubrirlo de pronto sin darse cuenta de la cantidad de años que llevan en ese mismo lugar y a vistas de todos o de las veces que han pasado por ahí sin pararse a mirar detenidamente.

Él la mira y piensa que debería haberla conocido no antes de que el mundo la hundiera, sino incluso antes de que ella llegara a conocer a la persona que la cambió.

Querría haberla conocido no antes de que Bran le hiciera daño, sino incluso antes que Bran hubiera entrado en su vida, pero ese simple pensamiento lo asusta y decide no volver a pensar así, no al menos hasta que pueda quedarse solo en la intimidad de su buhardilla y solo entonces dejar que el pensamiento le modifique los rasgos y le cambie la fisonomía que ella puede observar mientras baja la vista de un moldura de escayola en lo alto de una ventana y lo sorprende mirándola en silencio, con la sonrisa de quien está viendo algo por primera vez.

Guarda las sensaciones para el instante en que pueda reflexionar sobre ellas y decide vivir sin más este día que le ha regalado y que lo está salvando de sí mismo de una forma que ella jamás entenderá entre otras cosas porque puede que nunca se lo explique, puede que se lo guarde para sí y que no le dé nunca las gracias por ello descubriendo de esa forma la soledad en la que vivía antes de la silenciosa y triste llegada a su vida y a la que sigue anclado sin remedio.

Por primera vez en su vida ella se siente privilegiada por algo que está haciendo en ese momento, por el trabajo que le da una libertad impensable y posiblemente inalcanzable para miles de personas, por tener al lado a un experto en arquitectura, a un cocinero amante de los edificios modernistas y de las leyendas y de las anécdotas que posee la ciudad, por tener tan cerca ese lugar al que no le ha dado importancia en toda su vida sin pensar que miles de personas al año cruzan el mundo para ver lo que ella, teniendo tan al alcance de la mano, no había valorado hasta ese preciso instante en que él se lo está mostrando, casi entregando con reverencia para que se lo apropie y lo haga suyo, para que lo posea y comience a atesorarlo en sus recuerdos y en sus días futuros, un lugar que también le pertenece y que solo ahora parece descubrir.

La ciudad extendida a sus pies desde lo alto de un ático en donde se ve el mar y se adivinan las arterias principales por donde han caminado, la tarde que va dejando paso a una oscuridad que solo se nota en el cielo, luces que se encienden, carteles que se iluminan, fuentes que comienzan a brillar con colores, escaparates y letreros prematuramente navideños que siguen iluminando las calles, bombillas que prenden y que les marcan caminos a recorrer, lugares que han cambiado desde que ellos pasaran por ahí en la mañana y que el cambio de luz les proporciona un nuevo ambiente, calles estrechas que se van haciendo más viejas y pintorescas y a las que ya no se les nota las grietas del paso del tiempo, aceras que se van humedeciendo por el frío del clima y la atmósfera que ha bajado sin que ellos se dieran cuenta.

Dejan las bolsas acumuladas durante el día en el coche y vuelven a salir de ahí con las manos vacías, mirando el reloj y descubriendo que aún es pronto a pesar de la oscuridad.

—Y ahora el broche final —le dice con una intriga ficticia y una sonrisa.

Se adentran en una calle distinta por la que no han pasado antes, antigua y resguardada del tráfico de coches y de personas. De un portal grande de piedra labrada surgen unas luces tenues que invitan a entrar en silencio, como si con ese paso se adentraran en una iglesia o en un lugar

de culto.

La librería, escondida al paso de transeúntes, le recuerda a la de una novela leída hace poco en la que se depositaban libros olvidados y malditos en un lugar muy similar a ese o que al menos ella visualizó al leerlo de forma muy parecida, pero la realidad se impone y ante sí ve que él la ha llevado a la presentación de un libro nuevo de poemas de una autora novel, todavía desconocida, que se encuentra recitando uno de sus poemas en voz alta ante el silencio de la concurrencia.

A él no le gusta la poesía, o eso es lo que le ha dicho, pese a ser aficionado a la lectura, así que sabe perfectamente que si está ahí es solo por ella.

Solo y exclusivamente por ella.

Le sonríe mientras le da las gracias en silencio, con una palabra que no llega a ser palabra, un susurro que no sale de su boca, gracias, y él le hace un gesto con el dedo indicándole silencio, un gesto cómplice, un gesto divertido que no le deja agradecerle nada, un gesto observado por alguien desde el rincón más alejado de ellos pero que no pasa inadvertido para quien lo ve y lo guarda en la memoria.

Pone su mano en la cintura de ella casi sin querer, agobiado por el número de personas que han acudido al acto en aquel lugar tan limitado, haciéndose sitio a su lado, escuchando los poemas que surgen como de la nada, la voz femenina y estentórea en el micrófono que de vez en cuando da una señal de acoplamiento, un pitido que borra el efecto de las palabras que reproduce.

Tras ellos la puerta se abre y se cierra, gente que entra y que sale, el frío de la calle recorre sus pies y sus cabezas produciéndoles un escalofrío y varias personas se giran a comprobar que la puerta está bien cerrada.

Hay una ovación de aplausos y la poetisa toma asiento para firmar los ejemplares comprados que reposan apilados en una estantería cercana.

Ellos se toman su tiempo, revolotean por las paredes forradas de libros, pasean por los pasillos que la gente ha ido abandonando y por los rincones olvidados por el tráfico de asistentes que van en busca de una firma, leen por encima los títulos y los resúmenes de las portadas interiores, Marcel elige dos libros para comprar y ella no deja de dudar entre dos diferentes, un recopilatorio de poemas titulado *Poetas del siglo XXI* y el de la mujer que ha estado leyendo y que podría firmárselo en ese instante.

No pueden imaginar que están siendo observados y hablan y ríen y comentan cómo han estado haciendo durante todo el día, no se dan cuenta que el lenguaje no verbal es muy superior y dice mucho más que ellos mismos, no son conscientes de sus miradas ni de sus silencios, de sus gestos cómplices o de sus momentos de lapsus en los que no dicen absolutamente nada, no perciben el acercamiento leve de sus cuerpos o de sus manos que parecen buscarse entre las páginas escritas de los volúmenes que ojean con distracción o concentración, esa aproximación que con los días se ha ido volviendo natural entre ambos y que durante ese día de ocio y paseos se ha vuelto más intensa.

No le ha molestado notar su mano en la cintura ni su cara cerca de la suya al escuchar música, no se ha echado hacía atrás para comprobar su rostro mientras hacía ese gesto casual intentando buscar aviesas intenciones que él pretendería esconder, no ha habido nada de artificioso en los roces o en los silencios, sino un descuido, una casualidad sin propósito, una inconsciencia que lleva a hacer un gesto concreto en un momento dado por el simple hecho de que hay confianza como para hacerlo sin ninguna mala interpretación, sin ambigüedades ni pensamientos extraños, sin malicia.

No le ha molestado notar sus miradas cuando miraba en otra dirección, el juego que

comenzaba sin que se dieran cuenta, no ha evitado mirarlo cuando él tampoco la miraba a ella, de reojo, casi a traición, comenzando a adivinar sus gestos, sus palabras y los movimientos de sus manos, convertirlo en el solaz de sus ojos que esa mañana estaban viendo tanto.

Él no se ha sentido cansado de mostrarle cosas, de entregarle la ciudad en una bandeja de plata, de hacerla disfrutar con las esencias y formas simples que solo una persona dotada de su sensibilidad puede notar, no le abruma los pensamientos que han ido a lo largo del día creciendo en él, las comparaciones que sin querer ha hecho de ella con Lucía y en las que no ha vencido la difunta esposa, ganadora siempre de cualquier comparación similar hecha en el pasado, no le cansa ver el brillo en sus ojos, la tristeza apagándose, alejándose de ella muy poco a poco, dejando de existir por momentos, teniendo la sensación de que a veces hasta parecía tomar tierra delante de él, volver de un lugar lejano en el que se recluía y del cual él la estaba sacando a lo largo de ese día que ya estaba tocando a su fin.

Un libro firmado y varias bolsas con compras eran los testigos silenciosos de aquel recorrido turístico por la ciudad hecho en un día que de otra forma habría sido insoportable para cualquiera de los dos.

El recorrido de la ciudad hasta el pueblo se encuentra penosamente iluminado a lo lejos, casi oscuro en la calle donde ellos viven y que está solo alumbrada por las farolas que tienen sus casas en la entrada y dos que puso el ayuntamiento en la calle que da al mar.

El ruido del coche va variando mientras se adentra por los caminos comarcales y luego locales, por vías cada vez más pequeñas y estrechas que los llevan de vuelta al hogar y a la realidad elegida por ellos para vivir, la noche va entrando poco a poco, dejándolos solos frente al portal de ella que se dispone a buscar las cajas que ha traído de la oficina y a bajarlas del coche, él que en un último gesto de cortesía las toma de su mano para que ella pueda abrir el portal y la ayuda a entrarlas en casa.

—¿Dónde las dejo?

—Trae, yo las subo—. Otra vez escondiéndose, otra vez poniendo aquella frontera entre él y aquel trabajo desconocido, entre su realidad más terrenal, curiosamente mucho más oculta que su privacidad o su intimidad desde hacía unos cuantos días, desde que le pidiera ayuda para escribir y comenzara a hablar de sí misma por primera vez.

El motor del coche llamándolo desde la calle, la luz que se ha encendido en la terraza de su casa y con la que Salvador reclama su presencia recordándole que no está solo y ya casi es hora de comenzar a hacer la cena.

—¿Nos tomamos el último café?

—No puedo, gracias, mi padre me está esperando.

Gracias por todo, ha sido un día magnífico, gracias a ti, ha sido un placer, tenemos que repetirlo, cuando quieras, palabras que no dicen nada de todo lo que han vivido, nada de lo mucho que han sentido, palabras vacías de verdad, llenas de cortesía y educación, gracias, muchas gracias.

Un beso en la mejilla como modo de saludo ya acostumbrado entre ellos, Buenas noches, buenas noches.

Y luego la soledad, la más profunda soledad tras un día de compañía, el contraste de estar sola con el de estar a cobijo de alguien.

Se quita la ropa y guarda el abrigo en el armario, ya van siendo horas de que abra el ordenador y vea la retahíla de poemas que tendrá en su correo. Son las ocho de la tarde, aún faltan cinco horas para que comience el programa y tal vez pueda insertar un poema de su nuevo libro, escribirle a Ana un resumen de la presentación a la que ha ido para qué lo lea en antena o

incluso a modo personal recomendarlo a los oyentes.

La imagen de Marcel ocupa su pensamiento sin darse cuenta, sin poder o querer evitarlo, sus gestos han comenzado a calarle, su voz casi la sabe de memoria y la podría reconocer en medio de una muchedumbre enfurecida. Trata por enésima vez de entender lo distinto que se muestra en persona a lo que deja ver en sus e-mails, a la personalidad que se entrevé en sus líneas y en los temas de los que suelen conversar, casi como si no fueran la misma persona, casi como si no tuviera nada que ver el uno con el otro, como si Chris no pudiera ser él y de verdad las casualidades existieran.

Tal como le ha pasado en los últimos tiempos, no tiene ganas de meterse en el mundo que hasta ahora le bastaba, no le apetece leer los dos mensajes de Ana que tiene en la bandeja de entrada ni los de los oyentes que han ido llegando durante el día, no le apetece comenzar a buscar contenidos para futuros programas ni bucear en libros para descubrir poemas inéditos de autores casi desconocidos con los que sorprender a la audiencia. Se quedaría si pudiera en el sofá frente a la chimenea encendida, oyendo el CD que se ha comprado esa mañana y que le recuerda a él, a su huraño y triste vecino que se ha ido transformando en un ser completamente distinto a como imaginó.

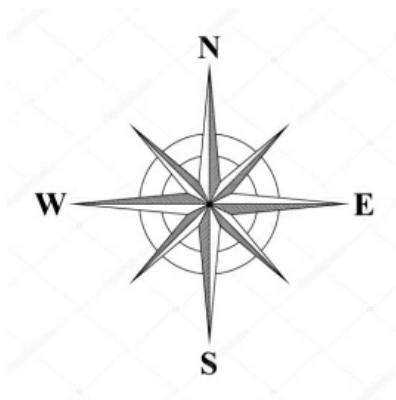
Se quedaría pensando en nada, con la mente en blanco, incapaz de concentrarse, incapaz de trabajar, ni siquiera de leer, incapaz de moverse, descansando y recordando el afán de ese día compartido, de los descubrimientos y de las novedades, anclada en los lugares recorridos y en la forma en que él se los ha ido entregando, como si fueran un regalo, como si fueran suyos y hubiera decidido compartirlos.

Cuando abre su correo tras un rato de serias dudas, ve que Chris le ha enviado hace dos minutos un poema copiado del libro de la presentación, casi recuerda la forma en que su autora lo ha leído en voz alta, y la ha invitado a conocerse personalmente en el lugar que ella elija, es como si ya te conociera.

También la letra picuda del e-mail de Ana en formato Arial Narrow le llega en un color azul oscuro inconfundible.

—Qué bien te hemos visto esta tarde, cielo, y qué bien acompañada, a Bran le ha encantado ver que has superado lo vuestro y has rehecho tu vida; por cierto, he pensado incluir los poemas de la presentación en el programa de esta noche, ¿hay alguno que te haya gustado especialmente?

El mundo, de nuevo, se convierte en su enemigo.



Salvador no la encontró a la mañana siguiente en casa cuando fue a buscarla para desayunar ni en las dos mañanas posteriores, solo por la tarde, cuando desde la ventana se aseguró de que venía solo, salió a abrirle la puerta que mantenía cerrada con llave desde dos días atrás y lo invitó a tomarse un café con leche para quitarse el frío y la sensación de merienda de colegio de las cinco de la tarde.

—Me pillaste en el jardín —le dijo a modo de excusa— estaría paseando por la arboleda, o habría salido a comprar, mañana domingo vienen mi madre y mi hermana a comer y he tenido cosas que hacer.

Excusas que el hombre pareció creer y por las que dejó de preguntar con esa insistencia típica de la gente mayor que no siente ni un asomo de vergüenza por preguntar directamente aquello que le interesa aunque no sea en realidad de su incumbencia.

No había contestado el e-mail de Chris y no había vuelto a ver a Marcel.

Se había propuesto no seguir ni con el correo ni con la incipiente amistad que comenzaba a asentarse, enfadada con el mundo y con la gente que lo habitaba, con él por mentirle y con su alter ego por intentar manipularla, con Ana y Bran por malinterpretar lo que hubiera sido que habían visto en ella durante aquella presentación literaria, por llamarla cielo en el correo y por creerse perdonada por su traición de la que nunca le había dado una sola explicación y de la que ahora se condonaba a sí misma por el simple hecho de haberla visto con otro hombre, un hombre que en realidad no era nada, que ya no iba a ser nada, ni siquiera el amigo que creyó haber encontrado milagrosamente.

Tenía sus llamadas sin contestar en el móvil, mensajes de texto, los e-mails sin abrir en el correo y a su padre frente a ella pidiéndole explicaciones que no se sentía obligada a darle.

Tal vez había ido a buscarla por la mañana para desayunar como habían estado haciendo, tal vez no era Salvador quien había llamado a su timbre cada día mientras ella se escondía entre las sábanas y el edredón nórdico para no oírlo, sin dejarse ver, sin dar ni una sola señal de vida, sin abrir ni la luz de la buhardilla de la que bajaba para encerrarse en el comedor o en su habitación con el portátil y tapada con las plumas del edredón o con un libro frente a la chimenea y dar la apariencia de no estar en casa. Estaba huyendo de él y del recuerdo de aquel día compartido que en un solo correo había tirado por el suelo y roto de forma irrecuperable.

Siguió con la rutina diaria, con sus lecturas y con sus insustanciales vicisitudes que de nada le servían y que no le quitaba la sensación de engaño que se había clavado en algún lugar impreciso de su mente. Dejó pasar el tiempo, las horas, los días, las mañanas lluviosas que no cedieron desde el día luminosamente gris que ellos estuvieron en la ciudad y que ya amenazaba lluvia.

Llegó el domingo de paella y logró distraerse con las conversaciones y con los juegos de los niños, haciendo fotos a la familia para recordar el día oficial de esa inauguración. Trató de no pensar, de no verle, de encerrarse de nuevo, solo que la soledad no le bastaba ya, no era suficiente y le parecía insultante. La rabia cegaba su entendimiento sustituyendo al antiguo dolor que la llevó a encerrarse en una casa que ahora tampoco le valía.

Se había acostumbrado a los paseos y a las conversaciones, a los cafés y a la vista del mar, al trato diario con aquellas dos personas que habían entrado de repente en su vida obligándole a vivir cuando ella no quería, y la vuelta a su soledad, al encierro voluntario, se le antojaba intolerable.

Ya no poseía la tristeza de los primeros días y las primeras semanas, el golpe enorme que la había empujado a aquel lugar meses atrás había sido sustituido por otro desengaño que le dejaba no solo tristeza, sino una rabia que a duras penas podía contener.

Sintió su mirada en el jardín cuando estaba paseando con su madre y su hermana, como si desde la buhardilla él pudiera verla y estuviera observándola a traición. Se indignaba al sentirse víctima de una trampa de la que desconocía el propósito, pero sobre todo se sentía defraudada por él, embaucada, estafada, como si cada gesto que él había hecho, cada conversación y cada detalle no hubieran tenido más que un fondo de mentira confirmado por la cara dura con la que le proponía una cita desde el correo electrónico a otra mujer que no sabía que era ella, jugando a dos bandas, como Bran, dejando una bala en la recámara, intentando algo con dos personas que él creía distintas y que eran la misma ingenua, la misma estúpida que se había dejado llevar por él en un día increíblemente bello y pleno.

Un día en el que por primera vez pensó que no estaba perdida del todo para el mundo ni para otros hombres, un día en que ni por un instante se acordó de nada que no quisiera recordar a no ser que fuera para darse cuenta de lo ciega que había estado y de todo lo que se había perdido.

No era tan solo que él pretendiera engañarla, sino que con ese gesto truncaba sus esperanzas, unas débiles esperanzas de algo que no se atrevía ni a reconocer, de algo que había comenzado naciendo muy poco a poco y que de repente se truncaba sin posibilidad de arreglo, sin posibilidad de recomposición.

Su madre hablaba con Salvador en el camino frente a la casa, como dos buenos vecinos. Como si el pobre hombre no estuviera al tanto de que algo extraño ocurría entre ella y su hijo, había acudido a presentarse a su familia, de la que había oído hablar muy poco pero a la que la curiosidad le empujaba a conocer. Estaba solo y cualquier cosa le bastaba, unos minutos de conversación con alguien de su edad ya era una forma de salir de lo cotidiano que agradecía.

Tiene usted una hija increíble, le escuchó decir, muy valiente, y cogidos del bracito como dos abuelos caminaban en dirección a la casa de él.

—Déjeme que le enseñe el jardín y de paso conocerá a mi hijo —su hermana acompañando a los dos abuelos que ya parecían conocerse de lejos, con esa vaga imprecisión y distancia que da la edad a las personas entrometidas, ella a solas con su cuñado y los niños, sin querer moverse, sin querer ir con ellos pero sabiendo que lo normal sería que los acompañara.

Había estado días enteros evitándolo, días sin abrir la puerta y sin contestar al timbre o al teléfono, asegurándose de que Salvador venía solo para permitirse al simple hecho de volver a ser la vecina que era antes y ahora, por culpa de su visita dominguera familiar, tenía que adentrarse en su territorio. No le valía la excusa de tener que quedarse para fregar los restos de la paella o los platos ni para vigilar a los niños, no encontraba la disculpa necesaria ni el pretexto adecuado para no ir con su madre y su hermana a visitar los jardines y toda la zona nueva en que vivía y de la que Salvador se había erigido guía turístico.

No sabía cómo hacer para no encontrarse con él.

Distraídamente, intentando no pensar pero sintiendo su presencia en cada paso como si de verdad estuviera muy cerca mirándola, se adentró al lado de su hermana por el camino entre los árboles, mirando las plantas que crecían en los laterales de las sendas, escuchando las anécdotas que los dos ancianos hablaban, sonriendo casi sin querer ante las “abueladas” que eran capaces de decirse, quedándose plantada mientras observa cómo se alejan de ella sin querer adentrarse más en territorio enemigo, sabiendo que está fuera de su terreno y temiendo encontrarse con la persona de la que lleva tres días huyendo, notando cómo al mismo tiempo que espera no verlo está rezando para que aparezca de repente detrás de ella y se ponga a hablarle como si no hubiera ocurrido nada, como si necesitara escuchar su voz de nuevo hablándole con aquella calma y aquella sinceridad en la que ella creía, aquella forma de conseguir hacerle pensar por sí misma y avanzar en la recuperación de todo lo que alguna vez fue suyo, de todo lo que siempre había estado en su interior.

Lo echaba de menos, lo reconocía, lo echaba en falta, pero no podía disculparle el engaño, la falsedad y la desvergüenza con la que cautivaba a dos mujeres distintas, por decir una cantidad concreta que podía ser multiplicada si se tenía en cuenta la avalancha de correos que su primera intervención en el programa había provocado.

No le perdonaba el disfraz de buen amigo, la calumnia de su amistad, el fingimiento de un dolor que no existía, la duplicidad de caracteres y la simulación con la que pretendía embaucarla desde aquellos poemas falsos de los que se apropiaba con total impunidad.

Pero Chris o Marcel o quien fuera que estaba no se dignó a aparecer tras ella, no bajó a conocer a su familia tal como Salvador había intentado.

—Habrá salido, el coche no está, tendría algo que hacer.

Y los días comenzaron a deslizarse muy lentamente, mucho más que al principio, mucho más vacíos, mucho más yermos.

Salvador seguía viniendo día sí y día no a buscarla y charlar, a pasear con ella por la playa o a preguntarle si necesitaba ir al pueblo a comprar el pan, la excusa perfecta para salir del encierro. Seguía llevando con él más o menos la misma relación de antes pero se habían acostumbrado a no nombrarle a él, a hacer como si Marcel no existiera o como si no hubiera pasado nada entre los dos, como si aquel día en la ciudad no hubiera sido el punto de inflexión que les llevó a distanciarse.

Dejó de recibir mensajes y llamadas, dejó de recibir correos, se centró en seguir el mismo ritmo y las mismas substancias que había ido a buscar a aquel lugar y decidió que no iba a tratar volver a ser la persona que él había ayudado a crecer, la misma que él había manipulado o tratado de manipular.

Buscaba entre los poemas del nuevo libro aquellos datos que le habían parecido interesantes una semana atrás, cuando pensaba que estaba recuperando su fe en los sentimientos y en los conceptos que las autoras actuales habían conseguido unir en sus poesías, amor y feminismo, algo que sonaba a antítesis de nuevo sin que supiera por qué.

He perdido la paz por ofrecerte los tatuajes de mi alma leía sin pensar en Bran, como si la paz que había perdido poco o nada tuviera que ver con él, como si la paz perdida fuera la que Marcel le había entregado en las tardes de conversaciones y en las pocas noches que habían compartido una botella de vino y una buena conversación, la paz de las mañanas sin prisa de las semanas anteriores a su desertión y al descubrimiento de sus mentiras, una paz que ahora sin saber por qué le resultaba imposible de recuperar, o sabiendo quizá el porqué pero no queriendo reconocerlo, no queriendo ser consciente de hasta qué punto él se había convertido en algo

importante.

No queriendo reconocer que había comenzado a albergar sentimientos y esperanzas y que por eso le dolía tanto, por aquello que ella había comenzado a sentir cada vez que lo miraba.

Los adioses, como venas silenciosas, ingresando, estallando, los adioses, en el aire, en los ojos, sin palabras, un ocaso, los adioses, mutación, cambio, cómo duelen, cómo nos dejan huérfanos...

No había habido ni una sola palabra entre ellos después de aquel día, ni una aclaración, ni una justificación de nada, solo el silencio más vasto, llenado por varias llamadas y por varios mensajes que había leído sin contestar y por unos e-mails que no se había dignado a leer para no tener más mentiras de las que guardarle rencor, para no tener más motivos de resentimiento hacia él que los que ya tenía.

Marcel no había vuelto a buscarla tal vez porque ella no se había dignado a dar la cara, a darle una explicación que justificara su cambio de actitud de un día para otro.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no me hablas? He ido a buscarte y no estabas, está bien, como tú quieras, Adiós.

Palabras que tenían el poder de persuasión suficiente como para que negarlas supusiera un esfuerzo de su parte, palabras que ya habían cesado y que ya no llegaban hasta su móvil, palabras que él ya no iba a pronunciar nunca más, ya no escucharía su voz en las conversaciones nocturnas salvo en su mente cuando la recordara, o el roce casual de su mano, el impulso de su risa recién descubierta, la intuición que demostraba al reconocer los dolores que ella escondía, la delicadeza que se expandió aquel día en la ciudad alrededor de ella como un manto protector en el que se sentía arropada, casi a salvo del dolor y la angustia que el simple hecho de vivir le producía.

Se perdía en poemas, en las cartas de aquellos oyentes que enviaban más poesía de la necesaria y de la que ella quería huir para centrarse en los libros que él le había regalado y que tanto le estaban influyendo, quería adentrarse en las razones que explicaran su comportamiento de pareja con Bran, entender por qué se había dejado anular por él y manipular por Marcel, entender qué fallo había en su psique, en su forma de entender las relaciones o en su forma de abandonarse a los demás, de dejarse influir por los demás hasta negarse a sí misma.

Combinaba la poesía del siglo XXI con los ensayos feministas o de psicología o de filosofía o de lo que fuera con tal de no caer en la melancolía del verso, de no dejarse llevar por las palabras rimadas o los textos poéticos que tenía la obligación de seguir leyendo. Textos que cada vez más eran neutrales y mostraban una reciprocidad que la embelesaba y le hacía pensar que en algún lugar existía algún hombre que podía ser compañero, que no veía el amor como entrega absoluta y sumisión, amor compartido, amor mutuo, concordancia de sentimientos, intercambio de almas y cuerpos, de cosas compartidas en el uso, de detalles que revelan la relación entre dos personas y no el abandono o la negación de una de ellas.

¿Has probado el sabor a madrugada? Sí, ese que parpadea en el estómago, cuando recuerdas las caricias regaladas a tu amante hoy furtivo al descubierto.

La madrugada sabe a café en la misma taza, suena a cucharillas amarillas, desparejadas, heredadas de extraños, que vigilan la sala en marcos de cerezo.

Escribía los guiones del programa incluyendo novedades, buceaba en internet en busca de autoras distintas, nuevas, que aportaran frescura con sus escritos, apuntaba nombres y títulos, leía con reverencia las cartas de personas que parecían haber entendido aquello que para ella estaba recién descubierto y que ya lo habían convertido en poesía, las trazas de una sensualidad libre de cargas, de una pasión honesta, de palabras que de repente se hacían poderosas y trascendentales

en su significado alcanzando acepciones muy distintas a las de generaciones anteriores, la fuerza de la expresión, el valor de la palabra escrita, la razón hasta ahora oculta tras palabras demasiado usadas, demasiado vilipendiadas por el uso y los significados que de él variaban, palabras y más palabras llenas de positivismo y sensualidad que ella dejaba preparadas para que otra voz que no era la suya las echara a volar desde las ondas hertzianas y les llegaran a cuanta más gente mejor, palabras cargadas de un sentimiento dueño de sí mismo y soberano en el que existía el libre albedrío de ser compartido.

Huele a tu aroma en las arrugas de mi pelo, en el dorso de mis muñecas, en el beso tierno sobre la palma de mi mano.

Me sonríes y te comes mis labios, abro mis muslos y me siento en tu sorpresa, cierro tus párpados con los míos para que no veamos terminar estas horas fugaces... los primeros rayos impregnan las copas que bebimos ayer, sin agotar el deseo...

Antología poética de momentos plenos, mujeres que han vivido el amor que ella sueña con vivir o que también han soñado el amor que ella hubiera querido sentir. Mujeres que aún confían en la verdadera esencia personal del ser humano más que en el género que nos acorta y limita a una existencia concreta.

Retazos de poemas que parecen que le den esperanzas aunque luego caigan en el desamor, un desamor no exento de autoafirmación, de testimonio vital, afianzamiento y confirmación de la propia identidad,...

Qué suerte que llegamos para hacernos día a día, para ser hijos de la pasión en cada esquina, para improvisarnos en palabras y en heridas, para dar el corazón y hasta rifarlo. Qué milagro estar y ser y haber nacido, encontrarme y perderme en un suspiro, darme por muerta o por matada o por querida...Y qué bueno ya no esperar que llegues, haber olvidado, haber perdido de lleno mi sendero hacia vos, recuperarme de a poco de tanta turbulencia y sentir que no te extraño... aunque sea la más vil de las mentiras.

Le faltaban poemas, le faltaban horas para leerlos todos, buscaba incansable en las páginas web y en el libro recopilatorio nuevo, leía las primera líneas ya no por trabajo ni por placer, sino para afirmarse en que sus pensamientos eran comunes a los de otras mujeres, buscaba un libro concreto que no encontraba, el libro firmado de la autora novel que compró en aquella librería de libros perdidos oculta en las calles peatonales de la ciudad.

Tenía aún la multitud de cosillas sin importancia que ese día había adquirido en las tiendas dentro de las bolsas sin guardar ni poner en su sitio, tres libros, uno de los cuales ya había consultado, dos Cd de música, tres DVD de películas que irónicamente pensó que vería con él cualquier sábado, un perfume, dos álbumes para fotos con tapas vegetales, un collar de bisutería hippie y un pañuelo tan largo como una bufanda y tan suave como la seda.

Todo sin abrir, sin estrenar, sin sacarlo de sus envoltorios para no tener que sacar también los recuerdos que los acompañaban, los momentos y las tibias conversaciones, la mirada curiosa de él que la veía sonreír ante cualquier figurita extraña o ante cualquier objeto alternativo de aquel lugar tan raro como exótico, aquel mundo de regalos para fumadores de hierba y brujitas con escobas, uno de tantos lugares con magia y sabor propio con los que él la había sorprendido.

Otra bolsa en el suelo, al lado de aquellos detalles que quería olvidar, una bolsa que no tendría que estar ahí porque ella no había adquirido nada más y que contenía tres libros, el de poemas que estaba buscando y las dos novelas que Marcel había comprado.

El corazón le dio una especie de sacudida al darse cuenta de que él no había tenido acceso al poema que Chris le había enviado aquella noche, que era difícil que pudiera copiar un verso sin tener el libro en las manos, era poco menos que imposible a no ser que tuviera memoria

fotográfica o que lo hubiera aprendido con escucharlo una sola vez.

Chris no era Marcel.

Si él hubiera accedido a tomarse aquel último café o si tal vez hubieran cenado fuera, vuelto más tarde a casa y hubiera estado con ella a la hora precisa que ese tal Chris le envió el poema, se habría podido dar cuenta de su terrible equivocación. Unos minutos, dos minutos y el mundo se le había vuelto un lugar insoportable por el hecho de creer que él la engañaba, que le mentía, que la estaba utilizando.

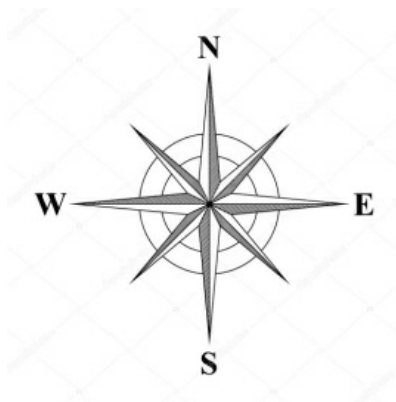
Cerró el ordenador, cerró el nuevo libro de antología poética del siglo XXI y se quedó quieta intentando averiguar cuál de las dos alternativas posibles iba a ser la acertada: una, devolverle los libros y pedirle perdón; o dos, devolverle los libros, pedirle perdón e inventar una mentira o una excusa que la justificara ante él de su silencio y de la ruptura de aquella amistad.

Sin pensarlo demasiado se echó a la calle con los libros en ristre y salió a buscarlo en el lugar donde imaginaba que podía estar. Salvador la sacó de su error, no estaba en casa, había salido a estirar las piernas un rato.

Volvió por el mismo camino y en lugar de entrar en su propiedad se lanzó a la calle camino de la playa.

Desde lejos, sentado en aquellas rocas grandes como huevos prehistóricos que siempre le recordaban un pueblo que existía solo en la imaginación y en las letras, encontró a Marcel taciturno y huraño como siempre, pero con un deje de tristeza que no había visto en él durante un solo minuto de aquellos dos meses largos que lo conocía. Una tristeza que la alcanzó hasta traspasarla y que volvió hasta él como repetida en su cuerpo en forma de onda y le hizo girar la cabeza para mirarla acercarse como si esa fuera la primera vez que la veía de verdad, como si solo ahora la conociera realmente.

Le tendió los libros en cuanto estuvo lo suficientemente cerca y se distanció de la mirada que él tenía para decirle el simple lo siento que pudo salir por su boca, a todas luces insuficiente para ambos, incapaz de significar el error y los sentimientos de esos días, un lo siento torpe y parco que podía no valer para absolutamente nada y que no resumía ni el arrepentimiento ni la sensación de pérdida que sentía al ser observada por él como una extraña, como una mujer que no acababa de reconocer.



No vuelvas a decir lo siento nunca más, que nunca tenga que volver a escucharlo de tu boca ni verlo en la tristeza sincera de tus ojos por la que se escapa aunque quieras encubrirlo, escondérmelo, velarlo al escrutinio que mi propio miedo ha ido haciendo en ti a medida que te acercabas y me tendías aquellos libros olvidados por error en tu casa y que nos han servido para perdernos y recuperarnos de nuevo, a medida que te escuchaba decirme las palabras que nadie nunca me dijo jamás pese a hacerme tanto daño, las palabras que ella nunca pronunció ni siquiera para mentirme o para hacerme creer que algo de mí le importaba, y sin embargo no quiero que tú me las vuelvas a decir, no quiero que nunca tengas que pedir perdón por nada, ni a mí ni a nadie, no quiero que te pierdas en contarme los motivos por los que has vuelto así como no quiero saber los motivos por los que te fuiste hace tantos días.

Solo quiero saber que estarás al alcance de mi mano y de mi corazón cuando te busque, sin pedirte nada más que el simple hecho de estar ahí, como si el simple hecho de saber que existes aquí cerca fuera más que suficiente.

No me digas lo siento ni me descubras las razones que te empujan a decirlo.

Me basta con que seas la única persona del mundo a la que parezco importarle lo suficiente como para intentar decir lo que yo no quiero oír solo porque crees que lo necesito, cuando en realidad lo que sí necesito es quedarme así, en silencio, abrazándote por primera vez como algo más que un amigo recién encontrado, como algo más que ni tú ni yo sabemos aún qué es.

Deja de darme explicaciones que no te he pedido, no me des nombres que no quiero escuchar, solo abrázame en medio de esta playa, en medio de las nubes de tormenta que existen desde el día en que nos conocimos y que aún no se han disipado, trata de esconderme las cosas y las vivencias, pero no para mentirme o engañarme, sino para que yo te pueda ir descubriendo poco a poco, para que te reveles de repente a ti misma, para que pueda adivinarlo o intuirlo o destapándote lentamente, sorprendiéndome a mí mismo en los aciertos, en todas las cosas que hasta ahora he adivinado en ti pese a que no me has contado nada de ti misma salvo unos pocos detalles, salvo aquellas pequeñas cosas que puedes contar sin avergonzarte.

No digas lo siento a pesar de que lo estés sintiendo, a pesar de que creas que yo necesito oírtelo decir, a pesar de que te hayan enseñado a pedir perdón y a buscar el indulto para serenar tu alma o tu conciencia, a pesar de que te duela lo que yo pueda pensar de ti o la pérdida de estos días en los que podríamos haber seguido estando juntos y que se han volatilizado en medio del error. Si algo nos tiene que doler es la forma en que se nos han ido escapando los minutos que ya no vamos a vivir, el extravío de las palabras que ya no vamos a decir y el tiempo que necesitaremos para volver al punto exacto en que estábamos cuando

ocurrió, pero nada más.

Tú sigues aquí, pequeña y estremecida por el frío, mientras te abrazo aun con el miedo que me daba el instinto de abrazarte surgido de mi pensamiento, grande y fuerte hasta límites insospechados, vulnerable e invulnerable a la vez aunque tú ni siquiera puedas saberlo.

Sigues aquí, real y volátil, tenue pero firme, una presencia que puedo abrazar pero no abarcar del todo.

Tu pelo me acaricia la cara y no soy capaz de mover un solo dedo para apartarlo temiendo que creas que pretendo romper el abrazo, huir del contacto, por miedo a que levantes tu rostro y me veas demasiado cerca y demasiado pegado a ti y seas tú la que quiera poner unos centímetros entre ambos, centímetros que ahora no podría mantener de ninguna forma.

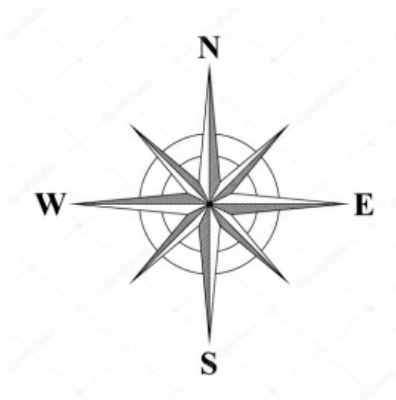
Estás aquí y poco importa todo aquello que venías a decirme a modo de disculpa, las explicaciones que no te he dado la oportunidad de darme, solo estás aquí, recuperada casi por un milagro, por el mismo milagro que te ha acoplado a mis brazos, por el mismo que sostiene tus manos sobre mi espalda y que hace que la presión de tus dedos hable por ti diciéndome que no me quieres soltar, no aún, no todavía.

Mueves tus dedos por encima de la ropa en algo que no te has dado cuenta de que es una caricia y sacudes en mí todo el polvo de los años, toda la lluvia de los otoños y la nieve de los inviernos, sacudes mis dolores y los mueves echándolos fuera, sin cabida ya para ellos en este corazón que estás acompañando al tuyo, a los latidos nerviosos que puedo sentir en el leve roce de los cuerpos y en las palpitaciones de tu sien tan cerca de mi boca.

No te has dado cuenta de nada, no te has dado cuenta de que por lo único que quizás podrías pedirme perdón hubiera sido por no haberme abrazado de esta forma, de lo único que puedes arrepentirte es de no haberme abrazado antes y de nada más.

Sigues aquí quieta, moviendo solo el corazón y los dedos, sin notar el torbellino de mi sangre ni el dolor asombrosamente olvidado que ha dejado un resto de alivio imposible de ocultarte si me estuvieras mirando, pero no me miras, solo me abrazas, solo has dejado que te abraze mientras te decía que no me dijeras lo siento, que entre tú y yo esas palabras están prohibidas y están de más, entre tú y yo esas palabras nunca van a existir.

Y te resulta extraño que te lo diga porque te han acostumbrado a buscar afanosamente el perdón y a tener que dar obligatoriamente explicaciones de tu comportamiento o a hacer penitencia por los errores y ahora resulta que yo no soy así y que jamás violaré tu libertad ni tu soberanía, jamás te pediré nada que no quieras darme, jamás aceptaré que dejes de ser tú misma para ser lo que mis complejos quieran formar de ti, así, tal como eres, tal como voy vislumbrando que eres a medida que pasan los días y te conozco más, es como quiero que seas, es como quiero que te veas, como siempre tienes que ser, grande ante mis ojos y pequeña entre mis brazos, sin cambiarte, sin cortarte, sin limitarte, solo sé tú y yo estaré a tu lado cada día para descubrirte y maravillarme de todo lo que voy encontrando en ti, solo abrázame en medio de esta playa y deja que todo lo demás empiece a no importar.



—Marcel, ¿crees en las casualidades?

“No”, le respondió sin pensar, sin dudarlo ni un solo instante, dándose cuenta que creer en la simple casualidad, en el puro azar, era dejar demasiadas cosas a la simple inercia de vivir, como si a alguien, a quien fuera que mandase sobre los designios de las personas, se le hubiera escapado una porción de poder, una parcela de influencia sobre el ser humano.

—Las cosas no pueden ser casuales, no pueden pasar porque sí aunque no veamos ni entendamos su significado ni su influjo momentáneo en nosotros, debe haber una razón para que las cosas ocurran, debe existir un motivo para que lo malo o lo bueno o lo extraño o lo insólito o lo normal forme parte de la vida, aunque no podamos verlo, aunque tardemos años en entenderlo, aunque tal vez no lo entendamos nunca o incluso aunque una vida entera no sea suficiente para comprenderlo.

Creer en la casualidad era como creer que ella, perfectamente, podría no estar allí con él.

Le gustaba escuchar su voz, era algo que la aliviaba del peso del remordimiento y de los días en que creía que su mundo se había vuelto a poner del revés, le gustaba escuchar la cadencia de sus palabras, las pequeñas confidencias con las que él iba explicándole pormenores de su vida y que le llevaban al conocimiento, al entendimiento y a la aceptación del otro, a veces simples anécdotas, a veces silencios, a veces reflexiones, pensamientos u opiniones sobre temas dispares, como si los años de soledad en los que había permanecido callado en diálogo constante y mudo sobre sí mismo hubieran explotado ante ella con un torrente de palabras que no lograba parar, que no quería que parara porque de esa forma comenzaba ella misma a poder hablar, a poder entregarle retazos de su vida, a abrir un poco las pesadas compuertas de su pasado y su presente.

Mira cómo era entonces, mira cómo eran aquellos que no conoces y que forman parte de mi existencia.

Fotos salvadas del éxodo de su madre a la residencia de ancianos en donde no cabían los recuerdos de tiempos felices ni los álbumes de gruesas tapas que ella miraba con la reverencia a un pasado que ya estaba demasiado lejos y de donde había desaparecido demasiada gente que en aquellos momentos de infancia o juventud creía poco menos que eternos. Personas que creía que siempre iban a estar, tan rotundas e imprescindibles y sin embargo se fueron los primeros, antes que nadie, como si tuvieran prisa, antes de tiempo, mucho antes de lo debido.

Entre ellas una foto suya con apenas dos años apoyada en el letrero metálico de la entrada del pueblo en el que ahora vive, como si hubieran estado ahí de excursión en una época que no puede recordar.

Aquellas excursiones familiares que se repetían al llegar la primavera y en las que había

conocido los rincones más bellos de su geografía sin recordarlos prácticamente, sin que haya guardado en su memoria nombres ni lugares precisos. Algunos borrados del todo, otros guardados a medias, la silueta de un castillo, de un monasterio cisterciense, de una catedral gótica o de la nieve en las montañas, el olor y el silencio de museos de ciencias naturales, de grutas por las que se accede en barca, la pesadez en las piernas infantiles subiendo cuestas de pueblos extraños y rancios, paredes de murallas de piedra, torres que fueron cárceles, los colores del mar desde la atalaya o la almenara antigua de algún lugar que no sabe si de verdad ha estado allí o es que ha creado el recuerdo a base de verlo mil veces en mil sitios distintos.

Puede que haya recordado sin saberlo, de forma inconsciente y por eso ha vuelto a aquel pueblo, al mismo lugar en el que está fotografiada con un trajecito de paño a cuadros de colores pastel, un gorrito que parece un casco con florecitas diminutas que más que cosidas parecen pegadas a la tela, y leotardos de hilo blanco, con el pelo aún rubio de la primera niñez y la expresión huraña de quien no sabe para qué la han hecho pararse al lado de un cartel con letras que aún no puede leer y que no sabe lo que significan.

Su hermana, tres años mayor y vestida igual, coge de su mano el otro poste metálico y sonríe porque ya conoce la costumbre de documentar los álbumes de fotos con los letreros municipales del lugar al que han acudido de visita a pasar el día. Bocado de tortilla de patata y coca colas o mirindas de naranja, ella sentada en una roca en pleno campo y comiendo mientras su padre la fotografiaba con aquella Kodak prehistórica que sacaba las fotos cuadradas, ellas tres apoyadas en el capó del coche frente a un paisaje desconocido que no logra ubicar en la memoria ni reconocer, sus padres abrazados mirando a cámara con las dos niñas frente a ellos tapándoles las piernas y una mano sobre cada hombro infantil en un esbozo de abrazo que no era, alguien tuvo que echar esa foto, algún transeúnte amable o algún turista que les había pedido a ellos el mismo favor con anterioridad, días de verano, sol y playa, de primavera y campo, de invierno y montañas nevadas, de otoños y parques de árboles ocres y hojas marrones, fotos de una época lejana y perdida para siempre.

Fotos que se interrumpían a cierta edad y de las que en las pocas posteriores desaparecía un personaje principal sin que él lo percibiera.

Letreros que no entendía, inscripciones cuasi secretas, folletos que no lograba leer, catálogos en los que solo podía mirar las fotos, tarjetas frente a los animales disecados y las plantas fosilizadas que su padre traducía del inteligible mundo de las letras hasta que ella pudo ir leyéndolas por sí misma en una especie de victoria sobre la ignorancia que la incluía de repente en el mundo de los pensantes, a la misma altura de sus padres o de su hermana, cartillas escolares, mi mamá me mima yo mimo a mi mamá, las primeras frases completas, la candidez de sonreír cuando leía un texto largo y de palabras difíciles, el anhelo de sentarse a leer un libro como hacía su padre cada noche, los primeros cuentos, las primeras comprensiones que iban más allá del simple hecho de leer, los conceptos que comienzan a tomar forma, los cuentos de Andersen y Perrault, la pérdida de la inocencia con Dickens, los catecismos de la primera comunión, las aventuras de Los Cinco, los libros de Agatha Christie o Julio Verne y de la vida de santos hasta llegar al culmen de su lectura muchos años después de haber comenzado a leer los letreros de las excursiones dominicales, *Platero y yo*, que aún guarda en secreto en su memoria junto con el olor a madera de la biblioteca de su colegio y el sabor a paz.

Aquella fascinación absoluta por la palabra, por los significados, por la lectura, tan indiscriminadamente que leía todo aquello que iba cayendo en sus manos y que los adultos censuraban o promovían, este libro no es para ti, este sí, esto no lo vas a entender aún, siempre aún, una palabra que le vetaba el acercamiento a la mitad de los libros que su padre guardaba en

las estanterías, las ganas de modificar el final de los cuentos para convertirlos en tragedias en un intento de realidad que la magia siempre negaba y que ahora comprende que no era más que una de las muchas manipulaciones patriarcales que desde niña le han ido inculcando sin darse cuenta, y si la bella durmiente nunca despertara, y si Blancanieves no se casara con el príncipe, y si la cenicienta manda a paseo a la madrastra y a sus hermanas, y si la sirenita prefiere matar al príncipe que convertirse en espuma de mar.

Tienes más imaginación que Julio Verne, le decían, y nunca lograba saber si lo decían con vergüenza o con el orgullo de tener más imaginación que el rey absoluto de lo inimaginable, de la ciencia ficción, como si no supieran si era bueno o malo, si la convertía en especial y eso era peor o mejor que ser corriente y moliente, como cualquier hija de vecina, como cualquiera de sus compañeras de clase o de las amigas de su hermana o del hatajo de primas que por aquel entonces aún veía de vez en cuando en casa de los abuelos.

¿Qué quieres ser de mayor? Quiero escribir cuentos, contestó una vez.

La segunda vez que se lo preguntaron. La primera ocasión en que le hicieron esa misma pregunta fue un par de años antes y en presencia de su madre, yo quiero ser como mamá, y todos sonrieron, quiero pasarme el día en casa sin hacer nada, sin ir al cole, viendo la tele y tomando café con leche y fumando, y todos rieron menos ella, su querida mamá, a la que por un instante su vida se le tuvo que antojar de lo más vacía o al menos de lo más prosaica.

La belleza suave y llamativa de su madre en las fotos de aquellos años, con aquella sonrisa juvenil y el pelo largo y rubio que se adivina en las fotografías en blanco y negro, le llama la atención desde el pasado más remoto de su existencia, cuando ni siquiera había nacido, cuando no estaba ni en proyecto.

Unas pascuas, una pandilla de amigos que ya no se ven nunca, un lugar remoto, seiscientos, vespas y fiambreras, sillas de lona plegables y mantas en el suelo donde se agrupaban las chicas jóvenes en una pose hollywoodiense, su madre se parece a Kim Novak en *Picnic* pero con el pelo mucho más liso y largo y su padre tiene un relumbré a lo James Dean pero sin tanto tupé. Patillas largas, pantalones de campana, vaqueros de cintura alta y redondeada para las chicas, camisas atadas al nivel del ombligo y que milagrosamente no mostraban nada, gafas de sol oscuras, pelos ortopédicos, flores en el lacio cabello, cigarrillos en las manos, toda una época que ella no vivió.

Puede adivinar todavía la inocencia en los ojos de aquellas chicas que a sus diecinueve años aún permanecen vírgenes a la espera de pasar por el altar, hay en su forma de posar, de mirar a sus novios y de hacer piña entre ellas un desconocimiento y una ensoñación que no deja de tener algo de pueril, una ingenuidad genuina, aún se saben a salvo, aún no les han sido revelados los misterios que se desvelarán muy pronto, cuando tras la noche de bodas y unos meses de luna de miel la vida no sea lo que ellas habían imaginado, cuando su príncipe azul comience a bajarse del pedestal para ser un hombre y ellas bajen del suyo para ser solo mujeres, no las santas ni las sagradas vírgenes que son ahora y tengan que hacer frente a todo lo que les han enseñado e inculcado sobre sí mismas durante toda su vida anterior y que ya no les sirve de absolutamente nada.

Tardes de bordados y canciones dedicadas en la radio, novelas radiofónicas, *Simplemente María*, mantillas negras de domingos de misa, El Dúo Dinámico y Elvis, Anthony Perkins en la época de *Psicosis* enviando una foto firmada desde Estados Unidos y dejando al cartero del pueblo perplejo, una carta de América, le dice a su abuela que se seca las manos en el mandil, pero ¿qué amigos tiene tu hija en América? le dice la semana siguiente cuando llega una de Rock Hudson y pronto corre el rumor en la parroquia que su madre, la adolescente que fue su madre, tenía amistades en aquel continente oloroso a dinero y progreso, en aquel país que era de por sí

otro mundo.

Luego las bodas, primero sus hermanas y a los pocos años ella, embarazada la misma noche de bodas, las vecinas contándole los días para saber lo que no les importa y su hermana mayor honrando a su madre al nacer nueve meses y cinco días después de la ceremonia, casi como hecho adrede para fastidiar a las chismosas, fotos y más fotos de épocas anteriores que ella atesora en álbumes que no ve nunca y que ahora comparte con él delante de un café con leche y un cigarrillo.

—Nací el año que el hombre llegó a la luna y mi madre creyó que era un buen presagio.

—Yo aún no había nacido entonces, aún no estaba en el mismo plano de la realidad, aún no existía.

Ve las marcas del paso del tiempo en los rostros y no puede evitar comparar, lamentar ese transcurso lento pero inexorable hacia la madurez y hacia la senectud de otros que es un anticipo de la suya propia, salvo que ella no ha hecho nada de todo aquello que las mujeres de las fotos sí han hecho, su abuela, su madre, su hermana, su sobrina, cuatro generaciones de mujeres de la misma familia unidas por el lazo del tiempo y del cariño, continuándose ellas mismas en los gestos, en las palabras, en los consejos, en las recetas de cocina que han ido heredando, en las tradiciones que mantienen, en los rostros que comienzan a parecerse al llegar a según qué edad, las fotos casi idénticas cada una con sus hijos y sus maridos, su abuelo, su padre y su cuñado, solo cambia el gesto, la actitud de unos y otros marcada por el momento histórico que viven, por el avance social de sus posiciones frente al mundo, la afectación en los ademanes y en las posturas que revela distinto nivel de complicidad de pareja, no posa igual su abuela que su hermana en las fotos oficiales de la boda ni en las fotos de familia, aquellas fotos viejas de la cartilla de familia numerosa en que su abuela está sentada en el centro rodeada de su cinco hijos y su marido parece controlar a la canalla desde atrás en un gesto grave y molesto, aquellas fotos escasas que uno podía hacerse a lo largo de la vida casi más como una obligación y como una necesidad que como algo lúdico, fotos con el membrete del fotógrafo en letra dorada y cursiva, papel duro y color sepia.

Fotos que han ido copiando los hermanos para poder tener todos un recuerdo de aquellos abuelos lejanos, cada uno en sus álbumes, salvo que algunos de aquellos cinco hermanos ya han muerto y son sus primas, a las que ya no ve nunca, las que guardarán sus álbumes tal como ella está guardando los de su madre.

Familias que se ensanchan y se pierden como la misma galaxia, empujadas por el Big Bang de la creación, expandiéndose lentamente hasta desaparecer unos de la órbita de los otros, tíos y primos a los que no ve nunca y que tal vez no vuelva a ver salvo en los entierros, sobrinos segundos a los que no conoce y de los que no sabe ni sus nombres, primas mayores que ella convertidas ya en abuelas, niños que cuando crezcan y la vean a ella en alguna foto vieja de sus abuelas preguntarán ¿quién es esa? Como si solo fuera una extraña que se ha cruzado sin querer en el instante de dar al percutor, es mi prima Lara, no la conoces, vive lejos, está soltera y trabaja en la radio.

—Lara, bonito nombre, como en la película de *Doctor Zhivago*.

—Esta es Petra —le dice entregándole una foto de los años setenta. La tía Petra era la mujer que ayudaba a su madre en la casa, soltera y sin familia salvo un hermano cura, heredera de la casa de sus padres y de sus complejos, de sus dinerillos ahorrados y de su educación monjil, soltera y entera que se decía antes, volcada con ellas hasta el punto que solo le faltó darles de mamar para poder considerarlas hijas suyas. Entró a trabajar en casa para ayudar a su madre con las niñas y con la faena del hogar pero llegó a ser como una hermana, como una más de sus tías a

las que veían mucho menos y con las que no tenían tanta confianza como con ella.

Las dos están posando en la playa, en las tumbonas del Círculo Mercantil a donde iban a pasar los días de verano con las niñas. Recuerda a su madre ya tan moderna que conducía su propio coche y a la tía Petra al lado con cara de velocidad y desamparo hasta que tocaba tierra firme.

En la casa de baños se cambiaban de ropa y ella llevaba bañadores de diez años antes siempre color negro, delgada pero contrahecha, fea, con la nariz enorme y los dientes torcidos, una cara repleta y redonda donde brillaban los ojos de una bondad extrema y de un cariño como nunca nadie les mostró, lealtad a prueba de bombas, amor a manos llenas, la misma preocupación y los mismos gestos de cariño que su propia madre, con una habitación en la casa como si fuera una más de la familia para cuando le pesaba demasiado la soledad, para las noches de Navidades que no quería estar sola, para las largas noches en que sus padres iban al casino y ella se quedaba cuidándolas o los días en que su madre acompañaba a su padre en viajes de negocios y vivían una pequeña luna de miel de la que siempre volvían con regalos para las tres, quedándose en casa para hacerle compañía a su madre cuando él viajaba solo, heredando la ropa que ella no quería y que no era más que un intento de modernizarla, los abrigos y los zapatos que su madre cambiaba cada temporada, viviendo de prestado la maternidad y la familia, anclada en las misas y mantillas, en los rosarios de las cinco de la tarde en la parroquia de San Nicolás, laboriosa y cariñosa, siempre con la bolsa del mercado en una mano olorosa a pescadilla fresca que compraba exclusivamente para ellas dos, diligente y activa, nerviosa al hablar y hasta cierto punto tímida.

La tía Petra salió de su vida cuando cambió de domicilio y solo la veía a veces los mismos días en que iba a ver a su madre, distanciándose poco a poco de ella y de su cariño tan incondicional.

Había ocupado un puesto privilegiado junto con a su madre en el banquete de bodas de su hermana, había asistido a cada una de las fases de sus dos embarazos con la misma inquietud que si fueran sus nietos, y se había recluido en el mismo hogar de ancianos en que su hermano decía misa cuando su madre planeaba irse a la residencia hotel de lujo en la que vivía ahora, como quitándose de en medio y comenzando a despedirse ya de ellas.

Petra, la tía Petra, había muerto cuatro años atrás dejándole a las dos los ahorros de toda su vida y la vieja casa de sus padres, una carta de despedida que escribió cuando se vio enferma y la certeza secreta y callada de que había estado enamorada de su padre en los primeros años de juventud, mucho antes de que las alcanzara el desastre de los años, cuando era una joven a la que aún no le había alcanzado el destino y parecía tener la vida por delante.

En las fotos se la ve joven, mucho menos fea de lo que se fue haciendo con la edad, jugando con su padre a las cartas bajo los toldos de palmas del Círculo Mercantil, en aquella playa privada a la que acudían de niñas y que ya no existe, ocupándose de ellas dos mientras su madre tomaba el sol o paseaba con su padre por la orilla del mar, comiéndose un helado de fresa entre ella y su hermana a la sombra del chiringuito donde sus padres tomaban café después de comer, siempre ocupando un segundo plano, siempre entre ellas dos y sus propios padres que la utilizaban para tener momentos de intimidad como si nunca hubieran dejado de ser novios, como si la parte pesada y engorrosa del matrimonio o las hijas fuera algo de lo que ella les libraba con su actitud solícita y tenaz, haciéndoles la vida cómoda a los cuatro y recibiendo a cambio una familia que nunca habría tenido de no ser por ellos.

Ella las vestía y las duchaba, ella les quitaba la arena del bañador y las enjabonaba en aquellas duchas de piedra, ella preparaba las tortillas de patata y los filetes, partía los tomates y hacía las ensaladas, elegía los melocotones más maduros del fondo de la bolsa nevera y se los daba para

merendar sentadas a la orilla del mar, era como si para según qué labores fuera la verdadera dueña y señora, como si ejerciera de ama de casa, madre y esposa a la hora de los trajines diarios y se convirtiera en tía cuando estos desaparecían después de comer, a la hora en que debía irse a casa tras su horario laboral pero que se quedaba para charlar o para hacer las meriendas o para ir de tiendas hasta el momento del rosario, parecía que fuera de visita en lugar de a limpiar la casa, se quedaba a comer cuando le gustaba lo que había y tomaba café con su madre mientras le reprobaba que fumara.

Los años habían hecho de ella la confidente perfecta, la hermana de más confianza, la tía preferida, la amiga íntima de su madre y la cuñada favorita de su padre durante un corto espacio de tiempo, su segunda madre o a veces la primera, olvidando siempre que la tía Petra no tenía ni un solo glóbulo rojo en común con ninguno de los cuatro, sino más de treinta años de amistad y hermandad incondicional.

Le va entregando fotos de ella mientras le habla de sus recuerdos, pasan las hojas de los álbumes para ir aceptando aquel pasado en el que no se conocían y ni siquiera se intuían, como si fuera posible que por un azar que no logran comprender la vida pudiera perfectamente haberlos ido alejando al uno del otro en lugar de acercarlos.

Las fotos sueltas se caen de entre las páginas, fotos de colegio, fotos de carnet, del instituto, fotos de los ochenta cuando era una adolescente tímida con hombreras infames y pantalones anchos, cuando recién salida del colegio de monjas no se acostumbraba a ir a clase sin uniforme y sin coletas, quince años, colores pastel, chicles de canela y Nuevo Vale, posters de cantantes y canciones grabadas en cintas con la voz del locutor de los cuarenta principales, libros nuevos, canciones de rebeldía pacífica que ahora le parecen de una puerilidad encantadora y trasnochada, fotos de amigas que ya no ha vuelto a ver, de gente que salió de su vida años atrás, compañeras de clase que se han desvanecido con el paso de los años.

Le da las fotos después de mirarlas o a veces las miran a la vez, inclinados sobre la luz que matiza los perfiles de las fotos más antiguas, rozándose sin darse cuenta, el hombro de ella roza el pecho de él que ha puesto un brazo por la espalda del sofá para poder acercarse mejor al álbum que sostiene sobre sus rodillas, le interrumpe para preguntarle, la mira a los ojos mientras ella le contesta y baja la vista de nuevo hacia las hojas no tanto para ver la foto en cuestión sino para huir del impulso de besarla o de acariciar su cara tan al alcance de sus manos, para escapar de su mirada intensa que recuerda el pasado con un deje de dolor y nostalgia que él puede observar con suma facilidad, alucinado de la intensidad con que los recuerdos se manifiestan en sus pupilas húmedas y brillantes que evocan sentimientos olvidados y pasados remotos que de no ser tan hermosos no dolerían tanto, ve cómo se emociona poco a poco, cómo retiene una lágrima, cómo la melancolía la vence y cómo se niega a ser vencida.

Admira el tesón con el que impide la caída de alguna lágrima y la sonrisa con la que le cuenta anécdotas, admira la forma de entregarle ese rincón de sí misma que ha ansiado conocer desde que se rindió a su amistad y que parecía inexpugnable, pero sobre todo admira la falta de rencor en sus tristezas, la forma en que ha depurado los recuerdos y ha olvidado la hostilidad o la rabia de sus momentos menos buenos haciéndolos desaparecer como si nunca hubieran existido.

No hay ni una sola foto de su ex, del tal Bran, no tiene nada que mostrarle de él, ya ha dejado de existir, le dice mientras cierra las tapas del álbum y se aleja para tomar la taza de café que se ha quedado frío sobre la mesa de centro.

La tarde ha ido dejando paso a la noche sin que se dieran cuenta, no han notado que al llenar la última taza de café han abierto las luces del salón, las tulipas grandes de colores que le dan un ambiente íntimo a esa sala y la aísla del resto del comedor en donde las sillas y la mesa son solo

sombras oscuras y tan lejanas como si estuvieran en el cabo del fin del mundo, ajenas a ellos dos que flotan en la nube de color rojo anaranjado del sofá con los pies descalzos sobre la mullida alfombra de Ikea y reverberados en la luz intensa de la chimenea que hasta instantes antes había sido más que suficiente y ahora ya no, al menos no para ver las últimas fotos, las que caen al suelo y la pequeña foto antigua que Marcel ha deslizado en el bolsillo trasero del vaquero sin que ella se diera cuenta.

Suficiente para hablar de sí mismos, para reírse de lo que fueron una vez, de las casualidades inexistentes y de aquellas que existen y no tienen razón de ser, que no significan nada y que sin embargo igual ocurren, para hablar de fotos y de tiempos antiguos.

La luz suficiente para estar juntos notando crecer la intimidad que ninguno se atreve a llevar más lejos por miedo al rechazo y al ridículo, por miedo al dolor, por miedo a sí mismos y a traicionar la amistad recién nacida y ya perdida y recuperada.

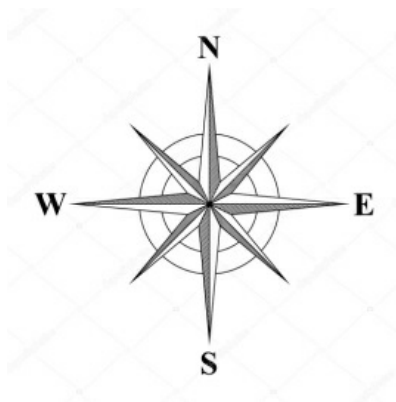
Marcel se despide de ella con dos besos en las mejillas como siempre y la deja sola en el quicio de la puerta mientras se aleja camino a su casa, tan cerca y tan lejos a la vez. No han quedado para verse luego ni para tomar café ni para ir al pueblo a la mañana siguiente, no han hecho planes de ningún tipo ni hay nada en el horizonte de sus citas que no terminan de serlo, esas citas casuales de buenos vecinos que cada vez tienen menos de fortuitas y más de previstas aunque no las nombren ni se pongan de acuerdo en las horas o en los días o en los momentos en que van a verse.

Cuando llega, su padre está mirando la tele y lo oye entrar sin decirle apenas nada, centrado en el programa de noticias y en las imágenes de lo que ha ocurrido en el resto del mundo tan alejado de ellos y de su realidad.

Sube como cada tarde para ponerse ropa cómoda con la que hacer la cena pero sus pasos se desvían hacia la habitación donde tiene guardados los álbumes de fotos suyas que ella estuvo mirando semanas atrás.

Recuerda la frase que le hizo enrojecer y la forma deliciosa en que ella la pronunció, busca entre las hojas y entre las tapas de colores de los álbumes las fotos de la infancia de Lucía y cuando las encuentra saca la que ha guardado en su pantalón para comparar las dos niñas, a las dos niñas que sonríen cada una desde una foto que tiene el mismo paisaje de fondo, busca entre las caras de las gentes de la playa hasta que encuentra la casualidad en la que él dice que no cree: Lucía sentada en la playa jugando con castillos de arena entre cubos, paletas y rastrillos y mirando a alguien que delante de ella le hace una foto a una niña que no conoce.

Lara delante de ella posando sin saber que hay una niña detrás que la observa. Lucía sonriendo a una cámara que hace las fotos igual de cuadradas y tras ella una niña entrando en la mar de la mano de su hermana mayor, casi de espaldas si no fuera porque en el último segundo se ha girado a mirar a sus padres que le dicen algo desde la arena, Lara, sonriendo con expresión infantil pero con la misma mirada de sorpresa que aún de vez en cuando asoma a sus ojos cuando lo ve de lejos, ambas en las dos fotos de un mismo día de verano en el mismo lugar, en la misma playa, en aquel Círculo Mercantil de techos de palma y tumbonas de lona de colores y de rayas, en el mismo momento, en el mismo instante de un verano en que compartieron playa antes de distanciarse para siempre sin haberse conocido nunca.



Sabe que el amor no es palabra escrita, sino relámpago intangible y ciego, impulso irracional de rebeldes torrentes, ávido de silencios y latidos desordenados.

La voz de Ana lee poemas que ella misma ha elegido semanas atrás con las bandas sonoras que más le gustan, entre ellas esa que suena precisamente en ese instante y en ese poema, la canción principal de *El piano*, extremadamente larga para un poema tan corto pero siempre bella y acariciando las palabras para que el poema sea más bello también, uniéndose en poesía pura que corre por la noche entre el viento y entre los tejados y las copas de los árboles para llegar a cualquier rincón donde tengan una radio puesta en el dial adecuado. Desde hace casi dos años en internet también pero eso ya le cuesta más imaginar cómo llega a producirse, ni siquiera se lo plantea porque le quita romanticismo al instante, al hecho mágico de escuchar una voz declamando sobre una música de fondo, sobre un piano melancólico y triste, bello.

Ve la figura de Marcel sentado escribiendo y se pregunta el qué, qué escribe casi cada noche en la buhardilla pero sabe que no se atreverá a preguntarle y que eso será uno de tantos secretos que tal vez no lleguen a compartir por más amistad que haya, que eso será parte de la intimidad que cada uno se reserva inviolada dentro de sí como una parte que no se puede o no se quiere compartir, esa parte realmente íntima que nunca será revelada ante nadie.

Lee las cartas de siempre, los e-mails de desconocidos que van llegando desde cualquier rincón del planeta en donde se hable castellano, una de las ventajas de emitir vía internet, que llegan mucho más lejos de lo que habían llegado nunca, a lugares remotos en los que tal vez nunca van a estar salvo en esa forma casi etérea de voz y espíritu de radio, han ampliado sus autores para que la gente se sienta reconocida, han ampliado su gran repertorio, sus canciones y sus versos para llegar al corazón de todos los oyentes por lejanos que estén y por distintas que sean sus costumbres o su historia literaria, para alcanzarles en la melancolía y en el amor a la lectura o la escritura, reciben cartas con nuevas cadencias y nuevas palabras, con significados dispares que a veces se convierten en hilarantes errores y provocan la risa de miles de personas en miles de casas repartidas por el mundo, qué rico nuestro idioma, dice Ana medio disculpándose de alguna metedura de pata, que rico lenguaje, cuántas personas podemos llegar a entendernos y a confundirnos a la vez, si hay 500 formas distintas de nombrar los genitales masculinos imaginaos cuántas palabras habrá para nombrar el amor y sus múltiples efectos, para nombrar la cantidad de sentimientos y sensaciones que provoca, para nombrar los distintos tipos de dolor y escozor, de gloria y de infierno, todo un mundo cabe en una palabra, todo un mundo cabe en los sentimientos comunes que unen a las personas por encima de países, nacionalidades y costumbres.

Ana saluda a la gente que la oye desde el otro lado del océano, les hace llegar besos con el aire que la Rosa de los vientos lleva entre sus brazos, les guiña el ojo en la distancia y los acerca a sí misma a través de cables invisibles de voz, de maromas semejantes a las de los barcos que surcan las aguas que nos separan, les dice, y les habla del amor en el oído sin darse cuenta de que allí es de día y probablemente los únicos que oigan su voz en el oído sean los que están medio dormidos aquí que es de noche en pleno invierno y los oyentes la escuchan desde el nido caliente y cálido de sus camas, arropados y con los auriculares puestos.

Nota en su voz un quejido, una especie de lamento, pero no le da más importancia. Sabe que Ana tiene para ella una voz transparente desde que supo lo de Bran, como si desde ese instante pudiera verla y saber qué siente solo por la forma de modular las palabras en antena, pero todo aquello ya ha dejado de importarle y de dolerle así que deja que suene de fondo como cada noche para ver solo el fruto de su trabajo y nada más.

Sabe que pronunciar tu nombre es despertar a la vida, y quiere ser árbol, piedra, agua, intensidad indestructible...

Los e-mails de Chris llegan regularmente reclamándole su presencia, empeñado en conocerse de forma personal algo, que ella no termina de querer hacer sobre todo ahora que ya sabe que no es quien creía que era, ahora que ya ha deshecho el enredo en el que ella misma se metió meses atrás y ha logrado separar al uno del otro y darse cuenta de las diferencias entre ambos impidiendo el perdón que antes le concedía a Marcel por el uso indebido de poemas ajenos y frases que le suenan a libros ya leídos por ella, paralizando cualquier acercamiento personal, truncando una amistad que ha dejado de ser genuina si es que alguna vez lo fue.

Aun así le contesta aunque de forma más impersonal, dándole largas a las citas que él pretende, como si por un lado le creyera parte de todo lo dicho o le condonara el defecto de no ser Marcel y de no tener ya un rostro al que dirigirle las cartas y a quien hablarle, dudando entre enviarlo a paseo cuando le descubre un plagio o perdonarle las ganas de poesía que parece tener y que por lo visto no logra escribir por sí mismo.

Se pone límites, hasta que me escriba una de Neruda, intenta justificarlo en la soledad que dice que le acompaña y no quiere ser una amiga traidora que también pueda abandonarlo, como si las pocas cartas que en realidad se han escrito significaran un contrato de lealtad que le impide romper con el correo diario y con las frases tristes con las que él la mortifica desde su soledad de viudo, de novio de la muerte, de prometido de la novia cadáver, se cansa de tanta aflicción porque sin darse cuenta ha dejado de creerle y sin embargo piensa que todo puede ser cierto y que tal vez lo está juzgando mal, hay muchas Lucias y hay muchos accidentes pero Marcel le dice que no cree en la casualidad, que las casualidades no existen y ella se debate entre seguir con las cartas que ya no tienen tanto sentido o simplemente dejarlo correr, olvidarse de Chris y de su historia, como si hubiera algo de malo en ello, como si algo le dijera que si Chris no es Marcel tal como ella creyó al principio no vale la pena continuar con esa amistad tan recién nacida y tan fácilmente olvidable, pero ¿por qué? ¿Por qué no puede seguir tal como está?, charlando con Chris, haciéndole compañía desde el e-mail, incluso quedando para tomar una copa y conocerse, ¿qué hay de malo en ello?

Lo que hay de malo es que no es Marcel, así de simple, así de complejo, Chris no es él y por eso ya no quiere conocerle ni hablarle ni consolarle, ya le resulta falso tanto lo que le dice como lo que ella le contesta, ya no le cree porque simplemente no quiere ni le importa creerle, está cansada de leer cartas con esas mismas palabras y soledades y tristezas, lleva quince años leyendo exactamente lo mismo con pocas variaciones y nunca la respuesta a una carta es un juramento de fidelidad eterna ni un compromiso de amistad perpetua, es algo que dos personas se

ofrecen cuando están necesitadas y que se espacia en el tiempo hasta desaparecer del todo, como los cientos de oyentes que se escriben durante meses y meses hasta que las vacaciones de verano interrumpen lo cotidiano y luego deja de hacerles falta proseguir con aquello que les dio tanto calor en las noches de invierno, ya no están solos, ya no están tristes o necesitados o simplemente no quieren seguir contagiándose de más tristeza ni consolando a quien la tenga, oyen el programa cada vez menos y terminan desapareciendo no solo de los buzones, sino de los ratings de audiencia, se han superado hasta desaparecer en otro nivel, en otro plano en donde hay personas que no son melancólicas ni sufren por amor ni les gustan las canciones tristes y ya no oyen la radio salvo por la mañana para empezar el día echando unas risas con el programa despertador.

La única lealtad que ella debe es para consigo misma, por eso no ha cancelado la cuenta de correo que creó para comunicarse con él, por eso aún le escribe aunque cada vez menos, por eso lee sus cartas por encima y pasa por alto las citas que le pide buscando y encontrando excusas para no ceder a su empeño. No quiere ser una hipócrita ni una interesada aunque en realidad se comporte así, pero eso es algo que solo sabe ella, no el tal Chris, si ese es su verdadero nombre, que la sigue considerando una amiga en quien puede confiar.

Pero se siente cristal y seda, junco flexible y tierno, sacerdotisa que se inclina hacia el sonido de tu voz.

¿Cuándo se ha sentido ella cristal y seda sin que signifique sentirse frágil y quebradiza, demasiado tenue e inconsistente, mortal y perecedera? ¿Cuándo ha querido ser ella árbol, piedra, agua, intensidad, junco flexible y tierno, tal como dice el poema que ella misma preparó para el programa semanas atrás?

Sabe que en la vida real no puede pensar en poesía, que la existencia de uno es más recia, más real y menos abstracta o quimérica, mucho menos novelesca y fabulosa, la vida no es poesía aunque los poetas pretendan lo contrario, hay un poso de realidad que ellos mismos saben y reconocen pero que no escriben porque tal vez les resulta demasiado vulgar, demasiado común y corriente.

Así como hay novelas en que la realidad por dura que sea se impone, en la poesía hasta la más cruda realidad tiene algo de épico y de belleza, como si se pudiera extraer hermosura hasta de un vertedero, como si tuvieran una lente que les permitiera ver lo que los demás no ven y el arte de convertirlo en palabras, como si hasta una guerra o un conflicto pudieran tener una belleza trágica que ellos pueden ver y los otros soñar al leer lo escrito.

Pero ella se ha pasado quince años leyendo poesía romántica, *Residencia en la tierra* de Neruda no es precisamente el libro más consultado en su trabajo, sino *Los cien mejores poemas de amor en lengua castellana* de Alberti y Mateo, y como un Quijote perfecto se ha creído que todo el monte es orégano, que tiene que sentir amor al precio que sea, al precio que vaya en el mercado, según las oscilaciones de compra y venta, en números rojos o verdes de un parquet financiero donde todo tiene un precio y donde hay ganadores y perdedores.

Lo ha buscado y ha peleado con molinos de viento por retenerlo sin ver la realidad, se ha dejado abducir por las bellas palabras de amor que hay en un verso, por los sentimientos incontables que le eran contados, por las frases llenas de significados casi ocultos, por la perfección de un trazo, por el aura y el esplendor del amor que sueñan los poetas o el que viven y son capaces de contar como si solo ellos amaran, como si en la euforia o en la tristeza el amor que ellos ponen en palabras los glorificara.

Ha sucumbido al ensueño.

Ha convertido su gran historia de amor en tragedia, no porque Bran la haya engañado y

abandonado, así como también convirtió su dicha en un espejismo, no porque Bran la amara en aquel preciso instante cronológico de su biografía, sino porque ella necesitaba darle una dimensión de leyenda a todo aquel amor, tanto en lo bueno como en lo malo, lo convirtió en leyenda, capaz de morir por él tanto en la felicidad como en el desencanto.

Tantos años viviendo entre poemas y textos poéticos, ansiando sentir lo que tantas veces leía, queriendo vivir lo que otros escribían por el hecho de que le parecía bello, intenso hasta el dolor, vivo, grande, importante.

La realidad de un amor es mucho más simple, mucho menos poética, no es como nos han contado o como nos hacen creer, como cuando ve una comedia romántica de Hollywood de esas que le hacen creer a uno de nuevo en los cuentos de niñez y donde todo es posible que ocurra. Esas comedias románticas que todas las mujeres ven, que se da por hecho que a todas las mujeres les gustan y que ella ha comenzado a no soportar porque ha descubierto en ellas la manipulación patriarcal que siempre hay en el fondo del guión.

Ella no es Meg Ryan o Diane Lane ni Jennifer Aniston. Ella no está bajo el sol de la Toscana ni intentando viajar a París tras el amor de su vida, sería incapaz de fingir un orgasmo en un restaurante o ponerse un vestido de cenicienta que no le pertenezca, no está dando un paseo por las nubes, ella está situada en un plano mucho más real de las cosas y estas poco o nada tienen que ver con las películas que echan en la sobremesa de los sábados.

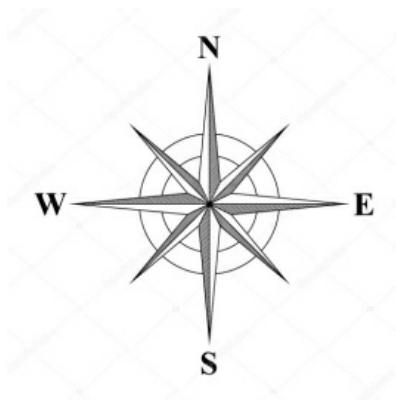
No puede vivir esas historias ni puede vivir de las palabras que otros escriben, no puede creer que todo ocurra como en un guión previsto, no puede ni imaginar que el dolor más inmenso tenga recompensa o que ese dolor la glorifique, no puede leer libros o ver películas y pensar que la vida es así porque simplemente no lo es, la vida no es poesía, la vida no es una comedia romántica de final feliz.

La vida es eso que te va jodiendo desde que naces hasta que te mueres, la vida es todo aquello que pasa mientras ella está enfrascada en sus lecturas poéticas y lo que ha pasado mientras estaba soñando sueños imposibles, la vida son esos paseos matinales, la luz del mar, la sonrisa de sus sobrinos, la mirada de Marcel cada día más intensa, las ganas que reprime de tocarlo para sentir más firmemente su presencia, la forma en que siente en la piel el sol escaso del invierno, la nieve sobre la playa, el abrazo suave de perdón incondicional, las conversaciones que se van tornando íntimas, la lluvia en el jardín, una música que la transporta y unas palabras que ya no la hieren, la vida es todo aquello que igual ocurre aunque no mires, la vida es todo lo que vives perfecto e imperfecto pero siempre auténtico y real.

Necesita tomar distancia de la palabra en un momento que se ha propuesto vivir la palabra en primera persona, escribir y no leer, sentir y no percibir, saber si de verdad puede ser junco flexible, o cristal o seda, o árbol o piedra sin que nadie se lo diga o se lo explique, saberlo por sí misma, ver el relámpago intangible y ciego, notar el impulso irracional de rebeldes torrentes, ávido de silencios y latidos desordenados sin que estos estén escritos en un poema que alguien escribió, necesita sentir la vida fluyendo por sus venas y no en las páginas de libros que ha leído cientos de veces con la avidez de encontrar la belleza y la necesidad de convertirla en trabajo, la necedad de cosificar algo tan intangible como el extracto primero de un poema y convertirlo en algo mercenario de lo que depende un rating de audiencia o su sueldo o el desarrollo de un programa o las sonrisas de los directivos de una empresa, necesita dejar de pensar en poesía o de buscarla dentro y fuera de los libros para comenzar a vivirla de verdad.

Ana termina el poema entre los acordes del piano y sabe, al oír la última estrofa, que ya está más allá de lo que pueda decir desde un papel que ella mismo ha escrito, más allá de los poemas que ella ha seleccionado, más allá de todo lo que ha vivido hasta el día de hoy.

Ella ya lo sabe, el amor no es palabra que se escribe.



“Ven que te enseñe en qué trabajo”, le dice tomándolo de la mano y comenzando a subir las escaleras de la casa hasta la buhardilla en donde el despacho, medianamente ordenado, se muestra tal como a ella le gusta, abierto a los cuatro vientos, entrando luz a raudales en ese día espléndido que el invierno les ha regalado como si fuera un retazo de oro envuelto entre tules grises de nubes que muy pronto ocuparan su lugar correspondiente en el cielo.

Cierra las ventanas que abrió por la mañana para que la casa de arriba abajo se aireara y perdiera el olor insano del tabaco que cada noche fuma mientras escribe, y le hace un gesto ampuloso que sirve no solo para señalarle el lugar, sino para indicarle la importancia que este tiene, bienvenido a mi santuario, a mi isla, aquí es donde trabajo, le dice.

Él mira aquel lugar santificado por sus palabras desde dentro por primera vez, asomándose a la ventana que ve cada noche desde la suya y apresa en una sola mirada circular el ambiente de intimismo y meditación que fluye por el entorno.

Sonríe casi sin querer y evita la mirada de ella porque no sabe si espera que haga algún comentario sobre la decoración o más bien la no decoración de aquel habitáculo que tiene algo de celda de monasterio, pasa un dedo por el polvo de tres meses que los libros han acumulado en su posición supina y terrenal, tan estrambótica e inusual que le confiere un aire de espontaneidad y provisionalidad muy alejado de las típicas estanterías y bibliotecas, mira el contenido de un bote de coca cola lleno de lápices de colores y bolígrafos de mil formas, los folios agolpados en un rincón ya casi sin uso porque todo está guardado de forma virtual, en páginas de Word dentro del ordenador que ocupa el centro de la mesa y del portátil cerrado en una de las esquinas, folios que seguramente solo usará para imprimir el libro que escribe, el libro que le dijo estar escribiendo y al que pudo darle una mirada para constatar su sequía literaria y la necesidad que luego se hizo tan patente de seguir leyendo e instruyendo su mente para poder escribir después.

“Por cada frase que escribes hay un libro que leer, nunca hay bastante lectura ni bastantes frases, nunca hay nada que sobre, aunque nada te haga falta para escribir, aunque lo que vayas a contar no tenga en absoluto nada que ver con lo que has leído no podrías contarle sin haberlo leído antes”

Ha acumulado datos de ella mientras subía hasta aquel rincón, la cama deshecha, la puerta de la habitación vacía cerrada a cal y canto para no dejar que el aire caliente de la chimenea se esparza por lugares inútiles, el jarrón de flores secas en un rincón del rellano como casi único baluarte decorativo, el baño recogido y oloroso a ducha, a jabón y crema hidratante que también se desprende de su cuerpo y de su pelo, la luz entrando en plétoras por las ventanas, tan extrañamente iluminado ese día de invierno que parece una tregua de la lluvia y de los días grises

que hasta ahora han compartido, su personalidad marcando su hogar, esa forma de vida que se inclina a lo hippie y a lo nihilista, la anarquía de su no decoración, los detalles de su liviandad, los pocos enseres que suelen ser de materias orgánicas, maderas, arcillas, conchas de mar, papel, piedras, naturalidad y espacio, amplitud y sencillez, el viento recogido y convertido en música por un móvil colgado de la ventana que entrechoca con el aire frío de la tarde y hace sonar sus estrellitas de mar de cerámica y sus formas marinas de colores, caracolas, sirenitas, caballitos y pulpitos de arcilla sonora y armoniosa que se esparce por la habitación y por parte del jardín sin que él lo haya visto u oído hasta ahora.

Ve que ella se ha quedado quieta, como a la espera de que diga algo, como si no se atreviera a proseguir con aquello para lo que le ha hecho subir hasta ahí.

Le ha enseñado dónde trabaja pero no todavía en qué.

Él sigue apresando su naturalidad en los detalles que componen su casa, no puede evitar comparar su sencillez y conmoverse por la forma en que ella parece no necesitar absolutamente nada de lo que la mayoría de mujeres que él conoce sí necesitan, hay una falta de vanidad en ese desprendimiento de lo terrenal que roza lo grosero, una falta tan total de materialismo que le hace pensar que está inventándose de nuevo, recreándose ella misma desde cero, como si aún no supiera qué es lo que la mujer en que aspira a convertirse va a querer tener como posesión material y hubiera renunciado a todo lo que en el pasado sí tuvo o poseyó, como si viviera desnuda, como si se hubiera quitado de encima cualquier cosa que la vistiera y por ende la clasificara de un modo u otro.

No hay nada en aquel sitio que no sea de una sobria simplicidad, no hay ni un solo detalle que indique afectación o gala, no hay más que la austeridad buscada, la llaneza de las formas simples, el candor de los objetos que sí significan algo para la propietaria y que no han sido comprados por ella en ningún lugar, una caracola recogida de la playa, un tarro de arena de colores que le regalaron de un viaje a Egipto, una pequeña manta de tartán escocés a cuadros marrones y verdes con la que se tapa mientras lee, un cesto de mimbre con piñas sin piñones, ramas de romero y espliego atadas con cintas de color violeta y blanco puestas sobre la repisa de la ventana sin cortinas y sin estores que le impidan la visión de su casa, de sus jardines que tienen un punto en común donde se confunden los terrenos, sin que le imposibiliten la visión del mar que aquí es mucho más pequeña y leve que la que él acostumbra a ver desde su buhardilla.

Se pregunta si en todo será igual de natural y sencilla, si será tan volátil y tan difícil de apresar en una intimidad cuerpo a cuerpo.

Ella no será de las que visten picardías de colores e inventa rituales de seducción, y sin embargo, está seguro, casi podría jurarlo, su intimidad será tanto o más seductora en su simplicidad natural, en su erotismo sin cargas adicionales de civilización, sin los complejos de muerte, sin querer trascenderse ni trasvasarse en y a otro cuerpo, está seguro de ello, tan seguro que casi no le hace falta comprobarlo. Casi.

Ha encendido el ordenador y ha buscado la página de una emisora de radio, en un par de gestos, con un par de clics, ha entrado en la intranet de un programa y los datos que se acumulan en un lateral de la pantalla son nombres propios, carpetas y subcarpetas de textos a los que ella accede abriendo ventanas de poemas y versos que él desconoce.

—En esto trabajo, soy documentalista de una emisora de radio, en concreto busco poemas y leo las cartas de los oyentes, selecciono textos e historias, aconsejo bandas sonoras, clasifico historias y escojo intimidades que luego son leídas en antena—. Dime un autor —le pide sonriendo.

—No sé, no leo poesía.

—Da igual, dime uno.

—Neruda, —le responde. Es de los pocos que conoce, de los pocos que recuerda, casi nunca ha leído poemas, casi nunca ha tenido que leer poesía salvo cuando estudiaba, Lorca, Machado, la generación del 27, Juan Ramón Jiménez, Bécquer, Quevedo... pocos más.

Neruda era el favorito de Lucía.

En un segundo hay una lista enorme de poemas en la pantalla, todos o casi todos los poemas de ese autor están ahí, guardados para consulta, para ser leídos o buscados en el momento que se les ocurra utilizarlos. Pero Marcel no tiene alma de poeta para ella en ese instante, la mira como si no comprendiera, como si no le sorprendiera su trabajo o le resultara mucho menos útil que el suyo en la cocina.

—Tú alimentas los cuerpos, yo las almas —le dice en un gesto ofendido que pretende defender su labor de quince años, su callada labor de casi media vida.

No le puede decir la verdad que pugna por escapársele de entre los labios, solo sonríe y pide disculpas.

—No sé leer poemas, nunca he leído poemas, no de adulto.

—Pues ya van siendo horas de que lo hagas, ven, siéntate.

Quiere repetir el milagro de Mara, hacerle leer el poema de Ángel González y ver su reacción, emocionarse con él tal como se emocionó con su amiga, tal como se emocionó ella sola al leerlo por vez primera. Cambia la ventana y busca al autor elegido, baja con el tabulador hasta encontrar el poema que quiere que lea y le gira la pantalla para que lo lea él solo, para espiar su rostro mientras se va haciendo la luz en sus ojos, salvo que los milagros no se repiten y él, tras unos minutos, le sonríe y le dice que es muy bonito y nada más. Muy bonito, simplemente.

—Eres un negado para los poemas.

—Ya te lo dije, no me gusta la poesía, soy más de novela.

—Vamos, haré café. —Bajan de nuevo, completamente callados y Marcel deja que sea ella la que vaya a la cocina a preparar la cafetera mientras él se sienta frente a la chimenea sin darse cuenta de que está a punto de apagarse.

Rosa de los vientos, repite mentalmente, Rosa de los vientos, como una especie de mantra que en lugar de serenarle lo confunde y lo apremia, le hace querer huir, salir por esa puerta y no volver.

O tal vez decirle la verdad, contarle de una vez por todas por qué no le gusta la poesía, por qué la ha llegado a odiar, por qué el poema de Ángel González que siempre le pareció tan perfecto le ha dado una terrible bofetada en la cara y se ha visto obligado a disimular su dolor, a inventar su indiferencia poética.

Ella no tiene por qué saber, ella no tiene la culpa, ella no puede saber nada, no la puede responsabilizar de lo que hizo otra persona y no puede echarle en cara el desliz y la falsedad de nadie, ella solo trabaja, solo lee, solo elige cartas de oyentes, cartas de mujeres y hombres que necesitan comunicación y poesía, que necesitan magia e intimismo, cartas de mujeres y hombres que llegan a conocerse y enamorarse, que llegan a convertirse en amantes, que llegan a vivir historias importantes aun a costa del dolor ajeno, de su dolor, hombres y mujeres que comparten una cama en la que un marido cargado con la bandeja del desayuno les sorprende por la mañana y los puede mirar a la cara y decirles que todo se ha terminado, que sigan durmiendo juntos y abrazados, que él se va y que solo volverá cuando se hayan ido a recoger sus cosas y saldrá para siempre de sus vidas, los dejará libres para seguir compartiendo poemas, para hacer poemas desde el adúltero lecho en que los ha sorprendido, para hacer poesía con sus cuerpos y vivir la puta poesía a todas horas, alimentándose de ella el uno al otro, nutriéndose de poesía hasta que

revienten de amor si es que eso es posible.

Ella, que se sienta a su lado entregándole la taza de café, descalzándose las zapatillas de estar por casa para poner los pies sobre la alfombra de fibras y recoger luego una rodilla debajo de la pierna que se le queda colgando, todo sin derramar una sola gota de líquido, no es la culpable de nada, pero le gustaría que lo fuera.

Ella, que guarda un silencio incómodo y expectante, mucho más violento que aquella mañana en que él le dijo que la había visto desnuda durmiendo la borrachera y la tapó con el edredón, no puede tener la culpa y sin embargo fue ella.

Ella, que vive en un mundo sin adornos, sin prisas y sin amor, que pasea con él cada mañana llueva o nieve o caigan chuzos de punta, por el simple hecho de que en tres meses se han convertido en amigos, en ese tipo de amigos incondicionales que muy pocas personas llegan a tener alguna vez en la vida, no puede ser la culpable pero tampoco está impune de su infortunio.

Ella, que ha pasado de vivir recluida a no poder vivir si no habla con él dos veces al día, que se sienta en las sillas de la terraza como si no fuera a levantarse de ellas nunca, la que mira el mar con un anhelo de sirena varada, la que prefiere envolverse en una manta de tartán a encender una estufa eléctrica porque le dan un calor infinitamente más cálido las fibras que la electricidad, la que ríe las gracias sin gracia de su padre y camina a su lado acompasando sus pasos a los de él tomada del brazo como si también fuera una abuela o mejor, como si fuera su nieta.

Ella, que sopla el café ante los ojos que la están mirando y espera cualquier frase de consuelo porque se ha desnudado ante él y la ha rechazado con una sola frase, “no me gusta la poesía, soy más de novela”, la que se queda quieta mientras sorbe el líquido amargo que para él es más amargo y más negro que nunca, la que lanza con el gesto de soplar en la taza el perfume de su piel recién hidratada y su cabello recién lavado, el aliento fresco con aroma de café que le llega con un acceso de deseo que intenta ocultar sin conseguirlo, ella no puede ser acusada de comenzar con el fin de su vida anterior.

Ella, que guarda un silencio peregrino que quiere ser roto con la calidez de las palabras que le gustaría decirle y que no le va a decir porque la ha expulsado de su vida durante ese instante en que él tampoco dice nada y se debate entre contarle la verdad o callarse, entre buscar un momento más propicio para revelarle su secreto o no decírselo jamás, guardando para él solo la humillación y la derrota negando que ella tenga algo que ver.

Ella no puede ser culpable de nada, pero le gustaría gritarle que lo es, zarandearla por los hombros, hacerle ver que sus gestos tienen consecuencias, que él odia la poesía en la que ella lleva quince años trabajando y que ama porque le arrancó de los brazos a la mujer que él quería y la lanzó a otros brazos que tal vez la querían menos, aunque lo haya superado mucho antes de su muerte, aunque ahora esté convencido de amar de nuevo y del milagro que ha supuesto que ella entrara en su vida, aunque ahora piense que la poesía es la maldición de su vida y lo único que Lara y Lucía tienen en común, resarcirse del dolor que comenzó la noche que leyeron el poema y la petición de Lucía por antena, buscar en ella el consuelo que no ha encontrado en años, años antes de que muriera, años antes de que la conociera, años antes de que supiera todo lo que ahora sabe tras tanto tiempo de pensar y de recapacitar en la soledad de aquella casa y de aquella playa que comparten.

—Tengo muchos libros de poemas en casa, quizá alguno te valga, eran de Lucía.

Pero ella no quiere nada de Lucía, salvo quizá lo que ella no quiso.

Ese pensamiento a traición le hace bajar la cabeza y decirle que bueno, que se los traiga.

Ninguno de los dos dice lo que piensa, ninguno de los dos se atreve a ser sincero y lo único que los une, a cada uno por su lado, es el pensamiento de estar ocultándose algo el uno al otro,

algo que pugna por ser liberado, por ser contado y que no se atreven a confesar.

—Te he defraudado, esperabas una escritora y solo soy una lectora de cartas.

—No, eso no, eso jamás, cómo vas a decepcionarme y por qué.

Deja la taza en la mesa y se levanta para avivar el fuego de la chimenea que es casi el mismo fuego que empieza a consumirlo a él. Sus ojos melancólicos están mirando la alfombra cuando se vuelve para mirarla sin querer verla. Cierra el casete del hogar para que no salten chispas y vuelve a sentarse a su lado en silencio, como si estuviera tranquilo cuando en realidad hay un torrente de lava corriendo por sus venas y los golpes de su corazón son casi visibles por encima de su camisa.

Hay un segundo en que un gesto o una palabra pueden cambiarlo todo, depende de si en ese segundo decidimos hacer ese gesto o decir esa palabra.

Se ha levantado un muro entre los dos y solo él sabe por qué, ella no acierta a adivinar el motivo salvo que sea por lo mismo que Bran la acusó ya entonces, sus aires de grandeza, su locura literaria, su absorción por los versos y su huida de la realidad, su trabajo onírico que le impide ver la certidumbre de la vida, su fantasía desmesurada, su utopía personal, el simulacro de vida literaria que lleva cada noche en la que se esfuerza por escribir palabras que no le salen, que no tienen dirección, que no tienen razón de ser una vez las ha plasmado en el documento de Word.

—Se está haciendo tarde —dice Marcel de repente—, casi es mejor que me vaya a prepararle la cena a mi padre.

Está oscureciendo pero no es tan tarde como dice, el sol radiante de ese día de invierno ha dejado paso a una penumbra y a una desolación oscura y el segundo en que un gesto o una palabra podían haber cambiado el mundo ha pasado tan veloz y hace tanto rato que hasta se les ha olvidado lo que podrían haber hecho o haber dicho si hubieran decidido ser sinceros el uno con el otro, si no hubieran dejado que el miedo los atrapara con sus garras y el recelo o la angustia del pasado volviera a ellos en forma de silencio.

Se despidе de ella con dos besos, como siempre y ella lo ve marcharse como casi todas las tardes, notando que se queda mucho más sola que antes de que él apareciera en su vida con su silencio hosco y su gesto huraño. Lo ve caminar por la grama casi desaparecida del jardín y le vienen poemas a la mente, piensa que ha decidido alejarse de la poesía y que sin embargo no puede sacarla de su interior, ve sus piernas marcadas en los pantalones y ve su espalda ocupando la totalidad de la chaqueta, su corpulencia que deja una marca en el sofá donde se ha sentado arrugando la tela del respaldo pero sin hundir la espuma del asiento, tan grande y tan frágil, tan masculino y tan tenue, tan robusto y contundente y a la vez tan sutil y tan inaprensible, como si nunca terminara de estar con ella pese a notar su presencia con una firmeza llamativa y viva.

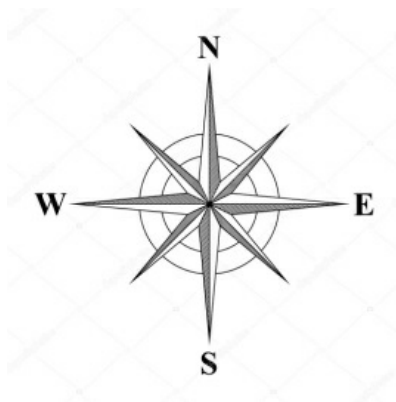
Tendría que tocarlo aunque fuera una vez para notar su ser, para notar la solidez corpórea de su espíritu maltratado, la consistencia terrenal de su alma, tendría que poder acariciar su cara que le besa casi sin tocarla al despedirse, darle una densidad corporal a las palabras que él usa para hablarle acompañándolas de los gestos de sus manos, tan expresivo a veces, tan callado y hermético otras, tendría que decirle tantas cosas que tal vez nunca le diga, impedirle que se fuera, retenerle de alguna forma durante unos minutos más y que estos minutos se transformaran en horas y que las palabras se transformaran en hechos y hacer que él olvide y que ella, que ya no recuerda, comience a crear recuerdos nuevos para entregárselos a él envueltos en papel de seda azul o verde, como el color de sus ojos que ahora ya recuerda y que varían de tono según el momento o el lugar en que la mira.

Pero se va como cada tarde y ella no puede soportar el hecho de encerrarse sola en aquella

buhardilla leyendo poemas de los que quiere tomar distancia y que él ha despreciado anulando de un plumazo la labor de su vida, ninguneando la importancia de la palabra escrita en verso como si de verdad este fuera un género menor, vapuleando sin palabras auténticas obras de arte de la literatura universal. Le cuesta un esfuerzo imaginarse delante del ordenador esa noche, intentando leer o escribir. Se sienta frente a la chimenea y mira el fuego. El tiempo de esta noche se deslizará lentamente, se dormirá en un sueño placido empujada por el Alprazolam y despertará mañana con la sensación de tener una nueva oportunidad para seguir con sus sueños de novelista.

Solo quiere descansar, solo quiere tomar más distancia, solo quiere no pensar en él.

Esta noche Marcel no verá la luz en su faro y la echará de menos, pero ella no lo sabe.



Qué palabras voy a usar para contarte la verdad, para exculparte del hecho de ser tú quien leyeras la carta de Lucía y supieras, sin saber, lo que yo ignoré tanto tiempo.

Qué palabras usó ella para convencerte de que necesitaba amistades, qué soledades escribió, qué contó a los cuatro vientos de nuestra anónima intimidad, qué dijo su alma a un papel que pretendía volar en medio de las ondas portando palabras de soledad y desengaño, qué escribió de mí, de ella misma y qué pensaste de ella en aquel preciso instante en que elegiste su carta para leerla en voz alta comenzando, sin saberlo, el fin de una época, de un ciclo de mi vida, el fin de todo.

Ahora llegas tú y me muestras el arma con la que me heriste, la antología poética que ella tanto amaba y que tú usas con el descaro y el conocimiento de los años, con la confianza de la experiencia, con la sabiduría de tus estudios y del tiempo que les has dedicado. Me muestras el arma y me disparas la primera bala, un poema directo a mi corazón, un poema que no sabes que me gustaba antes de que la poesía rompiera en mi vida estrellándose contra ella en un intento de aniquilación completo, en un intento de exterminio total.

Un poema que me gustaba porque ella me lo hizo leer y me lo mostró en su belleza tan absoluta y existencial, tal como has hecho tú.

Sigo sin encontrar las palabras con las que contarte, tal vez nunca las encuentre o no quiera encontrarlas. Tal vez me quede callado como esta tarde hasta que pueda aceptar el hecho de que tu intervención en mi vida es mucho más antigua e importante de lo que yo creía, crucial.

No quiero romperte con mis silencios ni crearte en mis palabras, no quiero destrozarte con mi sigilo ni recomponerte con mi voz, quiero esperar a que seas tú misma quien se cree, quien aprenda a componer su vida y a saber qué quiere en ella y qué no quiere, y entonces, si yo estoy, solo entonces, tal vez tendré las palabras exactas para explicarte la verdad.

Es de noche y la luz de tu faro está apagada, por primera vez en mi vida he puesto el programa en el que tú trabajas y al que ella escribió, para escuchar los poemas que has elegido, para que de esa forma devuelvas a mi existencia parte de la poesía que ella le quitó en un egoísta gesto de apropiación indebida de la belleza ajena y universal.

Ella y tú sois poemas, vivís de poemas, amáis los poemas y eso os acerca tanto como la foto que guardo de vosotras cuando de niñas coincidisteis en la playa sin conoceros, empeñándose el destino en juntaros de alguna forma, la que sea, de cualquier forma en la que todo lo que os une también sea lo que os separa.

Hay un hilo de miedo en esas coincidencias, un poso de temor, una veta de alarma, yo, que te dije hace unos días que no creía en las casualidades, yo, que racionalizo lo ocurrido para

intentar buscar la lógica y encontrar un razonamiento apropiado para todo, siento que hay algo que está escapando a mi capacidad de entendimiento, a la sensatez con la que casi siempre he obrado y pensado, como si vuestra lejana cercanía fuera un augurio que no alcanzo a ver, un presagio de algo que todavía pertenece al futuro y no está en el horizonte cercano de nuestros días.

Son lentas las horas que se deslizan en la noche, íntimas, solitarias sin la luz de tu habitación que es como un faro que me sostiene muchas veces.

Busco palabras en los versos que leen, te busco a ti en ellos porque tú los has elegido, busco la explicación de por qué esta noche me has abandonado y no veo tu lejano reflejo que tanta compañía me da. Busco en los libros que fueron de ella, aquellos que sé que no puedes leer en antena y que tal vez no has leído nunca, libros nuevos de autoras nuevas, poemas irreverentes, femeninos, reivindicativos, políticamente incorrectos que rompen con el romanticismo del que hacéis gala en el programa y que no sé si es porque sois tan soñadoras o por exigencias de un público no soñador que quiere oír solo poesía amorosa en su versión más romántica y bella.

Tengo horas por delante para apilar libros que le pertenecieron a ella, para entregarte un mundo de poesía muy distinto del que tú buscas para tus oyentes. Te imagino leyendo, como alguna vez me has dicho, cualquier cosa que caiga en tus manos, pero no puedo imaginarte leyendo lo que te voy a entregar, aquella otra cara de la moneda que no mostráis en antena, que no leéis en voz alta, los libros que ella me escondía y que solo leí cuando murió.

Hay en este gesto no solo el desprendimiento total de aquello que fue suyo y que tú me ayudaste a lanzar al olvido, sino la entrega de una parte de ti que pareces desconocer todavía y de la que puedes apropiarte de una vez y para siempre.

Se me ocurre de repente que tú misma, la que comenzó todo esto sin saberlo, has venido para completar el círculo que lleva años abierto, no para cerrar mis heridas o curar las tuyas, sino para darle cumplimiento a un designio, para hacer realidad una determinación que el destino nos ha estado ocultando a ambos y que aún no sabemos cuál es o cual puede ser.

Estás aquí por algo, quiero pensar que estás aquí por mí.

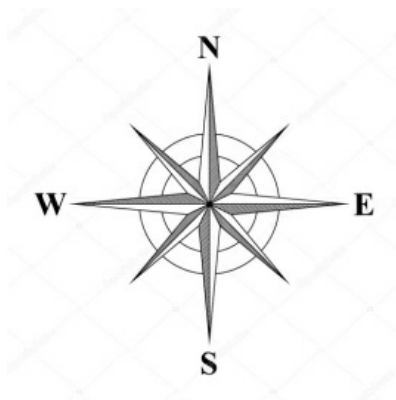
Para darme lo que me quitaste, para ocupar tú la vacante que ella dejó, no su lugar, sino el tuyo propio, como si desde lejos me hubieras elegido y con tu inconsciente acto, puramente laboral, hubieras allanado el camino que te iba a conducir hasta mí, estás aquí por una determinación oculta que ni tú ni yo podemos adivinar y que intuimos, alejados de las casualidades y de los hechos fortuitos que hemos vivido hasta ahora y en los que yo nunca he creído aunque últimamente parece que la vida quiera convencerme de lo contrario.

He visto en tu mirada un dolor que nunca ha visto nadie, he sentido la sensación de abandono y desengaño que intentabas ocultarme y que yo te he provocado con una sola frase, como si hubiera traicionado tu confianza al mostrarme una parte de ti que yo desconocía y que no he sabido o no he podido apreciar porque el recuerdo de Lucía me lo ha impedido, pero no quiero ser esa persona que te desilusiona o la que no te valora, sé que cuando te cuente lo entenderás, sé que mañana, cuando al entregarte los libros que le pertenecieron a ella intente buscar calladamente el perdón por la deserción de esta tarde, tú estarás ahí sonriéndome aunque no acabes de entender nada, dándome siempre la opción a explicarme o a callarme, aceptando mis secretos como una parte más de mí, acogiendo el dolor que aún tengo, el derecho y el privilegio a sentir creyendo equivocadamente que es por ella cuando en realidad es por ti.

Sé que mañana me darás otra oportunidad cuando vaya a buscarte y ya estés preparada para salir a desayunar y pasear por la playa, como si me estuvieras esperando, con la chaqueta puesta, el pañuelo graciosamente anudado alrededor de tu cuello y esa sonrisa que te viste más

que cualquier otra prenda, esa sonrisa que ha tardado tres meses en ser para mí, una sonrisa que será el reflejo de la mía que también ha demorado mucho tiempo en salir a la luz, no meses, sino años, un largo tiempo en que tú no estabas y sin embargo ya formabas parte de mi historia desde el anonimato y la lejanía.

Cuando mañana vaya a buscarte no me preguntarás nada, casi habrás olvidado la sensación de desengaño que te produjeron mis palabras aunque sé que te seguirá doliendo en algún lugar impreciso, caminarás a mi lado charlando como siempre de mil cosas, apurarás tu café y tu cigarrillo, y luego, en el paseo de vuelta, cuando casi no soporto el hecho de que no voy a verte hasta el día siguiente, me invitarás a tomar café por la tarde o después de cenar, o buscarás cualquier excusa que haga que nos veamos, y si no la buscas tú seré yo quien encuentre el modo de volver a vernos durante un rato, jugando al gato y al ratón, jugando con nosotros que no decimos nada de lo que en verdad nos está pasando como si el miedo atenazara nuestras ganas de vivir, como si el recuerdo del pasado nos impidiera valorar y vivir el presente, como si aún hubiera dudas de lo que estamos sintiendo. Cuando mañana vaya a buscarte, por favor, solo sonríe, mírame y sonríe, y daré por bueno cada momento de dolor del pasado si a cambio tú me ofreces el presente de tu sonrisa y la ilusión de un futuro, solo sonríe y devuélveme la esperanza de ser feliz, la confianza del mañana, la certeza de que cada día me levante solo con tu sonrisa y sea suficiente motivo para seguir. Solo sonríe y yo sabré que todo está bien y en el lugar adecuado, ella ya lejos de mi alcance y tú tan cerca que casi puedo alcanzarte.



Los preparativos de las Navidades son siempre un fastidio para ella, que se ha alejado de todo y ha buscado la soledad más absoluta en la que solo acepta a sus dos vecinos y a la panadera que le pone el cortado cada mañana como las personas más cercanas que quiere tener al lado, como si solo tres personas fueran suficiente para sentirse en compañía.

Pero es que ella no se siente sola, no se ve solitaria desde esa buhardilla llena de palabras y de personas anónimas o lejanas, desde el móvil con el que llama a su madre y a su hermana para planear las fiestas, desde el e-mail con el que se comunica con Mara o con los oyentes que no dejan de enviarle correos cada vez más tristes ante la inmediatez de las fiestas, palabras escritas de poemas inéditos de personas aficionadas a la lectura, palabras de soledad verdadera, SOS, botellas al mar, llamadas de auxilio.

A veces preferiría no tener tantas palabras alrededor suyo porque esas mismas palabras son las que le impiden escribir; tanta monserga, tanta prosa profana, tanto parloteo, tantas ideas, tanta locuacidad y verbosidad.

Siente que debe tomar distancia pero no lo consigue, no hay forma de distanciarse de tanta palabrería y lograr encontrar ella las palabras exactas que necesita y que siente como una falta de oxígeno, como si se ahogara cada vez que se sienta delante de los folios de Word para no escribir absolutamente nada.

Duda de su futuro como escritora y se asienta, como si no tuviera más remedio, en el presente lleno de palabras ajenas que le condicionan a no hacer nada, a seguir por las mismas sendas del pasado más lejano, a continuar con una excelsa labor de quince años que no sirve para sus propósitos, que la limita y la hace sentir repetitiva, monótona, excluida de la realidad, completamente yerma de palabras propias.

Marcel se ha ofrecido a acompañarla a la ciudad para ir de compras, yo también necesito caer en el marketing navideño, le ha dicho, comprar regalos, adornos y gambas y cigalas y cordero y todas esas cosas que se hacen en Navidad.

Casi ha repetido las mismas palabras de la vez anterior.

La perspectiva de un día de asueto, del regalo de un día libre tan pleno como el que compartieron tiempo atrás la hace revivir sin llegar a quitarle el fastidio de tener que pasar por el aro consumista y familiar de las fiestas ya demasiado cercanas.

—No voy a poner adornos —le ha confesado—, no quiero poner un árbol ni un belén ni colgar espumillón de colores en el quicio de la puerta, no quiero que sea Navidad.

Pero lo es, y tendrá que poner algún tipo de adorno o de algo por sus sobrinos que vienen a pasar la Nochebuena en su casa porque es más grande para caber bien todos, y más cómodo para

su hermana desplazarse hasta ahí que quedarse encerrada en casa con los dos críos aburridos, pesados e inquietos, preparando ella sola toda la cena durante todo el día.

—Te lo estás tomando muy mal —le dice Marcel—, intenta sacar la parte positiva de esto, intenta afianzar lazos en lugar de desprenderlos, imagínate a los niños corriendo libres por el jardín y tu hermana y tú compartiendo confidencias en la cocina frente a una taza de café con leche, charlando como buenas amigas, imagínate la chimenea encendida alumbrando el árbol de Navidad lleno de bolas de colores, el frío de diciembre, el olor de la cena y el de la madera ardiendo, recuerda lo importantes que eran para ti las Navidades cuando eras niña e intenta traer de nuevo lo mejor del pasado para poder entregarlo a los tuyos, el sabor del turrón y de las tardes en que no ibas al colegio, piensa en tus sobrinos y en que las Navidades de la infancia siempre son mejores que las que vienen luego, cuando nos hacemos mayores y ya nada es igual, intenta vivirlas como si fueran las últimas, como si no tuviera que haber más Navidades que estas, tan nuevas en esta casa y tan viejas como todas.

—Tú has visto demasiadas películas —le dice riendo.

—Piensa en positivo —contesta él intentando alcanzarla en su risa.

Pero no puede ser como él le dice porque simplemente no es tan positiva. El solo hecho de pensar que su madre va a estar tres días en su casa viviendo con ella ya la tira para atrás.

No es solo la cena y las pocas ganas de fiestas que ella puede tener o no, tampoco es esa especie de sentimiento de fraude que tienen muchos adultos al comprobar que las Navidades ya no son lo que eran, la falta de ilusión y la sensación de robo que les produce constatar que las fechas más felices de la infancia son las más tristes a medida que se crece y se dejan atrás los años de la inocencia y de la esperanza, no es solo recordar a la gente que ya no está y que no va a volver nunca, sino tener que hacer como si nada de todo eso ocurriera y aguantar el chaparrón, sonreír sin ganas, hablar sin decir mucho o nada, beber en la justa medida para no romper la armonía aunque por dentro quieras beber hasta caer redonda sobre la cama para hacer más corta la noche y que pase aún más rápida, no es solo la falta de ánimo, sino la desilusión y el pesimismo que la atenazan cada Navidad lo que teme, las ganas de llorar desde el mismo día que empieza el sorteo de la lotería, la nostalgia de épocas pasadas, la usurpación y manipulación de los sentimientos nobles que esos días afloran.

Es la decepción del presente y la visión oscura del porvenir, su madre decayendo cada día un poco más, sin un asomo ya casi de la mujer que una vez fue y que era quien construía las Navidades de antaño como si nunca le afectara nada de todo lo que sí le perturba a ella. Es ver su vida vacía, es no ver cumplidos sus propósitos, es no ver el futuro más allá de esta edad, sin tener la capacidad de imaginarse en días venideros y tener la sensación de que no ha hecho nada importante en la vida, nada absolutamente.

Siente que cada año hace una especie de recopilación dolorosa, un compendio de vacíos y desengaños, una aglomeración mental de vaguedades imprecisas y de metas no alcanzadas, de propósitos sin realizar, una selección de ausencias. Le horroriza ver que cada 31 de diciembre está en el mismo lugar sin que nada en la vida haya cambiado. Tal vez el resto de año ni lo piensa, pero en esos días previos o siguientes a las fiestas sin querer compila las carencias, extrae conclusiones, resume las vivencias y colecciona las fotos que no le ha hecho a un año más que se va y en el que está en el mismo sitio de siempre, con los mismos sueños sin cumplir, sin nadie que la eche de menos, sin visiones ni esperanzas de que la vida, de repente, de un año para otro, vaya a cambiar a mejor.

Marcel la miraba desde el sofá mientras ella desgranaba uno por uno los motivos que tenía para odiar las Navidades, para no celebrarlas siquiera si pudiera hacer su santa voluntad, algo

que no podía darse el lujo de hacer.

—Pues haz que sean diferentes —se atreve a decirle mientras disimula la tristeza que sus palabras provocan en él.

—Ayúdame tú a que lo sean, no me dejes sola con ellos, quédate conmigo.

—Pero yo no soy tu familia, no soy nada de ti, solo soy un vecino, Lara, y los vecinos no pasan juntos la Nochebuena ni la Navidad, no se meten a la fuerza en la vida de otras personas. Los vecinos son los que se van a su casa a la hora de cenar, no puedo estar contigo en medio de tu familia, además, no quiero ser usado como barricada, no de esa forma.

Pero sus palabras, que solo intentaban hacer que ella saliera del escondite navideño que se estaba forjando a modo de madriguera en la que ocultarse, chocaban con los pensamientos más íntimos que alguna vez había tenido. Úsame, había pensado, úsame como escudo protector.

Le apartó un mechón de pelo de la cara y se asomó al balcón triste de sus ojos.

—Está bien, estaré contigo si es lo que quieres, pero tu familia va a pensar lo que no es, te aviso.

—Que piensen lo que quieran, no importa.

Lo importante es que no va a dejarla caer, no va a dejarla sola en su soledad, no va a dejarla abandonada al llegar la noche como sí hace ahora cuando se marcha a la hora de hacer la cena y no vuelve hasta el día siguiente.

Piensan en Navidades anteriores, en fechas lejanas no solo de la niñez, sino de hace pocos años, cuando las personas de las que se han escondido entre la mar y la montaña de ese pueblecito aún estaban en sus vidas. Borracheras intempestivas, fiestas a las que no quisieron ir y a las que fueron casi obligados a asistir, regalos que nunca hicieron de la forma esperada, noches que no terminaron tal como ellos habrían querido.

Bran entraba en casa la misma tarde de Nochebuena con el humor torcido por la inmediatez de la celebración con la familia política y salpicaba de rencor y de brusquedad los gestos con los que ella intentaba agradecerle la deferencia, el honor que les hacía sentándose en su mesa.

Notaba cómo se aburría de las conversaciones, cómo contestaba con monosílabos, cómo la presencia de los niños parecía exasperarle, le incomodaba la burla silenciosa que hacía de las tradiciones, esas que cada familia posee en la intimidad de una cena tradicional, le dolía la forma en que condenaba con una sola mirada a su madre o le criticaba cualquier plato a su hermana, le desagradaba la mirada de cinismo que ponía frente a cualquier villancico o cualquier gesto navideño que tal vez su hermana y su cuñado hacían más por los niños y porque tuvieran una Nochebuena normal que por ganas de cantar la marimorena, se achispaba con el vino y terminaba de achisparse con el cava hasta que ella huía antes de que la cosa llegara a mayores, antes de que su humor, cargante desde días antes explosionara frente a su familia y la hiciera quedar en ridículo o, lo que era peor, teniendo que tomar partido por uno u otros.

Lucía se perdía en celebraciones completamente ajenas a la Navidad, como si el espíritu navideño fuera para ella un gigantesco centro comercial de rebajas, estrenaba ropa, zapatos, trajes de noche, preparaba menús y compraba regalos como si el mundo se tuviera que terminar al día siguiente.

La Nochevieja en un hotel de lujo, los días de Reyes esquiando, vacaciones pagadas por sus jefes en la cadena hotelera donde trabajaba, tarjetas de saunas y spas, planes trazados con meses de antelación, reservas, cavas artesanales y mariscos cocinados por él con más lujo y pompa que en el restaurante, preparativos que nunca terminaban, que parecían estar siempre a punto de desbaratarse y que la hundían en la ira o en el llanto como si ello fuera una gran tragedia griega.

No había nada de espiritual en una mujer que parecía tener tanta sensibilidad como para leer

poemas y escribir soledades, eran dos mitades que nunca logró hacer que casaran, la Lucía espiritual y romántica con la Lucía pragmática y sofisticada que a veces era. Hay muchas mujeres en mí, le decía como subrayando el misterio, levantando la vista de un libro o de una lista de invitados que tardaba más tiempo en confeccionar que en terminar la lectura.

Navidades que nunca se iban a repetir, que ya no iban a volver y que no eran recordadas precisamente por lo buenas que habían sido, sino por el poco o ningún significado que habían tenido para ellos, por la pérdida de tiempo y esfuerzo que había entrañado tener que vivirlas.

Pero ninguna Navidad pasada iba a repetirse, ni las buenas de la niñez ni las malas de la edad adulta, tampoco las frívolas de la juventud, era como si empezaran de cero, de una forma nueva que nunca habían conocido y que les resultaba insólita e inesperada, a medio camino entre lo tradicional y lo raro, dos familias no demasiado extensas juntándose casi sin conocerse, ellos dos tan nuevos en la vida de Lara, tan inédito él en concreto para su madre y su hermana que no llegaron a conocerlo aquel día de paella en el que sí conocieron a su padre, el vecino amable que les mostró su jardín e hizo de guía turístico por las lenguas de río que desembocaban cerca de casa, por el paisaje natural en el que paseó con las piernas más fuertes que en los últimos días y cogiendo del bracito a su madre como si fueran viejos conocidos y no unos desconocidos algo viejos.

Serían días extraños tal vez y situaciones más extrañas aún, verse interactuar con otras gentes con las que se comparten lazos familiares, verse uno a otro frente a personas ajenas a lo que han vivido ellos en los últimos meses, salir del mundo dual en el que viven y que solo es interrumpido o invadido por dos personas más, Salvador y la camarera, extender a ámbitos exteriores esos sentimientos que aún pueden ser confundidos con amistad por ojos poco expertos que seguramente no serán los de su hermana, afianzar el lazo que los ha ido uniendo tan poco a poco que todavía tienen miedo a que se rompa si alguno de los dos da un tirón un poco más fuerte, tan flexible y tan férreo, tan frágil y tan sólido, que puede torcerse o romperse o afianzarse con suma facilidad.

Piensan, sentados frente al café de costumbre, que tan fácil como ha sido conocerse podría haber sido no hacerlo nunca y que algo tan íntimo como los días que se avecinan no pueden ser compartidos con alguien que en realidad no deja de ser extraño, que aún era extraño tan solo un tiempo atrás, dudan por un instante del acierto de la invitación y de la poca prudencia con la que ha sido aceptada, dudan de los pocos vínculos que por el momento les unen y de la fortaleza de estos ante situaciones tan íntimamente familiares, guardan un silencio que poco tiene que ver con el cúmulo de pensamientos que los recelan por dentro y disimulan tomando un sorbo de la taza o encendiendo un cigarrillo, sin mirarse, sin decirse nada, intentando que las incertidumbres no se vean reflejadas en sus expresiones.

Llegaba agotado de las cenas del restaurante, de las comidas de hermandad navideña entre empresarios, clubes de fútbol plagados de estrellas, políticos que han resultado ser corruptos, y ella estaba esperándole con la radio puesta, arropada en la cama con un libro en la mano y poemas en la cabeza que apartaba momentáneamente para recibirle con un desdén y una indiferencia que tenía muy poco que ver con el hecho de que lo esperara, como si quisiera más torturarlo que darle una bienvenida, como si esperarlo despierta fuera casi una obligación en lugar de algo voluntario, había una especie de inmolación en aquella cama, una especie de homenaje al matrimonio compartido que no terminaba de ser ni real ni necesaria, una consideración eludible que ella convertía en forzosa con una sola frase y un solo acto, cada día llegas más tarde, le decía antes de darse la vuelta sin mirarlo, impugnando de un plumazo el detalle de esperarle, convirtiéndose en estatua de sal en el mismo instante en que él entraba por la

puerta y la miraba, apagando la radio, cerrando el libro, arreglando las almohadas para darse la vuelta y ya no mirarlo más tras la frasecita de rigor en la que le echaba por cara cualquier cosa, su tardanza, su olor a cocina, su cansancio, la soledad de la noche, el trabajo pesado durante el día, la igualdad de las jornadas, la distancia que se alargaba entre ellos, la expulsión de su mundo exclusivo entre fogones fastuosos, cualquier cosa siempre sintetizada en una sola y terminante frase que cada noche era distinta y que le permitía girarse a dormir tras decirla, justo en el instante en que él salía de la habitación para darse una ducha antes de poder acostarse sin olor a pescados o mariscos o fogones, aromas que él sabía inexistentes y que solo ella notaba.

Joder, no trabajo en un chiringuito de playa precisamente, le decía a veces.

Y al día siguiente volvían a empezar, ella levantándose mucho antes que él porque su trabajo era diurno, viéndose lo justo durante la hora de los almuerzos y antes de que ella volviera a casa por la tarde, unas pocas horas de paz antes de comenzar los compromisos culinarios de las cenas, la supervisión de celebraciones, unos instantes antes de salir al mercado a comparar los alimentos frescos, de recibir a los comerciales, de decidir los centros florales con muérdago y velas doradas, de hacer sitio a los productos de los proveedores que llegaban de golpe y en doble cantidad, antes de comer con cualquier bodeguero o de confeccionar los menús especiales para esas fechas, ella yéndose cada vez un poco más lejos de él sin molestarle en acercarse primero, él dejando que se vaya porque se siente cada vez más cómodo en esa distancia, más libre, más inmune a la soledad que cuando esta llega con su presencia.

Qué estarías haciendo las Navidades de hace tres años, se pregunta mirando a Lara que todavía guarda silencio.

Él estaba hablando ya de divorcio, de amantes, de sexo libre, de amor libre, buscaba el ánimo suficiente como para no hacer demasiado patente la distancia entre ellos dos delante de la familia, sacaba fuerzas de flaqueza para afrontar algo que comenzaba a ser insoportable, intentaba que no le doliera ese trágico final y al mismo tiempo sentía que le dolía menos de lo esperado, no le importaba ya que ella estuviera con otro, lo tenía tan asumido y había pasado tanto tiempo desde que decidieron vivir en libertad cada uno a lo suyo que aquello no era más que un paso lógico que no se decidían a tomar porque parecía contradecir lo que habían estado haciendo los últimos tiempos, el divorcio se daba de frente con la vida libertaria, con las relaciones libres y modernas que se habían pregonado el uno al otro casi con la obligación de creerse mutuamente.

Tardaron meses en aceptarlo, no fue hasta verano, aquella noche que los sorprendió en la cama cuando volvía él de otra, que no pudo esperar más.

Todo un invierno, las Navidades últimas entre ellos que ya contenían el sabor de la despedida se convirtieron en las últimas Navidades de ella, en las definitivas. Esa Navidad se sentó a la mesa con tres futuros cadáveres y su padre, mirando cómo el ambiente se cargaba de funestos presagios, cómo se oscurecía el futuro muy tenuemente, casi de forma que podía pasar desapercibida y que en ese instante él confundió con la proximidad de su ruptura, su suegra brindó para que él y su marido no se quedaran viudos ante la jactancia generalizada de la ocurrencia que incluía a su padre, al parecer el único viudo sentado a la mesa, otro secreto inconfesable que tenía que guardar.

Todo un invierno confundiendo las señales, todas las dichas Navidades creyendo que lo que estaba por venir no era lo que luego llegó, haciendo caso omiso a los malos designios que flotaban por encima de las velas y del centro de mesa navideño, confundiéndolo con un simple malestar de su alma, con un exceso de testosterona en su cerebro que necesitaba ser expulsada de cualquier forma excepto con ella, asombrándose con la facilidad que mentía, con la suma

facilidad en que fingía no saber que esa era la última Nochebuena en familia, la última Navidad compartida.

Se podía dar el lujo de mirar a sus suegros con cierta conmiseración despidiéndose ya de ellos y del cariño con el que siempre lo habían tratado, de la familiaridad y confianza que había existido desde siempre entre ellos tres y tal vez eso era lo que más le dolía, saber que iban a dejar de ser familia, saber que tendrían que tomar parte y sería por su hija lo que haría que los perdiera inmediatamente rompiendo así el vínculo. Era una pena pero también le parecía necesario. Tan solo una educada y cordial distancia los seguiría uniendo cuando todo terminara tarde o temprano, el mismo día en que tuvieran que dar esas explicaciones, dar la noticia de su divorcio, y el ambiente le decía que más temprano que tarde.

Ocho meses después ya no tuvo que dar ninguna explicación a nadie.

Y desde entonces había pasado a no celebrar apenas nada, su padre y él, los dos solos sentados en una mesa llena de fantasmas del pasado, notando cómo se espesaba el ambiente en la vieja casa que hubiera sido un hotel rural y un restaurante de lujo de no ser por el accidente o que tal vez y de todas formas no hubiera sido nada tras el divorcio, al haber abandonado los planes comunes de futuro.

Años en los que no había vuelto a hacer ninguna cena, ni a tocar ningún fogón en el restaurante, años de soledad y abandono de sí mismo que concluían con esa llamada de socorro que Lara le había lanzado y a la que él había acudido sin saber si era correcto o no, sin pensar en nada más que en auxiliarla y dejarse usar como protección a unas fechas que a ella parecían producirle un terror exagerado y sin fundamento.

—¿Quién les vas a decir que soy? Tu vecino, tu amigo, tu qué.

—¿Qué quieres ser?

Quería serlo todo pero tal vez eso era mucho pedir, quería ser su amante, quería ser mucho más que eso, algo que tal vez no tenía ni un nombre para ser designado.

—Tu bibliotecario —le dijo sonriendo, señalando los nuevos libros que le había llevado y que estaban apilados en la mesita al lado de la chaise longue.

Lara intenta huir de la mentira de esa frase, de la intensidad que sus ojos muestran y de la que él parece haberse dado cuenta porque la mira de nuevo ya sin sonreírle, con un deje no de tristeza, sino de expectación defraudada.

Podría acercarse hasta él y tocarlo como lleva días queriendo hacer, tocar su cara, volver a abrazarle como aquel día en la playa, decirle que no se vaya esa noche, que se quede con ella, que la soledad que ha buscado ya no le basta y las palabras que quería encontrar en ella se han escapado para siempre, han huido de su mente en la que él ocupa un espacio demasiado importante para seguir silenciándolo, como si solo con su presencia pudiera ahuyentar los silencios y darle aquella inspiración necesaria para ver cumplidos sus sueños.

Toma un libro al azar que le permita huir de sus pensamientos y lo abre por una página cualquiera. Marcel se inclina a leer por encima de su hombro, un gesto que siempre ha odiado y que no comprende por qué le gusta que él lo haga.

Qué excelso regalo me haces, ya empiezo a soñar con deslizar mi lengua tibia a lo largo de tu espalda hasta llegar al nacimiento de tus caderas en donde se concentran tus mundos y escucharte gemir en desconsuelo, estirada en mí como una flor recién abierta, desprendida en mí como lluvia de pétalos, sigue mi lengua el rumbo de tu desquicio, presiono y sostengo para hacerte mía, mía, mía en la abundancia de tus carnes, en tu lengua libre, en tus piernas firmes, mía, mía, mía como jamás fuiste de nadie...

—Dios mío, esto no se puede leer en antena.

—Pero es también poesía, ¿verdad?

Mi lengua delinea los contornos nuevos, adivina los lugares intocados, venera tu vientre de trigo, tu boca abierta en pequeños gritos, tus ojos deseándome dentro casi con violencia...

Intentan leer en silencio uno al lado del otro las palabras que les están quemando las retinas y que intentan que no les afecten sin conseguirlo del todo, demasiado explícito, demasiado sensual, carnal y violento, demasiado deseo retenido durante demasiado tiempo como para lograr que ese poema, extraído de un libro que no les pertenece ni les ha pertenecido nunca, no les convierta en dos llamaradas de deseo puro y de liberación. Tanta palabra gastada, tanta amistad disfrazada, tanta cobardía y sentimientos ocultos con tantísimo esfuerzo, van a quedar reducidos en nada por culpa de un poema que ninguno de los dos está preparado para leer y que sin embargo no dejan de hacerlo.

Imposible cerrar el libro, imposible no notar más cercanas aún sus presencias una al lado del otro, inclinados por el mismo plano del papel y del ardor que refleja el texto, tan similar al que ellos sienten y disimulan. Las caras enrojecen de vergüenza y de excitación, es casi una transgresión leer algo así a dos manos y no en la soledad de sus habitaciones o despachos.

Tiene la impresión de haber caído en el fuego al intentar huir del humo, pero también tiene la sensación de querer quemarse, de querer escenificar palabra por palabra ese poema, de arder de una vez por todas en el aquelarre de lo desconocido, en la pira incendiaria que comienza a arder a sus pies, abrasarse entera en el deseo contenido desde hace tanto tiempo que pugna por devorarla sin que ella quiera o pueda evitarlo.

Nota la respiración de él pegada a su cuello, es audible el latir de su corazón, el temblor de las piernas mientras las palabras siguen deslizándose una tras otra cada vez más explícitas y más evocadoras, y cuanto más evocadoras son más cuenta se dan ambos de que jamás han sentido nada similar a lo que la poeta describe, jamás con nadie ha sido así, jamás el deseo que les ha llevado a alguna cama o a algún cuerpo ha sido similar a lo que están sintiendo o a lo que están leyendo, como no pudieran ni creerse que entre dos personas se pueda sentir esa sensualidad violenta, ese ardor que amenaza con quemarles, esa sensación de necesidad urgente, de hambre inmemorial, esa ansia que los devora en un silencio estruendoso en el que se sienten más cerca que nunca, más al borde de sí mismos, más a punto de perder el poco control que les pueda quedar en sus conciencias.

... Somos el mundo en su gemir de muertes, en su grito primigenio de muchas veces nacer, pero estoy en ti, dentro de ti, perdidamente mía, quien te nombra soy yo, este hombre que no sabe cómo invocarte por las cosas perdidas, este hombre de manos temblorosas con las que invade tu cuerpo y atenta contra ti misma y tu pequeña soledad de siempre, niña triste, mis manos que descubren tu hambre y descienden para saberte intacta y desnuda, te nombro con otro nombre que no es tu nombre y te penetro otra vez, sigo el consejo del poeta, invadirla hasta la muerte, y decirle que la amas mientras te deslizas por sus caderas porque nada sabrás hacer sino cerrar tu voz para beber, imposible no caer en ti como la lluvia, no asirme a ti como la hiedra...

La importancia de un segundo, la duda eterna resumida y condensada en una milésima de tiempo, en una palabra o en un solo gesto, una frase corta que puede cambiar toda una vida, la decisión que tanto se ha tardado en tomar se convierte en un palpito, los pensamientos y sentimientos que se han pretendido esconder saltan de repente a los ojos de quienes los intentábamos velar y descubrimos que nos miran de la misma forma, que nos son devueltos los sueños y las esperanzas, un gesto y todo está irremediablemente perdido o ganado.

Él, levantándose para irse ante la última estrofa del poema sin poder soportar más el simple

hecho de leer y desear el mismo tiempo, sin soportar que ella pueda quedarse impasible ante algo que a él lo está matando, ya casi siente el dolor de ver su indiferencia o su miedo, el sufrimiento ante el estoicismo que demuestra al poder ocultar el deseo que esas frases han dejado en ella, hace el ademán de marcharse y casi no le salen las palabras de despedida, perdido en un mar de sensaciones que van desde el deseo más fuerte hasta un odio infinito por ella, deseándola y odiándola al mismo tiempo, odiándose a sí mismo por desearla y por odiarla.

Un segundo y todo estará irremediablemente perdido hasta mañana en que volverá de nuevo a lo mismo y sin embargo ya no será igual porque esa noche, lo que pudo haber sido esa noche, flotará entre la bondad de la amistad y el rencor del amor no correspondido.

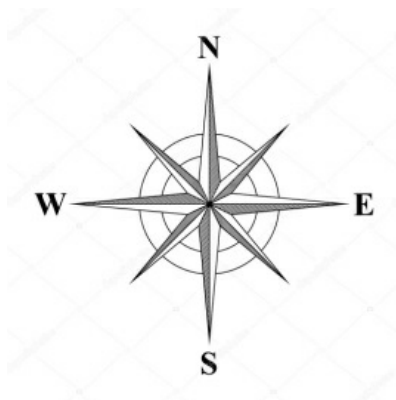
...Queda este sabor a ti en mi lengua, tu olor inconfundible de algas marinas, mi siempre hambre, mi pecho indómito y tu último grito, como el opio que vino a calmarte.

Quien te nombra soy yo que te sabe mía, habitada, yo que beso la muerte cuando se enreda en tu pelo, que con besos despierto tus párpados dormidos.

Un gesto, una palabra y ya todo estará decidido.

Le coge la mano antes de que se aleje definitivamente y lo retiene a su lado.

—Espera, no te vayas, quédate.



Hay en mí un miedo ancestral e íntimo, un miedo que roza lo irreal y lo inverosímil y que, sin embargo, contiene el germen mismo de la veracidad, de lo posible, de lo efectivo y concreto, un miedo que no logro alejar por completo, que continúa agazapado en mi interior aun cuando todo parece ir bien, aun cuando parece muy poco probable que los designios de infortunio tengan que cumplirse con la eficacia y crueldad, con la puntualidad exacta y minuciosa con la que siempre llegan.

Hay un espacio para el dolor casi tan grande como para la dicha, ocupando ambos un mismo lugar en mí sin apenas diferenciación. Lo que me duele es casi idéntico a lo que me produce gozo, cómo si ambas sensaciones partieran del mismo lugar, y cuando el goce es excesivo tiendo a esperar el dolor como consecuencia de una hipertrofia del hueco en el que habitan ambos, unidos como las dos caras de una misma moneda, de un mismo órgano, de una misma pieza.

Te miro dormir a mi lado entre las brumas del sueño y me pregunto cómo vas a dolerme tú, que tienes tanto o más miedo que yo, que sientes tanto o más dolor que yo, pero que tienes también más capacidad que yo para la dicha hasta el punto de no tener rencor ni aversión al sentimiento que te ha hecho caer estrepitosamente meses atrás y que eres capaz de recuperar para mí como si yo lo mereciera o lo necesitara.

Te miro en el silencio de la noche mientras todo está en calma, las luces apagadas, las cortinas echadas sobre las persianas que dejan entrar laminada la luz de la luna y de la farola de tu jardín.

No hay una luz amarillenta de despertador en tu cuarto ni números digitales, no hay nada que me indique cuánto rato he estado dormido junto a ti, abrazándote, recuperándome despacio para poder verte fuera de los sueños, para poder recordarte ahora que aún no me he ido, aceptando en mi conciencia de recién despierto que estás a mi lado, desnuda y pequeña, vestida tan solo con el nudo celta en tu cuello que se clava en medio del hueco de tus clavículas y con mi deseo, vestida tan solo de reposo y tregua, con tu tatuaje de la rosa de los vientos en un lado de tu cadera justo en el lugar donde se clavaban mis dedos al sujetarte debajo de mí, vestida tan solo con mi mirada que no se cree estar viéndote desnuda y abandonada a ella.

Amparada por ella.

Cómo vas a dolerme, cómo va a ser hundirme por ti ahora que ya sé cómo es hundirme en ti.

Qué mirada me amparará a mí el día que tú te vayas, con qué ojos miraré todo esto que estamos compartiendo y que nos ha unido cuando ya creíamos imposible que algo así sucediera, cómo va a ser el instante en que comiences a dolerme de verdad. Llevas doliéndome desde que te conocí en algún lugar donde el dolor se confunde con el deleite de sentir dolor, así que cómo

será el día en que ya no quede ni un gramo de placer o de dicha y solo me dejes la sensación de tormento y desconsuelo más absoluto e infinito, cómo será el día en que comience a sentir solo el dolor y no el voluptuoso sufrimiento que amarte me produce.

Repaso con un dedo el contorno suave de tu mandíbula y pareces sonreír, acerco mi rostro al tuyo para sentir tu respiración cerca de mi boca y esa cercanía ya es de por sí un pozo de dolor.

Te despertaría si me atreviera y volvería a comenzar el arduo trabajo de amarte sin medir las consecuencias en tu cuerpo o en el mío, tan célibes durante tantos meses, tan voluptuosos momentos atrás, tan castigados por el agotamiento y la novedad, por la responsabilidad que ha significado descifrarnos en los gestos, entender las palabras apenas dichas, adivinarnos los puntos erógenos de cada uno, reconocer las señales del placer laboriosa y delicadamente, concentrándonos en el conocimiento nuevo de nosotros mismos y olvidando que nuestros cuerpos son exactamente igual que otros cuerpos y que pueden movernos los mismos resortes o las mismas prácticas, como si la novedad fuera completamente nueva de verdad, diferente a cualquier cosa que hayamos podido hacer o decir antes.

Repaso tus cabellos sobre la almohada sin llegar a verlos del todo en la penumbra que nos aísla y nos protege del resto del mundo, pero puedo imaginarlos, tocarlos, olerlos, con ese aroma a montaña, vainilla y viento, que siempre se desprende de ti tras una ducha.

Puedo imaginarte de nuevo y repasar mentalmente cada una de las palabras que has dicho, los gestos que has hecho, las caricias que me has prodigado, puedo recordar tu risa tan conveniente y necesaria, tan aliviadora de mis nervios y mi miedo al decirme que poner una alfombra delante de la chimenea había sido la mejor idea de tu vida, el color a cera de tu piel que centelleaba con las llamas, tus gemidos confundiendo con el crepitar del fuego y tú y yo abrazados, desnudos, casi sin aliento, tan típico y hollywoodiense que nos dio la risa y subimos a la cama con un gesto de rectificación y disculpa que encerraba en secreto el anhelo guardado durante tanto tiempo, que verificaba las ganas de continuar, la satisfacción completa aún lejos de nosotros y con toda una noche por delante para lograrla, sin prisas, sin poder pararnos en un tal vez más conveniente y cortés principio, sin tener siquiera la peregrina idea de dejarlo en ese instante en que nos podríamos haber puesto a salvo de la pasión y convertir un acto único en un único acto.

No era suficiente.

Luego ya no reímos más, ya no nos dimos más tiempo para la risa ni para la conversación, ya no quisimos perder más tiempo en algo que era lo único que habíamos hecho tú y yo hasta entonces.

Sigue sin ser suficiente ahora.

Intento captar los detalles de algo que apenas me había atrevido a soñar pero que esperaba e imaginaba en lo más profundo, en ese lugar en que los secretos son inconfesables hasta para uno mismo, intento recordarte en cada segundo, en cada instante, apenas te he visto, apenas hay luz, apenas he podido retener lo suficiente las imágenes de ti que no quiero olvidar ni que se volatilicen con la llegada del día, quiero apresarlas porque no sé qué va a pasar cuando te despiertes y me veas, cuando decidas qué hacer con esta noche y conmigo, el dolor de verte tan cerca y al mismo tiempo tan lejos me acecha, la posibilidad de que volvamos a la lejanía de antes ya me está lacerando por dentro, lastimándome y dejándome vulnerable como muy pocas veces he sido.

Ese miedo mezclado con atrevimiento, la audacia de quien se sabe vencido y ya no tiene nada que perder me hace besarte, abandonar los mechones de tu pelo para bajar por tu piel.

De repente quiero despertarte pero mi intrepidez no llega a tanto, temo tu reacción, tal vez

me he acostumbrado a temer la reacción de las mujeres que me importan así como creo que soy incapaz de abandonar el lecho en que duerme mi amante, la que de verdad es amada por mí.

Una antigua sensación de que puedes desaparecer me invade poco a poco, como si estuvieras aquí por un sortilegio que puede esfumarse por arte de magia, un inmemorial miedo a que de repente no estés, a que te vayas, a que de improviso quieras que me aleje de ti y veas esto como un error me deja sumido en la miseria mientras te veo aún dormida, más deseable si cabe que la vez anterior en que te vi dormir, mucho más deseable ahora que ya conozco tu cuerpo y no intentas ocultármelo con nada, ni con la sábana ni con el edredón ni con una posición de reserva o distancia, te revuelves en mis brazos, suspiras y sigues durmiendo sin tener ni la más remota idea de todo lo que se ha obrado en mí con tu gesto, del remolino de sensaciones que has provocado o del deseo que has despertado.

Quiero despertarte para volver a empezar, para echar los restos, para quemar mis naves, para arriesgarme del todo, para ganar o perder, pero el miedo me atenaza y me conformo con abrazarte, con sentir el dolor intenso de la dulcísima tortura que es estar así contigo, en la incertidumbre de lo que nos hemos convertido, en la esperanza de lo que podemos llegar a ser.

Quiero despertarte porque tu cuerpo lánguidamente dormido, abandonado junto al mío en un ancestral gesto de renuncia soberana de ti, de entrega voluntaria, me enaltece y me encumbra, te dejas abrazar, te dejas besar, giras hacia mí tu cara como si en sueños fueras consciente de que estoy a tu lado y me sonríes, dices mi nombre y me elevas, me rindes, me das permiso para hacer lo que ya llevo tanto rato pensando, abres las piernas sin abrir aún los ojos, aceptas mi mano y mi boca en tus labios, suspiras, vuelves a nombrarme y siento como si solo tú en ese gesto me dieras un lugar en el mundo, como si solo existiera porque tú me has nombrado.

Qué miedo a que lo nombraras a él, qué miedo a tu arrepentimiento, qué miedo a tus recuerdos, qué horror pensar que todo se podía esfumar con las primeras luces y que ni siquiera pudiera conservar tu amistad después de haber cruzado esta línea de fuego, qué pánico a que me compares, a no estar a la altura de él, a que no quisieras volver a comenzar lo que dejamos aparcado hace unas horas o a que de repente se perdiera esa confianza de viejos amantes que hemos alcanzado en nuestra primera noche, a que te levantarás y no supieras cómo decirme que me fuera, a que a partir de mañana me esquivaras y me alejaras de ti, pero abres las piernas y me besas mientras te acaricio con un solo dedo, murmuras una frase extraña, “dame uno de tus dedos y levantaré el mundo” me dices, como si yo supiera o entendiera de dónde te ha venido la inspiración para decirme eso en un momento así, suspiras junto a mi boca y noto tus manos buscándome en la cálida oscuridad del edredón, encontrándome sin problemas, tan evidente yo, tan elemental y primitivo en mis impulsos.

Recuerdo el poema que hemos leído juntos muriéndonos de vergüenza y deseo, el poema culpable de que esto haya pasado, “invadirla hasta la muerte y decirle que la amas mientras te deslizas por sus caderas”, y te digo que te amo mientras me deslizo por tus caderas hasta acoplarme a ti, hasta invadirte por completo como si tu cuerpo fuera un reino que conquistar, un territorio del que tomo posesión clavando el mástil de mi bandera en su tierra con un quejido que sale de tu garganta tal como saldría de la profundidad y las entrañas del mundo, un quejido que tiene algo de seísmo y convulsión, algo de muerte, un estremecimiento que sale de tu boca y en el aire de la habitación se junta con el mío, un grito de conmoción provocado por la sacudida interior que intento disimular para no perder el control de mí mismo.

Me deslizo en ti muy suavemente y no es suficiente.

Hay algo de victoria y rendición en la forma en que me muevo sobre ti, como si hubiera vencido mis miedos y mis presagios de ruina, como si tú los hubieras hecho desaparecer con una

frase que no sé de dónde has sacado, con un gemido que me ha aceptado de nuevo, con el simple hecho de haberme nombrado y haberme besado mientras abrías las piernas para mí convirtiéndote toda tú en certeza y fe, como si despejaras todas mis dudas y mis incertidumbres con la realidad y la autenticidad del deseo que me muestras, con la lúbrica codicia de mí que revelas tan impunemente.

Hay algo de victoria y rendición pero eres tú quien gana, quien ha ganado, yo quien se rinde. Mis miedos siguen agazapados en mí, en lo más profundo, y ahora parecen calmados ante la furia, pero no he sido yo quien ha librado la batalla y los ha vencido, sino tú.

Aún no amanece siquiera y ya estamos despiertos del todo, completamente conscientes y desvelados para lo que pueda quedar de noche, recuperando con movimientos las poquísimas horas de quietud que hemos tenido esta noche.

Sigue sin ser suficiente ahora, cuando estoy aún dentro de ti, “imposible no caer en ti como la lluvia, no asirme a ti como la hiedra”, imposible no morir un poco entre tus brazos y tus piernas, imposible no observarte con un detenimiento que tiene algo de asombro, de vértigo, imposible no querer ver la respuesta que me das con un leve asomo de satisfacción íntima que en el fondo me recrimino mentalmente y que me sume en una vergüenza un tanto pueril, imposible que sea suficiente, sé a ciencia cierta que nunca voy a tener suficiente de ti, imposible que tanto amor quepa en una sola noche y en un solo cuerpo, imposible que pueda amarte de esta forma de la que nunca me creí capaz, imposible que esto esté sucediendo, imposible que tú aún tengas más para darme y más capacidad para recibirme, imposible pensar que hemos estado a un solo paso, a una sola decisión de que esto jamás hubiera ocurrido.

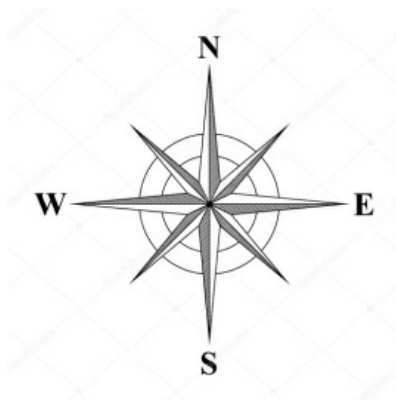
Mañana seguirá sin ser suficiente.

Mañana, hoy, dentro de unas escasas horas o tal vez minutos, cuando el sol nos sorprenda aún en esta cama, cuando no vayamos a tomar el café de costumbre, cuando mi padre se levante y vea que no he dormido en mi casa, sino en la tuya, cuando permanezcamos abrazados hasta que el sueño reparador renueve nuestras fuerzas y podamos vernos con claridad.

Déjame que siga durmiendo un instante más, no te levantes antes que yo ni prepares el desayuno ni te vayas de mi lado un segundo para hacer café o para ir al baño, quédate conmigo sin repetir los gestos que hiciste con él.

No me permitas tampoco que sea yo quien lo haga, quien me levante para agradecerte esta noche con un gesto de cortesía tan infame como un desayuno para dos y muestre una familiaridad impertinente de colonizador de territorios que toma posesión de lo que no es suyo, impídeme que repita los gestos que hice con ella, impídeme que caiga en los mismos errores del pasado, deja que me invente para ti en ese preciso instante, déjame aparecer nuevo ante tus ojos, renacido de entre tus manos, ungido de entre tus piernas.

Solo mírame y dime que no te arrepientes de nada, mírame y sonríe como has hecho hace tan solo un instante, di mi nombre y sabré que me aceptas en tu vida, sabré que todo mi miedo no era más que miedo a perderte.



Qué pereza más absoluta levantarse de la cama, salir del calor de aquel cuerpo y de aquel nido para afrontar el frío de la calle, aunque fueran unos pocos metros, y volver a casa a cualquier hora, la norma ciega y auto impuesta de no quedarse toda la noche a dormir para no tender lazos que estrangulen la confianza ni la primicia de los descubrimientos, qué pocas ganas de ponerse el pijama para acostarse solo en un lecho de sábanas frías cuando podría estar abrazado a ella, sintiendo su piel cálida, la somnolencia de los gestos aún bañados de sueño, la violencia de verse lanzado por su empecinada voluntad al exterior sin ganas reales de marcharse, logrando imponerse un dominio del que no se cree capaz porque si fuera por él no saldría de aquel cobijo de sus brazos ni del refugio de su pecho que le produce un sentimiento muy parecido al de un armisticio, al de una paz efímera que no sabía que pudiera existir tras las arduas batallas que libran cuerpo a cuerpo.

Qué pereza, qué indigencia de los sentidos, qué forma de perder los bellos momentos del amanecer viendo su cara para, simplemente, guardar las formas adecuadas y necesarias, como si a esas alturas de su vida fuera necesario pasar por filtros de urbanidad o cortesía y seguir actuando en base a normas establecidas, qué forma de privación de la belleza, qué forma de perder el tiempo, qué forma de infligirse un dolor que por otro lado parece necesario, el de saber que sigue existiendo a pesar de todo en un mundo aparte del de ella, aunque todo gire alrededor de los momentos en que puede estar con ella.

Pero hoy no va a irse, hoy va a quedarse con ella hasta el final, va a verla despertar tal como ocurrió la primera vez, va a quedarse en esa cama todo el tiempo que sea necesario para resarcirse de los días en que ha tenido que abandonarla o ni siquiera entrar.

Días de Navidad en que su madre estaba al acecho en la cama cercana, días en que lo aconsejable, desde un punto de vista de cortesía y buenos modales, era irse antes de lo que él hubiera preferido o quedarse en el sofá hablando abrazados, simplemente, y no tener el proyecto o la oportunidad de compartir esa cama ni durante los treinta minutos de rigor a todas luces insuficientes.

Habían sido las mejores Navidades en la vida de ambos.

Se lo habían dicho en una especie de secreto reconocimiento mutuo, la cena que él preparó, la gran comilona de aquellos días, el hecho de que él se llevara tan estupendamente con su familia de esa forma cortés y natural al mismo tiempo, el esfuerzo visible que los dos habían hecho para que todo saliera a pedir de boca.

Instalaron en la habitación vacía una cama de matrimonio para la abuela y cedieron las habitaciones cerradas de su casa para su hermana, su cuñado y Mara que se apuntó a la fiesta a

última hora solo para conocerle a él, con lo cual no fueron necesarios los desplazamientos en coche de un lado para otro, pudieron alargar la noche libres de críos y abuelos, charlar hasta las tantas los cinco frente a la chimenea y una buena copa de vino, despertarse y estar todos juntos de nuevo en una especie de convivencia feliz marcada por la significación de los días y la complicidad familiar que les dejaron un regusto a Navidades pasadas y futuras, casi como si hubieran sentado un precedente que podía repetirse cada año, seguros de que esa iba a ser tan solo la primera Navidad de muchas que podían compartir.

Lejos quedó el miedo que tenían a esos días, la frialdad con la que los habían recibido en el pasado y la indiferencia triste y resentida que ambos guardaban con cierto grado de disimulo. Se reconciliaron con las fiestas porque estaban juntos y podían celebrar no el hecho irrefutable y obligatorio de que fuera Navidad, sino el hecho de no sentirse solos.

Días intensos de preparativos, de compras, viviendo el día de asueto en la ciudad con la equívoca idea de estar en una película norteamericana de esas en que el espíritu navideño se confunde con el mercado de consumo y los adornos iluminados de las calles.

Ni siquiera recoger aquel puñado de cartas de la audiencia tuvo en ella la repercusión de antaño, todo parecía estar recubierto con el brillo de la novedad y del redescubrimiento. Puestos de loterías desde donde salía la música del sorteo y donde se agrupaba gente para seguir el curso de la suerte y procurarse ellos un trozo de esperanza, bolsas de regalos, de comida, Papás Noel en las esquinas, el sabor del chocolate caliente con churros en una heladería y de la mistela en un bar del Borne, olores, colores, sabores, un compendio de estímulos navideños que por una vez en mucho tiempo no intentaban ignorar.

Y sobre todo ellos dos, ungidos con una especie de luz especial desde tan solo unos días atrás que era visible desde cualquier punto, desde las miradas de sus compañeras de trabajo al verla de nuevo en la oficina, desde la callada comprensión de la camarera del pueblo que había visto el comienzo de todo y veía cumplido el designio mucho antes de que ellos lo creyeran posible, desde los ojos de Salvador que creía haber recuperado al hijo perdido, hallado de nuevo a la mañana siguiente delante de una taza de café tras pasar su primera noche fuera en tres años y con unos restos de felicidad en la cara que no podía ni quería ocultar, desde la mirada extraña de su madre y su hermana que adivinaron todo mucho antes de que se atrevieran a besarse al despedirse, con esa duda extrema de las primeras veces y esa vergüenza de proclamar sus sentimientos ante la familia que no era más que un resto pueril de su adolescencia cuando el tiempo de los noviazgos aún era un asunto familiar a controlar.

No es que en esos días se hubieran dejado llevar por el asedio consumista en el que nunca antes habían caído, sino que en medio de todo eso estaban ellos dos haciendo cosas que no habían hecho antes o que sí las habían hecho pero siempre de una forma completamente ajena a su voluntad, casi por obligación, sorprendiéndose en los detalles que descubrían el uno del otro con un leve amago de admiración y sorpresa, para ser un cocinero de élite tienes alma de hippie, le decía ella sonriendo ante una tienda de artículos de importación en la que parecía haber una competición de rastas tras el mostrador y el datáfono de las tarjetas de crédito que echaban humo, lleno de móviles tintineantes en el techo, cuadernos vegetales, pulseras y colgantes de piedras y símbolos, lápices y bolígrafos ecológicos de maderas exóticas, cuadros, pendientes, pantalones turcos y espejos adornados con runas élficas o estaño bruñido, artículos alternativos de regalos especiales.

Paseos sin prisa en el que las bolsas no pesaban como para ser molestas, charlas en algún café, datos de vidas pasadas que poco a poco van contándose, gestos nuevos a los que van dando forma y tomándolos como costumbre, un simple cogerse de la mano, un simple abrazo ante un

escaparate iluminado en el que pueden ver su reflejo y en el que terminan mirándose a los ojos sin ver nada de lo que se expone, la mirada hambrienta en la que está impreso un conocimiento carnal del otro cuerpo, el contagio de la risa que hasta ahora ha sido muy poco frecuente entre ellos, las pequeñas manías y rarezas de cada uno que aún sorprenden al otro, detalles del carácter, de los antojos o aficiones aún desconocidas, frases que no tienen importancia al decirlos y que para el otro es como descubrir un velo que destapa parte de un misterio, complicidades, miradas que se cruzan para verse cuando creen no ser vistos, un gesto vago e impreciso que resulta dolorosamente delicioso para quien lo observa, no sabía que podías distinguir entre cinco perfumes diferentes sin equivocarte de marca, no sabía que podías distinguir la seda natural de un pañuelo, no sabía que te gustaba el fútbol, no sabía que hablaras en catalán, no sabía que pudieras quererme, no sabía hasta ahora lo mucho que te quiero.

Y qué delicia volver a casa sabiendo que ella está a su lado, tan viva y dispuesta a estar con él, entregada de la forma que dicte la inspiración del momento o el ímpetu de un instante, tan a mano que solo tiene que andar unos metros para sentir que entra en una especie de paraíso cálido en el que ella parece esperarlo con la misma impaciencia, más deseable que en la distancia de días atrás cuando parecía imposible todo aquello que ya era real, cuando tan solo imaginaba con muy pocos detalles todo lo que ahora ocurría con una naturalidad pasmosa y que él podía observar con una claridad meridiana, su cuerpo abierto, sus ojos cerrados, imágenes imborrables en sus retinas cada vez que se marchaba de vuelta a su casa y con las que contaba para sobrevivir a las horas venideras y a los días en que tácitamente habían acordado no estar tan íntimamente juntos, no porque creyeran que no iban ni a tener media hora de soledad para estar cerca, sino porque prefirieron posponer cualquier tipo de intimidad que mancharla o enfangarla con la prisa de un polvo rápido en cualquier sitio de la casa.

No es que el banco de la cocina o la buhardilla o el jardín o incluso las piedras grandes del río a medianoche no tuvieran cierto efecto afrodisíaco en ellos, sino que preferían soportar estoicamente esos tres días para regodearse en el recuerdo y en la promesa, tres días de convivencia familiar y no carnal, al cabo de los cuales podían morirse uno en brazos del otro tan impunemente como les diera la gana, hasta consumirse, romperse, agonizar, gastarse, extenuarse, devorarse y vengarse de esa forma de cada segundo de separación.

Qué impaciencia, qué tormento mirarse desde lejos con las imágenes de sus poquísimas noches compartidas incrustadas fuertemente en sus cerebros anegados de deseo no cumplido y de hormonas recién nacidas, qué dulce tortura verla andar entre las sillas riendo ante las ocurrencias de sus sobrinos, echando hacia atrás la cabeza en un gesto de despreocupación tan cierto que parecía contradecirse con la persona que él había conocido tres meses antes, qué forma de guardar la compostura, con qué vehemencia se mantienen en un idílico y reciente noviazgo a los ojos de sus mayores mientras sus tres coetáneos distinguen las señales del calentamiento global de ambos y sonríen ante los síntomas evidentes del deseo que no pueden ocultarles, qué forma de consumirse en palabras silenciosas susurradas en la despedida o en el encuentro, Dios, como esto no se acabe pronto me voy a morir, así de simple, así de sincero y brutal, no te imaginas cuánto te quiero, le dice luego asustado de su propia sinceridad, un abrazo insuficiente, un beso demasiado corto, expectativas del encuentro futuro que han aplazado para no herir sensibilidades.

—Si lo llego a saber... si llego a saber que íbamos a estar juntos jamás le habría dicho a mi madre que se quedara tres días

Si llego a saber esto te habría besado mucho antes, si llego a imaginar que ibas a ser tan importante no habría perdido el tiempo en tener miedo, en soñar contigo sin querer creer en lo

que te ibas convirtiendo, hablándote en pensamientos e imaginándote, te habría convencido para que me dieras una oportunidad, pero tampoco me arrepiento, soy más amigo tuyo de lo que nunca fui de ninguna otra mujer, confío más en ti de lo que nunca confié en nadie.

Qué lentitud en las largas tardes noches de los tres días de fiesta, la larga sobremesa de la Navidad, la expectante y atareada de la cena de Nochebuena, ella ayudándole en su cocina con el delantal puesto y la nariz manchada de harina, riendo ante la forma en que él maneja los cuchillos, algo que le ha visto hacer a Arguiñano en la tele miles de veces pero que hecho por él adquiere un realismo casi mágico, enséñame cómo lo haces, y él colocándose detrás de ella, tomándola de las manos, diciéndole cómo ha de doblar las falanges de los dedos para no cortarse, ciñéndose a su cintura y dejando que su respiración atosigada y cálida resbale por el cuello donde está anudado el delantal, indicándole con voz ronca como mover el cuchillo sin levantarlo de la tabla de PVC, apretándose sin querer a ella, me estás matando, ciñéndose tanto como es posible a la masa redonda de sus nalgas que se ajustan levemente por debajo de su pelvis, tímidamente en su actitud, insolentemente cuando ya el roce hace evidente lo inevitable, menos mal que esto no es *Como agua para chocolate*, menos mal...

Qué lentos pasan esos tres días, qué lejos ha quedado ya la mañana de compras, la tarde en que llegaron los niños y pusieron el árbol, la sorpresa del columpio que Marcel colgó para ellos en la rama grande del cerezo sin flor, que lejos ya los besos de despedida que se dieron hace solo unas pocas horas en las sombras de la calle a donde ella salió a despedirle porque no soportaba más el no poder besarle con la boca abierta y anhelante, porque ella no soportaba más el no poder retener su sabor ni sentir la presión de sus brazos rodeándola y apretándola contra el muro de su cuerpo, que pena no poder sentirle fuerte contra ella en aquellos besos castos de despedida delante de su madre, qué deliciosa impudicia intentar hacerlos durar a pesar de ella, a pesar de los niños que se reían al verlos, a pesar de Salvador que esperaba que ella soltara a su hijo para volver a casa, qué lento el trámite de encontrarse esas tres mañanas cuando el paseo de ellos se había transformado en una procesión al lado de los dos abuelos cada día más lentos, tres días, solo tres días, contaban hacia atrás como si fuera imposible sobrevivir a ellos, solo dos, solo uno, mañana, esta noche.

Con qué lentitud podían llegar a quitarse la ropa, con qué parsimonia podían acariciarse tras tres días de celibato que les parecía un mundo sin darse cuenta de los meses anteriores que habían pasado sin amor, los años deslizándose uno tras otro, los meses con todos sus días y, lo que es peor, con todas sus noches, la percepción de una yerma conciencia del pasado en la que no podían adivinar cómo habían logrado sobrevivir a la árida castidad, cómo esta no les había molestado hasta ahora, *cómo es posible que haya estado tres años sin estar con nadie y no pueda estar tres días sin ti.*

Con qué naturalidad recuperaban los gestos olvidados y los convertían en nuevos, con qué espontaneidad se regalaban a sí mismos descubriéndose como regalos en las manos que los desnudaban como si desenvolvieran un delicado y frágil presente, con qué intensidad y confianza exponían sus cuerpos al escrutinio de los ojos y las manos y las bocas, al reconocimiento y examen voluptuoso de cada milímetro de piel, al recuento de sus lunares, al inventario del leve vello de su nuca, a la numeración de las cicatrices de la infancia, a la geometría almendrada de sus uñas, a la escalera de los dedos de sus pies, al repaso pormenorizado de sus pecas en el puente de la nariz, o al cálculo exacto del peso de sus genitales o de sus pechos, midiéndose y maravillándose de cada uno de los resultados como si eso fuera una fórmula magistral de pura física nuclear, números que no se decían en voz alta pero que eran calculados con la lentitud de dedos convertidos en balanzas y ábacos, cálculos convertidos en caricias, cálculos

transformados en ternura.

Figuras hechas con sus manos se reflejaban en la pared iluminadas por el resplandor rojizo de la chimenea, juegos de caricias y dedos, figuras chinescas que eran rotas de golpe por otra mano que no soportaba tener lejos de su cuerpo esa habilidad táctil. Luego, el paseo era corto hasta la habitación donde dormían abrazados hasta que llegaba la hora en que él se iba y ella, a veces, al notar su ausencia se levantaba para trabajar, para retomar la tarea de buscar poemas y leer las cartas que ahora y por primera vez en quince años se agolpaban sin respuesta en el silencio infame de no haber sido ni siquiera abiertos los sobres que las guardan.

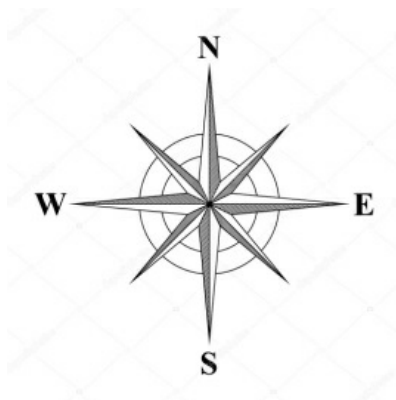
Pero eso no iba a ocurrir hoy, no a esa hora en que él estaba esperando el amanecer para verla despertar de su sueño con esa cara de dormilona que movía en él una ternura desconocida e inédita hasta ahora, ella, con el sueño tan ligero y tan difícil de conciliar tan solo unas semanas antes, con aquel insomnio ya olvidado en el cansancio plácido de sus brazos y en el calor de su cuerpo dentro de la cama, sin planear lo que va a decirle en cuanto abra los ojos y lo vea a él al lado, sin marcharse, esperando a que ella se introduzca lentamente en la realidad de un nuevo día y se descubra a sí misma casi como nueva, aún insólita y anónima para el alba y para él que la reconoce, la explora, la apresa con un apremio y un ansia de explorador contumaz, empeñado en descubrirla inédita hasta para él mismo a medida que va dejando atrás todo el lastre del pasado en cada amanecer, a medida que él se despoja también de cualquier rémora o carga, de cualquier idea preconcebida, de cualquier cosa que no sea la novedad de haberse ido creando él mismo mientras esperaba que ella lo mirara asombrada de no reconocerle, de no ver en él al hombre serio y huraño que vio la primera vez.

Qué pereza, qué pereza más absoluta e imposible el tener que marcharse justo ahora, abandonar aquel nido cálido, el refugio de su pecho en el que se resguarda y que tiene algo de tregua porque en un minuto se convertirá en avanzadilla de una nueva batalla, casi en el mismo instante en que abra los ojos y lo mire y le sonría y suspire silenciosa, y le diga buenos días, mi amor y le acaricie la cara antes de darle el primer beso y eso sea más que suficiente para volver a comenzar.

Abre los ojos. Lo mira y sonríe.

—Buenos días, mi amor.

Y todo vuelve a comenzar.



No había asistido a un entierro desde el de Lucía y eso que, por desgracia, había tenido más de una oportunidad. Familiares de su padre y un amigo, unos por edad y otro por accidente de moto, tres muertos en tres años.

Hay un tiempo en que los muertos siempre parecen ajenos o al menos a él se lo parecían.

Recuerda días de años pasados, tampoco demasiados, en que la gente que moría no pertenecía a su entorno, o eran completos desconocidos o padres de amigos con bastantes más años que el suyo, entierros a los se podía dar el lujo de a veces ni siquiera asistir y a los que su padre le buscaba hasta las excusas, no hace falta que vengas, diré que tienes trabajo.

No había nadie en aquellos lugares a quien él conociera realmente salvo a sus abuelos, y de pronto un día, un día como hoy mismo, llega a un entierro de algún vecino o de algún familiar lejano y se encuentra que en las filas de los últimos nichos, no los más recientes ni los más modernos, hay alguien a quien conoce, un compañero de clase del que nunca tuvo noticias después del BUP, un conocido, el hermano mayor de un amigo, los padres de los compañeros, ya no gente mayor ni desconocida, sino gente que tan solo tiene unos pocos años más o ni siquiera eso.

La muerte ha hecho estragos en su generación y solo ahora, cuando va del brazo de su padre por el camposanto del pueblo en el que nació, no en el que vive ni en de la gran ciudad donde todos son extraños, comienza a verlo.

Si “el Pecas” murió de leucemia y el futuro ingeniero de puentes y caminos se quedó a mitad del suyo por una mala enfermedad, si la gente de sus cuarenta y tantos años ya es presa de la parca, ¿por qué no pensar que él también puede serlo? Ya no de accidente como Lucía, sino de enfermedad, de degeneración del cuerpo, de decadencia, de enfermedades que parecen que nunca vayamos a tener y que están escritas en los genes con una señal inequívoca de cataclismo y conclusión.

Tal vez comenzamos a darnos cuenta de que no somos jóvenes el día en que vemos que no somos eternos ni inmortales, el día en que ya empiezas a tener conocidos en el cementerio aunque estos sean personas de más edad, antes nunca hubieras reparado en una persona veinte años mayor, ni siquiera sabes que existen.

Como su padre dice, comienzas a verle las orejas al lobo.

El cementerio de su pueblo natal no era hermoso ni tenía la intimidad del camposanto al que él estaba acostumbrado a ir regularmente, cada vez menos desde que habían modernizado el sistema de riego de las plantas en los túmulos funerarios donde descansaban generaciones de muertos desconocidos. Era un cementerio de pueblo cualquiera, sin el encanto de tener el mar a

la vista y sin el consuelo de las flores vivas, pero guardaba un algo luminoso, tal vez por la orientación del lugar o por las filas de nichos que no eran muy altas ni estaban muy cerca, con el pasillo suficiente como para instalar unos bancos donde sentarse y por donde pasaran bien la luz y el viento.

Los nichos más antiguos tenían azulejos pintados con el nombre de los deudos y ángeles regordetes sosteniendo cruces o bandas de colores, los más modernos eran lápidas de mármol casi siempre oscuras, salvo las de los gitanos que eran blancas, y en ellas solía haber cada vez menos motivos religiosos o bien motivos menos grandes y cargados, se había optado por la sencillez, un nombre completo dos fechas y una cruz tallada o la imagen de una virgen en un lado sin relieves o, curiosamente, el escudo de un club de fútbol. Flores de plástico brillando descaradas y olvidadas, llenas de polvo en una especie de jardinera o un búcaro pequeño. De lejos, un mosaico de colores oscuros y tonos apagados en el que intentaban, sin conseguirlo, que las flores artificiales los alegraran o adornaran tan solo un poco.

Hacía años que no veía a la mujer que enterraban, tantos que en su mente ella seguía teniendo aproximadamente treinta años, treinta y pocos, la edad imprecisa con la que la recordaba o con la que tal vez la vio la última vez. Habría habido sin duda más ocasiones, su boda por ejemplo, el entierro de Lucía, la boda de sus primos, pero en su mente ella seguiría teniendo siempre la edad indefinida en que alcanzó su máximo esplendor, ese punto de madurez exquisito, esos años de belleza serena y casi madura que antes tenían las mujeres a esa edad y que ahora parecía haberse retrasado diez años o más.

Los cuarenta de ahora son los treinta de antes, había oído decir en alguna ocasión y si tenía que juzgar ese estrechamiento de cifras basándose en las dos mujeres de su vida seguramente añadiría más años a esa horquilla infame con la que se pretendía dilatar el tiempo de la madurez.

—A veces me pregunto si habrá muerto —le dice su padre, recordando, nombrando lo innombrable, pero él no quiere oírle, no quiere pensar.

Le coge del brazo y salen del cementerio, al menos intentan salir de él, mirando lápidas, corriendo pasillos, entretenidos frente a una losa, "mira, aquí está este, ya decía yo que hacía mucho que no veía a este cabrón", y era en vano que le recordara que si no lo veía era porque ya no vivían allí, ya no eran vecinos de ese lugar, él, su padre, no sería enterrado en ese cementerio por el que pasean visitando difuntos olvidados como si visitaran amigos que parecen esperarlos sentados en una fiesta, en esas fiestas en donde antes se sentaban en sillas alrededor de la pista de baile como en una exposición, vigilada por un cura y varias matronas casamenteras, esas fiestas que tantísimas veces le ha contado y en las que conoció a su madre allá por vete a saber qué años, cualquiera de principios de los sesenta.

Su madre y su tía Mariló, la que ha muerto, con sus faldas de vuelo y sus calcetines blancos, sus coletas de colegialas y sus camisas estrechas con mangas de farol, con sus tacones cuadrados y sus cinturas estrechas impúberes y caderas anchas, tan españolas, tan con forma de guitarra pero mucho más inaccesibles.

¿Habrá muerto su madre?

Pero cómo va a saber él si ha muerto o no.

La que ha muerto es su hermana y ella era tan solo año y medio más joven. Puede que haya muerto, puede que no, quién logra saber algo así.

"Hace tres años que no me escribe, que no tengo carta de Argentina", le dijo por teléfono unos años atrás, cuando su padre aún intentaba no romper del todo con la poca familia que le iba quedando aunque esta le perteneciera a ella, cuando aún no estaban enfermos ni habían perdido la memoria desgajados por el Alzheimer o simplemente habían muerto. Poco a poco, en esos

años todos habían ido perdiéndose unos de otros y solo él, caminando lentamente, y el marido de Mariló, ya demasiado enfermo para darse cuenta de nada, sobrevivían ahora a su generación de familia y amistades cercanas.

El vía crucis exasperante de su padre era lento y doloroso, cuánta gente, cuántas caras, “esa de ahí era una mujer espléndida, ese de ahí un hijo de puta integral, esa fue novia mía unas pascuas pero luego apareció tu madre y mira... ese de ahí era compañero de la mili, y aquel otro el hijo del tabernero, no habré cogido yo borracheras con el vino que le sisaba a su padre”.

Caras y nombres y fechas y recuerdos que cada vez parecen hundirlo más, ya no queda nadie, ya soy de los pocos, ya soy el único de mi quinta, ya, ya, ya...

Vuelven a casa en silencio, la carretera es larga y pesada, la noche los va cercando por el retrovisor, pasan por el punto en que Lucía se mató y ambos hacen como si no se dieran cuenta, como si lo hubieran olvidado, lo deja cambiándose de ropa y camina hasta casa de Lara para verla porque necesita impregnarse de vida, necesita sentir que está vivo, que vive, que el día que muera sabrá que al menos estuvo vivo una vez y fue feliz.

—El día que me muera quéame, por favor, no dejes que me entierren ni me pongas flores en un mármol oscuro ni pegues mi foto en él para que me reconozcan los demás, quéame y échame al mar.

—No creo que pueda hacer eso, mi amor, está prohibido tirar basura en la playa.

—Mira que puedes ser cruel...

La risa sustituyendo al dolor y al miedo, la ironía, la barbaridad de una broma que tiene algo de cierto, no importa que le diga que es una broma de vendedor de seguros de decesos esgrimida ante la negativa de los clientes que suelen recurrir a esa misma razón para no firmar, que hagan lo que quieran, que me quemen y me echen al mar, como si me quieren dejar tirado en medio de la calle, qué más me da, si no me voy a enterar.

Pero él sabe que sí se va a enterar aunque no sepa de qué forma, que nadie deja a sus finados en cualquier sitio y sin enterrar, salvo quizá a Mara que ha pedido exclusiva y empecinadamente que el día que ella muera la dejen sentada en un sofá y monten una fiesta en su casa con Johnny Walker etiqueta negra y Cardhu.

—Qué barbaridad, tú y Mara sois igual de brutas.

Pero le hace reír, le hace olvidar de dónde viene, le hace olvidar por un momento la pregunta de su padre, como si riéndose ella de la muerte, que a él le ha amargado dos días de su vida, pudiera ganarle una pequeña batalla, por desgracia no la definitiva, esa es imposible que alguien la pueda ganar. Ni siquiera ella, que parece poderlo todo.

Qué excusa tan perfecta la de su brutal y macabra broma para cogerla por la cintura y acercarse a ella, para acercarse más y mirarla de cerca, para captar la vida que exhala en su risa y en su forma de abandonarse a su abrazo.

Habían de pasar horas para que a su mente volviera casi a traición la imagen que había estado torturándolo sin saberlo durante dos días, desde que se enteró de aquella muerte, desde que supo que su tía favorita de la niñez ya no existía en este plano de la realidad.

Había sido una mañana de fútbol de hace tanto tiempo que ni siquiera puede recordar con precisión. Solo recuerda que él jugaba de delantero en un ficticio campo verde que en realidad era un callejón amplio en donde luego, seguramente, habrán construido algún edificio que hasta se habrá quedado anticuado. Un apartamento nuevo de playa recién comprado, oloroso a pintura y a limpieza, a madera y a aceite de oliva del sofrito de la paella que su tía estaba haciendo en la galería.

El lujo de la piscina y del campo de tenis o frontón, eso casi que no lo puede recordar, su

prima jugando de portera porque no podía correr detrás de los chicos y menos aún empujarlos y doblarles la cintura en un quiebro por proteger o por robarles el balón, su padre y su tío, todavía jóvenes jugando con ellos, con los cinco hijos que habían tenido y él, casi un equipo de baloncesto, haciendo como si no notaran los estragos de la edad y del tabaco, y su tía y su madre, tan jóvenes y bellas, tan madres, como las de entonces, que tenían un ligero ademán de sumisión que las mujeres de hoy mayormente ya no poseen.

Esa forma de estar a lo suyo, de hablar entre ellas con la complicidad de los quince años cuando eran novias de sus maridos aunque habían pasado más de diez años ya de matrimonio, sobre todo su tía que se casó primero por ser mayor que ella y por tener novio antes, esa forma casi imperceptible de subordinación de ellas a la hora de hacer cualquier cosa con los maridos delante, una especie de vasallaje que las convertía en las segundas de a bordo cuando en realidad no había más batallón para todo que ellas mismas.

Él, hijo único, sus primos eran casi sus hermanos y su prima esa clásica prima de la que uno se enamora y con la que juega a médicos y enfermeras, de hecho la primera mujer que le vio los genitales en una operación a vida o muerte en el pasillo de aquel lugar ya por la noche, la primera testigo, exclusivamente espectadora, de su erección.

Puede ser que fuera Pascua, porque no tiene recuerdo del calor del verano y porque ver la piscina aún vacía le supuso una gran decepción, eso sí lo puede recordar.

Luego la comida, la famosa paella de su tía Mariló, que ni en plena Albufera se podían comer paellas semejantes. Sentados en la mesa por orden de edad, los más pequeños más cerca de las madres, es decir sus dos primos, para que les pudieran ir dando cucharadas, y los hombres de la casa sentados a la cabecera de la mesa, por un orden más de jerarquía en el que solo variaba con los años el orden en que las mujeres llegaban a sentarse, al lado del marido o en cualquier esquina en donde hubiera un crio pequeño al que hubiera que empapuzar cucharadas de arroz.

De pronto su tía intentando no llorar, algo había ocurrido, una voz grave, el vozarrón de su tío diciéndole algo que no puede recordar y ella sin saber dónde meterse, sin saber cómo disimular la humillación de que él le gritara por cualquier cosa delante de su hermana y de su cuñado, delante de su sobrino favorito, dos lagrimas silenciosas resbalando desde sus bellos ojos azules hacia ningún sitio, su madre y su padre bajando la cabeza para darle la ventaja de no verla y ella yendo a la cocina a por algo para volver al cabo de un momento sin nada.

Dos lágrimas. La primera vez que veía llorar a una mujer. Dos lágrimas de vergüenza, de ignominia mezcladas con impotencia y rabia.

Qué ganas de tirarle a su tío el plato de arroz por la cabeza, qué ganas de ir hasta donde se refugió para abrazarla, qué cobardía no hacerlo. Y qué ganas de llorar él también por no atreverse, por no ser nadie para defenderla ni para consolarla, no ser todavía un hombre para partirla la cara al cabrón de su tío que hacía llorar a su tía con su simple voz, con sus órdenes arbitrarias, con la mirada de superioridad con la que seguía sus movimientos hasta la cocina, con la prepotencia de su silencio y su aire de mando, de dominio y fuerza, su aire de supremacía masculina. Qué pena que sus hijos callaran también, no como si no pasara nada, sino como quien está acostumbrado a que eso pase.

Y luego los ojos de ella, inmensa e intensamente azules como un lago escocés, clavándose en los suyos que no podían dejar de mirarla. Unos ojos que, por un instante, habían adquirido la inocencia y fragilidad de los ojos de los animales, esos ojos desamparados y grandes que parecen mirar con lástima que tienen algunos perros, los caballos o las ovejas aunque no sean azules, pero sí con esa misma piedad por sí mismos, que se saben víctimas.

No recuerda nada más salvo el olor del mar y la noche, el pasillo oscuro en donde jugaban a

médicos y enfermeros, el penetrante olor del aceite de oliva calentándose en la sartén que aún perdura y perdurará en su mente como recuerdo de ella que ya ha muerto y de ella que se fue. Un recuerdo que conmemora cada vez que cocina y huele ese mismo aroma, un recuerdo tan lejano como borroso que hoy ha llegado hasta él íntegro y sin fisuras en medio de la noche, abrazado a Lara en la oscuridad y en la calidez placentera de esas noches primaverales que aún son frías y que prometen mañanas de luz intensa.

Qué extraño que él nunca haya hecho llorar a nadie, que él nunca le haya gritado a Lucía ni siquiera cuando descubrió que tenía un amante, qué raro que no necesite gritar ni hacer apología de superioridad masculina para sentirse hombre, qué distinta su generación de la de ellos, la de su padre y de su tío, el mismo tío medio derrotado que lloraba por su mujer esa tarde en el cementerio y que seguramente la amaba o la amó con la misma intensidad con la que él ama a Lara que se acurruca entre sus brazos ajena a sus pensamientos.

Qué extraño que un trauma infantil no provoque la imitación y reproducción de los roles, sino todo lo contrario, la oposición más férrea a ellos.

Su padre nunca gritó a su madre, lo recordaría si fuese así, pero ella igual se fue, igual hizo las maletas y se marchó pocos meses después, un año más tarde a lo sumo, tampoco es algo que pueda recordar con precisión.

Recuerda el año concreto pero las imágenes de su marcha se confunden con otras imágenes en su mente y no puede dilucidar otros hechos que ocurrieron antes de que ella se fuera. Ese día de Pascua no sabe si fue un par de meses o un par de años antes, al igual que algunos de sus cumpleaños o de sus veranos o de sus acampadas, pero está seguro que fue antes, luego ya no.

Luego ya no hubo nada de todo eso.

Luego hubo una mudanza a otro lugar, la gran ciudad, hubo sentimiento de culpa, de miedo, hubo soledad, pero ya no hubo niñez, ya nunca volvió a haberla.

Él cocinando para su padre, para los dos, que comían o cenaban solos en una mesa camilla casi sin hablar, primero simples tortillas a la francesa, luego de patatas y luego filetes hasta que de pronto comenzó a poner en práctica recetas de cocina robadas de los fascículos de *Pronto* en el quiosco frente a su colegio. Cada vez algo más complicados, cada vez más adornados, cada vez más sabrosos. Cuando dejaba los libros era para cocinar, pasó de querer ir a la universidad a estudiar cocina en un instituto de hostelería y restauración.

Cuando todavía no estaban de moda o al menos casi nadie conocía las estrellas Michelin y el Bulli o Arzak comenzaban a tener tanta fama internacional, él ya amaba ese tipo de cocina que le parecía todo un arte... y luego fue la apoteosis, el estallido de la cocina moderna española, las estrellas, el reconocimiento universal de restaurantes a los que él había ido como comensal o como ayudante, como pinche en sus tiempos de recién salido del instituto, en cursos de perfeccionamiento e innovación, en concursos gastronómicos, viendo de lejos a personas que admiraba por su buen hacer, por su artístico y peculiar sentido gastronómico.

Él, años después, cocinando para Lucía, enfrascado en el restaurante, lejos ya de las novedades y de los artificios, viendo el nitrógeno líquido como algo extraño, los helados de fabada asturiana como peculiares y las grandes obras de concursos cada vez más novedosas y extrañas.

Se estaba quedando atrás a sus apenas cuarenta años de vida y sus veinte de restaurador pero para él cocinar de esa forma disipaba el sentido primigenio de alimentación que había en el acto de comer.

Así como su vida se emborronaba su genio gastronómico perdía todo interés. Era su socio quien seguía las modas y las novedades, él solo quería alimentar a personas, personas que se

podrían permitir alimentarse en su restaurante de cien euros el menú diario.

Veinte años de carrera resumidos en un pensamiento y echados por la borda tres años atrás cuando a la muerte de Lucía se olvidó del mundo, de Dios y de todos, más de veinticinco desde la imagen de su tía llorando silenciosa frente a la paella, más de treinta si se ponía a pensar en los canelones de su madre los días de fiesta o de las primeras tortillas a la francesa que su padre y él comían junto a un poco de embutido en una mesa camilla del piso al que fueron a parar para huir del escándalo de que su madre los hubiera abandonado, de que lo hubiera abandonado a él también, a su hijo.

Toda su vida entre fogones, toda su vida cocinando para los demás.

Ahora a veces cocinaba para Lara o para su familia algún domingo en que se habían vuelto a reunir todos tras conocerse en Navidad y que había significado la oficialidad de su relación, con Mara en algún sábado por la noche, con Juan, su socio en una sola ocasión, cocinaba poco, había olvidado recetas y olvidado mañas pero eso ya no le importaba, ya había dejado de importarle.

Tenía o le quedaban las justas para agasajarla a ella en alguna cena íntima y romántica y eso era más que suficiente.

Cuánto talento desaprovechado, decía Juan, su socio, pero él no estaba de acuerdo, no sabía si lo suyo era talento o sublimación, si de verdad cocinaba porque le gustara o por sustituir ausencias, si la cocina con la que él comenzó a alimentar a su padre cuando este no era más que un hombre derrotado por el abandono no era en realidad una forma de cuidarle y demostrarle que él sí lo quería, que él no se iba a ir, que él se quedaría a su lado para mimarle, para darle algo que había perdido con la marcha de ella, la innombrable, su madre.

Preguntas sin respuesta. ¿Habría muerto? ¿Tendré algún medio hermano por el mundo, me recordará, habrá pensado en mí alguna vez, volveré a verla? Dónde se fue y por qué, sobre todo por qué.

Una tarde cualquiera al volver del colegio ella se había ido y nunca más volvió a verla. Apenas un crío de doce años aguantando el chaparrón, el abandono, la soledad.

No, él no había hecho llorar nunca a ninguna mujer pero las mujeres sí lo habían hecho llorar a él, su madre la primera, Lucía la última, las dos mujeres realmente importantes de su vida, las dos saliendo de su vida por la puerta de atrás y dejándolo huérfano o viudo, dejándolo sumido en la miseria de saberse no querido por ellas, precipitado a la soledad y al abandono en un gesto, una marchándose con la maleta, la otra marchándose con otro, que luego muriera, igual que pudiera ser que su madre también hubiera muerto no las absolvía del daño causado.

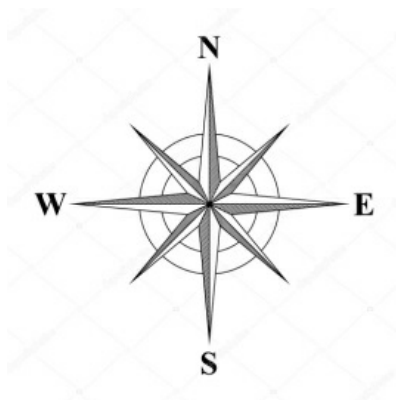
Aunque luego hubiera un tiempo en que dejara de dolerle su ausencia o su traición, aunque se mintiera para poder sobrevivir a los hechos y lograr aceptarlos, aunque se dejara manipular por libertades y modernidades hasta lograr creer que los burros vuelan con tal de no sentir el dolor que tendría que haber sentido, si no me quieres mejor tú por tu lado y yo por el mío, eso debió pensar también su madre, sin ataduras, sin cadenas, sin obligaciones, amor libre, espíritu libre, ser completamente libre...

Y él qué, ¿a dónde fue a parar él? Al silencio y al olvido, al dolor y a la nostalgia, a la añoranza de ellas aun sabiendo que su presencia no garantizaba la felicidad, su madre yéndose lejos, su mujer acostándose con otro, las dos eligiendo alejarse de él, huyendo de él, abandonándolo a él.

Y él intentando entenderlas, hay que buscar propia la felicidad, ¿habrían sido felices ellas de haberse quedado? ¿Acaso es suficiente el amor de un hijo o el de un marido para ser feliz? ¿Tiene derecho a culparlas por intentar buscar esa felicidad o esa libertad aunque fuera a costa de la suya?

La mira dormir y se pregunta si ella también se irá algún día, si algún día en el futuro le hará llorar en silencio como ya lloró en alguna otra ocasión lejana en el tiempo, algo que casi no se atreve a confesarse a sí mismo, ha llorado por ellas, algo que muy pocos reconocerían, un acto casi de valentía que es opuesto a los actos de muchos hombres que se creen fuertes sin serlo, algo que se guarda en secreto y que nadie revelaría nunca ni siquiera bajo tortura, el gran secreto que solo se confiesa a sí mismo en la penumbra de una habitación a mitad de la noche y abrazado al cuerpo de la mujer que ama, como queriendo sortear de esa forma la posibilidad de que pueda ocurrir de nuevo, como si con el hecho de reconocerse sensible a los infortunios del amor en cualquiera de sus variantes, filial o conyugal, abrazado a la mujer que más ha amado jamás pudiera eludir el sortilegio del dolor y guardar el terrible secreto que muchos guardan en lo más profundo de su alma.

El de que un hombre también es capaz de llorar por amor.



“Me atrevo a asegurarle que es una ley sin excepciones (otra de las poquísimas en el mundo de la ficción) que el de las novelas es un tiempo construido a partir del tiempo psicológico, no del cronológico, un tiempo subjetivo al que la artesanía del novelista, (del buen novelista) da apariencia de objetividad, consiguiendo de este modo que su novela tome distancia y diferencie del mundo real”

Seguía leyendo libros y más libros, poemas de cualquier género ya no solo para la emisora, sino para ella, su biblioteca duplicada de tamaño gracias a los libros de otra mujer que ella había heredado no sin una desagradable sensación de agrado, tomos de poesía erótica y clásica, novelas cumbres de distintas épocas, novelas que ella siempre quiso tener y que solo recordaba querer comprar cuando ya había elegido otra y no disponía de más efectivo o no quería gastar más, grandes descubrimientos, alguna decepción y pequeñas confirmaciones íntimas, ensayos y artículos de internet, su mente trabajando laboriosamente al lado de la de aquel hombre que más que un cocinero de élite era un aspirante a bibliotecario.

—¿Por qué no estudiaste literatura en la universidad?

—Porque mi padre tenía que comer —contestación que se podía confundir con la falta de recursos económicos y que sin embargo escondía la razón de que él sublimó el amor filial con las tortillas a la francesa, algo que recién había descubierto pocas noches antes.

¿Cómo escribir una novela? ¿Cómo se escribe? Le preguntaba.

Estaba llena de palabras e ideas, de espacios y tiempos, de licencias poéticas, de mudas temporales, de estratagemas para seguir el hilo conductor del argumento que tenía que lograr persuadir al lector de su veracidad, las imágenes y las visiones de sus posibles personajes la apabullaban, investigaba leyendas en las que encontraba moralejas y enseñanzas que se podían aplicar a la actualidad, se dejaba arrastrar por distintas corrientes literarias, por estilos enfrentados entre sí mientras trataba de encontrar su propio estilo, se ponía a prueba constantemente, empezaba un folio dejando que el argumento que no tenía en la cabeza fluyera como por arte de magia, por inspiración divina y no lo conseguía, a veces por el contrario realizaba todo un esquema de personajes y vivencias que podría desarrollar en el libro y al cabo de unos pocos folios habían perdido todo el interés, toda la validez y su pequeña parcela de credibilidad.

—No puedo escribir, no me salen más de seis folios, necesito un buen argumento, necesito un buen personaje. ¿Dónde se han metido las musas cuando se las necesita? ¿Por qué no voy a poder escribir si no he querido hacer otra cosa en toda mi vida? Si dicen quienes han leído mis relatos que tengo talento, si estudié literatura, única y exclusivamente, para poder escribir bien...

Pero tal como le decía Marcel, unos buenos ingredientes y el estricto seguimiento de una receta no siempre aseguraba el buen sabor de un plato, había que extraer el alma de los materiales, la substancia de los elementos y ponerla en las manos de un buen creador antes de comenzar, había que poder conocer y manejar los tiempos, los sabores y aromas, la interacción de las sustancias al combinarse, el punto justo de cocción, dejarse guiar también por el corazón, por la intuición y, a veces, para hacer una obra maestra, olvidar todo lo que se sabe, todo lo establecido y simplemente ponerse al tajo.

Oído cocina, le contestaba ella, pero sabía que en el fondo tenía razón.

—Las amas de casa son las mejores cocineras del mundo —decía mientras preparaba la cafetera—. Hacen maravillas con los ingredientes que tienen en casa, sin necesidad de recetas mágicas ni adornos ni grandes compras ni demasiados recursos. La mejor cocinera del mundo es la que sabe manejar y sacar partido a aquello que tiene en su frigorífico, imagínate, de una nevera medio pelada una buena cocinera sacará un menú de dos platos y unos entrantes para cinco personas, sabrá qué hacer con lo que tiene, con sus recursos limitados y sacar el máximo provecho de ellos. Así tienes que hacer tú, saber cuáles son tus propios recursos, saber tus limitaciones, poner la dosis de trabajo y tiempo necesario y hacer con lo que dispongas aquello que de verdad puedes hacer, no obras maestras pero sí platos que alimenten, y sobre todo, sobre todo, tienes que saber que todo sabe más bueno si se cocina con amor, si compones algo queriéndolo, si pones amor en cada palabra que escribes, el mismo amor por las palabras que lees, y no importa que el resultado sea brillante y fabuloso. Escribir un libro debe ser como tener un hijo, y las madres siempre quieren más a los hijos feos y débiles, los otros no las necesitan tanto, se justifican y se valen por sí mismos.

Las tardes se les iban en cafés y filosofía culinaria, ambas cosas otorgadas graciosamente por Marcel al igual que las magdalenas.

Ella lo miraba y no sabía qué habría sido de su vida sin él, sin haberlo encontrado, sin que él hubiera entrado así tan de golpe en su existencia.

Ella, tan enferma de amor por un hombre que al lado de Marcel no era capaz ni de hacerle sombra, un hombre al que ahora recordaba, no solo con rencor por el daño que le hizo y por su traición, sino que además veía completamente ridículo en sus afanes y en sus manías, un perdedor que se negaba a serlo, un petimetre con ínfulas de machito alfa que no le llegaba a Marcel ni a los talones en ningún aspecto en que lo pudiera comparar, porque a veces, casi sin querer lo comparaba, sobre todo los primeros días, sobre todo aquellas veces en que lo veía compartir una cerveza con su cuñado charlando de fútbol o cualquier cosa bajo el cielo azulado de los domingos mientras entre los dos vigilaban el sofrito de la paella hecha con leña, un aroma que luego lo impregnaba todo.

Lo comparaba cuando hablaba con su familia o con Mara que con él parecía superar esa prevención por el género masculino y le perdonaba el hecho de ser hombre como si eso fuera una prerrogativa suya.

Lo comparaba en los silencios tan elocuentes con los que lo miraba entre las brumas del mar o sobre el lomo de un libro, casi sin ser vista por él que no se sentía vigilado y escrutado y que, en lugar de preguntarle luego ¿qué miras?, se limitaba a sonreírle y a tocarle la nariz con un gesto casual en el que parecía darse cuenta de que había superado con creces la prueba de su escrutinio.

Lo comparaba en la cama también, inevitablemente, pero no en las grandes sesiones, sino en los pequeños detalles, no miraba centímetros ni duraciones ni récords Guinness aunque eso le dejara también en mejor lugar, dicho sea de paso. Ella lo comparaba en las caricias, en los

abrazos post coitales y en los prolegómenos que los llamaba Mara, en los simples detalles sin importancia que revelaban su verdadera disposición para el amor y que para ella sí eran importantes, por inéditos, por extraños, por ignorados hasta entonces, por ser algo que creía no haber sentido antes.

Y sobre todo lo comparaba en aquella extraña forma de otorgarle la libertad más absoluta y entregarle un amor incondicional.

No había condiciones en él, ni manías ni cortafuegos, no había restricciones ni reglas, no la cargaba con sus complejos ni con sus errores del pasado, confiaba en ella a pesar de lo vivido, a pesar de haber sufrido, a pesar de todo. No le pedía nada y se lo entregaba todo, amante y amor generoso que ella no tenía ni idea de que pudiera existir.

Qué habría sido de ella si no se hubiera mudado, en dónde estaría cada uno, qué haría sin él en el caso de que nunca hubiera llegado a conocerlo o si Lucía no hubiera muerto, si cuando ella se hubiera mudado la casa del lado fuera un hotel y un restaurante rural de lujo llevado por un matrimonio más o menos bien avenido o, lo que es peor, al borde del divorcio y escuchando sus gritos.

Podía imaginarse mirándolo como a un extraño, como a un vecino estupendo, ese vecino guapo que todas sueñan con ver al asomarse a la ventana por la mañana, se llevaría bien con él y con ella en esa distancia respetuosa de los buenos vecinos, con esa confianza educada de quien está obligado a convivir cerca.

Quizá hubieran llevado a cabo su plan de ampliar el negocio y esa casa nunca hubiera sido suya, la habrían comprado para ampliar su hotel y ellos dos jamás se habrían conocido.

Seguiría en la ciudad, en su piso, encerrada, sin vida social excepto Mara, yendo de casa al trabajo y del trabajo a casa, tal vez ni siquiera habría podido trabajar desde el domicilio, para qué si no hubiera tenido perspectivas de nada, si puede que ni se le hubiera ocurrido la idea al no tener que mudarse fuera, cada día de cada mes desde su separación viendo a Ana, a Bran, trabajando juntas por obligación, viéndolo llegar para buscarla e irse juntos, no se habría recuperado de ese golpe en años y sin embargo lo había hecho en unos pocos meses, en mucho menos tiempo del que alguna vez imaginó.

Marcel podría no estar en su vida y eso era insoportable imaginar.

Cómo imaginar que algo tan importante podría no haber ocurrido nunca, cómo pensar que él podría ser un extraño con el que nunca se va a cruzar.

Tal vez un día se hubieran encontrado por la calle, en alguna librería que era un sitio comúnmente visitado por los dos y no se habrían visto siquiera.

Tal vez se habrían mirado con curiosidad pero no habría entre ellos ni una sola palabra, solo el destino modificado, solo el albur de una posibilidad malograda, una trayectoria que se gira y cambia de sentido. Se habrían visto y se habrían mirado por encima de una pila de tomos, en la presentación de un libro o en los puestos de flores que se venden junto a los libros en el día de San Jordi, y sus almas gemelas, presintiéndose habrían lanzado un mensaje subliminal que les habría llevado a mirarse, a presentirse, a adivinarse en la distancia insalvable de los desconocidos, en la distancia de las cosas que nunca van a ocurrir. Una mirada y tal vez una sonrisa que no significa nada, una sonrisa de cortesía junto a un pálpito extraño, sus almas buscándose en el espacio reducido de una biblioteca en donde solo entran a ver novedades editoriales y a coger cuadernillos mensuales con actividades culturales a las que poder asistir si acaso, reconociéndose por dentro sin que haya un acercamiento por fuera, minutos posteriores en los que intentarían retener la imagen distorsionada de ellos mismos, la imagen que ya no llega a formarse en su mente pues solo se han visto durante unos segundos, tal vez unos escasos minutos

en los que no llegan a verse bien, tan solo a vislumbrarse el uno al otro como un rayo de sol reflejado en el cristal de un coche en movimiento, una llamarada de luz que se extingue de golpe y que vuelve todo un poco más oscuro a su alrededor.

El misterio de lo que puede no llegar a ocurrir, el enigma de las cosas que han estado a punto de no ser, de no existir, la casualidad en la que él no cree y que hace que todo pueda ser posible, la duda de un momento, la decisión postergada, la manía de dejar para mañana lo que no queremos hacer hoy, la procrastinación tan suya de dejarlo todo para más tarde, el minuto de la mañana de sábado en que estuvo a punto de anular su cita con la chica de la inmobiliaria para poder dormir unas pocas horas más bajo el influjo de los tranxilium, la peregrina idea de cambio en la que nadie creyó salvo ella, estás loca, a dónde te vas a vivir tú sola, la tremenda imaginación de querer vivir su drama sin espectadores y convertirse en la solterona loca que se viste con el traje de novia que nunca tuvo y acaba criando gatos en el jardín y recogiendo basura de los contenedores, “diogenada” ya por completo a los sesenta años y yendo a ese previsible y fatal futuro en el que todo era negro y amargo, casi buscándolo, preparándose para la soledad como si esta tuviera que durar cuarenta años más como poco, una eternidad, preparándose para el síndrome de Diógenes que como buena mujer solitaria iría alimentando, ¿no es el coleccionar libros un síntoma previo de ello, apilarlos sin orden ni concierto debajo de una ventana en lugar de comprar unas estanterías en Ikea como todo hijo de vecino?

Un instante iluminado, un segundo de inspiración, una milésima de lucidez, un nanosegundo de predicción y augurio, como ese instante repentino de las películas mudas en que uno se agacha para coger algo del suelo y evita un tartazo en la cara, como el momento en que uno se para a mirar un escaparate y sortea que se le caiga un piano del quinto piso, como la casualidad de poder escapar cinco minutos más pronto del trabajo y que permite coger el autobús media hora antes de lo acostumbrado, casi por los pelos, acelerando el paso y haciendo señas al conductor y a los pasajeros de que estás ahí, a punto de alcanzarlo, a punto de perderlo, a punto de que cualquiera de las dos cosas ocurran, sí o no, todo o nada, a punto de perderlo para siempre o de llegar a casa antes de lo previsto, a punto de sentarte a esperar y ver cómo pasa la vida o a punto de comenzar el viaje.

Marcel a punto de no haber sido nada, tan a punto de serlo todo.

Ahora piensa en lo que pudo no haber sido buscando en los residuos del pasado, en los restos arqueológicos de sus vidas que podrían haberse separado y sin embargo se han unido, en los detalles antiguos de su amistad cuando no eran lo que ahora son, cuando había posibilidades de no llegar a ser absolutamente nada salvo dos desconocidos más, dos simples vecinos convertidos en amigos. Como la primera vez que él le invitó a tomar algo por su cumpleaños, una copa, un poco de conversación y cada uno a su casa.

Amigos, amigos íntimos, amigos con derecho a roce, follamigos.

Amigos, amigos íntimos, enamorados, amantes.

Cuatro fases diferenciadas claramente entre sí y entre ambas. Dos caminos que empezaban en el mismo punto y se iban bifurcando sin llegar a rozarse en ningún recodo, dos posibles formas de futuro al que se llega sin ser muy consciente de cuándo se ha tomado el uno o el otro, caminos paralelos que nunca llegan a tocarse y que les llevan a destinos muy diferentes aunque transcurran en la misma dirección.

Por qué ese empeño ciego en escribir, le preguntó un día de confesiones y de secretos, por qué esa obligación y ese nerviosismo, esa sensación de sequía y de frustración.

Lo que uno quiere o el que uno quiera, no es siempre sinónimo de que lo consigue, uno no puede obligarse a hacer algo de esa forma, uno no puede saltarse el bloqueo así como así, pero

no le escuchaba cuando le decía que a lo mejor tenía que averiguar primero de dónde venía su verdadera vocación y cuál era realmente. O eso o ponerse a escribir sin pensar en nada, o ceder al bloqueo mental y aceptar tener la mano rota o intentar averiguar el porqué, pero salir de ese círculo vicioso de solamente leer y quejarse, de no estar frente al folio blanco ni dos minutos porque a partir de cierto momento la ansiedad se la comía, releer los folios que tenía de épocas anteriores sin ver en ellos tanta vulgaridad, aceptarse y vivir fuera de las palabras, creando una especie de corriente de aire en el que su genio creador pudiera sobrevolar libre y sin ataduras para tal vez entonces poder sentarse a escribir de verdad.

¿Cuánto se tarda en escribir una novela? ¿Meses, un año... varios años?, a ella le daba la impresión de no tener tanto tiempo, se había propuesto escribir un libro en esa especie de año sabático en el que iba a trabajar desde casa, luego tal vez ya no tendría tanto tiempo.

—Depende —le decía Marcel—, hay un tipo que ha publicado cinco novelas en un año, creo que lleva veinte novelas en poco más de siete u ocho años, aparte escribe artículos para un periódico y da charlas por ahí, en congresos del PP..., hay escritores consagrados que tardan años en escribir su siguiente novela, de una a otra pueden pasar como mínimo tres o cuatro, si no más, el tiempo no es importante cuando lo que realmente importa es lo que puedes hacer con él.

La chica de la biblioteca le confesó un día que los autores de moda, esos que sacan un libro que no se sabe muy bien por qué se convierte en best seller, solían publicar otro inmediatamente después para aprovechar el tirón publicitario y siempre solía ser peor que el anterior, eso si no era ya malo de por sí el primero.

Libros y más libros que no justificaban su propia razón de ser salvo la del negocio.

—Al fin y al cabo, una editorial es un negocio, no una ONG, no van a publicarte solo por amor al arte. Y que conste que no es contradictorio lo que digo, hay todo un mundo aparte del hecho de hacer arte con las palabras y gente que no puede darse el lujo de estar años para encontrar su estilo, el suyo propio.

Marcel no solía darle tregua cuando atacaba el tema de su mano rota.

—Cómo va a ser lo mismo un libro que tarda cinco años en escribirse que uno que tarda unos poquísimos meses, cómo va a estar en su punto exacto de sazón, como va a tener el lenguaje adecuado, las palabras exactas, el argumento compacto y sólido, los personajes profundos y consistentes, las reflexiones necesarias, los giros adecuados, los tiempos bien medidos, cómo se puede convertir un libro en un buen libro, no un gran libro, no una obra cumbre, pero sí un libro que llene, que deje el buen sabor de boca y de espíritu que siempre dejan los buenos libros al cerrar la contraportada, esa sensación de plenitud y conocimiento que no se poseía antes de leerlo, la gratificación de haber hecho un estupendo viaje, la grata sensación de haber conocido algo de lo que antes no se tenía conocimiento ni percepción, las ganas que rozan casi la necesidad de volver a leerlo cada dos por tres, cada dos años, releído con cierta variación de tiempo y descubriendo ¡oh milagro! que cada vez que lo vuelves a leer descubres algo nuevo en él, algo que perdura más allá de su historia y sus anécdotas, algo atemporal e interpersonal, algo que no se sabe describir y que está por encima del espacio y el tiempo, sabes que dentro de cien años alguien leerá ese libro y seguirá maravillándose como tú, que será eterno, tal vez no una de las grandes obras de la literatura, sino uno de esos libros durmientes que se descubren tras años de olvido, un autor menor de los que se sabe muy poco salvo eso que se tiene entre las manos y que se justifica a sí mismo, un libro que al ser descubierto en alguna clase se impregnará de la novedad y la alegría de quien descubre un continente y puede nombrarlo y hará que el amor por la literatura crezca en el interior de esa persona como si hubiera sido abono para una semilla que va germinando. No un best seller, no una obra maestra de la narrativa en

castellano, no un magnífico premio de fama internacional, pero sí un libro, un libro de verdad, de los que hacen querer leer más y de los que hacen que una persona sueñe con escribir, un libro que no muera de éxito y se quede en las estanterías de las bibliotecas con las tapas destrozadas porque durante un tiempo estuvo de moda y del que todos parecen renegar poco tiempo después, simplemente un libro que se supere a sí mismo y sea lo mejor que tú le puedes dar a la humanidad, no una forma de justificarte a ti misma ni de continuarte ni de ser perpetua, sino una entrega generosa, una dádiva fértil y fecunda que ennoblezca tu alma, en la que entregues lo mejor de ti al mundo, de la misma forma en que podrías parir un hijo y sería lo mejor de ti y lo dejarías en el mundo cuando te fueras y seguiría siendo lo mejor que una vez hiciste, lo mejor que creaste, entregándolo libre y soberano al milagro de existir.

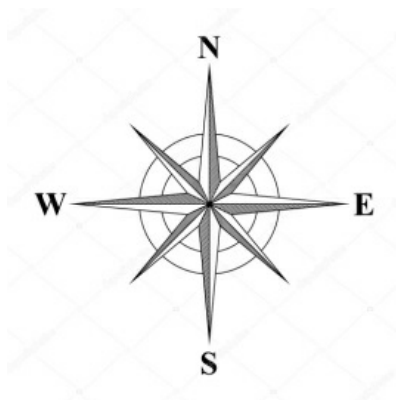
Dónde estaría ella sin las palabras de él, sin sus reflexiones en voz alta y sin sus abrazos espontáneos, sin esa forma de mirarla mientras habla en la que muestra una fe inquebrantable hacia ella y hacia el talento que todavía no ha demostrado tener.

¿Qué haría yo sin ti? Le pregunta escondiendo el poso de desesperación que la embarga al hacerle esa pregunta que no muestra la verdadera sensación que siente al imaginarlo.

Lo abraza para sentirse protegida de sí misma y de sus miedos íntimos, para saberse a salvo de todo, para agradecerle su incondicionalidad y su tesón, su empeño en que ella saque todo lo que lleva dentro aunque tarde diez años, en que se conozca a sí misma a través de él y se vea tal como él la ve.

Pero sus palabras, las simples palabras que Marcel usa para hacerla reaccionar y para insuflarle vida tocan un fondo que ella ha estado rehuyendo durante años, un fondo en el que no quiere adentrarse y que le cuesta reconocer.

Buscar su verdadera vocación, buscar dentro de ella, algo que ha intentado no hacer desde que tiene uso de razón. Algo que no sabe por qué no se atreve a contarle. Algo que solo entenderá, no él, sino ella misma, cuando se atreva a contarle por vez primera, a sacar de esa oscuridad tan celosamente guardada las directrices de su futuro y esclarecer los errores de su pasado.



Notó el clic del percusor antes de abrir los ojos pero no pudo relacionar el ruido con nada conocido por lo que siguió dormido, tan arropado entre las sábanas calientes que tuvo de desembarazarse de parte de ellas para poder respirar y sacar los brazos fuera en un intento de atrapar el fresco del amanecer primaveral que ya se intuía tan cercano.

Lejos habían quedado las mañanas grises de invierno en las que el frío los atenazaba y él bajaba a encender la chimenea para comenzar a caldear la casa antes del desayuno o cuando por la noche echaba dos troncos más al fuego para que ella durmiera cómoda y no tuviera ese frío al despertar sin él al día siguiente.

Ahora un sol inédito se colaba por la ventana de la habitación tiñendo con sus rayos toda la estancia de una luz mediterránea y blanca que llegaba hasta el fondo de la otra habitación, ocupándolo todo, despertando la primavera entre las paredes y entre las sábanas donde dormían abrazados cada sábado.

El silencio era total, solo roto por el trino de los pájaros que sobrevolaban el río o la playa y por el clic mecánico de una cámara digital de fotos que sería completamente inaudible de no ser por el entorno tan callado.

Una mano bajó la sábana por su cuerpo dejándola en la cintura, algo se movía a su alrededor y disparaba una y otra vez hasta que por fin, en medio de la duermevela, todo quedó en silencio de nuevo. Al instante Lara estaba a su lado, desnuda y deseable, como siempre, abrazándolo y quedándose quieta entre sus dedos, entre sus manos que se habían dejado caer en el arco de su cintura como si ese fuera su lugar correspondiente, su lugar natural de estar, guardando sus pies enfriados por el suelo entre los suyos tan calientes dentro del lecho.

—¿Qué hacías?

—Sacarte unas fotos.

—La madre que te parió, Lara, ¿unas fotos durmiendo?

—No, unas fotos tuyas en mi cama, no es lo mismo, quiero tener fotos tuyas.

—Bueno, está bien, yo también quiero tener fotos tuyas en la cama, y tanto que quiero tener fotos tuyas en la cama.

Pero no solo en la cama común, sino en todas partes.

La mañana en que ella lo despertó con la cámara en ristre se dio cuenta de lo poco que tenían de cierto, de visible en su relación, las pocas cosas tangibles que guardaban el uno del otro.

No había cartas de amor entre ellos, ni citas apuntadas en agendas ni recibos de hotel ni entradas de cine ni cartas de restaurantes o catálogos de exposiciones o charlas literarias o cualquier cosa que pudiera traerles un recuerdo de algo concreto, de algún momento compartido.

Encerrados entre el mar y la montaña, los recuerdos que ellos poseían el uno del otro se basaban más en la memoria que en cualquier cosa física, paseando por la playa solo alguna vez habían encontrado una caracola que fuera lo bastante grande como para ser distinguida de otras muchas, solo en una ocasión hallaron una estrella de mar traída desde vete a saber dónde por la tormenta de la noche anterior, algún posavasos tenía apuntado sus números de teléfono en aquella mañana que Salvador casi les obligo a intercambiarlos, el columpio que Marcel había colgado la víspera de Navidades para sus sobrinos aún mantenía oculto el tierno instante de unos minutos después, cuando se desnudaron frente a la chimenea con una tristeza procedente de los tres días en que se verían obligados por decisión propia a mantener las distancias, un conjunto de pendientes y un pañuelo de seda eran de los pocos regalos que había entre ellos y que él le dio completamente aturdido y algo vergonzoso el día de su cumpleaños, un día de enero mucho más frío de lo normal, en plena ola de frío siberiano que les impidió salir de la cama para ir a cenar a cualquier otro sitio, un perfume que le había comprado para Reyes y un libro de fotografías eran sus únicos objetos en común, algo que seguramente iría aumentando con el paso del tiempo, a medida que su historia se dilatara y se alargara en los años que tenían por delante y que ellos miraban ya con placidez, con la sensación de haberse salvado de la soledad el uno al otro, con el tibio reconocimiento de ellos mismos en cada instante, tan distintos a lo que una vez fueron y sin embargo más auténticos que nunca.

Una cámara de fotos digital y una memoria infinita para guardar instantes, una playa, una cama con sábanas blancas, una chimenea aún encendida en ciertas ocasiones, cuando la primavera no se dejaba ver y de repente bajaba la temperatura y había que volver a encenderla para caldear la casa tras dos o tres días de sol, un jardín inexplorado por ellos, árboles en los que recostarse, una manta a cuadros en el suelo y el brazo de él alargándose para sacar una foto de los dos juntos, un abrazo y la cámara extendida delante de ellos grabándolo todo, las miradas, las sonrisas, las palabras, los gestos imperceptibles, una cámara que él se apropió con total impunidad y que descargaba en su ordenador en las noches largas en que volvía a su casa y en donde ella volvía a estar cerca de él desde la inmovilidad de un gesto y no trabajando en su buhardilla, una dirección de correo donde se las mandaba para compartirlas y desde donde ella las imprimía en papel fotográfico para ponerlas en los álbumes de papel vegetal que compró la primera vez que fueron a la ciudad juntos.

Fotos que eran retocadas con el photoshop y que lograban poner en ellas el embrujo del ensueño, él medio desnudo en su cama con los contornos borrados, difuminados por una bruma artificial, en colores sepia y blanco y negro, su cuerpo y su actitud, sobre todo su actitud, plasmados en fotografías casi profesionales que podrían haber sido publicadas en un anuncio de perfume masculino.

Ella envuelta en un gorro de lana con el pelo cayendo a los lados de su cara, sonriéndole de cerca, muy de cerca, un precioso primer plano que él guardaba ahora en el escritorio de su ordenador para verla cada vez que lo encendía, abrazos incómodos en posturas extrañas en los que él extendía su mano para poder estar con ella en la foto, sentados en las piedras enormes del río, donde se vieron de lejos por primera vez y que era como una especie de monumento al tiempo en que se ignoraban mutuamente, briznas de hierba en la boca, el asomo de su cara entre el tronco viejo de un árbol del jardín, los dos con los rostros muy cerca, pegados el uno al otro con la madera viva tras ellos sirviéndoles de marco y apoyo, caminando por el mar, paseando por la playa en un día gris y sin sol, radiantes ante una mañana inesperada de luz blanca, los primeros días de una primavera que parecían querer retener para siempre en unas fotos que hasta ahora no tenían, él con un cigarrillo en los labios, o sonriéndole o pensativo, a veces tan pensativo, ella

tocando su cara y mirándolo a los ojos de una forma que él reconocía única cuando después la miraba en su ordenador, mirándolo como estaba seguro que ninguna mujer lo había mirado nunca.

Deja que te fotografíe en la cama, con el pelo suelto por la almohada, muéstrame tan solo un poco el tatuaje, insinúate nada más, no quiero que me muestres nada, solo que insinúes que estás desnuda, que yo sepa al ver la foto que lo estás, solo esta foto para mí, para mirarte tan bella y tan mía, tan cierta, tan tú.

Fotos que ella va pegando en el álbum, fotos del mar y de él, de la arena gris y de ella, fotos con Salvador que engañen al futuro imperfecto de su ya avanzada edad. Fotos que se van juntando con las de algún domingo familiar y que son enviadas por correo electrónico, las fotos de las Navidades pasadas cuando pese a ser ya amantes aún no se atrevían a posar juntos descaradamente, Mara y ellos dos, los niños y su hermana sentados en la hierba, las dos junto a su madre en una silla del jardín, su cuñado y él con dos delantales de cocineros con dibujos y eslóganes de dudoso buen gusto tomándose una cerveza y vigilando la paella, un cuerpo exageradamente musculoso y en calzoncillos rojos de papa Noel dibujado en el hule y que provocó la hilaridad de las cuatro mujeres, comprado en secreto por Mara un día antes de llegar a su casa después de haberse invitado ella misma a pasar la Nochebuena.

Construye dos álbumes distintos, uno con la familia y otro para ellos dos solos que se llena mucho más rápido, en los que solo hay fotos de ambos, fotos cargadas de un intimismo difícil de hallar en las fotos de álbumes de novios y bodas donde lo único que parece no haber es el amor que se supone que se profesan los fotografiados.

Fotos que él o ella van haciendo en momentos únicos y que se repiten constantemente, siempre iguales y siempre diferentes, fotos de actitudes, de gestos en los que les gusta reconocerse, en expresiones que adoran el uno del otro y que quieren immortalizar, la forma en que ella arruga la nariz al reír, la forma en que lo mira, la forma en que toca su brazo cuando es la hora de ir a dormir y no quiere hacerlo sola.

Ojalá pudieran fotografiar sus rostros más íntimos, ojalá pudieran tener el arte de lograr verse en el momento cumbre, en el momento en que cierran los ojos para sentirse y no ven más ni antes ni después ni durante ese segundo con los ojos cerrados que la imagen del otro, la imagen amada, el rostro congestionado por el placer y la sublimación de un acto, ojalá pudieran detener en un clic la expresión y el abrazo, el deslumbramiento de un instante, maravillándose como siempre hacen ante el milagro que se ha producido y se produce cada vez que están juntos, admirándose, asombrándose, fascinándose el uno al otro en las reacciones de sus cuerpos y de sus expresiones.

Pero no lo harán, hay instantáneas que solo pueden permanecer en la mente, demasiado bellas y sagradas para quedar congeladas en un segundo que tras mirarlo fuera del contexto en que fue realizado perdería efecto suavidad e intensidad, instantáneas que resultarían de todo excepto románticas o sublimes.

Marcel repasa los álbumes que ella ha ido llenando desde aquella mañana que amaneció con el clic de su cámara fotográfica y casi sin darse cuenta examina los que ella ha guardado de los años en que ni siquiera se conocían.

Álbumes pesados de tapas oscuras, de encuadernación en forma de libro, de anillas, de carpeta de colegio, álbumes de fotos de estilo juvenil donde ella guarda las de su época universitaria y que tienen el aire inequívoco de juventud al igual que el encuadernado de otros es inequívocamente perteneciente a una edad aún más lejana, la edad de su infancia en los años setenta, la época en que la familia viajaba y pasaba las vacaciones en los pueblos costeros, en playas

mediterráneas que ella no recuerda con exactitud, ella y el mar, tan unidos ya entonces tal vez por la insistencia de unos padres que ya lo amaban, que ya salían de la ciudad para perderse en las aguas a las que ella ha vuelto como en una especie de huida y que de pronto le hacen pensar a él que también como reencuentro de algo que perdió, un mar que ha sido una constante en su vida.

Álbumes que contienen toda una ausencia que apenas se deja notar y que él adivina casi sin querer, medio dubitativo porque sí recuerda que esa ausencia no era tan notable en los primeros que ha visto esa tarde o aquella tarde en que ella se los mostró por primera vez y él robó taimadamente la foto en que por casualidad está con Lucía en la misma playa, mucho antes de que sus vidas se cruzaran definitivamente sin llegar a conocerse jamás.

—Qué extraño, tu padre sale en muy pocas fotos ¿no?

Un pálpito, una extraña corazonada seguida por la convicción de que un secreto ha sido descubierto, por la obligatoriedad de contarle toda la verdad sobre sí misma y su extraña historia, la certeza de que si miente o si calla ahora ya no se lo podrá decir más adelante porque si deja pasar ese instante y esa oportunidad, el día que se decida a sincerarse será reconocer que hubo un momento en que no confiaba lo suficiente en él, en que hubo un tiempo en el que la intimidad conseguida no incluía los secretos de familia, los escándalos que ellas tres habían vivido, cuando intentara explicárselo le diría que no supo cómo hacerlo antes y que esperaba el momento más propicio para confesar algo que era uno de sus más antiguos traumas y uno de sus más ocultos secretos, algo de lo que nunca le había hablado a casi nadie.

Pero no habría otro momento más propicio que ese y lo supo.

Casi como si no estuviera hablando ni contándole en voz alta su mente regresó a una tarde de un otoño de muchos años atrás, ella sentada estudiando en la mesa del comedor, mirando a los adultos con cierto miedo, con la sensación de que estaba ocurriendo algo crucial en su vida y no terminaba de saber el qué, su hermana aún no había llegado de su curso extraescolar de inglés y en la imagen que recuerda de ese momento su madre estaba sentada en un sillón llorando mientras su padre llenaba una maleta en el fondo de un pasillo largo y alumbrado para facilitarle la labor de ir recogiendo todas sus cosas.

Era uno de los recuerdos más antiguos de su niñez. Más que un recuerdo era una sola imagen, un flash, como una fotografía muy vívida. Tendría más o menos nueve años y lo sabe porque su padre ya no estuvo con ella cuando tomó la primera comunión unos pocos meses más tarde, ya no aparece en las fotos, ya nunca lo volvió a ver.

Supieron de él, corrían rumores, como en todas partes en donde todo siempre se termina por saber, él se había ido con otra, decían, una lagarta que había abandonado a su marido y a su hijo en un pueblo para irse a vivir la vida loca con él a Argentina, donde se supone que su padre vive desde entonces, en donde le salió un trabajo tan estupendo que durante meses estuvo planeando el traslado de toda la familia hasta el Río de la Plata pese a saber que nunca iba a ir con ellas, sino con su amante, un trabajo que le permitió ingresar todos los meses los gastos de manutención hasta que terminaron la universidad y una distancia que no le impidió por medio de abogados firmar los papeles necesarios para solicitar la anulación de matrimonio que tardó más diez años en llegar.

“A todos los efectos soy viuda porque para mí ha muerto”, y nadie se atrevió a llevarle la contraria. Su madre lloró inevitablemente, se refugió en la pobre Petra que lloró tanto o más que ella y en la familia donde un tío cura consiguió algo que parecía imposible; que ella, que había renunciado a trabajar y a su título de magisterio por casarse, fuera contratada como maestra de un colegio religioso de pago concertado en Barcelona sin haber dado nunca una sola clase y que

admitieran a sus dos sobrinas en él, casi como un acto de caridad, casi como un acto de justicia o de todo lo contrario, si las abandonadas no tuvieran un familiar cura y unos tíos bien posicionados jamás les habrían favorecido de esa forma.

Su madre posa frente a la pizarra en una foto de entonces en un álbum que él aún no ha visto, con un babero a cuadros diminutos formado por finísimas líneas azules sobre un blanco iluminado, a su lado ella y su hermana con el uniforme reglamentario a cuadros escoceses, sus calcetines azul oscuro y sus coletas de colegialas, tan niñas aún y con esos rasgos de parecido que aún conservan ahora, tan disciplinadas, tan sin olvidar que algo raro había pasado en su familia, avergonzadas quizá por el hecho de que su padre se hubiera ido y las hubiera abandonado, vejadas por esa actitud incomprensible y no aceptada sin escándalo en la España mojigata de finales de los setenta cuando ni siquiera se habían celebrado las elecciones que ganó Felipe González y Naranjito aún no torturaba a los niños desde los dibujos animados de la tele que para muchos aún era en blanco y negro.

Ella con la raya al lado, el flequillo cayendo lacio sobre sus ojos soñolientos de recién despertada, casi los mismos ojos de dormilona que le gusta ver ahora cuando despierta junto a ella en la cama, el jersey azul marino de pico sobre una camisa color crema con el cuello ancho y afilado, sentada en una posición incómoda y con un fondo gris perla oscuro muy poco favorecedor para usarlo con ese uniforme tan sombrío. Sonríe casi sin querer, porque una monja le ha dicho que tiene que sonreír, tiene que hacerse las fotos del carnet para el próximo año en que pasarán al cuarto curso de la EGB y las fotos de ahora poco o nada tienen que ver con las de las niñas de su clase que ingresaron cinco años atrás en primero o párvulos, unas niñas que ya están dejando de serlo y que al mismo tiempo aún mantienen su ingenuidad y sus juegos, tal vez hasta sus miedos cada vez más cambiantes ante lo desconocido, ante el hecho de estar creciendo y que les ocurran cosas que ellas desconocían o que solo eran de mayores.

Tres fotos tamaño media cuartilla, dos tamaño cartera y doce tamaño carné, mil pesetas para el fotógrafo que hacía un precio especial para el colegio y que muchos padres pagaban sin replicar aunque nadie les hubiera autorizado a hacerles fotos profesionales a las hijas, todo tan bien pensado, fotos para los abuelos y para el típico marco de plata de la entrada, una para la cartera de la madre y otra para la del padre, y eso ya opcional, una foto tamaño cuadro que si era solicitada tenían que pagar aparte y recoger en la dirección indicada. Ni ella ni su hermana la tuvieron.

Acudieron al bufete de abogados desde donde tramitaban sus cheques e ingresos mensuales y su madre les dio una foto de cada una para que se las hicieran llegar a donde fuera que estuviera, junto a ellas una carta de desagravio que nadie jamás leyó y que significó la rotura definitiva, la última vez que supieron de él o él de ellas, la última vez que las pudo ver desde una foto que ya estaría más que anticuada a estas alturas, tras tantos años y tanta distancia.

—No sé qué decirte —le contestó a su explicación—, me has dejado de piedra.

—No digas nada, hace ya tanto tiempo de todo eso que ya ni me duele.

Pero le dolía a él, le dolía tanto que lo estaba matando.

—Imagínate que se equivocaron —le dice— imagínate que se conocieron tarde, cuando ya estaban casados y no podían hacer nada más que convertirse en amantes o despedirse para siempre, qué iban a hacer en aquella época cuando no existía el divorcio, cuando el matrimonio era una institución indisoluble y sagrada, cuando todo era aún pecado para la gente de su edad.

Le entrega un pequeño álbum, un álbum oscuro con muy pocas páginas y de tamaño cuartilla, un álbum que contiene, cómo no, fotos de él, lo poco que salvamos de la quema porque mi madre las rompió todas y si estas se salvaron fue porque Petra las tenía en su casa, en sus propios

álbumes de familia. Un James Dean a la española, un hombre apuesto que mira a la cámara directamente pero con aire ausente, un hombre que no tiene pasado antes de aquellas fotos porque todas fueron destrozadas, las de su niñez allá por los años cuarenta y las de su adolescencia poco más tarde.

Solo conservan las de su juventud y alguna con Petra de cuando ella estaba enamorada de él, mucho antes de que se quedara sola y entrara en casa a ayudar a su madre, instantáneas de una época de principios de los sesenta cuando ni siquiera estaba casado. Fotos de familia, fotos de carné, fotos en un congreso, en una playa, en un pueblo, fotos con los clavarios de unas fiestas populares en honor a cualquier virgen, de una estancia en Barcelona y una en Madrid que lleva una dedicatoria, para Petra con cariño, fotos de su época de estudiante, fotos desperdigadas de momentos que ella no recuerda o en los que aún no había nacido, todos los pequeños tesoros con los se encontraron de repente a la muerte de Petra, una de las mujeres que más le quiso aunque él nunca le hiciera caso y no fuera nada más que una amiga de su familia, casi una hermana, la hermana fea a la que más se quiere.

Quiero pensar que fue un amor de novela, ellos dos enamorados, locamente enamorados y atados por unos lazos que no pueden llegar a romper, tragándose una equivocación con la que han de vivir el resto de sus días, siempre. La vida es muy larga y al mismo tiempo es muy corta, muy larga si se ha de vivir día a día con alguien que no quieres, muy corta para desperdiciarla porque cada día que pasa no vuelve y solo tenemos una vida para poder vivirla. Quiero pensar que se quisieron tanto que no pudieron evitar hacer lo que hicieron, que fue mayor su amor que su sentido de la responsabilidad.

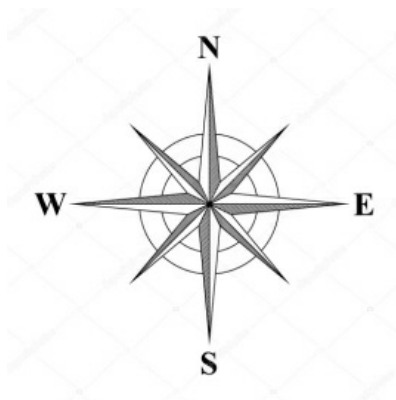
Y unas pocas fotos más, aquel padre desaparecido por voluntad propia sonriendo desde una distancia de treinta años, apoyado con una niña en el brazo delante de un cartel con el nombre de su pueblo natal, su padre en las fiestas patronales sentado en la mesa con unos desconocidos a su lado, en medio de su madre y Petra, en la siguiente alguien ha disparado la cámara y lo ha sorprendido girado mirando algo con el rostro completamente absorto, un instante en que parece pararse el tiempo para aquel señor que posa sin darse cuenta y para él, que tantos años después ve retratada a una mujer que se cruza en el objetivo sin posar, una pequeña aparición como tantas en las que alguien se cruza en una foto por delante o por detrás, sus ojos miran y devuelven la mirada, sin sonrisas, sin conocimiento de quién es la otra persona, pero sí con la misma sorpresa y el mismo presentimiento que hay en los ojos del hombre que se ha girado para mirarla sin acordarse de que lo están fotografiando.

Una mujer que no es ninguna desconocida para él, una mujer que años después de esa foto cometió el mismo abandono que ella le ha contado.

Se conocieron tal vez en ese preciso instante, un segundo en el que todavía brilla la luz del descubrimiento y la ignorancia del futuro, se miran sin conocerse y no adivinan que van a convertirse en amantes y que tras varios años de verse en muy pocas y contadas ocasiones escapan juntos lejos de sus familias para vivir algo que aquí es clandestino y no soportan vivir, se miran sin adivinar lo que el destino les ha preparado, ignorando el grado de intimidad que llegaran a compartir y lo mucho que alcanzarán a conocerse de cualquier forma posible en que pueden conocerse un hombre y una mujer, desdeñando la trampa en la que se van a sentir envueltos y el giro en la dirección de sus vidas, un rumbo que parece ya trazado desde tantos años atrás en la rutina de unos matrimonios que no son lo que ninguno soñó que llegarían a ser y con los que en ese momento se conforman, se vieron por primera vez en el mismo instante en que alguien apretó el percusor de la kodak que hacía esas fotos tan cuadradas y que inmortalizó

sin saberlo el principio del fin para unos y el comienzo de todo para ellos dos.

—Quiero pensar que se quisieron, que lo suyo fue un amor de leyenda, un amor intenso, tan intenso como el nuestro, tal vez fue así ¿no crees? ¿Cómo de no ser así podrían haber abandonado a sus hijos?



Cuántas posibilidades hay de que algo así ocurra, algo como que nos encontremos tú y yo y comencemos nuestra propia historia, algo que en principio puede ser tan normal para mucha gente, comenzar, pero realmente, entre tú y yo, entre los hijos abandonados de dos personas que se fueron lejos a vivir un amor prohibido y clandestino, un amor adúltero que cambió sus vidas y por ende las nuestras, ¿Cuántas posibilidades hay siquiera de que nos hayamos encontrado?

En una ciudad tan grande como la que vivíamos, en los pueblos tan pequeños en los que nacimos, en medio de este mar en el que vinimos a vivir como si lo hubiéramos intuitido, como si nos hubiéramos acercado cada uno desde un camino distinto al punto que el destino había elegido para nosotros, presintiéndonos tal vez en nuestras soledades, yo aún con ella, tú huyendo de él, los dos escapando al retiro y al destierro de nosotros mismos, al despoblado de nuestras almas y nuestras vidas.

Cuántas posibilidades existían de que ellos se conocieran y se enamoraran, cuánto tiempo pasó hasta que se convirtieron en amantes, cuándo decidieron romper con todo y vivir una vida que no les había estado destinada en un principio y de la que tuvieron que tomar ellos las riendas para doblegarla a su voluntad y poder tener la oportunidad de ser felices aunque fuera a costa del dolor ajeno. ¿Se puede construir toda una vida con la base del dolor de los demás que uno mismo ha causado? ¿Son esos pilares lo suficientemente sólidos para aguantar las duras pruebas de la convivencia diaria o por el contrario son como edificios amenazados por aluminosis? Siempre a punto de caer, siempre a punto de declararse en ruinas, apuntalados y agrietados pero todavía en pie, aún resistiendo porque el resto de materiales aguantan, porque hay fuerzas contrarias que los mantienen, porque aún hay elementos que son lo suficientemente resistentes como para frenar el derrumbe y el siniestro.

Y yo queriendo protegerte, queriendo ser usado como escudo protector, tan delicadamente decadente en mi sentido romántico de la vida por decirlo de alguna forma que no suene muy pueril y ridícula, ¿cómo podré protegerte de esto? Si casi no puedo ni protegerme yo, si no sé cómo reaccionar ni recuerdo cómo haber reaccionado al ver esa foto, no me imagino tu cara mirándome ni la mía huyendo de tu indagación, no he visto nada más en ese instante que a ellos dos, ni siquiera ahora puedo ver otra cosa que a ellos dos en ese preciso momento, en el preciso segundo de tantos años atrás casualmente recogido por una cámara que alguien accionó.

Tal vez esa foto fue tomada para que ahora la viéramos nosotros, sus propios hijos, treinta años después y pudiéramos en nombre de nuestros sentimientos poder entender los suyos, tal vez por eso no la he visto antes ni la tengo yo en mi casa repetida como a veces suele ocurrir, alguien duplicaba las fotos para poder guardar el recuerdo por ambas partes, pero no, esa foto

ha estado guardada en casa de tu tía Petra una mujer que no conozco y se ha salvado milagrosamente de la destrucción vengativa de mujer abandonada que hizo tu madre para deshacerse de cualquier recuerdo doloroso, de cualquier imagen, como si así lograra olvidar.

Como si así se pudiera olvidar.

Durante treinta años ha guardado todo el veneno y toda la magia encerrada en los productos químicos que la han ido oxidando y amarilleando pero que no le han quitado la impresión ni la han palidecido en su imagen aún nítida, no le han dado más que el aire de una época que no recordamos, de un espacio que no hemos conocido, la atmosfera de un periodo del que no tenemos memoria, la reproducción de un tiempo en el que éramos inocentes y felices, felizmente inocentes, una foto que ha ocultado el filtro venenoso de la traición y el abandono para que la veamos ahora que conocemos y poseemos su único antídoto.

Ha habido un instante, mientras hablabas, en que todavía podía creer que no era la misma historia, que lo que me contabas no era exactamente lo mismo que yo había vivido, como si fuera tan normal o rutinario nuestro caso, como si hubiera dos Argentinas a las que poder ir, no es él, no puede ser ella, no puede ser que su padre y mi madre fueran amantes, no puede ser... pero la foto lo ha confirmado todo en un solo segundo.

—¿Esta mujer quién es?

—No lo sé, alguna vecina del pueblo, imagino.

Qué fácil y rápido habría sido decirte quién era, contarte la verdad, decirte que mi padre no es viudo aunque él dijera las mismas palabras, exactamente las mismas palabras que tu madre, soy viudo, para mí es como si hubiera muerto, pero no han muerto y el dolor es infinitamente peor porque lleva consigo el engaño y la mentira, la traición, incluso la vergüenza que ninguno de los dos supo afrontar quedándose en el mismo lugar de la infamia.

No han muerto, ahora tal vez pero no entonces cuando se fueron. No estaban muertos precisamente, sino más vivos que nunca, sin tener que mentir ni soportar un matrimonio fracasado, sin tener que esconderse, sin tener que medir sus palabras ni sus actos, sin tener que aguantar al lado a alguien a quien ya habían dejado de querer, viviendo libremente, sin ataduras, quiero pensar que con un leve remordimiento por los hijos que se habrá ido diluyendo con los años y tal vez con otros hijos en común, medio hermanos que jamás conoceremos, no, no estaban muertos, sino más vivos de lo que nunca antes habían estado, amándose sin prisas y sin horas, sin clandestinidad, sin refugios ni pensiones ni hoteles, sin horarios ni obligaciones, tan apasionados como tú y yo, has dicho, quieres creer que el amor de ellos fue tan intenso como el nuestro, decías, y es lo único que me ha hecho revivir y superar la punzada de dolor, un amor de leyenda tan intenso como el nuestro.

Tu capacidad para el perdón y para la comprensión es infinita, y espero poder acogerme a ella si algún día descubres todo lo que yo ya sé y te voy a ocultar.

No quiero descubrirte la verdad, no quiero que sufras pensando aunque tú digas que ya nada te puede hacer daño, no quiero más que protegerte del dolor del pasado aunque sé que tú preferirías saber toda la historia completa, tú, que te alimentas de historias y escribes historias, dejaré que sigas creyendo aquello que te ha permitido perdonar y olvidar.

Cuántas veces nos hemos tenido que inventar uno u otro para sobrevivir a los hechos de nuestra vida, cómo tendrías que volver a inventarte a ti misma tras todo lo que has pasado en los últimos meses si yo te dijera todo esto, quiero que vivas tranquila y seas feliz, lo demás ya no importa, ellos ya no importan, solo me importas tú por eso no te voy a contar nada de nuestros padres al igual que no te contaré jamás lo de Lucía y sus cartas a tu emisora, no quiero que veas en nada de los actos de los demás una responsabilidad que no te corresponde o un destino del

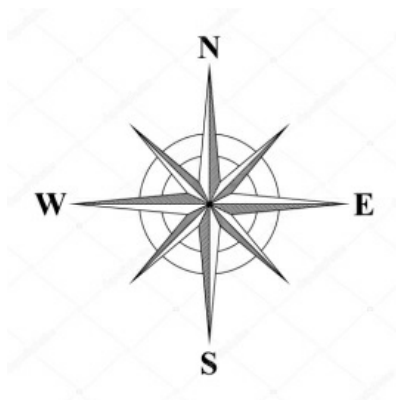
que no puedes huir, como si ellos lo hubieran trazado de antemano para ti en la espontaneidad irreflexiva de sus acciones o en el egoísmo propio de sus sentimientos.

Me salvas sin saberlo con una frase, con la idea de que nuestro amor es intenso, con la forma que le has dado a lo nuestro al nombrarlo desde fuera, poniéndole una especie de nombre propio, un amor de leyenda, un amor tan intenso como el nuestro, has dicho, y has logrado que entienda, que comprenda, que por primera vez los vea con ojos de amante en lugar de los ojos de un hijo abandonado que no sabe perdonar; yo también huiría contigo a donde hiciera falta, yo también soy capaz de dejarlo todo por ti, yo también te quiero tanto que no sería capaz de vivir ni un solo día pensando que no puedes estar a mi lado, que hay otro hombre con todos los derechos que yo no puedo tener, otro hombre que legitima todos los actos que entre tú y yo serían pecado y deslealtad, no podría imaginarte con otro, con todas las veces que fui consciente de que Lucía sí lo estaba y no me importó, con todas mis creencias de amor libre y sexo sin remordimientos, no podría soportar el simple hecho de que alguien te tocara como yo te toco o te besara como yo te beso solo porque hubiera entre vosotros un papel firmado y no tu voluntad, los comprendo por primera vez porque por primera vez siento algo similar a lo que ellos sintieron.

Te miro y sé que también haría cualquier locura por ti, por estar contigo.

Te desnudo poco a poco y me trago un principio de deslealtad hacía mi padre al yacer junto a la hija del enemigo, me abrume ante el único pensamiento de repetir contigo lo mismo que hizo tu padre con mi madre, follarte sin tregua, intentando no ver en ese acto una especie de venganza, una especie de desagravio que entre nosotros no tendría razón de ser, un acto brutal de desesperación, de rabia, de enmienda, intento no humillarte para mi propio dolor a pesar de la rabia que me consume, a pesar de que en el fondo querría hacerlo, vengar la afrenta con sexo puro y duro en el que mis sentimientos dejen paso al orgullo machista y asqueroso que no sabía que tenía y que salta sorprendiéndome y tiñendo todo de un sabor amargo de venganza consumada, el hijo de la persona agraviada repitiendo los mismos actos en la hija de la persona que lo agravió, el dolor de sentirme sucio tan solo de pensarlo, de que por una vez estar contigo no sea un acto de amor, sino de satisfacción y reparo, siento que te he sido deshonesto, me maldigo a mí mismo y me callo abrazándote para que no me puedas ver, para que no me mires a los ojos extrañada de esa brutalidad y de la ferocidad con la que te he tomado y de la que tú nunca sabrás la razón verdadera.

Te miro a mi lado y sé que soy capaz de hacer mil locuras por ti, entre otras tragarme todo aquello que te pueda hacer daño, evitarte los sentimientos y los pensamientos que a mí me consumen, sufrir por ti para evitar tu dolor, para que no sepas jamás que mi madre era esa lagarta con la que se fue tu padre a vivir al otro lado del mundo y por la que te abandonó, para que no veas y entiendas la rabia con la que hoy he sustituido al amor, yo, tan racional y tan ecuménico, tan enamorado y febril cuando estás cerca. Te miro y por primera vez los comprendo aunque eso no borre para nada la sensación de que la vida se está riendo de mí a grandes carcajadas.



Sueñan muchas veces con aquellos tiempos tan lejanos, incluso durmiendo juntos en la misma cama abrazados. De hecho, si se atrevieran a contarse las visiones oníricas que los acorralan cada noche comprobarían que a veces están soñando un solo sueño en común en el que se mezclan personas reales y hechos diarios y verdaderos que en realidad desconocen.

Lara sueña con la mujer sin rostro que se llevó a su padre y él ya le ha puesto cara al hombre que nunca creyó que iba a conocer, sueñan con las mismas personas y con el mismo hecho sin decirse nada, guardándolo como un trauma que se arrastra ya con la holgura de haberlo superado o simplemente como uno de esos secretos que es mejor callarse porque llevan una carga de veneno capaz de emponzoñarlo todo.

El quejido silencioso de un durmiente rompe la noche y, al segundo, los brazos de su amante lo envuelven en un gesto de protección inconsciente que hace remitir cualquier pesadilla, un gesto instintivo y mecánico que tiene un poder curativo que no sospechan porque no se acuerdan de él al despertar ni de la oscura opresión que lo produjo y que el otro detectó incluso en sus propios sueños.

Se saben como salvados de algo que en verdad desconocen, ungidos por una paz que no habían sentido antes en la que no hay apenas preguntas ni respuestas salvo las que libremente quieran ir contestando antes de que sean formuladas en forma de vivencia o anécdota, en forma de cualquier historia que de momento les apetece contarse sin más.

Aislados en las mañanas lentas de primavera, tan distintas a las de su vida anterior en que las prisas lo invadían todo y las obligaciones eran ineludibles, incomunicados voluntariamente, encerrados en los amaneceres y en los silencios tranquilos con los que se encuentran al despertar.

Uno mira al otro durmiendo y decide no moverse, no hacer absolutamente nada más que apretar el abrazo y respirar a pleno pulmón la calma, la luz y el perfume, bastando ese simple gesto para sentirse en una paz que nunca antes había experimentado y continuándola sin saberlo en el otro que nota su acto como una conciliación de él con todo lo que le rodea y con la persona que está a su lado.

La calma de las mañanas luminosas de un mes que está terminando y de todo un tiempo que comienza en el exterior, los días sin prisa viviendo en el sosiego de las cosas simples que se bastan a sí mismas, retazos de imágenes que ven al abrir los ojos y que siguen estando ahí cuando al cabo de un rato vuelven a despertar y se dan cuenta de que se han vuelto a quedar dormidos, el blanco de una almohada donde su pelo se ve más oscuro y largo, casi desparramado sobre ella con cuidadoso descuido, una mano masculina sobre un hombro desnudo, el embozo ligero del hilo sobre un bíceps marcado y contraído en el gesto de un abrazo, unos ojos que se

abren muy lentamente y reflejan los ojos que los están mirando.

Sueñan entremezclando pasado, presente y futuro sin poder discernir a cuál de los tres pertenece una imagen concreta, su madre joven todavía, su padre ya mayor, ella con el uniforme del colegio que lo busca a él como si hubiera dado una vuelta completa en el tiempo y volviera a su niñez con la seguridad de encontrarlo en un tiempo que todavía no existe, rostros que se van desdibujando porque hace demasiados años que no ven y que si pudieran verlos ya no serían igual que en las fotos que guardan, desconocidos que de repente adquieren una cara concreta y que sin embargo ya no les pertenece porque es la cara que tenían treinta años atrás cuando eran jóvenes, cuando tan solo tendrían unos treinta y tantos, más jóvenes de lo que son ellos ahora.

Sueños que ni siquiera les pertenecen, que deberían ser los sueños de otras personas pero no de ellos, y acaso lo son, acaso poseen una sincronicidad extraña que les permite acercarse a los sueños de sus mayores por arte de magia, por el simple hecho de que tras tantos años de vivir juntos en perfecta unión y confidencialidad han desarrollado una simbiosis sorprendente y logran ver las vivencias o los recuerdos que no les corresponden, tantas veces les han contado cosas, tantas veces les han hablado, les han explicado, que pueden visualizar lo que no han vivido como si en verdad lo hubieran hecho, como si los recuerdos fueran suyos.

Sin darse cuenta, por culpa de las fotos que han visto, vuelven a ellos durante días las imágenes olvidadas y las que sí recuerdan con claridad. De forma inconsciente no dejan de pensar en el pasado, sin querer hacerlo, como algo que no pueden evitar y que no depende de ellos o de su voluntad. Noches en las que abrazados vuelven a su cabeza imágenes que incluso nunca vieron y que no son suyas, sino de sus padres, cosas que les han contado de su niñez o de su noviazgo o de su adolescencia, de la más remota antigüedad, de sus abuelos, de la guerra, de la dictadura, del hambre, épocas que no están en las fotos siquiera aunque estas hayan traído los recuerdos tanto de lo que fue como de lo que nunca ha sido.

Canciones y músicas, tardes de costura, de corte y confección en las largas horas vespertinas de los veranos, carritos de helados, pasodobles y romances, miedos y silencios. Unas Pascuas con una pandilla de gente que ya no existe porque ha muerto antes que ellos y de otros que ven pasar la vida en el mismo pueblo, sentados a la fresca aún, tal como se hacía treinta o cuarenta años atrás, en la misma población y quién sabe si incluso en la misma casa heredada de sus padres a la que le han hecho varias reformas a medida que pasaban los años. Fachadas de ladrillo y escayola imitando un modernismo insuficiente, calles por donde pasan las procesiones de Semana Santa, las del Corpus y las de las fiestas de la patrona, calles engalanadas con antiguos cobertores al paso de las imágenes sacras que obligatoriamente han de pasar por ahí para ir a la iglesia mayor, la misma iglesia donde enterraron a los abuelos y donde se casaron sus padres y a la que ahora miran con rencor por su significado y sus evocaciones.

Canciones de Raphael y el Dúo Dinámico, dedicatorias pueriles y anticuadas en un modelo de radio que ya no existe o al menos no de esa forma, quiere dedicar esta canción al niño Angelito Fernández en el día de su primera comunión, a la señorita Carmencita Martínez en el día previo de su boda, a sus amigos de Pascua para recordar los días tan bonitos que han pasado todos juntos merendando. Campanas de Ángelus a las doce del mediodía, y el ángel del Señor se apareció a María, música sacra los Viernes Santos cuando era imposible sintonizar cualquier emisora hasta que descubrieron la Frecuencia Modulada y los Cuarenta Principales en donde sonaba Tequila con la misma ferocidad con la que cambian los tiempos.

Días de correr delante de la policía, de los grises, días de filosofía y política en las residencias estudiantiles, de compañeros de partido clandestino, noches largas de tabaco y vino cabezón, las mujeres leyendo *El segundo sexo* y vistiendo faldas largas, fumando igual que los compañeros

pero quedándose luego a limpiar las colillas y los vasos desperdigados por las mesas y el suelo, amor libre, pantalones de campana y flores en las camisas, guitarras usadas como armas, himnos de libertad, cantautores malditos y benditos, canción protesta en catalán, *Al vent, al vent del món*, cursos interrumpidos por huelgas y manifestaciones, espectadores envidiosos y emocionados en revoluciones de claveles, idealismo que años más tarde se quedó en absolutamente nada.

Como si estuvieran viendo capítulos de *Cuéntame* van viniendo a su mente la juventud de sus padres, de los dos que están y de los dos que se fueron, van arrastrando el rencor sordo de abuelos que les dejaron un álbum de anécdotas y miedos que, pese al tiempo que ha pasado y lo distintas que saben que son las cosas, hace mella en ellos, como si les hubieran transmitido por vía intravenosa toda esa información y esas vivencias, como si llevaran en los genes la condición de víctimas y las frustraciones de una vida que no pudo ser mejor.

Saben que el pasado es imposible que vuelva y no se reconocen como resentidos sociales, pero no por ello dejan de guardar las verdades que les fueron contadas años atrás, “*papá, cuéntame otra vez esa historia tan bonita de aquel guerrillero loco que mataron en Bolivia*”. Saben que bajo los adoquines no hay arena de playa y eso les duele tanto a ellos como les pudo doler a los jóvenes que lo creyeron entonces, a sus padres que creyeron en una vida mucho mejor.

Sueñan con cosas que no han vivido, con cosas que es imposible que ocurran de nuevo y que nunca por tanto van a vivir, y sobre todo sueñan con ellos dos, con los que no están, intentan cuadrar las fechas, intentan saber qué dictadura o democracia los pilló de lleno en mitad de los sesenta en Argentina y qué pudo ser de ellos, y si hubieran muerto o hubieran salido de allí por piernas también, pero no se molestan en buscar por internet o en algún libro las fechas exactas, saben que en el 72 derrocaron a Allende en Chile, han leído cien veces a Neruda, pero no buscan exactamente qué pasó en Argentina poco después y si sus padres fueron a parar de una dictadura a otra o si acaso pasaron primero por algún otro sitio antes de establecerse en Buenos Aires, pero les vienen a la mente las imágenes de las madres de la plaza de Mayo y el juicio a un tal Videla que dieron hace poco en las noticias. Cuál fue su periplo de internacionalidades, en dónde se escondieron los primeros meses o años tras su fuga, dónde han ido a terminar después de todo, dónde han pasado la mayor parte de su vida, una vida completamente extraña y lejana para ellos dos de la que nunca volvieron a saber nada.

Sueñan que repiten los gestos, que hacen y dicen las mismas cosas que pudieron hacer sus padres, sobre todo él que ve repetido en cada gesto que hace una rememoración que no deja de serle extraña, se siente identificado con un hombre que no conoce y al que odió durante mucho tiempo y al que solo le ha perdonado ahora que sabe que es el padre de la mujer que ama, curiosa coincidencia para él que jamás creyó en ellas.

Solo le ha perdonado ahora que siente más o menos lo mismo que él pudo sentir, que se solidariza con los sentimientos egoístas que le hacen querer tener a Lara a todas horas con él, como si no pudiera vivir sin ella pese a estar tan cerca el uno del otro, la sensación de querer dormir acurrucado en sus brazos o de verla despertar tuvo que ser muy similar a la de aquel hombre, la impotencia de no lograr pasar un día sin verla, un día sin besarla o sin hablar tuvo que ser igual, las ganas de no salir de su cuerpo, de quedarse en ella, de fundirse con ella tuvo que ser tan absolutamente dolorosa para él también sin importar que en ese gesto le hiciera polvo la vida a alguien a quien no conocía pero que estaba en la vida de ella desde antes de que él llegara.

Gestos de antes repetidos generación tras generación y que parecen nuevos cuando los hacen ellos en la soledad de las mañanas compartidas, de los domingos sin prisas en que se han acostumbrado a amanecer juntos, sueños que a veces se cuentan sin querer, *he soñado contigo*,

no lo recuerdo pero estabas en el sueño, silencios expectantes en el que intentan analizar las imágenes que han visto sabiendo que esos sueños tienen un significado oculto que no saben desentrañar.

—Te he visto paseando por la playa pero cuando estaba a punto de alcanzarte desaparecías—. Sueños que recuerdan épocas que intentan olvidar.

—Eras tú pero luego tu cara era la de Lucía.

—Pues vaya mierda de sueño.

—La verdad es que sí, vaya mierda de sueño.

Ella piensa en Petra maldiciendo el dolor de su recuerdo y dándose cuenta de cuánto la puede echar de menos aunque hayan pasado tantos años y de que sus ahorros hayan sido tan útiles en su escapatoria. Cómo tuvo que ser vivir enamorada de un hombre que jamás llega a verte como a una mujer, cómo sería querer a sus hijas casi como propias y a la esposa como a una hermana, cómo tuvo que ser verlo marchar para siempre, renegando de todo, sin haberle dicho a ella, en su condición de amiga íntima, ni una palabra de todo lo que le estaba pasando, notando la traición no solo a los votos matrimoniales que ella supone sagrados, sino a la amistad que los une desde que eran niños y jugaban en la misma calle y compartían en tiempos de escasez un trozo de pan con sal y aceite.

Las fotos han traído recuerdos propios y ajenos que duran unos días, quizá algunas semanas, y que luego ya no van a volver a recordar, unos días tan solo hasta que él supera la situación, hasta que ella deja de notar en él que algo extraño le está pasando y todo vuelve a la normalidad.

—Te noto raro últimamente.

—No es nada, será el cambio de estación, la astenia primaveral que me deja hecho polvo.

Y pasan los días y se alejan las imágenes y las sensaciones, no vuelven a mirar fotos para poder huir inconscientemente de su carga de evocaciones y dolores.

Se hacen ellos otras fotos nuevas con las que terminar el álbum de papel vegetal recuerdo de su primera cita juntos cuando aquello aún no era una cita. Dejan pasar el tiempo, lo dejan vagar entre sus pocas obligaciones diarias, entre los programas que ella tiene que ir construyendo, entre los poemas que va buscando y las citas que va leyendo para que la ayuden a escribir el libro que se ha propuesto escribir en un año que va pasando poco a poco sin que se dé cuenta de cómo se acerca el final de su período sabático, días de cafés y paseos, días en que lo más inverosímil es encontrar una estrella de mar en la arena y lo más simple es quedarse en silencio delante de una taza de café compartida mientras se miran a los ojos impacientes por subir a la habitación.

Vuelven poco a poco de la rememoración del pasado producido no tanto por las fotos que han visto como por los silencios y las palabras que las han acompañado, silencios estridentes de sentimientos que se callan y de secretos que no deben ver nunca la luz para poder seguir viviendo, palabras que solo cuentan lo meramente anecdótico o histórico y que callan lo realmente importante, lo que no se atreven a preguntar ni a decir sin que les pregunten.

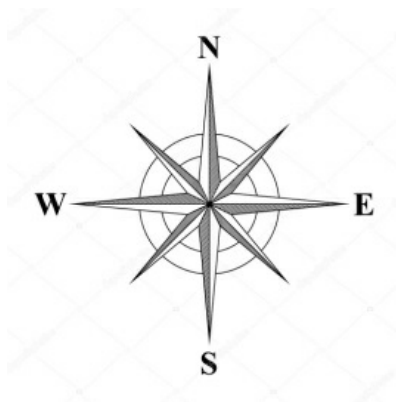
Se van alejando de esos instantes hasta que un día, de repente, saben que han superado el pasado y que el futuro es completamente suyo así como ese presente de días en calma junto al mar.

Un día de repente él vuelve a cocinar un plato sumamente elaborado y ya no piensa en nada, ya no piensa ni en Lucía ni en su madre ni en el padre de Lara, sino en qué va a decir Lara cuando la sorprenda ese sábado con esa cena romántica que requiere toda su concentración y buen hacer de cocinero de élite. Ya no se escuda en la concentración que una receta complicada requiere para pensar sin que se le note en la mirada, ya no recurre a la fragilidad de los alimentos o al proceso delicado que requiere su presentación o a la delicada inconsistencia de las viandas

para disimular que está pensando en otra cosa, se logra concentrar en lo que hace sin encubrir sus pensamientos verdaderos y todo recupera el lugar que siempre le ha correspondido sin que apenas se dé cuenta.

Y ella, que no sabe el proceso por el que ha pasado, olvida los pensamientos que la asaltaban al leer un poema triste o una oda al amor ajeno para saborear lo que Marcel le presenta con el mismo entusiasmo que haría si fuera una abuela necesitada de cumplidos, saboreando no solo lo que ha hecho, sino sabiendo que lo ha hecho por ella, que se ha saltado años de no cocinar para poder darle a ella una cena íntima, validando su esfuerzo y reconociendo su buena voluntad, su osadía tierna de ofrecerle lo mejor que sabe hacer.

Dejan de soñar sin darse cuenta, pero en el transcurso de los días y los sueños han superado sin saberlo el miedo al futuro que arrastraban desde muchas generaciones atrás, desde mucho antes de nacer o de que la vida les hiciera crear sus propios miedos y desengaños, y han aceptado en su vida a la otra persona sin que les importe nada más que su presencia, que saber que está ahí.



Qué suerte que nos hayamos encontrado, qué suerte que seamos ahora lo que antes no fuimos y hayamos coincidido en el tiempo y en el espacio propicio para descubrirnos el uno al otro más allá de las vivencias y errores anteriores a nosotros mismos, en el momento justo en que podíamos estar a punto de perdernos para siempre, tan a punto de no ser nada, de no ser ya nadie.

Qué suerte que seas como tú eres, como solo tú puedes ser, que te hayas inventado a ti misma de esta forma, y que yo haya podido asistir al renacimiento de ti con la alegría del descubrimiento y la confirmación, con la sorpresa de ir descubriéndote cada mañana mientras tú te tomabas la inmensa faena de ir creándote entre las brumas de los amaneceres, entre las caricias de las madrugadas o las tardes que hemos llegado a compartir, entre las olas del mar en el que paseamos contándonos la vida como si con ello pudiéramos reconocernos a nosotros mismos en los lugares y en los modos donde nunca antes nos reconocimos, sin miedos ya ni rencores, sin olvidos ni perdones para los que nunca pedimos el perdón.

Qué suerte que seamos tan solo dos personas, que hayamos podido abandonar la carga, que hayamos prescindido de seguir arrastrando el lastre de vidas anteriores, que hayamos depurado tanto los recuerdos como para poder evitarnos tristezas, que suerte que yo tenga la suficiente fuerza de voluntad como para no contarte toda la verdad y al mismo tiempo sepa valorarla en la justa medida como para saber que tengo que seguir ocultándotela y poder construir contigo el futuro que estás construyendo, tan nuevo y limpio que no admite la posibilidad de los nuevos descubrimientos sin ser manchado por ellos.

Qué suerte que el amor por una vez no sea esclavo, que no sea barrotes ni limitaciones ni coartadas, que no sea la prisión que hasta ahora nos ha mantenido tan inmóviles a los dos, que no sea algo firme sin probabilidad de expansión, algo de costumbres rectas impuestas por la rutina y los hábitos heredados o creado bajo las expectativas de amores pasados.

Qué suerte que el amor no sea lo que nos termine, sino lo que nos comience.

Qué suerte que el amor no sea roca ni precipicio que nos asome al vacío, que no sea el tronco hueco de los árboles centenarios entre los que paseamos con el asombro de su avejentada gigantez, que no sea inmóvil ni esté creado aún del todo, sino que tengamos que hacerlo crecer nosotros mismos un poco cada día, añadirle sin darnos cuenta un círculo más al grueso de nuestra cóncava circunferencia de vida, hendiendo en la corteza las señales que pronto la convertirán en madera firme, que transformarán en núcleo lo que antes fue envoltura, en esencia y corazón lo que antaño era un simple revestimiento sin profundidad.

Qué suerte ser carne y materia entre tus manos, ser alma y vida entre tu respiración, que

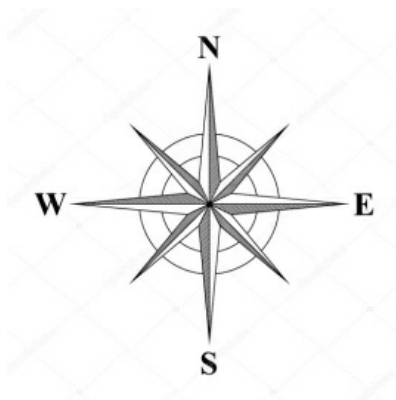
suerte poder llegar hasta ti renaciendo de entre las sábanas siempre nuevo y puro ante tus ojos, ser promesa cada mañana y cumplimiento cada tarde, ser el hombre que siempre quise ser y que nunca fui.

Qué suerte poder ser mar sobre ti, ser arena sobre la que te tumbas, agua en la que te bañas, cielo en el que pierdes tu mirada, nubes en las que adivinas distintas formas, viento por el que te dejas acariciar. Ser parte del mundo que amas, vivir en él, pertenecer a tu misma especie y a tu misma vida, ser la parte convexa de tu concavidad, ser la parte de ti sin la que ninguno de los dos sería nada, vacío y antimateria, oscuridad, un ser deshabitado y vano si tú no hubieras llegado nunca, si tú no estuvieras aquí.

Qué suerte no tener que demostrarte nada, no tener que fingir, haber superado el miedo y la vanidad, el orgullo y la presunción. Qué calma no tener que seguir luchando, reconocerte en mi paz, que seas mi tregua y mi guerra a la vez, que seas tanto sosiego como inquietud, tanto sueño como certeza, tanto ensueño como realidad, mi única realidad.

Qué suerte que estés aquí y lo seas todo, que nos hayamos encontrado en medio del mundo, que me mires y que me toques y que me ames y que me beses y que hagas realidad el milagro, qué suerte ser parte de ti, estar en ti.

Qué suerte que el amor no sea lo que nos termine, sino lo que nos empiece.



Lara le había preguntado una vez si creía en las casualidades y él le contestó en aquel momento que no, que le resultaba imposible creer en ellas porque eso sería admitir la posibilidad de que ella pudiera no estar ahí, con él, en esa playa, viviendo tan cerca o incluso quizá que ni siquiera hubieran llegado a conocerse, algo que lo llenaba de inquietud.

Y sin embargo, tenía que reconocer que en su cortísima vida en común había casualidades que no lograba explicarse, vivencias a las que no podía darles un significado salvo el de ser completamente fortuitas y sin razón concreta de ser.

El porqué de aquella foto de Lara y Lucía tan niñas compartiendo playa en un instante de verano, que Lucía escuchara y escribiera a su programa de radio como miles de personas más o el hecho de que sus padres hubieran sido amantes y que incluso ahora probablemente pudieran seguir viviendo juntos en cualquier lado del mundo era, como poco, extraño, a todas luces excepcional e inexplicable.

El simple hecho de que dos personas se conozcan y se enamoren en este amplio mundo ya es de por sí extraordinario, el encuentro de dos almas, la realización de las acciones necesarias que sin saberlo han hecho para poder encontrarse, la subsanación de los errores cometidos en el pasado que les ha permitido llegar hasta ese punto libres de cargas físicas aunque no emocionales, la forma única en que pudieron haberse conocido mil veces y en que no se conocieron ninguna hasta hace solo unos meses atrás cuando ella llegó a rescatarlo con el mismo gesto hostil y huraño que él tenía y con el que no recuerda haberlo mirado.

Tan seria, tan maltratada por la vida, con tantísimo dolor a sus espaldas durante tantísimo tiempo que él todavía no sabe cómo lo ha podido superar y cómo puede mostrarse ahora tan feliz, tan cambiada, igual que él, tan amargado y tan tosco que ahora casi no se reconoce al mirarse en el espejo, su cara rejuvenecida casi por arte de magia cuando la observa cada mañana al afeitarse, como si se hubiera quitado no solo un gran peso de encima, sino varios años y ella, con la piel traslúcida y luminosa, que lo abraza por la espalda mientras lo mira reflejado, ha abandonado las ojeras que parecían tatuadas en sus ojos cuando la conoció en un lento pero firme proceso de recuperación de sí misma.

Nada de todo eso es por casualidad, es imposible que las casualidades existan, siempre ha de haber un motivo para que las cosas sucedan aunque no veamos cuál, aunque sea un simple camino de aprendizaje todo cuanto nos ocurra, la acumulación de lecciones que da la vida una tras otra y que a veces se llegan a juntar en algún punto del que solo podemos ver el simple hecho, el cruce de las dos líneas, la puntualidad del suceso, el accidente, la circunstancia en común.

Ve a su padre sentado delante de los cuadernos de climatología a los que es tan aficionado, le ve pasar las hojas del calendario zaragozano como buscando datos o confirmaciones a sus especulaciones y predicciones meteorológicas y piensa que Lara en su buhardilla estará haciendo los mismos gestos, consultará libros, buscará poemas, confirmará ideas o pensamientos, y él, ajeno a esos dos mundos, solo puede observarlos con cierto grado de reticencia e incredulidad, siempre desde fuera, sin dejarse arrastrar por ninguno de ellos dos a su mundo construido de rimas o nubes, de ensayos o soles o vientos, de lectura u observación, de estudio o de empirismo, sin llegar a cruzar la línea que le separa de ellos y de sus aficiones o trabajos, aceptándolos en su vida sin preguntar nada y sin inmiscuirse en esos universos paralelos en los que a veces se hunden dejándolo a él en un mundo aparte.

Salvador le ha pedido que por favor preparase unos pastelitos o alguna tartita sencilla para la reunión de esa misma tarde con los compañeros, la misma reunión de todos los años y por el mismo motivo de todos los años en la que él prepara algún refrigerio y una buena cafetera de café descafeinado y procura marcharse hasta que terminan para no tener que oír las sandeces de aquellos abuelos metidos a hombres del tiempo que cada vez parecen más ecologistas pesados que otra cosa.

En ocasiones ha intentado quedarse para escuchar sus predicciones o para descubrir los métodos que utilizan y a los que le invitaron muchas veces a conocer pero de los que rehuyó la primera vez que les escuchó decir que aviones de gobiernos europeos rompían las nubes de lluvia para llevarse el agua a sus países tan verdes y frondosos como si eso fuera un complot posible de cualquier estado u organización de inteligencia extranjera. Los condenó al ostracismo y se conformaba con saludarles como si fueran sus tíos y a hacerles pasteles con los que amenizar la velada climatológica pero escapaba de ellos en cuanto podía pese a que se alegraba siempre de verlos, cada vez un poco más ancianos pero siempre con ese ímpetu de juventud aprendido de las épocas más transgresoras y más rebeldes de sus vidas que compaginaban con el milenario conocimiento de las cabañuelas.

Predicciones en el cielo basándose en una sabiduría ancestral que ellos, gentes de ciudad, nunca habían necesitado excesivamente y que eran más propias de la gente de campo.

Si el mar estaba oscuro señalaba tormenta o lluvias un año después, si el cielo estaba aborregado indicaba lluvias con posibilidad de granizo o nieve, si el sol amanecía rojo y con nubes marcaba cambio de tiempo y si era así a la puesta indicaba justo lo contrario.

Llevaba años viendo a su padre hacer cabañuelas cada mes de agosto, reuniéndose con aquellos compañeros varias veces al año para charlar de ese mismo tema y tomar la casa por asalto los primeros quince días de ese mes para levantarse a las cuatro de la madrugada, haciendo turnos para dormir e irse a la playa a seguir con sus predicciones meteorológicas y vaticinios climatológicos asombrándose de que siempre acertaran.

Les veía predecir con un año de antelación en qué mes nevaría, qué mes sería más lluvioso o más seco, incluso a partir de qué día de qué mes cambiaría el tiempo y no se equivocaban jamás.

Los miraba reunidos en sus mini congresos y parecían un grupo de viejos a los que ya se les iba la cabeza y sin embargo nunca como en esos días eran tan certeros y tan infalibles.

¿Se podría hacer cabañuelas con las personas? Si nos concentramos en ver las señales de una vida, los indicios de cambio, los soles, vientos, lluvias o granizos que la han golpeado cada año ¿podemos intentar averiguar qué va a ser de ella, como será su futuro? ¿Está también el destino de los hombres escrito en las estrellas?

Estaba convencido de que todo lo que a él y a Lara les había ocurrido, toda aquella vida en común que él había descubierto y de la que se negaba a hablarle, no podía ser una simple

casualidad, que las coincidencias entre Lara y Lucía tenían que tener un significado que no llegaba a comprender y que lo llenaban de cierta inquietud que no quería aceptar porque no podía razonarla coherentemente, no sabía interpretar las señales, no sabía qué podía significar todo aquello y mucho menos entender el porqué. La foto, sus padres, el programa de radio, demasiadas casualidades para él que no quería creer en ellas, que nunca había creído en ellas.

Lara, sentada en medio de aquel grupo de abuelos cariñosos que siempre parecían necesitados de atención, reinaba como una especie de Blancanieves entre los siete enanitos, la veía inclinarse sobre los cuadernos de predicciones del verano anterior intentando entender su letra avejentada por la edad y por el poco tiempo que algunos de ellos habían estudiado de niños, cuando algunos habían salido de los colegios a una temprana edad para comenzar a trabajar en el campo con los padres, maravillada del saber antiguo y milenario que ellos representaban, alucinada de encontrar algo tan ancestral en esta época de tecnología y comunicaciones, sonriéndole cuando decían frases que nadie menor de 80 años podría decir, tomando café con tarta mientras él observaba el cuadro apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados.

Qué señales había en su vida, qué signos delataban su futuro, qué mensajes se podían descifrar en las experiencias ya vividas por ellos, y en el caso de que pudiera saber qué vestigios de su vida pasada marcaban la futura, qué podían significar, qué podrían querer decir, cómo separar el trigo de la paja y saber qué hechos podían ser significativos y cuáles no y en el caso de hallarlos cómo interpretar ese significado de forma correcta y no errónea, cómo saber si algo era lo que parecía o bien quería decir justo lo contrario.

Cómo saber si algo que ocurrió en el pasado ha modificado o modificará el futuro o incluso propició que el futuro fuera de una forma concreta y no de otra.

Quién le habría dicho a él, tan activo en sus años anteriores, que estaría durante tres o cuatro años paralizado y sumido en la soledad, quién hubiera podido adivinar, si lo hubiera conocido en sus viajes y en sus años de cocina internacional y concursos, que dejaría para siempre la restauración y se quedaría varado en aquella playa, quién hubiera podido decir que se convertiría en un hombre serio y taciturno que buscaba la soledad y el aislamiento, que por primera vez en su vida había dejado de moverse en cualquier dirección y se encontraba tan seguro de sí mismo como de sus actos de clausura voluntaria, tan nervioso y tan inseguro antes, tan activo emprendedor y dinámico como ahora pasivo e indiferente, neutral e impasible a los ruegos de su socio o de su padre para que volviera a vivir, según ellos mismos decían, para que volviera de nuevo a la actividad profesional y a salir de la madriguera a donde había ido a esconderse tras la muerte de Lucía.

No echaba de menos la vida anterior, de hecho le parecía haber estado viviendo de prestado, haciendo cosas que creía que le llenaban para descubrir que en realidad no le importaban ni siquiera un poco, la ruptura con lo que había sido su vida entre fogones desde que comenzó a estudiar de jovencito y a trabajar o hacer prácticas en restaurantes cada vez de mayor calidad y número de tenedores le parecía algo que había hecho otra persona y no él.

Recordaba sus viajes como algo similar a una pesadilla, los concursos culinarios le dejaban un estrés del que tardaba semanas en recuperarse y que no eran para nada convalidados por los premios que pudiera recibir, los días de preparativos, las innovaciones, la originalidad, todo el tremendo esfuerzo, el tener que viajar a países extranjeros en donde no se entendía con nadie salvo con los compañeros españoles que también eran rivales ocasionales. Definitivamente no era eso lo que echaba de menos de su vida anterior.

Recordaba las estaciones, las habitaciones de hotel, las compañías de una sola noche, las mujeres que le ayudaron a dormir porque, pese al cansancio del viaje y de la cocina, los nervios

se lo impedían y le urgía serenarse de una forma u otra, los nervios lo excitaban a seguir buscando emociones fuertes que lo dejaran dormido y exhausto como un fardo sobre la cama mercenaria de cualquier habitación extraña e impersonal en la que sus cosas no terminaban nunca de encontrar el lugar adecuado para guardarse o simplemente estar, las calles extranjeras, las voces siempre más bajas que en España, tanto que no lograba entender cómo las personas se oían unas a otras en el leve murmullo de los bares y terrazas o estaciones en donde siempre se hablaba a menos decibelios de los que él estaba acostumbrado, las frases en idiomas desconocidos que poco a poco fue aprendiendo ya no solo a fuerza de escucharlos durante días o semanas, sino con el tesón al que se sometía a su aprendizaje en las pocas horas libres de las que disponía, las enormes salas en las que se celebraban clases maestras de grandes cocineros, el aroma nuevo de la cocina combinado en un aire que no olía exactamente igual que el de su ciudad, los fogones y hornos y utensilios puestos a su disposición para lucimiento de platos recién inventados que requerían un año entero de maceración en su mente, el miedo a que de pronto fallara algo, que no calentara bien el horno, que las fresas no estuvieran en su punto de maduración, que los pescados no pesaran los gramos necesarios o las carnes no fueran exactamente igual a las que él había comprado en España, más duras o más blandas, más nerviosas o más magras, que necesitaran otro punto de cocción y que no le quedara todo de la misma forma tan perfecta en que lo había hecho cientos de veces antes. Recordaba los nervios y la calma cuando ya todo había pasado y lograba bajar la guardia para guardar su premio o para poder felicitar a sus compañeros ganadores sin un asomo de envidia o rencor, algo para lo que estaba realmente incapacitado.

Recordaba las mañanas posteriores al viaje como una vuelta a la realidad con una sensación de rutina y hábito que le molestaba y al mismo tiempo le aliviaba, se sumía de nuevo en la costumbre y en la repetición con aire de penitencia por los días intensos que había vivido y en los que había estado ausente de su trabajo real y cotidiano sintiéndose medio privilegiado medio obligado a vivir esas experiencias, como si no quisiera reconocer que al mismo tiempo que le daba cierta sensación de vértigo y novedad que le encantaba, le producía el desasosiego que siempre iba con él y el miedo a lo desconocido que no podía quitarse de encima, como si siempre fuera un paleta lejos de su pueblo en el que se siente cómodo aunque aburrido.

Las grandes pompas, los lujos, los fastos y las exclusividades de ciertos ambientes le eran tan extraños que nunca logró habituarse a ellos, los grandes salones, los grandes hoteles, las brillantes cocinas de aluminio, el lujo de las vajillas de porcelana y cristales de las copas, de cubiertos de plata estilizados y de largos mangos que quedaban enormes en las manos de las mujeres, los centros florales que veía sin darles importancia pero que comparaba en su fuero interno con las flores vivas del jardín de su abuela la comunista, las palabras extrañas y sofisticadas para nombrar cualquier cosa simple, la importancia de los detalles y el protocolo del que siempre permaneció neófito total por falta de interés en lo que no fuera simplemente meterse en la cocina y estar entre fogones, algo que a Lucía le daba tanta rabia y que sí comprendía y acataba a la perfección como la inmejorable anfitriona que había sido en su trabajo de relaciones públicas o en las fiestas privadas que le encantaba dar a la menor ocasión.

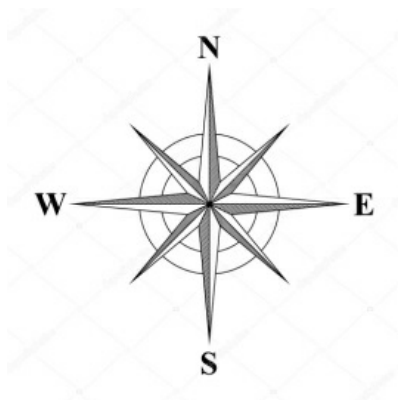
No logra discernir, mientras está parado en el quicio de la puerta viendo a Lara charlar con aquellos abuelos, qué cosas de entonces modificaron su vida de ahora, qué cabañuelas podrían hacerse con los signos de aquel tiempo, de qué forma puede casar los acontecimientos para que estos den una imagen de futuro igual que su padre casa las nubes con el viento o con el color del mar o con el del sol al atardecer para pronosticar que en el mes de marzo del año próximo nevará a partir del día 15 para sorpresa de quien se vaya a la playa a pasar las vacaciones de Semana

Santa y desechara, en su ignorancia, irse a una buena estación de esquí.

Qué síntomas de todo esto hubo en todo aquello que vivió, en la rabia silenciosa de la monotonía y en la paz de las mañanas de mercado, en el estrés de las cenas de empresa o de las comidas de negocios con la placidez de culminar un plato concreto de la forma perfecta, en la prisa de los comensales y el desasosiego orgulloso de la preparación junto con la rabia de ver que sus recetas se quedan casi integras en el platón de porcelana que dejan a un lado los clientes, la exquisita educación con la que tienen que tratarlos y que nada tiene que ver con la tranquilidad y la camaradería con que habla con el pescadero o el frutero, con los que se siente mucho más cómodo, en los puestos del mercado en los que es comprador habitual, cliente de los buenos, de los que compra por cajas y no mira los precios, la cervecita a media mañana en un bar lleno de trabajadores y oficinistas que huele a ensaladilla y bocadillo de calamares o tortilla de patata, la luz de las avenidas y de las bóvedas metálicas que cubren los puestos de hortalizas, la disparidad de colores y olores combinados en mostradores repletos y limpios, el verde y blanco de las coles o lechugas con el rojo de las cerezas o el de la sandía, el aroma de los melones abiertos que los tenderos dan a probar a las amas de casa, dulces como el arrope supurando gotitas de jugo que invaden el ambiente y se mezclan con el olor de los melocotones o las cebollas tiernas, el cotorreo incesante de los vendedores con los clientes, los gritos de los gitanos que venden ajos en puestos formados por cajones antiguos de madera y lo anuncian metiéndose con la gente que va pasando, guapa, rubia, carita de Mare de Déu, cómprame ajos, el aroma ahumado del pimentón extremeño que a él tanto le gusta en el puesto de las hierbas y de las especias, el de los pescados que se muestran brillantes y plateados en mostradores de mármol blanco, los centros de frutas y verduras de la estación que la hija del verdulero le hace con una gracia que tiene más que ver con las flores que con las hortalizas y que ellos ponen luego en un lado de la cocina justo lo que se ve desde el comedor al abrir la puerta para la entrada de los camareros.

Qué pueden significar todos esos gestos y esas vivencias, la interacción de tantas personas en su día a día pretérito con la soledad de ahora en que siete ya son multitud aunque le veneren sus tartas y sus paellas, días extraños en que se ha reunido con alguien, los amigos de su padre o la familia de Lara, y no ha sentido la misma inquietud que cuando cocinaba para cientos pero reconocía que sentía cierta extrañeza en los gestos que hacía al cocinar, como si en el tiempo en que había vivido solo hubiera perdido la costumbre y el recuerdo de manejar los utensilios antes tan habitual.

Cómo podía ser que echara de menos las sopas de ajo de su abuela y al mismo tiempo le enloquecieran las tablas de patés y quesos franceses, cómo podía ser que fuera capaz de matar por un arroz con pollo de los de entonces y ahora pudiera construir platos tan delicados y exclusivos que no lograba decir ni su nombre si es que no tenía incluso el privilegio de bautizarlos él mismo, cómo era posible que de pequeño le enloqueciera el queso fresco sin sal en un bocadillo con tomate restregado y sin embargo ahora pudiera nombrar y diferenciar casi todos los quesos del mundo sin equivocarse ni de uno, cómo saber qué síntomas del pasado preveían el futuro y se iban convirtiendo en presente. Los ancianos comenzaron a despedirse, a citarse para dentro de relativamente poco tiempo, el primer día de agosto, y él se acercó saliendo de su mutismo y de sus reflexiones para recibir las felicitaciones de rigor sobre su pastel y esta vez, sin cortarse ni un pelo, por su novia de la que parecían encantados y felices por haberla captado para su increíble y benéfica secta meteorológica.



Estaba amaneciendo y todos permanecían atentos al movimiento de la tierra, escuchando su voz callada que hablaba en señales y susurros solamente audibles para selectos y eruditos oídos como los suyos, con un cuaderno en la mano y un lápiz en la otra, mirando en dirección al mar y comprobando el resplandor recién nacido del sol sobre las aguas, escrutando el horizonte por el que comenzaba a asomar una claridad muy lejana todavía que teñía el cielo de añil y las aguas de azul cobalto, el viento casi inexistente soplaba de poniente, muy leve y fresco todavía, los dedos de los pies se le helaban en las sandalias y pensó que a la mañana siguiente se pondría zapatilla cerrada. Un gallo cantó a lo lejos, en algún tejado del pueblo donde aún habría alguien que cuidaba pollos caseros para las paellas de los domingos como se hacía antaño; la naturaleza estaba por lo demás tranquila, sin ruidos ni apenas aves cruzando el cielo, todo era quietud en ese momento y Lara, fiel aprendiz, anotó sus sensaciones y todos los detalles que creyó importantes en su libreta tal como le había dicho Salvador que tenía que hacer.

Le gustaba ese silencio del amanecer, esa humedad que se desprendía de la tierra, los colores que poco a poco iban pintando el cielo y amplificaban la luz tenuemente casi segundo a segundo.

Esperaba la aparición estelar del sol para ver su color, más o menos rojo, más o menos grande y visible, cambiando el paisaje en el cual estaban todos sentados observando y desde donde se veía un mar infinito y un pueblo blanco a los pies como si quisiera trepar al lugar en que ellos estaban y que era, por su altura y su buena ubicación, el lugar perfecto para las cabañuelas.

El castillo quedaba a su espalda y por delante un horizonte más eterno que nunca, mucho más grande de lo que ella había visto nunca, casi notando la forma curvada de la línea cada vez más visible que separa el cielo de la tierra, a los lados montaña y más mar, las playas en las que se habían estado bañando estos meses, la arena blanca que en este momento daría tanto gusto pisar descalza, fresca y húmeda entre los dedos de los pies, masajeados por las olas que lamen cristalinas esa orilla por la que llevan tanto tiempo paseando y a la que solo desde hace unos pocos meses le permiten caricias marítimas de verdad, caricias de mar y sal en sus pies descalzos que siguen caminando hasta el pueblo para seguir con la rutina de todas las mañanas y tomar el café con leche de rigor, Salvador ya el primero sin miedo a los resfriados del invierno, su madre uniéndoseles algunos fines de semana, los cuatro descalzos, activando la circulación sanguínea con las olas y la arena, con las pisadas saludables a las nueve de la mañana cuando el sol todavía no calienta tanto y la mañana es prometedoramente fresca para comenzar a caldearse hasta lo insoportable a partir de eso de las diez, casi cuando es hora de ir volviendo, de recorrer ese mar de nuevo en la dirección contraria y volver a casa tras un nuevo paseo activador de piernas y de corazones, tras una nueva mañana que, pese a ser igual que otras muchas que han tenido ese año,

es distinta en sí misma, siempre diferente pese a repetir los mismos gestos y a veces, sobre todo cuando los dos abuelos van con ellos, hasta las mismas palabras.

En la quietud y el silencio de la recién nacida mañana la vida parece tranquila y sin ansia de ningún tipo, como si aún no estuviera contaminada por la existencia de los seres que pueblan la tierra y que en unas pocas horas la llenaran de ruido y de actividad, inocente como todos los recién nacidos, absuelta y salvada de cualquier tipo de corrupción y veneno, nueva, inmaculada todavía, con un frescor de recién lavada que se desprende en la limpieza del aire libre de olores y al mismo tiempo lleno de aromas, con el aire de poniente que produce esos dolores de cabeza tan tremendos a medida que arrecia por las mañanas y va volviéndose más y más caliente hasta ser insoportable a mediodía pero que en ese instante no deja caer toda la sensación de calor que sin embargo ya promete, aún fresco por la nocturnidad pero amenazando con la incandescencia de sus corrientes aéreas de dentro de unas pocas horas, temible viento portador de jaquecas infames y respiraciones fatigosas, de alteraciones de carácter y a veces hasta de violencia, insoportable cuando se prolonga más de tres días en los que a la gente le cambia hasta la forma de ser.

El sol amanece lentamente, como si se desprendiera entre las aguas del Mediterráneo y en cuanto sube un poco por la línea del horizonte un murmullo silencioso sale de las bocas de aquellos hombres expertos, la luz iba enrojeciendo, el cielo se teñía de rojo y violeta ante sus ojos como por arte de magia, en unos pocos minutos había pasado del añil a los anaranjados y púrpuras, a los bermellones intensos cuajando unas nubes bajas y blancas de rayos oblicuos de luz. Una magnífica postal se había formado ante sus ojos alucinados que no relacionaban todos esos signos con los presagios. Aún no entendía qué significaba cada cosa, cada fenómeno que estaba ocurriendo ante ella y por el que aquellos hombres se habían movido como si fueran una leve corriente sísmica.

Apuntó todo. El mar rizaba en espuma blanca las crestas de las olas de forma casi imperceptible, nubes bajas, cielo rojo, viento momentáneamente fresco que sin embargo soplaba de poniente con lo cual iría siendo cada vez más cálido hasta lo inaguantable, los pájaros piaban o trinaban desde las ramas de los árboles sin pasar en bandadas por encima de ellos, no había chicharras cantarinas así como tampoco había habido fastidiosos grillos durante la noche y menos en las horas previas del amanecer, la luna llena había cruzado todo el cielo y comenzaba a esconderse a sus espaldas, la naturaleza parecía sumida en una calma casi total.

Habría lluvias, vaticinó alguien, alguna voz que en su sapiencia había casado las cabañuelas en ese mismo instante, el invierno será fresco y borrascoso, dijo otro, marzo será un mes lluvioso.

Ahora había dejar pasar el tiempo, apuntar casi hora por hora los cambios de clima, de humedad, de sensaciones, de calor, de nubes, de todo absolutamente lo que pasara a partir de ese instante, cada dos horas de ese día, día llave de las cabañuelas, equivalía a un mes del año y contenía la clave de las interpretaciones posteriores, las que se hacían durante los doce días siguientes y las de las cabañuelas retorneras, del trece hasta el veinticinco, y que servían para confirmar los pronósticos obtenidos.

Llevaban desde las doce de la noche sentados o paseando por los alrededores del castillo, anotando ligeros cambios, matices variables en los cuadernos, casando casi sin querer los signos que percibían, y ella en las cuatro horas anteriores, las que pertenecían a enero y febrero, no había apuntado ni la mitad de signos que sí había apuntado Salvador, su empirismo estaba siendo puesto a prueba y al parecer no la superaba.

Sin embargo, Marcel supo en cuando vio a Lara recortada en ese amanecer rojizo que recordaría esa mañana cada día de su vida al igual que recordaría cientos de miles de instantes compartidos durante esos meses.

El regocijo de todos aquellos meteorólogos al verlo llegar con el desayuno, bocadillos calientes, ensalada y un buen termo de café, al estilo de almuerzo campesino, era solo equiparable al de unos críos recibiendo un paquete de golosinas. Había hambre tras estar toda la noche en vela y prisa por comenzar los turnos de observación para poder irse a descansar.

Durante los veinticinco primeros días de agosto la casa se convertía en una especie de cuartel en el que se dormía por turnos y las vacaciones consistían en pasar sueño y observar, casi como si el paso de los días fuera un camino mediático de tiempo en el que uno podía estar horas en silencio, centrado solo en la naturaleza y en los pensamientos íntimos, en termos de café y cigarrillos que en casa tenían prohibidos y algún chorrito de coñac también oculto en petacas de los ojos vigilantes de los hijos o las esposas atentas a la salud de los ancianos, días de paz, tardes en las que bajaban del observatorio para bañarse en la playa y cenas en la terraza de la casa, tan cerca del río que podían darse el lujo de seguir observando todos a una entre la cháchara de la reunión, turnos de uso de camas y de baños, ambiente exclusivamente masculino y antiguo en el que se rememoraban viejas victorias y anécdotas de otros años y otros climas, de otras cabañuelas pasadas en las que había un mayor número de expertos que por cualquier motivo ya no podían moverse de casa o simplemente habían muerto, recuerdos, leyendas, cuentos de viejo, algún miedo y alguna esperanza, ya pocas a su edad, conversaciones repetidas a veces año tras año que Marcel sabía de memoria y que ahora le contaban a Lara agradecidos de tener un nuevo interlocutor que apreciara una buena historia y que no tuviera los oídos acostumbrados a las frases dichas mil veces con anterioridad.

Mientras repartía los bocadillos envueltos en papel de aluminio echó una mirada al cuaderno de su padre en el que había un gráfico que le permitiría apuntar hora por hora las variaciones que pudiera haber en el clima por leves que fueran y que le darían la clave para interpretar las predicciones de los días siguientes, eran las claves del juicio universal por el que se regía cualquier predicción, por el que se aseguraría cualquier pronóstico dudoso, el día tal vez más importante de los veinticinco días que les esperaban por delante.

Se había especializado en el sigilo de leer por encima de los papeles o de las pantallas de ordenador, por lo visto, de una sola mirada leía rápidamente cualquier cosa escrita que pareciera estar oculta para él instantes antes, tal vez como deformación profesional de mirar listas de platos y pedidos de mesas que hay que servir lo más rápido posible dentro del tiempo necesario para que el plato quedara en su punto justo, perfecto en cualquier aspecto.

Días atrás, en plena ola de calor del mes de julio, había leído por encima los mensajes de Lara en su correo y la palabra Chris había saltado hacia él como un puñetazo en el estómago. Prácticamente era lo único que había visto porque luego ya no pudo ni quiso ver nada más.

Cada vez que lo piensa se arrepiente del impulso de haber dicho ese nombre en voz alta sin darse cuenta, alertando a Lara de su presencia silenciosa en la buhardilla.

Como cada mañana intentaba escribir, las primeras horas del día, tan nuevas y más frescas la inspiraban, abandonaba la cama compartida para subir hasta el palomar y comenzar a llenar los folios que por fin estaba escribiendo, el libro que la había traído hasta esa playa y ese pueblo, el libro no nacido que los había unido meses atrás y que se estaba gestando poco a poco en su mente y en su pantalla, comprobando la variación de números de página cada vez que subía para despedirse de ella y volver a su casa dejándola sola para que pudiera escribir tranquila.

Compartían un café y un cigarrillo y desaparecía hasta que ella lo buscaba de nuevo, a veces para pasear, a veces para hacer la siesta, sin prisas ni obligaciones, se presentaba por la noche con una ensalada en casa de él para compartir la cena sin haber avisado o bien a media tarde le proponía bañarse en la playa para refrescar del calor, por la noche le empujaba hasta la zona más

apartada del mar para poder bañarse solos y desnudos bajo la luz de la luna, volviéndose locos de amor sobre las piedras prehistóricas del río por donde nunca pasaba nadie y menos en noches de días laborales, como si solo ellos vivieran en aquel lugar antes ocupado por villas solitarias, cerradas y ahora habitado por personas que el resto del año no estaban, villas de las que venían ruidos de vida, risas de adultos, lloros de niños, sábanas blancas tendidas en los tejados y toallas de playa en las barandillas lejanas de las terrazas, luces nocturnas, sonidos de televisión y sintonías de telediarios, música de vez en cuando por las mañanas, cuando las madres recogían la casa antes de bajar a la playa con los críos.

El mar, su mar, se había llenado de gente como cada verano y Lara era la gran novedad, su relación ya pública y notoria era el tema de conversación favorito de las vecinas en la cafetería y sobre las toallas, entre bronceadores y cigarrillos apagados en tarros de paté vacíos que se llevaban para no ensuciar el lugar de colillas. En cualquier otro momento se habría sentido incómodo por ser sin querer el centro de atención pero ahora no le importaba, no se sentía criticado, sino absuelto, como si viera por primera vez que Lucía no había sido de la simpatía de aquellas mujeres con las que compartía vecindad unos meses al año y que Lara, pese a ser como era, sí comenzó a gozar de sus bendiciones.

Salvador gozaba de la actividad de la zona, de las charlas de vecinos que coincidían en la furgoneta que les llevaba el pan cada mañana de verano para no tener que ir hasta el pueblo a comprarlo, con los vendedores ambulantes de sandías y melones que pasaban a las horas más frescas de la tarde, con el mercadillo local que aparecía como por arte de magia a partir del 15 de junio hasta el 15 de septiembre, los encuentros casuales en los paseos nocturnos de después de cenar, las voces de los críos jugando, las conversaciones vecinales, la cháchara pachanguera de verano, los planes para las fiestas de agosto, los gallardetes en las calles cercanas y las cenas compartidas al son de una orquesta en las fiestas del pueblo donde rememoraba los bailes de plaza de su juventud bajo los farolillos de colores aunque ahora ya no bailara ni buscara con los ojos a la reina de la fiesta entre las mujeres que vestían trajes escotados y cortos de verano que en su época habrían sido un escándalo.

Salvo por aquellas presencias más notables y cercanas y por la novedad de las cabañuelas de agosto, los días se deslizaban muy similares a los del resto del año, su inmovilidad aparente y su estabilidad lograda tras tanto tiempo de aislamiento chocaban en su interior con el bullicio de los sentimientos que guardaba hacia Lara, con la intensidad de una relación todavía corta y en pleno apogeo, en plena ebullición.

Tal vez por eso le costó mucho más guardar el secreto de aquel nombre cuando al pronunciarlo en voz alta ella le preguntó.

No podía jurarlo, no podía asegurar que ese Chris de la pantalla, el de los e-mails que había visto en su bandeja de correo fuera el Chris que él conocía, aquel hombre al que solo vio en dos ocasiones, una en su cama y otra en el entierro de Lucía.

Las casualidades no existen, se dijo en una milésima de segundo mientras escuchaba la voz de Lara preguntándole que qué pasaba con Chris, que de qué conocía a ese chico, maldiciéndose a sí mismo también en una fracción de segundo al oírse contestar que un amigo de Lucía se llamaba así, pero que vete a saber si era el mismo con la de Chris que debe de haber por ahí, con lo raro que es en verdad ese nombre, tan poco común, tan poco usado, Chris de Christian, de Cristiano, de Cristino, diminutivo de vete a saber qué narices de nombre, como su hubiera tantos Chris como para poder pensar que no va a ser el mismo, como si la doble casualidad del nombre unida a la casualidad de la emisora de radio y del programa pudiera seguir llamándose casualidad y no una fatalidad que él veía venir sin saber por qué ni por dónde, una inoportuna coincidencia que

parecía estar señalada por el dedo índice de los dioses como signo de una malaventura que él no logra entender ni ver con claridad, como si atrajera la mala suerte con solo leer ese nombre al verlo escrito.

Años atrás el gesto había sido tan similar que podía notar en sus sentimientos y en sus pensamientos una especie de déjà vu, quién es Chris, le había preguntado a Lucía y ella le había contestado prácticamente lo mismo que Lara le estaba diciendo, es un amigo del programa, la misma frase inocente que, sin embargo, llevaba ya un infortunio guardado entre sus palabras que ni entonces ni ahora lograba discernir, como si solo notara de él esa sensación de pálpito pero no supiera explicar por qué ni veía claros los detalles.

Para Lara aquel momento había sido lo contrario que para él, que se había cerrado en una especie de caparazón de donde no salió más que una pregunta y un nombre al exterior arrastrando hacia dentro de sí todo su miedo y su dolor casi instantáneo, la mente de ella comenzó a tejer las coincidencias que él no se había atrevido a tejer, solo que por el lado contrario.

La reacción de Marcel casó en una fracción de segundo a Chris con Lucía, entendió su mirada al despedirse de ella con el beso de costumbre que había algo más y supo, a ciencia cierta, que aquella canción de Serrat que le dedicó en antena meses atrás tenía su razón de ser, supo sin lugar a dudas lo que él nunca le contó, absolviéndolo al mismo tiempo que lo descubría en su engaño, entendiendo el dolor que le había impedido contarle la verdad absoluta de su pasado, comprendiendo muchas cosas, detalles y silencios y frases y miedos que él o bien había ocultado o bien le había dejado entrever sin darse cuenta en las pocas ocasiones que habló de ella y de su pasado.

Un nombre en una pantalla y de repente todo cobraba una forma distinta, todo cambiaba de ángulo, de perspectiva, el dolor en aquellos ojos que había brillado durante un segundo, la voz extraña que había dicho un nombre extraño nunca antes pronunciado por ella ni por nadie y que no había oído nunca pronunciar, solo leído en el correo, solo unas letras Arial Unicode color azul oscuro con una firma preconfigurada en la que había un sol y una flor que a ella le habían parecido ridículas las primeras veces y a las que ya se había acostumbrado, la forma en que él, sin saberlo, le había dado corporeidad a una persona que hasta entonces solo era un montón de poemas y unas canciones, conversaciones privadas de recuerdos y pensamientos, literatura y unos pocos intentos de conocerse personalmente que hasta entonces ella había eludido por cierto sentimiento de lealtad hacia Marcel y, sobre todo, por el simple hecho de tener que salir de su escondite tan bien logrado para enfrentarse de nuevo a la vida nocturna y al hecho de tener que vivir como si quisiera vivir otra vez de esa forma, saliendo a tomar copas, a bailar hasta las tantas, a entablar amistad con alguien del que no conocía apenas nada y que parecía querer ir más lejos, a charlar con gente nueva, desconocida hasta minutos atrás, volver a vivir la noche locamente... ¡Ni pensarlo!, no había quedado con él para cenar ni para tomar algo por más que insistía porque lo que le proponía poco o nada tenía que ver con la sensibilidad y el dolor que mostraba en las cartas y eso la dejaba escamada, ese desdoblamiento de personalidad le hacía dudar de su verdadero dolor y del verdadero motivo que le llevaba a escribir y dedicar canciones a un amor muerto y, de repente, llegaba Marcel y le confirma que Lucía tenía un amigo llamado así, Chris, tirando por el suelo las sospechas de fraude que siempre habían teñido su correspondencia de cierta sensación de estafa, reivindicándolo sin querer y sin saber, atando una por una las casualidades que le habían llevado meses atrás a mantener ese intercambio epistolar del que a veces se llegó a arrepentir, las palabras de Ana obligándole a ponerse en contacto con él para dar su dirección en antena, ella escribiendo al creer que era Marcel quien escribía a

escondidas, aquel equivoco tan doloroso que produjo un solo poema y que fue la primera prueba de fuego para su relación aún no comenzada, para lo que ellos aún creían amistad y que ya era mucho más que eso, aquel poema que luego trajo otro y trajo libros y trajo su primera noche juntos, como si las acciones que uno realiza se pudieran ir hilvanando una con otra, acción reacción, un principio de la física aplicado a una historia de amor recién nacida, una serie de casualidades, la mano de la providencia atando sus vidas sin que ellos se den cuenta.

Y Chris de fondo, como si hubiera sido desde su espacio lejano y desconocido el motor de todo aquello, provocando confusión y luego apartándose para dejar paso al verdadero Marcel, al desdoblamiento de dos personas que ella había creído la misma, apareciendo ahora de nuevo como el hombre al que por algún motivo que ella desconocía pero sospechaba, le era lícito pedir canciones de amor dedicadas a un persona que había muerto en unas circunstancias concretas y tenía un nombre concreto que coincidía con la historia de la vida de otro hombre, de otro viudo esta vez legítimo, de estado civil viudo, no como él que, tal como una vez le confesó en una carta, su amor era tan profundo y tan indebido que no tenía ni derecho a llorarla públicamente por más que no lograra dejar de hacerlo en privado.

Chris llegando desde la lejanía de todo un invierno oscuro y aún solitario para darle un nuevo matiz a la vida de Marcel, un nuevo enfoque desde una nueva posición para ella, la de salirse fuera de su relación y poder ver la realidad que nunca le había contado, adivinar entonces los silencios, las miradas de combate cuando aún no se conocían y él parecía tan rudo, tan dolorido y seco en su trato, revivía la alegría con las que le había regalado aquellos libros que habían sido de ella, la forma en que le pidió que le ayudara a deshacerse de su recuerdo, las ganas que de repente tuvo de volver a vivir y la chispa de dolor que desapareció de sus ojos.

La curiosidad abriéndose paso poco a poco en su conciencia, cómo sería el tal Chris para que Lucía tuviera una aventura con él, cómo sería comparado con Marcel, qué detalles y qué sentimientos llevaron a aquella mujer a serle infiel a su marido y vivir una historia de amor a escondidas, cómo eran los días de aquellos dos amantes ocultándose de quien ahora era su pareja, de un Marcel que ejercería de sargento y le vigilaría los pasos, un Marcel con sospechas y celos que acorralaría una historia de amor al parecer y según sus palabras más que importante, un Marcel engañado, obligado a hacer de malo en ese trío, a ser el sobrante, el vértice más afilado de un triángulo, forzado a ser un escollo, una incomodidad, un obstáculo, un impedimento a que triunfara el amor verdadero, violentado y cargado de defectos que Lucía solo vio en el instante en que comenzó a compararlo con aquel hombre nuevo y recién conocido que era a sus ojos mucho más interesante y activo, mucho más aventurero y apasionado, alejando de sí la rutina de un matrimonio para abrazar la novedad exaltada de un adulterio que sabría a gloria bendita tras años de inmovilidad y paz marital, Marcel convertido en un hombre pesado y cansado, aburrido con el paso de los años que habían conformado su matrimonio, un hombre al que ya conocía demasiado y no le suponía ningún reto ni ninguna novedad, un hombre al que ya no amaba pero al que no se atrevía a dejar por puro costumbrismo, por pura inercia, hasta que apareció Chris y se lió la manta a la cabeza sin importarle nada, sin sentir ni un remordimiento, sin medir ni por un segundo las consecuencias de sus actos.

Estaban al borde del divorcio le confesó una vez, algo que nadie sabía, un trámite que la muerte interrumpió.

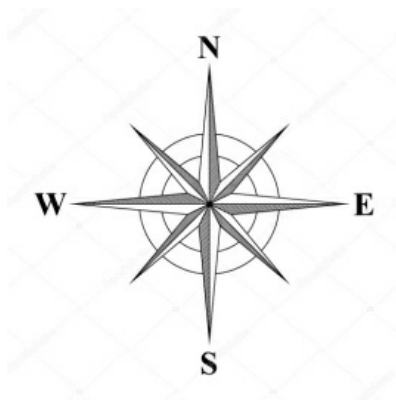
La curiosidad y la certeza de lo poco que sabe se van uniendo en su mente, despeja dudas, reconoce detalles, de pronto hay cosas que parecen cobrar un sentido distinto, como si en algunos detalles se descorriera un velo que le impedía ver con absoluta claridad, otras preguntas nacen en su mente, no puede evitar comparar a Marcel con Chris, las dos personalidades tan

distintas, no deja de preguntarse ahora cómo será su interlocutor desconocido con el que lleva meses intercambiando cartas larguísimas por e-mail, enmascarando su interés puramente fisgón con un derecho legítimo a conocer toda la verdad de la vida de su actual pareja, a estar al corriente de todo su pasado, a saber todo lo que él le quiere ocultar y que empieza a parecerle, de pronto, una falta de lealtad hacía ella y no el derecho a la intimidad que le otorgaba antes cuando pensaba en Lucía, aquel derecho a guardarse para sí los aspectos más secretos de una vida que no quería recordar y que no se atrevía a contarle más por vergüenza que porque quisiera ocultársela.

Ahora, tras varios días de aquello, había una especie de muro que se interponía entre los dos y que ninguno de ellos reconocía.

Silencios incómodos donde debería haber habido preguntas y respuestas sinceras que no se atrevían a formular o a reconocer, pensamientos que tenían el sabor de la deslealtad, miedos recuperados de una época que creían superada y que un solo nombre había tenido el poder suficiente para traerlos de nuevo como si todo comenzara otra vez desde el mismo punto de partida, como si tuviera que repetirse en una especie de bucle, Marcel temiendo el día que ella le diga que ha quedado con Chris para tomar algo, ella temiendo que él pretenda ejercer una autoridad que no le ha dado si intenta algo tan simple y normal como tomar una copa con alguien, con un amigo que es lo que le ha dicho que Chris es para ella, ocultándole que ni siquiera lo conoce personalmente, ocultándole todo aquel tema de la canción y los poemas, ocultándole que comenzó a escribirle creyendo que era él quien de verdad estaba al otro lado de la bandeja de correo porque se sentía atraída por él, su soledad huraña y su aire de alma atormentada que sobresalía por encima de la seriedad de sus ojos, cuando le recordaba al hombre solitario y dolorido, al hombre atractivo y maltratado por la vida de las novelas de Brontë, un perfecto Heathcliff, la reencarnación de Lawrence Olivier en *Rebeca*, un Mr. Rochester casi perfecto.

Chris no habría estado en su vida si la noche de los poemas Marcel no hubiera estado en su buhardilla escribiendo, si ella no hubiera contemplado la casualidad en los gestos y en los actos, en el momento de apagar las luces tan próximo y posterior a la desaparición de aquel personaje de la web y de la emisora, si no hubiera creído que eran la misma persona, si no la hubieran obligado a ponerse en contacto con él para obtener el beneficio de la consecución de una audiencia cada vez más menguada que siempre remontaba el vuelo para luego volver a caer en picado en los ratings, la casualidad de los gestos que se vio obligada a hacer y la de los gestos que los demás hicieron de forma voluntaria, la simple casualidad que te hace creer que todo tiene una razón de ser cuando echas la vista atrás y compruebas hasta qué punto existía y latía la posibilidad de que lo que ha ocurrido pudiera no haber ocurrido, podría no haber pasado jamás, la posibilidad de que lo que está viviendo, esa historia de amor ya tan importante, podría no haber sucedido nunca.



El verano se desliza tan lentamente que ya no queda ni un recuerdo del invierno frío que hemos pasado aquí, encerrados entre el mar y la montaña, escondiéndonos entre nuestros dolorosos recuerdos y descubriéndonos en ellos con el asombro de una revelación.

Te miro desde la ventana mientras charlas con tu hermana y con Mara en una de estas tardes calurosas, mientras haces planes para reconstruir la piscina abandonada, planes a largo plazo, para el verano próximo, para el año que viene, para el resto de tu vida.

Me siento a escribirte en secreto cartas que nunca te daré mientras la voz de una canción melancólica de esas que tanto te gustan suena en la radio y trae recuerdos alegres que a ti te deprimen por la belleza que evocan sus palabras, porque te transportan a una época que nunca va a volver y en la que fuiste feliz o al menos recuerdas como feliz. No te importa el abandono ni la distancia, no quieres recordar el dolor, has depurado los recuerdos y has dejado que queden en ti solo los buenos, esos que ahora mismo estás evocando junto a tu hermana o los que le cuentas a Mara como una confesión.

“Sueño con tardes brillantes al borde de un mar de aguas claras y puras y un aire cubierto de azahar. Cada momento era especial, días sin prisa, tardes de paz, miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos”

Me pregunto si aún es especial cada momento, si las mañanas en las que te despierezas a mi lado contienen un asomo de la prisa de la que has huido, si has conseguido que las tardes estén llenas de paz de nuevo como entonces.

Es como si tus recuerdos se hubieran convertido en propósitos, volver a la inocencia de entonces, encontrar la paz perdida, volver a aspirar el aire colmado de olores puros y sentir la plenitud de los días que se deslizan unos tras otros sin mayor afán que simplemente vivir en paz, algo que nos ha costado tanto a ambos.

Es como si tus recuerdos fueran los míos, el mismo mar, la misma música, el mismo aroma en el viento, las tardes de frescura en medio del calor del verano cuando mi abuela regaba los geranios del patio, la luz blanca colándose por las ventanas, el viento moviendo los visillos de flores grises de mi habitación, el sabor de la mermelada fresca de melón envasada por aquella abuela comunista que no se hablaba con casi ningún vecino, el ruido del motor de la Ducati de mi padre cuando los viernes por la tarde volvía de su trabajo para pasar el fin de semana con nosotros y me daba una vuelta por la plaza del pueblo antes de guardarla hasta el domingo por la noche, el olor de la paella de leña cuando regresaba de tomar un baño en la playa, muerto de hambre y sed, con el sabor de la sal marina en la boca, el frescor del agua dulce de la acequia que pasaba por el lado de aquella casa en donde mi abuela lavaba la ropa y ponía la sandía a

refrescar, recuerdos de cosas que ya no volverán jamás.

Vecinos que ya han muerto, personas que ya no existen o que simplemente han salido de nuestra vida, momentos que ya no tienen cabida en la forma de vivir actual.

Ahora las acequias no traen agua fresca de los pozos ni se ponen en ellas a refrescar las sandías de los domingos, el mar no trae el mismo aroma y sus aguas, día sí, día no aparecen infestadas de residuos, el viento ya no huele al azahar de entonces porque no queda ni un naranjo, han sido sustituidos por hileras de adosados de distintos colores, “y nosotros, los de entonces ya no somos los mismos”.

Te veo hablar con tu hermana casi en secreto pero sin mirarla, no os miráis, simplemente habláis mientras echáis el humo de un cigarrillo, recordáis los primeros cigarros a escondidas, cuando las dos y otra amiga os escondíais entre los naranjos del huerto de vuestro abuelo para fumar tras haber robado un par de pitillos del paquete de Lola de vuestra madre o del Sombra de vuestro abuelo, recordáis las canciones de entonces, entonáis el estribillo de Dancing Queen que tus sobrinos conocen por un musical de película y os dais cuenta de que hubo un tiempo en que vosotras también fuisteis las reinas del baile, de que todas las mujeres han sido alguna vez las reinas de un baile aunque ahora estén maltratadas por la vida, aunque pesen cincuenta kilos de más o tengan setenta años, aunque carguen manojos de leña a la espalda como la abuela de la película que lo suelta de golpe para irse a bailar, "Oh yeah, you can dance, you can give, having the time of your life ", aunque ya solo sea un bello recuerdo que casi os hace saltar las lágrimas cuando veis la película y os hace pensar, recordar, rememorar aquellos días que ya nunca van a volver.

Te miro no a escondidas, de hecho puedes verme si giras la cara hacia mí, pero no lo haces porque estás tranquilamente echada al sol, charlando, con un café granizado en una mano y un cigarro en la otra, las tres hablando y charlando como cotorras, tan felices, una tarde de chicas, sin niños ni maridos ni novios, una tarde tranquila para hacer lo que se os ocurra.

Me gusta mirarte, me gusta verte mover las manos mientras hablas, me encanta el sonido de tu risa que puedo escuchar desde aquí, las carcajadas de las tres que se unen en el aire porque Mara ha dicho alguna de esas barbaridades que la hacen ser encantadoramente descarada, brutalmente sincera y mordaz, me gusta ver en lo que te has convertido tras esa metamorfosis del invierno, tras ese capullo de crisálida en el que llegaste envuelta cuando te conocí, tan viva y vital, tan alegre y pacíficamente revolucionaria.

La canción se termina y tú haces el gesto de secarte una lágrima traicionera que tu hermana repite casi a la vez mientras Mara os llama tontas, “y si las lágrimas vuelven, ellas me harán más fuerte”, podéis reiros mientras lloráis, os reís de vosotras mismas en un ejercicio de salud mental más difícil de lo que creéis, las lágrimas esta vez no son malas, no son de tristeza ni de dolor, sino de alegría por haber sido tan felices, por los buenos momentos, por todo aquello que habéis vivido y que os ha hecho ser quienes sois, como sois ahora.

Quedan tantos veranos por venir como los que hay atrás, quedan aún tantas cosas buenas por vivir como las que ya hemos vivido, un futuro por delante, una vida entera para vivirla juntos, un mundo entero para disfrutar de él. Hay tanta esperanza y tantas expectativas en el mañana que parece que lo hayamos ido inventando poco a poco, tanto por hacer, tanto que crear, tanto por lo que ilusionarse o en lo que creer que es como nuevo, como si el mundo aún fuera un lugar recién creado e inocente en el que estar.

Te miro y casi no me creo que seas tú.

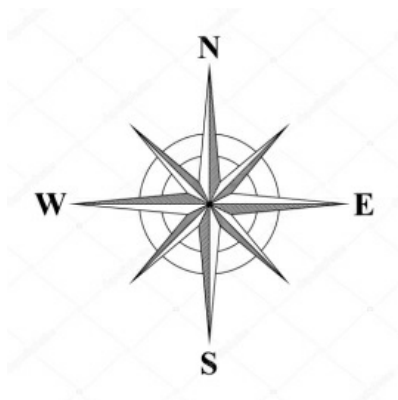
Sientes mi mirada y te giras para mirarme y me sonrías y me mandas un beso con la palma de la mano sin imaginar el golpe que mi corazón ha dado dentro del pecho al ser descubierto por

ti, te saludo con la mano y sonrío, sé que tu hermana y Mara te dicen algo y ríen y tú las envías a hacer puñetas cariñosamente, seguramente algo de ti y de mí, de nosotros dos.

Me siento a escribirte con la canción pegada en mi mente, tarareándola sin querer, “Cuando la pena cae sobre mí, vuelvo a encontrar la niña que fui, miro hacia atrás y busco entre mis recuerdos”.

Es casi un milagro que aún tengamos buenos recuerdos en los que buscar, que guardemos todo aquello que fue bueno, que hayamos preservado para el futuro lo más bello que un día vivimos y que hayamos logrado olvidarnos de todo aquello que nos hizo daño.

Es casi un milagro que nos hayamos conocido y que estemos juntos, casi un milagro que tú seas como eres y que seas exactamente como te imaginé miles de veces desde la habitación en la que me desvelaba oyendo los ronquidos de mi abuela y mi padre, tan vívidamente soñada ya entonces, antes de equivocarme y de no poder rectificar, antes de creer de verdad que pudieras existir, tan soñada como si te hubiera presentado desde incluso antes de nacer, como si te hubiera visto incluso antes de saber que ya existías, adivinándote, intuyéndote, presintiendo en la distancia de nuestras vidas, tan distintas y tan iguales, tan lejanas pero entrecruzándose una y otra vez como si dudaran en dar cumplimiento a algo que ya estaba escrito mucho antes de que ni siquiera nuestros padres se hubieran conocido, mucho antes de que siquiera hubieran llegado a nacer.



El libro se le escurría de entre las manos por culpa del calor y del sueño caótico, soporífero de la siesta a mediodía, tan laxa sobre el sofá como si en lugar de tenderse a leer se desparramara sobre la mullida superficie tapada ahora con una sábana de hilo para obtener mayor frescura.

Estaba agotada tras varios días de observación en el castillo en los que combinaba las lecturas de libros pendientes, la anotación de cualquier síntoma atmosférico en su propio cuaderno de bitácora, como ella lo llamaba, las horas de cansada inactividad con las chácharas de los yayos y los madrugones de turnos de observación que por ser la más joven siempre eran a las peores horas. Marcel hacía días que se había exiliado de todo aquello, ya tan conocido y tan visto para él, desprovisto de cualquier misterio y de cualquier novedad tras años de bocadillos y termos de café y de charlas de viejos tan sumamente escuchadas y sumariamente contadas, años de repetir acciones de las cuales se había desterrado voluntariamente sin haber tenido nunca que fingir interés ni poner excusas. Marcel se había acercado y luego alejado de todo aquello tan libremente que había logrado permanecer lo suficientemente cerca como para ver sin ser visto y servirles de ayuda o de apoyo logístico a la parva de abuelos a los que había que vigilar de sus propios excesos como si fueran adolescentes en fiestas del pijama, sin llegar a ser uno de ellos, disfrutando solo de la parte buena de toda aquella fiesta meteorológica que duraba veinticinco días y era una auténtica locura a medida que el paso de los años había convertido a aquellos hombres en abuelos cada vez más abuelos.

Sin embargo y pese a todo, no lograba dormirse al menos esos diez o quince minutos de rigor que la solían dejar como nueva. Si dormía más tiempo se levantaba de mal humor, pero si no dormía nada caminaba como una sonámbula hasta las seis de la tarde, lo que no sabía qué era peor. Pero hoy era de esos días extraños, demasiado calurosos, con un viento de poniente que no se había marchado aún desde que amaneció el primer día de agosto, veía noticias sobre incendios, sobre rastrojos quemados que inflamaban las montañas, observaba desde su buhardilla el asfalto lejano de la carretera borrado por una nube de fuego invisible que flotaba y vibraba sobre él como un vaho demasiado caliente, casi volcánico, las flores del jardín se mustiaban en cuestión de pocas horas apocopándose sobre sí mismas dispuestas a morir en un segundo y había tenido que tomar la costumbre de regarlas dos veces al día, por la mañana bien temprano y por la tarde cuando comenzaba a refrescar, claro que lo de refrescar era solo una forma de llamar a la noche tórrida con temperaturas insoportables que convertían la cama en un infierno y la posibilidad de dormir en algo imposible, hasta las sesiones románticas, realizadas ahora con alevosía y nocturnidad por parte de ella y de Marcel, habían tenido que ser trasladadas al plato de

ducha, al fondo más lejano y oscuro de su jardín o a la orilla de la playa cuando los paseantes nocturnos ya se habían marchado llevándose la presencia siempre incómoda de críos y sonidos de heladería o retazos de conversaciones ajenas y extrañas.

La modorra le impedía también escribir, se le recalentaban las ideas y el sol que entraba de lleno en la buhardilla reverberaba en la pantalla del ordenador haciéndola parecer oscura, produciéndole dolor de cabeza solo el hecho de tener que sentarse frente a ella a esas horas tan bochornosas de la siesta, imposible concentrarse, imposible centrar sus pensamientos de forma coherente, imposible escribir cualquier cosa que no fueran los ejercicios que se obligaba a hacer para mejorar el estilo y que a mediodía solo arrojaban resultados negativos y patéticos.

“Tomando a Madame Bovary como personaje principal y a León como personaje secundario, cambiar el punto de vista, reescribiendo la escena dos veces: Una vez en primera persona desde Emma- el narrador debe penetrar en sus pensamientos y sentimientos, y dos, otra vez en primera persona desde León, teniendo en cuenta que es el personaje secundario y la narración debe centrarse en torno a Emma. Al rehacer el texto desde otro tipo de narrador hay que recordar todas aquellas características que han sido expuestas. Releerlo después, analizando cuáles son las distintas posibilidades, ventajas y desventajas de escoger uno u otro”

Solo pensar en reescribir una escena de *Madame Bovary*, aunque fuera en un ejercicio, le daba un reparo insoportable, como un remordimiento de conciencia por adelantado, ni siquiera el secreto de su ejercicio y la posibilidad de borrarlo después era suficiente para tapar la especie de herejía o sacrilegio que a veces tenía que cometer cuando se sentaba a hacer prácticas de escritura.

Era mucho más fácil, qué duda cabe, buscar y construir metáforas, oxímoron, comparaciones, registros lingüísticos, ritmos de tres palabras iguales, epítetos o sinónimos, mucho más fácil encontrar silencios estridentes, graciosas torpezas, sienes plateadas, verdes praderas, cítaras de plumas, peces como puñales y lunas metálicas que reescribir textos clásicos por los que siempre ha sentido un gran respeto y que sabe que va a destrozar en beneficio propio, mucho más fácil rebuscar fallos, encontrar cacofonías, redundancias, repeticiones o comodines que intentar escribir algo ligeramente potable, legible, basándose en libros que para ella, como para el resto del mundo, son hitos de la literatura.

“Teniendo como referencia las dos voces de distinto tono que existen en El Quijote, escriba varias conversaciones entre ambos personajes teniendo en cuenta el lenguaje refinado, rimbombante y caballeresco de Don Quijote y el de Sancho, de habla popular, simple, entreverada de refranes y expresiones familiares”

Cómo se tiene que atrever ella a construir diálogos entre esos dos personajes sin tener un mínimo de remordimiento, un arrepentimiento ya de antemano surgido por el maltrato a un clásico, a un personaje y una novela universalmente alabada.

Cómo reescribir una escena de Hamlet en tono de comedia, cómo pasar de la risa al llanto y describir una bufonada en tono de drama, cómo convertir la prosa en verso, cómo tomar un artículo de un periódico y convertirlo en un poema, cómo destrozar escenas épicas de la literatura para simplemente hacer prácticas que no sabe si la van a llevar a algún lado, ella, que ha estudiado literatura solo por amor al arte debe ahora alimentarse del cuerpo muerto, de aquello que siempre ha amado más que a nada, destrozar textos para que pueda surgir con un estilo definido, matar personajes para aprender a escribir, a construirlos de nuevo, destrozar capítulos bellísimos de libros magníficos para sacar de ellos las resoluciones que la definan como escritora, reescribir, narrar, contar, relatar siempre con sus palabras los

fragmentos más llamativos de obras cumbre de la literatura, cambiar de narrador, cambiar los tonos, cambiar el espacio y el tiempo, pasar del presente al pasado o al futuro, volver atrás en un flashback continuo, medir las mudas espaciales y temporales, practicar con relatos intercalados o continuos, matrioskas de papel que contienen historias sucesivas unas dentro de otras como en *Las mil y una noches*, capítulos que se desparraman como vasos comunicantes, datos ocultos que ayudan a mantener la atención del posible lector, niveles de realidad que dan por hecho que el lector va a mantener a raya su escepticismo y suspender en seco su sospecha e incredulidad para creer todo aquello que le podamos contar sin ningún género de dudas, desde las esteras voladoras de Macondo hasta el viaje al centro de la tierra de Verne, cómo convertir un cuento infantil de Andersen en una noticia, cómo convertir a una bruja mala por naturaleza en un personaje cuya maldad es comprensible, cómo hacer creer en las sirenas o en la buena voluntad de los ogros, cómo describir un asesinato o el color de la sangre en la negrura de un callejón de Londres, cómo llegar a describir toda una época con sus defectos y virtudes, a través de qué personajes y vivencias, a través de qué situaciones, a través de qué sucias o limpias calles se puede dar a entender el nivel de corrupción de un pueblo, el nivel de iniquidad de una nación, que resulta más explícito para el lector por contraposición o veracidad, un sepulcro blanqueado o un sepulcro corrompido, cómo hacer uso del idioma, de todas sus posibilidades, del amplio abanico de medios que los ejercicios le muestran mientras está escribiendo, cómo, llevada por la inspiración, puede ir dándose cuenta de todo eso y escribir bien, simplemente, encontrar por fin un estilo propio, que es lo que ella busca con todas esas prácticas.

A un lado del sofá están apilados *El escritor y sus fantasmas* y *La práctica del relato* ambos consultados a la vez, ambos leídos últimamente con el ansia de entender por fin cómo puede sentarse y escribir ese libro que meses atrás creía lograr escribir y que ahora, en el fragor del verano y tras tanto tiempo de sequía literaria, ha aceptado que no va a poder redactar.

El año de plazo que se había otorgado a sí misma cumpliría en breve y su libro seguía sin ser libro, seguía sin existir, amontonaba palabras sueltas, hacía redacciones, escribía relatos cortos que morían a los diez folios, intentaba asegurarse un tema concreto y se le volatilizaba sin remedio entre los párrafos, construía una frase y su significado era opuesto al que había pretendido en el principio, las ideas se le escapaban como agua entre los dedos sin poder retenerlas o ni siquiera llegaban a erigirse como ideas concretas, bocetos de personajes, ensayos de nombres y apellidos, La importancia de llamarse Ernesto, la importancia de no llamarse de forma correcta, la diferencia de personalidad que imprime ser Clara o ser Carla, tan distinto como dotar a un personaje masculino de apellidos compuestos o de apellidos de una sola palabra, ser José María Sáenz de Quiroga Martínez del Valle o llamarse simplemente Diego López Torres, imaginar una vivienda, imaginar una morada adecuada, un mar, una calle de cualquier ciudad, describir lo que solo existe en la imaginación, lo que no tiene una forma real, todas las anécdotas y vivencias puntuales, imaginar toda una vida, toda una psique, toda la existencia de un ser que no existe, un ejercicio de fe para el que no había prácticas, para el que solo existía la probabilidad de la creación.

Daba ya por hecho que de ese lapsus de tiempo que graciosamente se había otorgado a sí misma no iba a surgir su primera novela pero al menos esperaba que el germen de ella se inoculara en su interior para brotar cuando de verdad estuviera preparada, cuando de verdad pudiera tener la inspiración y las armas adecuadas para plasmarla en papel.

Pero, por qué esa necesidad de escribir, de leer, de querer ser escritora, más que una vocación que creía haber tenido siempre, una necesidad urgente, una exigencia constante, un hambre cada

vez más grande a medida que descubre sus limitaciones y se empeña en sobreponerse a ellas, en no rendirse, sino en encontrar la forma de convertir sus derrotas en victorias, en convertir sus dificultades en facilidades, en encontrar un estilo propio con el cual sentirse cómoda y poder avanzar, un estilo en el que sus defectos se conviertan en virtudes por la fuerza de la narración, por la fuerza de la misma historia que no podría ser contada de otro modo más que en el suyo propio.

“El escritor busca sin descanso un vocabulario que defina su mundo, sin conseguirlo nunca, porque las formas que habitan en la imaginación son inefables, y el espejo de las palabras solo refleja una sombra de aquello que se debate en nuestro cerebro. Así que el escritor es un ser en lucha; se pelea con verbos, adjetivos, pronombres, para extraer del diccionario lo mejor que contiene, y conseguir así traducir de la forma más fiel posible lo que quiere expresar.

La literatura, como cualquier arte, es una aleación de dos elementos contrarios, uno irracional, abstracto, incontrolable y ha recibido muchos nombres: musa, don, inspiración, genio. El otro es racional, aprehensible, podemos nombrarlo con una sola palabra: técnica.

La técnica literaria nos proporciona los instrumentos que necesitamos para tallar esa materia prima, es el conjunto de conocimientos sobre el lenguaje y sus posibilidades expresivas que han desarrollado los escritores a través de todas las épocas”

Pero cuando disponga ya de toda esa técnica, de todas esas armas con las que ahora practica, qué saldrá de su pluma, que idea o pensamiento valdrá la pena transformarse en novela, como ver lo que de verdad quiere contar, qué contar en realidad. Cuando consiga tener un estilo definido y el control del idioma necesario, qué idea será la que dé forma a su libro, de dónde sacará la inspiración necesaria para contarla, para convertirla en historia, dónde hallar ese pensamiento primigenio que desarrollar hasta las trescientas o cuatrocientas páginas si ahora no puede escribir más de diez, cómo superpondrá o deslizará unas historias sobre otras para que empiece a tener el volumen y la corporeidad de una novela y no de un relato corto, cómo viajará en el futuro de esas líneas contando qué cosas, qué vivencias ajenas, qué cuentos, qué experiencias nunca vividas por ella, qué personajes se sostendrán a lo largo de toda una narración.

Ideas que según dicen están por todas partes, ideas que surgen de un hecho aislado, de un recuerdo, de algo enterrado en lo más profundo de la mente o en el flash repentino de una noticia, ideas que persiguen al autor toda su vida o que le llegan de improviso en un anuncio por palabras, en un cartelito colgado de cualquier puerta; *Deseo cambiar traje de novia, ajuar y otros accesorios, por pistola en buen uso, Coleccionista. Colecciono colecciones, no importa de qué. Un artista chileno hará comida para peces con el cadáver de un condenado a muerte. Soldados, se necesita sangre. Interesados acudir al campo de tiro. Tu perrito debería hacer pipí en la puerta de tu casa, no en esta, imbécil.*

García Márquez se inspiró para su libro *Cien años de soledad* en el recuerdo del día que su abuelo lo llevó a conocer el hielo, una llamada de teléfono equivocada dio lugar a *La ciudad de cristal* de Paul Auster, Juan Rulfo confiesa que cuando escribió *Pedro Páramo* convocó la imagen de una chica que conoció cuando tenía trece años, Isabel Allende escribió *La casa de los espíritus* como una forma de aceptar y superar su pasado, Patricia Highsmith dice que todo puede servir de idea, desde un niño al que se le cae el helado al suelo hasta la imagen de un señor de aspecto respetable que en la verdulería se guarda una pieza de fruta en el bolsillo furtivamente, Gonzalo Torrente Ballester comenzó escribiendo novelitas del Oeste... la lista puede ser infinita y la realidad de todo aquello que da paso a la inspiración necesaria para escribir una novela se convierte en algo aleatorio que ella duda que pueda reconocer, las cosas simples en que otros se

han inspirado para escribir luego libros importantes son anécdotas que muestran un genio del que ella se sabe desposeída, hechos que parecen tan casuales que solo las personas dotadas de un verdadero don pueden ver como el hilo conductor de un libro aún no escrito, un libro que va naciendo de ellas a partir de un segundo de inspiración que puede ser irrepetible, un talento e ingenio otorgado solo a los llamados para la gloria literaria pero no a personas como ella, aprendiz de todo y maestra de nada, trabajadora incansable de palabras que tal vez no posea la gracia de la inspiración.

Pero quiere escribir, pese a todo.

No se imagina a sí misma haciendo otra cosa, no se imagina qué pueda ser de sus noches sin la lectura y sin la escritura, sin estar intentando escribir, sin componer poemas o textos poéticos o cuentos para adultos o relatos breves que es lo más que hasta ahora ha escrito, no se imagina mirando el mundo sin observarlo para luego poder describirlo, no se imagina conformándose en la mediocridad de escribir solo para ella misma pese a que sabe que lo importante no es solo que los demás la lean, sino el simple hecho de que necesita seguir escribiendo tal como necesita seguir respirando y tampoco nadie está pendiente de sus inspiraciones o suspiros, se siente necia al soñar con lograr publicar algo como si con ello abandonara el verdadero amor por la literatura convirtiéndolo en amor mercenario, pero al mismo tiempo no renuncia a ver publicado su trabajo, un trabajo que ni siquiera ha comenzado, un libro que ni siquiera aún ha escrito.

Marcel sube hasta la buhardilla y comprueba que los folios van aumentando día tras día pero como no le ha vuelto a pedir que le deje leer nada no puede saber que lo que él ve son ejercicios para dominar la técnica literaria, no su libro, que sigue estancado en las mismas palabras, en las mismas hojas que semanas atrás, con los personajes cada vez más vulgares a medida que pasan los días, con el texto cada vez más mal escrito ahora que conoce mejor la práctica, con las situaciones y vivencias tan simples que no merecen ni siquiera ser narradas.

“Si el trabajo está bien uno aprende. Si está mal aprende todavía más” Ella debe seguir aprendiendo pero añora el día en que llegará a sentarse frente a la pantalla del ordenador y podrá comenzar a escribir con soltura sobre una idea que le parezca realmente buena y con posibilidades. *“Cuando tengan una idea realmente buena, plantéensela de otro modo. No hay recetas para escribir bien, podrán tenerlas si acaso para evitar determinados errores.”*

No puede evitar imaginarse a sí misma escribiendo, encerrándose para siempre frente a ese mar que ve por la ventana de la buhardilla para dedicarse exclusivamente a escribir, su sueño más largamente acariciado, su ilusión más antigua, dedicarse en cuerpo y alma a la escritura, torturada quizá en el futuro que imagina por la inspiración, por la obligatoriedad de las fechas de publicación, por los consejos de una editora que se convertirá en una de sus pocas amigas y le criticará ferozmente los fallos o defectos empujándola a ser cada día mejor, señalándole aquello que la hace excepcional y que no debe nunca perder como sello identificativo, la originalidad en sus textos, la estresante obligación de reinventarse en cada libro que tenga que escribir en un porvenir que solo puede imaginar. *“No busquen ser originales, el ser distinto es inevitable cuando uno no se preocupa de serlo.”*

Tiene en su mente la imagen de escritores torturados por su genio, solitarios, leyendo en voz alta textos que luego romperán frente a una chimenea encendida en donde arrojarán los pedazos de papel desechados, indignos de su genialidad.

La imagen romántica de un faro solitario cerca de un acantilado que siempre ha imaginado y de una mesa de madera vieja en donde hay una máquina de escribir antigua y no un PC, las escaleras de caracol tras ella subiendo a una habitación austera y siguiendo hasta alcanzar la barandilla de la torre desde donde se ve un horizonte muy lejano que le produce la sensación de

ser la única habitante de un mundo en el que no hay ruidos ni prisas ni noticias del exterior, un mundo en el que retraerse y simplemente escribir, sin distracciones, sin la sensación de pérdida de tiempo que ahora tiene. La luz del faro girando tras ella, acercándose y alejándose, midiendo la distancia entre el mar y sí misma, entre ella y el resto de la humanidad, brillando por la noche a su espalda para guiarla a los rincones de su propio interior en donde tal vez esté agazapada la inspiración que ahora parece faltarle.

No sabe muy bien por qué quiere escribir, se lo ha preguntado mil veces y nunca ha encontrado respuesta, solo sabe, siente, que no puede vivir sin la palabra escrita, que la necesidad le empuja, lo ha hecho durante años, desde que de niña copiaba cuentos y después listas de éxitos en las revistas para preadolescentes, desde que jugaba a ser periodista y escribía entrevistas imaginarias con ídolos del momento, desde que redactaba los guiones de teatro en clase de lectura de la imagen, desde su primer diez en literatura, desde el día que escribió su primer poema para un regalo del día de la madre y este era casi un soneto cuando sus compañeras no habían pasado del pareado o del cuarteto.

La imagen vívida de su padre corrigiendo exámenes en su estudio, escribiendo, leyendo en la butaca frente a la ventana y ella sentada en frente suyo en su sillita de niña buena con el uniforme del colegio, el anhelo de tomar un libro de esos gruesos de tapas duras y oscuras imitando piel, el papel fino y transparente de aparatosos volúmenes que aún no podía entender, conformándose con los cuentos de dibujos que al lado de los libros de sus padres le resultaban tan pueriles como humillantes, aún no son para ti, aún no lo comprendes, aún no los puedes leer, aún no tienes edad.

Y folios rayados con su letra infantil que va cambiando con los años, las A puntiagudas en forma de triángulo que le parecen de mayor, sin el palito en medio tan infantil de libreta de caligrafía, las L con su globito en el lado inferior izquierdo abandonando para siempre el trazo recto de los dos palos que le dan forma y con el que comienza a ensayar la firma de su nombre, la elección de poemas favoritos que apunta en una libreta de fantasía que le regalaron para el cumpleaños, una libreta de colores y nubes tan diferente a los blocs cuadriculados de tapas de cartón marca Enri que son obligatorios en el cole, su primer diario con llave expuesto durante unos días junto con el resto de regalos de la primera comunión, al lado del breviario con tapas de nácar, el rosario de cuentas blancas y los guantes de puntillas con los que se han hecho las fotos ella y su hermana, fotografías que luego colgarán en la entrada y colocarán sobre el mueble de la tele de aquella casa cercana al cole a la que fueron a vivir tras la separación de sus padres, la casa de divorciada de su madre, tan distinta y tan femenina, tan diferente a la casa de sus abuelos o a la que ella apenas recuerda haber vivido con su padre.

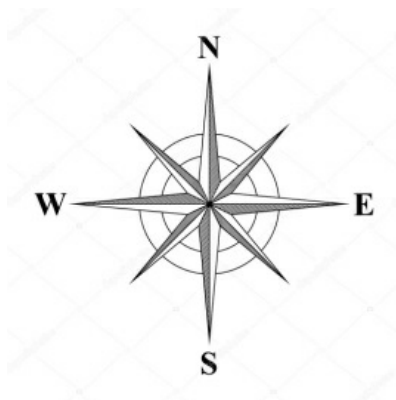
Se recuerda a sí misma sentada frente a su padre, las piernecitas balanceándose en la silla, haciendo caligrafía para tener la letra de convento marca de colegio de pago, escribiendo resúmenes de los cuentos que leía y que luego su padre examinaba para ver si los había comprendido, para ver su nivel de comprensión y memorización literaria, escuchando las historias de su abuelo en las largas noches de sábado cuando pasaban los fines de semana con ellos y luego escribiéndolas en el aburrimiento de los domingos después de comer, después de cenar, justo antes de irse a la cama, con el pijama afelpado ya puesto, a punto de dormir para levantarse sin sueño el lunes.

Si pudiera recuperar alguna de aquellas historias, si pudiera conformarse con escribir lo mismo que entonces escribía, todo, cualquier cosa, si no se hubiera propuesto escribir ese libro por el que había cambiado tantas cosas, por el que había cambiado hasta su vida, no sentiría la presión que ahora siente.

Si no le hubiera dicho a Marcel que era escritora no tendría la obligación de seguir escribiendo y tal vez se sentiría tan liberada que podría sentarse a escribir de verdad, si no sintiera que no ha habido nada en el mundo para ella más importante que el sueño de escribir no se sentiría en la exigencia de hacerlo y tal vez entonces podría escribir sin imposición alguna, si tuviera la sensación de escribir solo para ella misma sin tener que demostrarse nada podría escribir de verdad, con la libertad y la despreocupación de equivocarse o de no tener suficiente genio, si no tuviera miedo a quedarse en el anonimato de quienes escriben y no publican podría dedicarse a simplemente cultivar una vocación o un hobby, si no tuviera la sensación de que el tiempo se termina no tendría tanta prisa por empezar.

Pero es cierto que el tiempo se termina. Y ella no ha escrito nada de todo aquello que se había propuesto escribir cuando meses atrás llegó a esa casa.

Solo la salva de la miseria el hecho de que gracias a su vocación que le empujó a cambiar la ubicación de su vida ha conocido a Marcel, gracias a aquel desengaño que estuvo a punto de matar para siempre sus sueños pudo llegar hasta aquí y hasta este momento, dar el vuelco necesario a su vida para que comience a ser el esbozo de aquello que siempre quiso que fuera, el mar cercano, papel blanco que llenar con palabras nuevas aunque aún no sepa cuáles, la posibilidad de ser ella misma, el bosque desde el que cada noche le llega la frescura y el aroma de pinos, la playa que le trae murmullos de mar, el sol reverberando en las flores de colores de su jardín, Marcel entrando por la puerta de casa, quitándole el libro de entre las manos para evitar que se caiga al suelo y acostándose a su lado en el sofá donde lleva medio dormida un buen rato sin que haya podido abandonarse del todo al sueño, sin que haya podido dejar de pensar, apoyando la cabeza en su regazo y quedándose quieto mientras observa cómo, ahora sí, se va quedando dormida en el sopor de la siesta de un más que cálido día de agosto.



El viento de poniente había cambiado a levante en cuestión de apenas unas horas y las esperanzas de que lloviera de un momento a otro y ayudara a apagar los incendios era considerada como algo ya hecho por aquellos veteranos meteorólogos que repetían una y otra vez, siempre por turnos y sin haberse escuchado unos a otros el refrán de que “el poniente la mueve y el levante la llueve” como si fuera una verdad lapidaria que terminaría por materializarse con el paso de los días, mañana, esta noche tal vez, pasado mañana a lo sumo.

Vaticinaban agua no solo por el viento húmedo y constante, no solo por la frescura que este portaba o porque cantaran los gallos a media tarde o las moscas, más pesadas que de costumbre, picaran en la piel, olieran mal los alcantarillados y hubiera hormigas voladoras en los jardines, sino porque las cabañuelas del año pasado habían arrojado esa predicción con exactitud, con lo cual el resto de presagios o anuncios no era para ellos más que una confirmación de sus propios vaticinios.

Así como los abuelos veían llegar el agua ya no solo por todos los síntomas de cambio de tiempo y por las cabañuelas del año anterior, sino por la humedad que adolece en sus viejos huesos y de la que no le dicen nada, él siente llegar la tormenta y también se lo va callando por miedo a que sea cierto, por miedo a que el aparato eléctrico rasgue no solo el cielo de oriente a occidente, sino su propia vida, miedo a que un rayo le parta por la mitad todo aquello que tantísimo le ha costado tener, la paz, la plenitud de los instantes, la tranquilidad de pensamientos, la serenidad de un futuro en el que lo más truculento son sus sentimientos y lo más violento son las noches de amor compartidas, implacables en su ternura, dulces en su despiadada fiereza.

Ve llegar las nubes amenazantes, cargadas de energía y no dice nada, solo espera a que ocurra con la misma paralizada tristeza con que años atrás dejó en suspenso un hecho muy similar que tal vez comenzara de la misma forma, con la misma frase incluso, he quedado con mi amigo Chris para tomar una copa, algo tan trivial, tan absolutamente normal y corriente, tan sin importancia.

Ve llegar la tormenta no solo en el exterior de la casa y en el exterior de su vida, sino dentro de él, profundamente, nota los movimientos sísmicos, las fuerzas encontradas, las energías opuestas en las que una sola frase haría saltar chispas, positivo y negativo, las nubecitas de tormenta que le enseñaban en clase cuando era niño con los signos más y menos, el ciclo del agua que se cierra frente a él en ese mar que es como el calco de uno de aquellos dibujos que estaban en el libro de ciencias naturales, un mar evaporándose, subiendo hasta el cielo, las nubes absorbiendo calor y vapor, cargándose de energías que no saben aún que van a chocar cuando se acerquen unas a otras en el pico de una montaña, dibujada casi exactamente igual que la montaña

que él tiene ante sus ojos y en la que solo falta el esqueleto de aquel castillo donde los abuelos suben a observar el clima, el ciclo cerrado ya por completo, comenzando a llover en cualquier momento, hoy, esta noche, mañana a lo sumo, rayos y centellas desprendiéndose del cielo, cayendo en la playa que ejerce de pararrayos natural, atrayendo hacia sí todo el fulgor de la batalla celestial y librándolos a ellos, tan cerca, de cualquier peligro.

Ve llegar la tormenta mucho antes de que se produzca y sabe que no puede hacer nada por evitarlo, que es imposible sortearla, solo puede intentar que no le dé de lleno, resguardarse tal vez sea imposible también, guarecerse de la lluvia, buscar un lugar soleado en su alma donde agazaparse y dejar que caiga lo que Dios quiera, un lugar seco y cálido donde el retumbar de los truenos no sea audible, donde la amenaza de diluvio y huracán no lo tumbe, un lugar oreado y luminoso donde no llegue la maldición del miedo, donde el ancestral terror a las fuerzas de la naturaleza desatadas no hagan más mella aún en su ánimo y le dejen al menos la pequeña victoria de mantener a salvo su orgullo y su dignidad, la sobriedad y compostura de conservarse integro aunque su voluntad vaya torciéndose por momentos, muy lentamente, al paso de las nubes que van cerrando el horizonte y tornándose oscuras, amenazantes por minutos, fulgurantes en su interior por gracia de la misma energía que las va formando.

Busca un lugar al raso donde quedarse quieto tras las palabras que han desatado esos nubarrones dentro de él, esa tormenta de verano que trae olor a tierra mojada y que hace que el aire huela a limpio, a cielo recién lavado, ese aroma tan familiar de la lluvia en el bosque cercano a su casa, la misma sensación de cada verano al llegar la misma fecha, al ver llegar el recuerdo agazapado de aquellos días previos al desastre, al gran tsunami que devastó todo lo que aún estaba en pie.

Reza para que ahora sea distinto, para que ahora, que en lugar de devastación y ruina aún existen pilares sólidos y cimientos que parecen estar bien fraguados, pueda soportar la hecatombe sin derrumbarse, tan distinta la figura de Lara a la de Lucía, tan diferente en el fondo aunque no en la forma, Lucía yendo a verse con su amante y Lara yendo a ver a un amigo, la diferencia de vinculo, la divergencia de sentimientos, la distancia de afectos, tan distinta una cosa de otra, amigo o amante, pero la misma persona, Chris, volviendo a la palestra de su vida como por una casualidad siniestra, aciaga.

No le dice nada porque ya ha aprendido que no se puede evitar lo inevitable, porque ha asumido que su vida, al parecer, es como un bucle en el que se van repitiendo los hechos más dolorosos, porque ya ha aceptado que el destino es un hijo de puta contra el que no puede luchar.

Pero ella no se da cuenta de nada, ha dicho una frase cualquiera que lo ha expulsado de los binomios de los sábados por la tarde con la simple excusa de que al estar todos aquellos viejos en casa él debe quedarse a controlarlos, como si fueran críos, y ella necesita salir y tomar el aire un poco, darse unos metros de distancia, tomar una copa y charlar con unos amigos que él no conoce ni conocerá, ya tendrá tiempo de presentárselos, le dice, como si él quisiera conocerlo o como si él no supiera quién es.

Busca excusas convincentes y que levantan sospechas y no convencen a nadie, explicaciones que él no le ha pedido ni le pedirá porque está acostumbrado a no entrometerse en la vida de la persona con quien comparte cama, Lucía le enseñó a no colarse en esa parte de vida privada que se supone no tiene por qué importarle y sigue haciéndolo aunque ahora sí le importa, es un animal domesticado por las costumbres que aprendió a no sacar los pies fuera del tiesto, a dar la libertad necesaria para que le puedan hacer daño con total impunidad, a dar los metros necesarios de cuerda para que lo puedan joder vivo.

Ella no se da cuenta de nada, pero habla de Chris con una naturalidad sospechosa, como si se

esforzara en que pareciera algo normal el quedar para tomar una copa, cenar y charlar un rato, y lo único que no tiene de normal es que ella intente excusarse como si hubiera hecho algo de lo que ya se está arrepintiendo, como si al justificar un acto por el cual él no le ha preguntado siquiera fuera ella misma la que crea todo tipo de sospechas, como si al no darle importancia con sus palabras le diera una dimensión de acto crucial y no de simple normalidad.

No se da cuenta de que no hace falta decir mentiras ni dar explicaciones que Marcel no le ha pedido, que el hecho en sí es lo suficiente habitual como para que no tenga que dar esas aclaraciones que él escucha distraídamente para que no vea su expresión de incredulidad, para no mostrar la misma punzada de miedo que le daba años atrás oír excusas semejantes, para no tener que mirarla a los ojos y verla mentir por primera vez desde que la conoce, mentirle a él, esconderle la verdad al menos, no decirle la verdad completa, ella que no está acostumbrada a mentir, se le nota en la voz y en la actitud, ella que hasta ahora ha sido la persona más leal y transparente que ha conocido y que le evita la mirada porque no le salen las mentiras de forma convincente, pero, ¿Qué le va a decir? ¿Que es una cita a ciegas, que lo único que le empuja a conocerle es la frase que él dijo semanas atrás, que siente una curiosidad enfermiza por conocer a la persona que seguramente fue amante de su mujer, por ver la cara del hombre que sedujo a Lucía aunque él no se lo haya contado nunca?

Si no fuera por la forma en que él reconoció ese nombre entre todos los nombres de la bandeja de entrada de su Hotmail ella tal vez nunca habría quedado con él.

Se le puede llamar curiosidad malsana, se le puede llamar fisgoneo puro y duro, pero él no sabe que la ha empujado a hacer algo que lleva meses evitando hacer. Cada vez que Chris le proponía quedar para tomar algo, para conocerse por fin en persona, ella encontraba la excusa perfecta para no hacerlo, para sortear las ganas que ese chico mostraba, para no dejarse arrastrar por las líneas de tristeza de sus correos en los que le hablaba de soledad y aislamiento como si solo ella fuera capaz de romperlo o tuviera la responsabilidad de hacerlo.

Se arregla pensando en una cita que no sabe que va a cambiar su vida, al menos el concepto de vida que ha asimilado de un tiempo a esta parte, una cita que como si fueran los guijarros que se desprenden de una montaña, anuncian un deslizamiento atroz.

Marcel la mira desde la cama, ve como se viste y se maquilla para salir reconociendo el vestido usado en una cena de ese verano con él, viendo como repite los gestos frente al espejo, la forma en que abre la boca para ponerse el rímel que a él le hace tanta gracia porque la ha visto siempre en las mujeres importantes de su vida, su madre, su mujer y ella, la ve elegir complementos, un collar largo estilo hippie y pendientes a juego, la ve ponerse las sandalias de tacón y la ve sonreír, sonreírle, con una sonrisa que pretende ser natural y que encierra una veta de pánico que él interpreta hacia él y no hacia un desconocido.

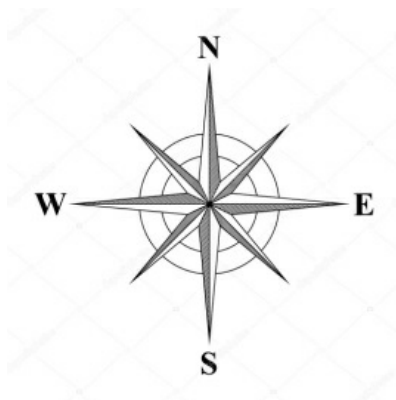
Una punzada de dolor recorre su conciencia cuando piensa en Lucía y en ella compartiendo los mismos actos, a los mismos hombres, las mismas excusas, *ya no la quiero, pero cuánto la quise*, piensa en el poema y maldice que se le haya contagiado la manía de recordar frases épicas en los momentos clave y que además se les puedan aplicar a esas dos mujeres, a Lucía y a ella, como si se estuviera despidiendo para siempre de las dos esa noche, dispuesto a que si ocurre lo que él cree que va a ocurrir, si se cumplen los vaticinios de deslealtad que Lara parece haber hecho con sus mentiras y sus frases de disculpas innecesarias, no tendrá más remedio que romper definitivamente con todo y perder toda esperanza, toda la fe que había vuelto a él de forma milagrosa el día que Lara entró en su vida y sintió la sacudida de la vuelta a la vida, el estremecimiento que al principio ni entendía ni quería sentir como un regreso a la existencia y a los sentimientos.

La ve sonreír mientras coge el bolso pero sabe que está nerviosa, se lo nota en gestos imperceptibles, en miradas que evitan la suya, en palabras que parecen carecer de sentido, palabras nerviosas que intentan dar una imagen de serenidad que los ojos y los actos desmienten.

Le da un beso furtivo y entra en el coche mientras él abre la puerta de la finca que cerrará en cuanto haya salido, con un pensamiento vago de estar ayudándola a cometer un crimen, con la impresión de ser un calzonazos que cierra los ojos ante lo evidente, con la sensación de cabestro que ya sintió cuando permitía que Lucía, la que creía en el amor libre y en la libertad sexual de las personas, corriera a los brazos de su amante y él se quedaba en casa sintiéndose por un lado traicionado y por otro muy moderno, con remordimientos de conciencia que ella le decía que eran puros convencionalismos y legajos culturales, con el dolor de saber que en el fondo la está perdiendo, tal como parece estar perdiendo a Lara en ese instante que le dice adiós con la mano y la ve alejarse con el coche hacia el final del camino, saliendo a la carretera que tal vez la aleje de él de forma definitiva tal como se han alejado las mujeres que de verdad le han importado alguna vez.

Los abuelos en el salón intentan casar las cabañuelas del día y él vuelve a preguntarse qué indicios de dolor había en las cabañuelas de su vida para que vuelva a ocurrir todo lo que está ocurriendo, para que la vida le haga pasar por lo mismo en dos ocasiones, porque ese tal Chris, al que solo ha visto dos veces en su vida, se ha convertido en su némesis, en su enemigo más íntimo, en su rival a vencer. Una noche más entra en la cocina para hacer la cena de todas aquellas personas que ahora invaden su casa como auténticos okupas y piensa distraídamente en el restaurante donde Lara cenará con Chris, en el menú, en las copas, en lo que pueda ocurrir tras la cena. Como un autómatas repite gestos que ha hecho miles de veces, prepara comida para diez personas como si fueran pocas y no le molestara, intenta aclarar sus pensamientos frente a la encimera pero solo logra enredarse en ellos una vez más.

No es hasta varias horas después cuando desde la buhardilla silenciosa espera el sonido del coche de Lara que decide, casi por un impulso, que esta vez no puede ocurrir lo mismo, que no lo va a consentir, que va a tener que presentar batalla si es necesario y no dudará en hacerlo, Lara no es Lucía, a Lara todavía la quiere lo suficiente como para luchar por ella si aún tiene la posibilidad de hacerlo, solo que no la tiene, la posibilidad de lucha se esfumó en el mismo instante que ella salió por la puerta del jardín.



Ha estado tentada a regresar casi desde el mismo momento en que salió a la carretera principal y sin embargo siente que tiene que acudir a ese compromiso como si fuera algo necesario, como si no pudiera evitarlo, como si en lugar de un encuentro con alguien a quien puede o no conocer según su libre albedrío, se tratara de una cita ineludible con el destino de la que no puede huir.

No puede creerse que Marcel le ocultara algo tan primordial de su vida anterior; el tono con que le preguntó quién es Chris, el deje de tristeza que no pudo ocultar tras sus ojos cuando le explicó someramente que Lucía tuvo un amigo que se llamaba igual y ella, atando cabos en un solo segundo, había espoleado su curiosidad hasta el punto de aceptar ese encuentro tras cientos de propuestas anteriores a las que no hizo ni caso.

Para bien o para mal, Chris ha estado en su vida desde que lo confundió con él, han cruzado cientos de correos durante todo el invierno, han llegado a tener una buena amistad que puede que se esfume en el mismo instante en que se conozcan personalmente que es lo que, según los oyentes de la emisora, suele suceder casi siempre.

El anonimato y la distancia favorecen un intimismo que es muy difícil llegar a tener con alguien a quien miras a los ojos en el momento de hablar, la forma en que se escribe un sentimiento o pensamiento no suena igual de viva voz, la nocturnidad, la soledad, el aislamiento que se siente mientras se escribe una carta o un e-mail no tiene nada que ver con el enfrentamiento de un rostro que puede que no nos sea agradable o que no muestre la expresión que necesitamos ver en él, las botellas lanzadas al mar que envían desde la emisora y la página web del programa nacen precisamente de esas sensaciones de invulnerabilidad que produce la distancia física entre las personas que las envían y quienes las reciben, como si nadie en realidad supiera los secretos que se desvelan en ese intercambio epistolar, como si la otra persona, la que contesta y escucha, fuera solo un ente, un ser que existe exclusivamente para recibir nuestros deseos o nuestras lágrimas, para darnos consejos o hablar de poesía, algo intangible y muy cercano que sin embargo está lo suficientemente lejos como para no entrometerse en nuestra vida, para no reclamar nada de nosotros salvo las cuatro líneas de rigor en una respuesta.

Como si fuera imposible que las cosas hubieran ocurrido de otra forma a como ella las ha pensado, tiene la certeza de lo que Marcel no le ha dicho ni le dirá nunca. Piensa en Chris y en él, en los dos hombres de la vida de una mujer a la que no conoció, en el dolor que muestran ambos cuando se dice su nombre, piensa de nuevo en Marcel como el Lawrence Olivier de esta historia, la tumba de ella en aquel cementerio de flores vivas es lo único que no encaja en la película, ella no se perdió en el mar y su amante aún vive para recordarla, una mediterránea Rebeca que ha

dejado tras su muerte una estela de dolor tan intensa o más que cuando estaba viva, una mujer a la que nunca comprenderá porque le resulta imposible ponerse en su lugar, ella, acostumbrada a recibir el dolor y la infidelidad en una relación como la que tuvo con Bran, solo puede ponerse en el lugar de él y revivir todo aquello como una especie de simbiosis con lo que tuvo que sentir, pero le resulta imposible intentar siquiera ponerse en el lugar de Lucía, ver a Marcel como un enemigo o como un marido del que se pretende huir corriendo a los brazos de otro hombre. ¿Cómo será ese hombre para que Lucía lo prefiriera hasta el punto de ser infiel o de romper un matrimonio? ¿Cómo no preferir a Marcel frente a cualquier otro? ¿Cómo no quedarse abrazada a él para toda la vida, tranquila y reconfortada en sus brazos, escuchando el mar cercano mientras amanece en su habitación y siente a su lado un cuerpo capaz de ofrecer tanta calma como tormenta, tanto amor, tanto sosiego como tempestad, tanta paz?

Durante una milésima de segundo piensa en los abuelos y en que esa noche no podrá acompañarlos al castillo, siente que está siendo desleal no solo con él, sino con todos esos yayos que la han recibido en su círculo meteorológico con los brazos abiertos y que no han visto con buenos ojos el que ella se vaya a cenar con un amigo mientras Marcel se queda en casa aburrido con ellos, hoy sábado por la noche sin salir a ningún sitio tal como ha hecho los últimos años, sin embargo ni siquiera ese pensamiento logra distraerla de su fin, el leve remordimiento no es suficiente como para que dé marcha atrás y regrese a casa.

Es una de las múltiples ocasiones en que lo ha pensado, una de las tantas tentaciones que ha tenido y que ha dominado para poder satisfacer su curiosidad, su mal sana curiosidad.

¿Qué le importa a ella cómo es Chris, por qué le tiene que importar, por qué comparar? ¿Por qué no quedarse en casa tranquilamente con él y abandonar ese ímpetu de ponerle cara a alguien a quien no conoce? ¿Solo porque sospecha que él fue amante de la antigua mujer de Marcel, de su actual pareja?

Cada rotonda es una tentación de regreso, cada cruce un impulso de retorno, sería tan fácil dar la vuelta y volver a casa, tan simple como manejar el automóvil en la dirección contraria a la que va y regresar sin más, sin dar siquiera ninguna explicación. Se imagina a sí misma volviendo, abrazando a Marcel, puede ver su cara de alivio tal como momentos antes ha visto su cara de angustia, se ve diciéndole que lo ha pensado mejor y que prefiere quedarse con él, en casita, solos los dos mientras los abuelos marchan hacia el observatorio del castillo dejándolos libres, se imagina un final de película, de libro, una capitulación por su parte quizá, volviendo a sus brazos sin que le importe nada del mundo exterior, sin que le importe hacer vida social que es la excusa que ha dicho para salir sin él, mintiéndole al decir que necesita ver a sus amigos y sintiendo ya un primer remordimiento al engañarle tan descaradamente, olvidar que hay todo un mundo fuera de aquella playa y fuera de Marcel, un mundo que le fue inhóspito antes y con el que solo se reconcilió cuando pudo alejarse o cuando él se lo mostró, cuando pareció regalárselo en cada uno de los viajes que han hecho juntos a la ciudad para recoger las cartas de la emisora o para pasar una tarde diferente.

Cuando entra en la ciudad, el aire caliente y el olor de multitud o alcantarillado le golpea en la cara, sube las ventanillas del coche y enciende el aire para huir de esa vaga promesa o amenaza de civilización, no puede distinguir una de otra. Supera de nuevo la tentación de cambiar de sentido y enfila recto hacia su destino con el presagio de algo irrevocable y certero, con la sensación de que sea lo que sea a lo que tenga que enfrentarse va a haber un antes y un después, más como si acudiera a una cita con la fatalidad en lugar de a una cita con un amigo.

Una cita a ciegas para la que han urdido todo un complot de reconocimiento, la ya clásica flor en el ojal de la chaqueta o prendida en el pelo ha dejado paso a una descripción pormenorizada

de la ropa y de sus caras para poder reconocerse y una rosa de tallo largo que ha comprado esa mañana sobre la mesa del restaurante, señales inequívocas que pueden parecer casuales.

Un desconocido entrando con una flor en la mano y que busca entre las mesas a alguien que tenga una rosa sobre la mesa, una mujer también desconocida y al parecer carente de afecto, tal vez fea y poco agraciada, esperanzada por las conversaciones íntimas de las cartas, abierta a cualquier tipo de relación aunque sea de una sola noche, un desconocido que promete ser lo que tal vez no es, que dejará a un lado toda sensibilidad para mostrarse un depredador nocturno o por el contrario resultará tan puerilmente romántico que se sumirá en un patetismo insoportable, imaginaciones que no se pueden contrastar con la realidad sin que salgan mal paradas, posibilidades malogradas desde el mismo instante en que se reconozcan y vean no al amigo íntimo de las misivas, sino a un extraño, a una persona que no encaja con la imagen mental que se han hecho el uno del otro durante meses de correspondencia.

Vence de nuevo la tentación de salir huyendo cuando tiene que aparcar el coche en el parquin y buscar la salida más cercana a la calle donde está el restaurante.

Qué típico, una cena, como en las películas, con lo incómodo que es comer frente a desconocidos, ver sus modales en la mesa roturados por el hambre o la inapetencia, por los nervios de la cita, o peor aún, su falta de modales. La personalidad que tantas veces en los últimos días ha imaginado diluida entre platos de diseño a los que a veces no se sabe cómo hincarle el tenedor, aparcada de momento ante lo rutinario de una comida, ante el atavismo primitivo de la alimentación, tal vez sin atreverse a hablar, notando la carencia de conversación que pasará más desapercibida al tener que deglutir, mucho más desapercibida que si hubieran quedado para tomarse una copa en una terraza en la que no habría excusas tras las que parapetarse cuando se hiciera ese vacío conversacional que ella ya está temiendo, cuando quedara al descubierto la falsedad de las cartas, las mentiras que se han contado el uno al otro, la distancia de pensamiento que parecía tan cercana por e-mail, el vacío que los une, dos desconocidos simplemente, con un montón de misivas que no han sido más que líneas y líneas de falsedades y ocultaciones, una llamada de auxilio con la que se pretende salir de una soledad puntual y que luego resulta ridícula cuando se piensa fríamente en ella, cuando se tienen que enfrentar los ojos de la persona que las ha leído y resulta ser un extraño que tal vez no merezca nuestra atención o confianza.

Pero, ¿y si resultara al revés? ¿Y si Chris es un hombre encantador, apuesto, realmente un alma atormentada por el amor de una mujer que murió? Hasta ahora solo ha pensado en Marcel como víctima de una infidelidad, pero ¿y si en realidad fuera tan solo el vértice de un triángulo amoroso, la esquina más afilada de él? Por qué no puede ser Marcel la parte mala del juego, el hombre celoso que no deja marchar a Lucía, que impide ese amor de novela pese a que ya no la ama, aunque su personalidad actual no encaje con todo eso quién sabe cómo reaccionó él en el pasado cuando supo que su mujer tenía un amante, cuando decidió divorciarse, cuando aún no había muerto y tal vez había una posibilidad de reconciliación.

Todos podemos equivocarnos, piensa, y puede que Lucía intentara tan solo rectificar su vida, puede que ni siquiera Chris y ella hubieran sido amantes tal como ha imaginado desde que Marcel fingió en su buhardilla aquella respuesta tan casual que sus ojos desmentían con un profundo desasosiego y dolor, puede que todo lo que está haciendo esta noche no sea más que otro error y puede que se tenga que arrepentir pero ya está entrando en el restaurante y el momento de echarse atrás parece haberse esfumado para siempre.

Abandona las conjeturas que no ha dejado de hacerse estos tres días y se sienta en el lugar indicado dejando la rosa de largo tallo sobre la mesa, a un lado, cerca de su mano, dispuesta a

esconderla en un segundo si cuando vea entrar a un hombre con otra rosa siente el palpito del arrepentimiento, la punzada de deslealtad que no ha dejado de sentir durante todo el camino clavándose esta vez mucho más profundamente en su conciencia.

Estúpidamente le viene la frase de un poema, uno de los últimos que eligió para el programa antes de las vacaciones, *mientras en algún sitio se derrama la noche, regálame las hebras de tu luz para tejer la espera*, sabe que aislada del resto de poema esa frase cobra cierto sentido al estar esperando a alguien pero al mismo tiempo se recrimina la debilidad, percibe la decadencia que hay en el instante, intuye que no debería recordar poemas al pensar en un extraño, no deberían venir a su mente poemas de amor aunque sean por una frase certera separada del contexto original, la infamia de las mentiras que ha contado para llegar a ese instante, por inocentes que sean sus intenciones, la hacen sentir traidora, está apostatando de sus brazos en ese mismo instante en que podría estar hundiéndose entre ellos, perdiéndose en la soledad nocturna del mar que hace brillar el verde de sus ojos cada vez que lo mira tan de cerca.

El pinchazo de la ingratitud y del engaño vuelve a clavarse en su mente, cada vez con más fuerza a medida que se acerca el instante en que va siendo más probable que el tal Chris entre por la puerta que ella está vigilando, a medida que el reloj de pulsera que solo se pone cuando tiene que salir de casa va acercando los minutos a la hora puntual de una cita, con la mano sobre la mesa acariciando el tallo de la rosa presta a esconderla rápidamente si fuera necesario, a dejarla caer al suelo donde el escaso mantel del restaurante no llegará a ocultarla del todo pero que ayudará a disimularla durante el minuto exacto que a ella le costará salir de aquel lugar sin volver la vista atrás, ni siquiera pide agua al camarero para no tener que entretenerse en pagarla si le toca salir de allí por piernas, tan arrepentida ya de su impulso, de la tremenda tontería que ha hecho al querer conocer a ese extraño, de las explicaciones que se ha dado a sí misma y de las poquísimas que le ha dado a él que ni siquiera se las ha pedido, notando segundo a segundo cómo se tuerce su ánimo, cómo se esfuma su decisión, recordando el rostro de Marcel mientras le abría la puerta para que saliera con el coche, el beso de despedida, la expresión de su rostro vista desde el espejo retrovisor, mirándola a ella como años atrás tuvo que mirar a Lucía sabiendo que se iba para verse con otro, con la misma fingida indiferencia, con el mismo disimulado dolor, con el tormento callado, con el mismo sentimiento de pérdida que entonces tuvo.

Siente que tiene que marcharse con la misma violenta sensación que tuvo días atrás cuando presintió que tenía que ir, con la sacudida del presentimiento inmediato, con exactamente el mismo apremio con el que concertó la cita tres días atrás sabiendo que o se decidía por impulso o nunca se decidiría, arrepintiéndose casi inmediatamente del e-mail en cuanto le dio al enter para enviarlo sabiendo que ese acto instantáneo de fuerza del que se estaba arrepintiendo iba a decidir su vida de forma irremediable, intentando no pensar, sino actuar porque si se paraba a meditarlo jamás hubiera sido capaz de hacerlo, igual que ahora, que si no se levanta ahora mismo y se va no tendrá la decisión necesaria para actuar cinco minutos después y menos cuando vea entrar al desconocido con la rosa en la mano buscándola con los ojos, notando que si no se va inmediatamente se va a pasar todo el rato con la intención de hacerlo hasta que sea ya demasiado tarde.

Pero ya es tarde. Cuando cree que ya no va a poder estar más rato en la incertidumbre y en la tentación de irse o no una figura masculina entra por la puerta y sus ojos se clavan inmediatamente en la mano que porta una rosa roja de tallo largo. Tras un segundo de duda, de incredulidad, que es lo que han tardado sus ojos en buscar y encontrar el rostro del desconocido que le resulta sorprendentemente familiar, su mano hace el gesto tan premeditado y pensado en

sus peores presagios, esconder la rosa, tirarla al suelo, intentar esconderse ella misma tras una invisibilidad imposible, rezando todo lo que recuerda para no ser vista, pero el extraño está buscando a una desconocida por lo que sus ojos recorren el local entero esperando ver cualquier cosa salvo precisamente a ella, tan conocida para él, tan tratada, tan gastada por su uso, tan sumamente familiar que es absurdo hacer como que no la ha visto.

Bran se acerca a su mesa sonriendo con aquel encanto de entonces que ahora encuentra patético, con las buenas costumbres y el don de gente que tienen para las cosas impersonales los agentes comerciales más agresivamente mercantiles, Christian Brandan, su antigua pareja, con ese nombre medio celta medio cristianizado, con el nombre extranjero pese a ser de un barrio popular, tan orgulloso él de hacerse pasar por hombre de mundo sin haber salido nunca de la ciudad por grande que esta sea, tan dado a inventar parientes en Irlanda o Escocia o Noruega que justificaran su designación social, a improvisarse ascendientes ilusorios de pasado celta, de una estirpe inexistente, de un linaje fantástico que justificara o al menos escondiera la pasión de su madre por los nombres raros y exóticos o por lo que a finales de los sesenta se tenía por exótico en este santísimo país.

Se levanta sin pensar, sin contestar a su pregunta cortés pero fría, atando los pocos cabos sueltos que quedan para casar las cabañuelas de su historia, aquellos meses de su relación en los que ya se estaría viendo con ella, una de tantas mujeres con las que supo que había estado sin llegar a conocer su nombre o su rostro, una de las muchas infidelidades que le aguantó, su mente regresa a años atrás de un golpe y adivina silencios o actitudes, adivina todo lo que aún permanecía oculto y creía olvidado, recuerda la arena de playa en sus zapatos, las excusas nocturnas, el cambio de carácter al poco tiempo de comenzar a vivir juntos, solo un año en el cielo y cuatro en el infierno, entiende el engaño, voy al funeral de una amiga, ¿te acompaño? No, gracias.

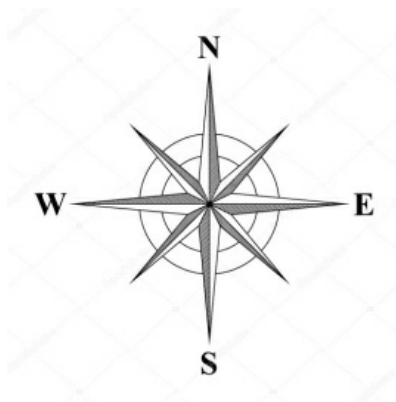
Soporta la vergüenza de su inocencia y de su simplicidad, la estúpida manera en que ella intentó consolarlo durante un tiempo en que se hundió en el silencio sin que supiera por qué o le diera cualquier explicación medianamente razonable, el resurgimiento milagroso poco después, cuando ahora calcula que más o menos comenzó a salir con Ana, un luto demasiado corto para ser verdadero y profundo, dos años, los dos malditos últimos años, los peores, atisba en sí misma la forma más intensa de ceguera, comprende la realidad más dolorosa, la casualidad más desgarrada y lamentable, la casualidad que según Marcel dice no existe y que en ella se materializa de una forma amarga, sumamente cruel y ciega.

No recuerda haber salido casi corriendo del restaurante ni haber bajado hasta el parquin para coger el coche ni recuerda tampoco el camino que recorre por las calles de la ciudad para tomar de nuevo la carretera que la va a llevar hasta su refugio, hasta Marcel y su casa de la playa de la que no debería haber salido. No puede enlazar un solo pensamiento coherente, solo una lágrima tras otra que no sabe ni por qué ni de dónde salen, no sabe por qué llora ni de dónde surgen esas lágrimas traidoras que derrama sin tener conciencia de ellas.

Bran y Lucía. El destino cayendo sobre ella en forma de maldición, el árbol del conocimiento del bien y del mal del que ella acaba de comer su fruto y que le ha abierto la mente a la comprensión total de la historia desde el principio, desde un inicio que solo ahora logra compilar por completo.

En el restaurante del que ha huido, Bran o Chris, o cualquiera que sea su maldito nombre, se ha quedado tan sorprendido que ni siquiera cuando el camarero le indica que la mesa reservada por él es donde estaba sentada esa extraña chica que ha salido corriendo logra entender qué es lo que ha pasado realmente. Media hora después, cuando Lara ya está llegando a su casa y él

concluye que le han dado plantón pisa al levantarse la rosa escondida bajo la mesa y en ese instante se da cuenta de todo lo que ha ocurrido no solo en ese momento, sino en los últimos meses.



Pero Lara no llega a casa esa noche, sino que se queda en mitad del camino. Va conduciendo y cree notar la presencia de Marcel, una llamada silenciosa que llega de lejos atrayéndola de nuevo a la paz de los días compartidos, a la tranquilidad de su playa y de las horas reposadas, íntimas de su relación casi recién nacida, a la armonía secreta de los últimos meses que se ha roto tan bruscamente como se puede romper una tregua. Quiere regresar, sincerarse, contarle sus pensamientos y confesarle los actos para los que ha buscado excusas como si solo eso pudiera liberarla del peso del conocimiento, ignorando por completo que él ya lo sabe todo, que lo ha sabido todo desde el mismo instante en que vio aquel nombre en la bandeja de entrada de Hotmail, que sabe mucho más incluso de lo que ella se imagina.

Quiere volver porque presiente la tragedia, porque cree que lo dramático es lo que acaba de pasar, lo que acaba de ocurrirle a ella en ese restaurante, la comprensión de hechos hasta ahora desconocidos que se han abierto ante ella con la ruidosa fuerza con la que se deben abrir las puertas del infierno.

Pero suena el móvil y no nota en su metálica melodía la catástrofe que está a punto de suceder, solo piensa en llegar cuanto antes, pisa el acelerador para llegar más aprisa al darse cuenta de que está llegando a la zona de las cuestas y curvas que rodean su pueblecito, tan cerca ya y tan lejos de forma definitiva.

Deja sonar la canción sin mirar su bolso, sin intentar contestar, solo quiere llegar cuanto antes, acurrucarse en los brazos de Marcel que estará, sin querer, esperándola en la buhardilla y que saldrá a recibirla cuando oiga el coche regresando tan temprano, con esa impaciencia que siempre tiene él en abrazarla cuando hace horas que no la ve, cuando tan solo ha pasado una noche o una siesta y se reencuentran como si hubiera pasado un año entero, con esa especie de incredulidad o de miedo con el que la abraza antes de besarla, apretándola mucho, ciñéndose todo cuanto puede a un cuerpo sin el que parece no poder respirar, no poder vivir.

La llamada es insistente, pero no quiere cogerlo. Cuelgan y vuelven a llamar al minuto. Piensa que puede ser Marcel y le sabe mal no cerciorarse de ello. Si es él y no contesta vete a saber qué puede pensar, una cita con un amigo, con un amigo que fue amigo de su mujer, con su ex aunque ese detalle aún no lo sepa, con el ex también de su difunta, no un triángulo amoroso como ella había imaginado, sino un cuadrado perfecto con cuatro caras muy bien delimitadas.

En un segundo siente una especie de iluminación, se da cuenta de que Marcel lo sabe todo y de que no le ha dicho nada, puede que no sepa el detalle de que ese tal Chris es Bran a quien solo conoce de oídas, pero sí tiene la certeza de que es el mismo Chris que fue amante de Lucía.

El pensamiento se le cruza en una milésima por la cabeza con la certidumbre del

presentimiento, no van a ser necesarias explicaciones porque él ya lo sabe todo y aun así la ha dejado decidir por sí misma; no existen las casualidades, nada es casual.

Recuerda su cara el día que le preguntó, en el preciso momento de ver su correo, en el segundo en que una especie de velo doloroso cruzó ante sus ojos y se da cuenta de que una sola palabra suya habría bastado para impedirle acudir a esa cita y sin embargo no la pronunció.

La sospecha se confirma pero el drama se agiganta por instantes, Chris sí fue amante de Lucía, pero también fue pareja suya en la misma época, se sobredimensiona lo que podría ser una simple casualidad hasta convertirse en un melodrama, su curiosidad por conocerle, nacida de las canciones de la radio, los meses de correspondencia y confirmada por el silencio de Marcel se ha vuelto en contra suya pero no logra imaginar hasta qué punto.

Suena el móvil otra vez, con la insistencia de quien sabe que puede contestar porque nunca eludiría una llamada suya.

Sabe que es Marcel quien la llama, dándole la coartada perfecta para salir del restaurante si la cita no resultaba de su gusto, para preguntarle simplemente qué tal va todo o para hacerla pasar, sin querer, ante los ojos de otro hombre por una mujer ocupada y solicitada por el resto del mundo.

Sabe que tiene que contestar aunque no es absolutamente necesario. Está llegando a casa y si es él quien llama la verá entrar por el caminito de tierra dentro de unos quince o veinte minutos, en cuanto salga de la carretera principal y tome la secundaria que desemboca en línea recta al mar y se dará cuenta de que si no le ha contestado es porque iba conduciendo.

Pero no le vale la excusa que se está dando a sí misma, siente que necesita escuchar su voz para centrarse de nuevo, para calmarse aunque sea un poco.

Con una mano revuelve el contenido del bolso que está sobre el asiento del copiloto para encontrar el móvil, pero este se escurre entre los dedos nerviosos que buscan a ciegas en la oscuridad del coche y cae a los pies del asiento en donde sigue vibrando y sonando como si tuviera vida propia, como si no quisiera ceder en el empeño de llamar su atención y molestarle con su cantinela metálica tantas veces escuchada.

Es consciente de la imprudencia que va a cometer, del imperdonable descuido de las normas, del riesgo implícito que conlleva el gesto, pero aun así lo hace, se asegura que no viene nadie de cara y de que ante sí la carretera es completamente recta antes de agacharse un segundo para recoger el dichoso móvil. Un segundo que se convierte en diez o quince, una carretera vacía en la que aparece un coche girando una curva lejana a ella que no ha visto, un movimiento leve del volante al agacharse con más insistencia que le hace invadir una parte del carril contrario sin tiempo de rectificar, solo ve al enderezarse una luz que antes no estaba, unos faros que la alumbran mientras suena un claxon de peligro que se clava en su cerebro, una ráfaga de miedo, pánico, terror, que dura exactamente tres segundos antes de oír el golpe, antes de notar el chasquido de la chapa metálica del coche doblarse ante la fuerza de las dos velocidades encontradas, antes de notar el dolor de su cuerpo en unas lesiones de las que nunca tendrá conciencia, antes de que la vida pase por sus ojos como en una película y le dé tiempo, durante una milésima de segundo, a pensar en Marcel antes de olvidarlo para siempre.

Mañana en los periódicos o en las televisiones locales saldrá la noticia de los dos conductores muertos y tres heridos, uno de gravedad, mañana hablarán de la peligrosa operación salida del 15 de agosto y ella será un número más en las estadísticas que otros verán en las noticias de las tres, mañana se celebrará en la plaza del pueblo un baile al que posiblemente Salvador ya no vaya a pesar de la ilusión que tenían él y los ancianos en ir, mañana ese punto de esa carretera, justo en donde hay una estatua de la rosa de los vientos incongruente que señala el paso del meridiano de

Greenwich que en realidad está varios metros dentro del mar, será considerado un punto negro en ese tramo de carretera y se comentará cómo en pocos años de diferencia se han matado ahí dos mujeres, qué casualidad, que vivían en el pueblo, mañana la policía de tráfico que investigará el atestado encontrará el móvil causante del accidente a tres metros de la colisión, saltando de la mano de la conductora durante el golpe y saliendo limpiamente por la ventana y no lo relacionarán como causa del accidente porque tiene cinco llamadas sin contestar, declarándolo inocente del siniestro pese al veneno que lleva registrado en su tarjeta de memoria, dos llamadas de Ana que ha seguido a su pareja hasta el restaurante y la ha visto a ella salir corriendo de él casi al segundo, y tres de Bran que la llama para insultarla por el engaño del que se siente ofendido o para pedirle explicaciones que de no haber muerto tampoco se sentiría con la obligación de dar. Ana, perdiendo los papeles, harta de la doble vida de Bran, siguiéndolo con cautela para sorprenderlo in fraganti con su nueva querida, con su nueva aventura, entrando en el restaurante del que la ha visto salir para montar un espectáculo por el que los comensales no han pagado para ver y volviendo a casa sin poder evitar pensar en ella, en los meses y años que la estuvo engañando, en el dolor que le causó, sin poder evitar llamarla para pedirle perdón e intentar reconciliarse, recuperar parte de la amistad perdida por culpa de él.

Pero ya es tarde y Lara nunca sabrá que le quiso pedir perdón o que la llamó para disculparse por su deslealtad y el dolor infligido, aunque a esas alturas, de estar viva, no le hubiera importado ni lo más mínimo.

Ya es tarde pero Marcel la sigue esperando, creyendo que a esas horas estará más o menos por el postre, sin saber que la guardia civil de tráfico está intentando encontrar entre sus papeles un número de teléfono donde llamar, una dirección del DNI que ha resultado no estar actualizada porque se mudó hace casi un año, localizando por sus datos a unos familiares a los que darles la tremenda noticia del accidente, sin saber que Salvador, desde lo alto del castillo en donde está con los amigos haciendo cabañuelas, ve las luces de las ambulancias y de los coches patrulla y mueve la cabeza preocupado porque sabe que es el mismo punto kilométrico en donde se mató Lucía y le vienen al pensamiento infortunios de todo tipo.

Si no fuera grave no habría tantos coches, si no fuera un accidente fuerte no habría tantas ambulancias, cuando hay tanto despliegue es porque ha pasado algo muy gordo, les dice a sus compañeros ignorando que es Lara la que está tumbada bajo una tela amarilla y brillante como el papel de aluminio en la carretera ahora cortada por la que apenas pasan coches muy despacio por un solo lado de la calzada mirando los dos cuerpos tendidos en el suelo con esa mezcla de horror y alivio, de morbo, que siempre producen los accidentes ajenos.

Ya es tarde y Marcel vence la tentación de llamarla para preguntarle qué tal va todo. No puede hacerlo porque ha aceptado que lo de esta noche no es una cita, sino una simple reunión de amigos, ha de fingir que no sabe la verdad, que no se preocupa ni se siente amenazado por Chris, que confía en ella aunque por dentro sienta un pálpito que confunde con celos y que no es más que el presentimiento del desastre, un augurio de hecatombe que no lo ha abandonado desde que Lara le anunciara tres días atrás una cena con los amigos.

Ya es tarde pero la sigue esperando, con la decisión madurada durante toda la noche de insomnio de contarle la verdad, la pura y dura verdad, todos esos datos escondidos que hay entre ellos dos, esas casualidades que a él le han remordido tanto tiempo por dentro y que ahora, de repente, siente que ella debe saber, que tiene derecho a saber. No solo la casualidad de que su amigo Chris haya sido el hombre por el que Lucía perdió la cabeza, sino la verdad completa, la de sus padres, la de la radio, la de la foto en la playa cuando era una niña, toda la verdad sobre ellos dos.

Puede que cuando la vea se arrepienta y no le diga nada o puede que se lo diga y se arrepienta después, pero es algo que por más que piensa, ahora, en la oscuridad de una noche a solas y sin ella, que aún ignora va a ser para siempre, se aferra a la decisión que ha ido reflexionando durante no solo esas horas, sino desde que supo toda aquella verdad de la que creyó protegerla al no contársela, no solo durante una noche aunque él lo crea así, sino durante los meses en que ha estado con ella ocultándole la realidad que ahora siente como un peso en su conciencia.

Pero ya es tarde para todo, ya era tarde en el mismo segundo de tiempo en el que Lara fue consciente de lo que iba a pasar, en la milésima de tiempo en que vio su vida desfilarse ante los faros de xenón de un coche que diez segundos antes no había estado en la carretera.

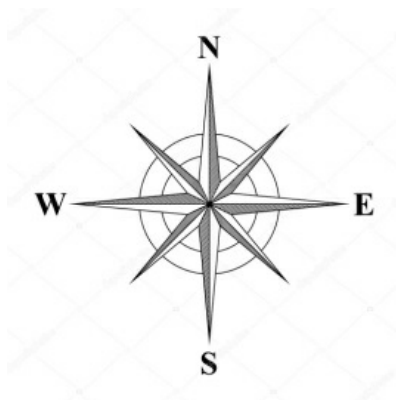
Es tarde para escribir su libro, para seguir buscando poemas, para decirle a Marcel la verdad o dejar que fuera él quien se la contara, tarde para hacer tantas cosas que tenía planeado hacer. En tan solo veinte días habría cumplido un año de vivir en esa casa, un año desde el día en que lo conoció de lejos sentado sobre las piedras del río, un año desde que paseó por primera vez por el pueblo con el ánimo del descubrimiento y la promesa de encontrar la paz, un año desde que visitó el cementerio de flores vivas en el que descubrió la tumba de una mujer que no sabía cuánto iba a significar para ella y donde ahora, posiblemente, será enterrada, *cerca del mar porque yo nací en el Mediterráneo*, tarde para acercarse más a su madre y recuperar la relación de cuando era niña que Bran estropeó con su presencia y que no le dio tiempo a recuperar en los pocos fines de semana que la había invitado a pasar con ella en su casa de la playa, tarde para seguir leyendo libros, para seguir descubriendo, para seguir su sueño, pero sobre todo tarde para vivir a plenitud su relación con Marcel.

Qué injusticia pensar en las cosas y en las vivencias que se quedan cuando uno se va, pensar en lo que se deja atrás de forma irrecuperable y es imposible llevarse, las marcas que lega en los objetos que le pertenecieron o en los que creó.

El mural pintado en el comedor de su casa, las flores tan artísticas que Marcel le alabó en una tarjeta que todavía guarda en un cajón de la mesita de noche, las matas de plantas medicinales que necesitan tanta agua en el rigor del verano y que plantó con su propia mano una tarde de primavera mientras Marcel hacía café en la cocina, el libro a medio escribir en la memoria del ordenador que nadie podrá encender porque nadie sabe la contraseña, aunque seguramente Mara la adivinaría, los relatos que soñaban con ser libros y que nunca pasaron de las veinte hojas, las fotos de su padre en un álbum heredado de una tía no consanguínea que vivió con ella su infancia y que desperdició su vida al enamorarse desde niña de un hombre que jamás le correspondió, el álbum ya terminado de fotos suyas y de Marcel que posiblemente su hermana y su madre le entreguen a él cuando dentro de unos meses hagan un inventario de sus objetos personales y lo encuentren junto al que comenzó también con ellas y sus sobrinos la última Navidad, la colección de caracolas y estrellas de mar dentro de un jarrón de cristal transparente, el móvil de estrellitas, sirenitas y pulpitos de cerámica que cuelga en el alféizar de una ventana de su estudio, de aquel palomar cuadrado y abierto a la rosa de los vientos por el que se decidió a comprar esa casa y no otra y en donde aún se apilan los libros que nunca quiso colgar de estanterías, sus libros favoritos en los que siempre hay una flor seca dentro señalando poemas o momentos cumbre, *Puedo escribir los versos más tristes esta noche*, *escribir por ejemplo, “la noche está estrellada y tiritan, azules, los astros a lo lejos”*, una dirección de e-mail que ya nunca se abrirá pese a que seguirán llegando correos, una contraseña eliminada de la intranet de una emisora de radio en donde ha trabajado los últimos quince años de su vida, su ropa interior desperdigada por los cajones, sus vestidos ibicencos tan hippies con los que salía a tomar algo en la cafetería del pueblo durante las noches de un verano, los collares y pulseras tan habituales en ella, tan

alternativos y bohemios, los cuadernos de las cabañuelas a medio hacer donde su letra habrá apuntado predicciones que no llegará a ver cumplidas, amaneceres de quince días de agosto, vientos y soles que nunca más sentirá en su piel, viento del norte, apuntó con su letra de convento de monjas tornada en modernidad propia de las mujeres de cuarenta años, tramontana, su viento favorito. ¿Quién tiene un viento favorito?, había preguntado retóricamente Marcel abrazándola, tú, quién si no, tan volátil y etérea para él que sentía como si nunca pudiera apresarla del todo, aceptando que solo una mujer como ella fuera capaz de tener un viento predilecto, el mismo viento que movía su pelo y al que levantaba su rostro cuando lo sentía soplar, tramontana, tan fresco y tan fuerte, tan dolorosamente frío en invierno y tan agradable el resto del año, con ese mismo olor a montaña que ella desprendía a veces como si fuera ella misma viento.

Un viento que a partir de ahora traerá su memoria cada vez que sople junto a las piedras del río a las que Marcel volverá otra vez en solitario y en donde encontrará su presencia, tan volátil y ya etérea para siempre, porque será aire, viento, porque ya no podrá existir para él de otra forma ni podrá aprehenderla de otra manera, *porque tú siempre existes donde quiera, pero existes mejor donde te quiero, porque tu boca es sangre y tienes frío, porque tengo que amarte, amor, tengo que amarte, aunque esta herida duela como dos, aunque te busque y no te encuentre, y aunque la noche pase y yo te tenga, y no... pequeña y dulce, corazón coraza...*



La noche aún huele a pinos y mar cuando te has ido y, sin embargo, se nota en el aire que no estás aquí, su sabor cambia cuando al absorber la noche en que estoy solo no percibo tu aroma, sino la ausencia de él.

Vuelve el sabor de los inviernos pasados aunque sea verano, el del mar en otoño, el de la brisa que suele traerte a ti y comienza a venir vacía, dolorosamente vacía.

Sabe a miedo y esperanza, sabe a ausencia, sabe a un futuro dolor que esta noche se presagia en el ambiente y del que no logro desprenderme.

Clavado como una lanza en mi costado, como una de las espinas de los rosales o de los naranjos que he ido dejando crecer cerca de mi casa para solaz de mis días futuros en los que pensaba vivir con una calma y una rutina que tú me has quitado para siempre, como un presagio de ruina en el que no dejo de pensar mientras escribo y te espero, mientras miro la luz de tu buhardilla apagada y te echo de menos con la fuerza desesperante que producen las ausencias que resultan incapaces de tolerar por más que se llenen de las excusas necesarias para no darles una importancia que en realidad no tienen.

Porque vas a volver, porque mañana volverás a sonreírme, porque me dirás cuando me veas cuánto me echaste de menos, porque no te has ido para siempre, porque sé que vas a estar ahí cuando amanezca y vea tu coche aparcado junto a la casa, porque sé que tú no eres ella puedo tolerar la ausencia y evadir el miedo.

Ni siquiera sabes que he repetido el mismo gesto de abrir la puerta que hice con ella tal día como hoy, el mismo gesto de cerrarla y el de subirme al palomar para evitar pensar lo que iba a ocurrir, salvo que a ella no le di un beso de despedida ni la eché tanto de menos ni aguardaba su regreso con impaciencia de amante. Ella se fue a buscar a sus padres para que les pudiéramos dar la noticia del divorcio, tú te vas con la promesa de regresar tras una noche de fiesta sin trascendencia con los amigos, no importa que Chris sea uno de ellos.

Ya no importa nada, solo que regreses tal como te has ido, trayéndome la promesa del futuro que día a día ha ido revelándose en ti.

“Estoy aquí, donde siempre estuve, donde apenas hay sitio para mantenerse erguido. La soledad es un farol certeramente apedreado, sobre ella me apoyo. La esperanza es el quicio de una puerta de la casa que fue desarraigada de sus cimientos por los huracanes”, leo en un poema a los que tú me has aficionado, una de tantas cosas que hago desde que tú llegaste.

Todos los poemas me hacen pensar en ti aunque no tengan nada que ver contigo, aunque no contengan en sus líneas ni tu historia ni la mía, deformando mi punto de vista sobre el amor y el mundo que es distinto a cualquier otra cosa desde que esas palabras son sinónimos de tu

nombre, desde que me has otorgado el don de la poesía y de su lectura.

Todo me recuerda a ti en esta noche oscura y solitaria en donde la casa está más vacía que nunca, mucho más oscura que si tú estuvieras en ella, conmigo, o simplemente en la tuya, cerca de mí, viendo desde aquí la luz de tu ventana como si fuera el faro del fin del mundo, como si fuera la única luz que no me puede cegar, sino iluminar.

Te pienso mientras distraigo el miedo que viene hasta mí con la noche, mientras intento relajarme con el sonido lejano de las olas sin que estas sean más que melancolía, parte de un presagio que no logro adivinar y que me confunde, te has ido para un rato y parece que no tengas que volver, me invade la sensación de pérdida hasta el punto de crearme un loco, hasta el punto de pensar que estoy convirtiéndome en el amante celoso que nunca quise ser, odiándome por los pensamientos negativos y por ese afán de posesión que nunca antes tuve y que siempre me pareció tan patético en los demás. Pero te extraño y te pienso y me da miedo tu ausencia y me da pavor pensar que te estoy perdiendo sin saber por qué, una sensación que no soporto, que saca lo peor de mí, pienso en Chris y tal vez si no supiera quién es él no sentiría lo que siento, la ignorancia es la felicidad, Chris de nuevo y me echo a temblar ante el presagio de ruina que su solo nombre invoca, ante la soledad que va creciendo a mi alrededor y dentro de mí.

Todo me recuerda a ti, te pienso y te extraño de una forma enfermiza, el miedo atenaza mi razón y me pregunto por qué, por qué he de sentirlo, por qué no puedo desprenderme de él.

Es tarde y aún no has vuelto, suena el teléfono y lo dejo sonar porque sé que no eres tú, que tú no me llamarías, que tú no puedes llamarme.

El presagio va tomando forma muy poco a poco, la soledad parece haberse instalado definitivamente aquí, a mi lado.

El aire sigue llegando cargado de vacíos y ausencias, repaso los gestos últimos, las palabras de despedida, la sonrisa con la que me besaste al marcharte, el viento sigue sin traer tu perfume, la calma que has traído a mis días parece esfumarse muy despacio, a hurtadillas, intento atraerte a mí con la fuerza del pensamiento, recordándote o imaginándote a mi lado, sigo leyendo poemas tristes en esta noche eterna y deshabitada.

Porque sé que vas a venir de un momento a otro, porque sé que cuando llegues mis miedos desaparecerán en una milésima de segundo, porque sé que no vas a tardar en estar entre mis brazos y quitarme el miedo a vivir que hay en mí desde siempre es por lo que puedo soportar tu ausencia.

Porque puedo imaginarte entre las palabras de un poema, porque puedo apresar tu recuerdo y tu promesa entre las líneas que otros hombres escribieron, porque sé que dentro de unos instantes todo lo que has dejado en suspenso volverá a ser es por lo que puedo tolerar estar sin ti, aunque estar sin ti ya es solo una forma más de estar contigo.

“Así, en ti me quedo, paseo largamente tus brazos y tus piernas, asciendo hasta tu boca, me asomo al borde de tus ojos, doy la vuelta a tu cuello, descendo por tu espalda, cambio de ruta para recorrer tus caderas, vuelvo a empezar de nuevo, descanso en tu costado, miro pasar las nubes sobre tus labios rojos, digo adiós a los pájaros que cruzan por tu frente, y si cierras los ojos cierro también los míos, y me duermo a tu sombra como si siempre fuera verano, amor, pensando vagamente en el mundo inquietante que se extiende –imposible– detrás de tu sonrisa.”

Sigo leyendo poemas y es casi como tenerte al lado, me recuerdan tanto a ti.

Suena el teléfono de nuevo y esta vez creo que sí puedes ser tú, la insistencia me pone en guardia y apenas se calma cuando deja de sonar.

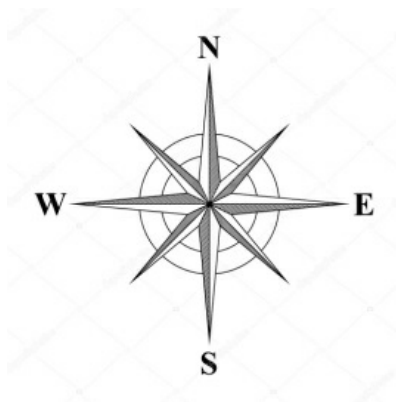
Es de noche, tarde, los abuelos duermen por turnos en la casa sin que mi presencia insomne les vele el sueño, sigo estando solo aunque haya gente que me reclame al otro lado de un cable

telefónico o aunque los viejos me den las buenas noches a gritos desde la escalera, la soledad se ha instalado en mí sin que me diera cuenta, mientras esperaba tu regreso, mientras vigilaba la carretera para ver entrar tu coche, mientras rezaba para que aparecieras pronto y conjuraras los miedos que han ido creciendo como sombras en el palomar desde donde escribo.

Porque sé que mañana será un día nuevo y radiante en el que me reiré de todo esto y de las anécdotas que tú me cuentes de la fiesta, porque sé que he decidido contarte toda la verdad y siento el aplomo de la decisión correcta en mi conciencia, porque sé que tú nunca harías lo que ella hizo es por lo que puedo soportar esta noche, por lo que puedo vencer el miedo que ha ido cubriendo la casa con una pátina de oscuridad y desasosiego, porque sé que tú no te vas a ir de mi vida es por lo que puedo vencer la ansiedad y la alarma que ha ido creciendo con tu ausencia.

No sabes, aunque posiblemente te lo cuente mañana, a qué sabe la soledad, a qué sabe una noche sin ti en medio de este vergel nuestro, al lado de este mar que ya nos pertenece, no te imaginas el sabor del viento de verano vacío de ti cómo entra por los resquicios de mi casa y lo colma todo de una ausencia imposible de llenar.

Suena el teléfono de nuevo una sola vez y la voz de mi padre me llama desde el hueco de la escalera interrumpiendo mis pensamientos, impidiéndome seguir escribiendo, es la hermana de Lara, que te pongas, es muy urgente, me dice, tal como me dijo unos años atrás, y en ese instante me doy cuenta de que no hay un mañana.



Epílogo

Tenía que ser yo quien escribiera este libro. Al final resulta que es cierto que un autor no elige el tema de una novela, sino que es elegido por él, va a ser cierto que un texto cambia según la persona que lo narra, yo, convertida en narradora omnisciente que conoce por fin el pasado y el futuro, que entra en la conciencia de los personajes, que dicta automáticamente a la mano que escribe los sentimientos y los pensamientos que de estar viva nunca hubiera conocido.

No importa que haya sido Mara, sentada en la buhardilla de mi casa quien parezca haber escrito esta historia a dos manos con Marcel porque en realidad soy yo quien dicta y quien inspira, quien dio la idea, quien impone los ritmos y las palabras que entonces no supe escribir y que ahora fluyen tan libremente que ni siquiera ellos saben que estoy ahí, disponiendo, sugiriendo, dictando: soy inspiración.

No fue una tarde cualquiera, sino el 1 de noviembre, el día de todos los santos en que mi familia se acercó a traer flores y coincidieron por primera vez todos en mi casa como si se repitieran aquellos días de Navidad que pasamos juntos y del que estuvieron mirando las fotos sin poder reprimir las lágrimas, Marcel taciturno y serio de nuevo como cuando lo conocí, Salvador y mi madre diez años más viejos si es que eso es posible, las verdades descubiertas por Marcel flotando en el limbo de las palabras que nunca me dijo porque no tuvo tiempo tras tomar la decisión, y Mara y mi hermana preparando café en la cocina, intentando que el drama de mi muerte no fuera excesivo en esa fecha señalada en rojo en el calendario, tratando de recordarme como solo ellas me conocían antes de que el mundo se torciera definitivamente.

El ordenador apagado que nadie se había atrevido a tocar ni siquiera para que mis sobrinos lo heredaran era una presencia poderosa que Mara intuyó tan solo entrar en la casa.

Mi madre resolvió en un solo segundo que no iba a volver a la residencia, que quería quedarse aquí donde mi presencia es casi tangible, donde podía recordarme una vez desaparecido cualquier vestigio material de vida anterior a la compra de esa casa cerca del mar, mi hermana volviéndose loca ante la imposibilidad de quedarse con ella y enfadada por, a su parecer, los caprichos de una anciana que hace solo cuatro meses enterró a su hija y que es consciente de que eso la va a enterrar a ella.

Marcel, silencioso, mirando el mural de flores que pinté una noche de borrachera y que según él era un retrato vívido de mi forma de ser, tan bohemia, me decía, una artista aunque no lo sepas, aunque nunca lo supiera nadie, un alma creadora, malograda, que se perderá en el olvido de las cosas que nunca fueron hechas, de los libros que nunca escribí, de los poemas que nunca

redacté, de los relatos terminados que jamás verán la luz, todo aquello que siempre soñé hacer y que ya nunca podré, todo cuanto quise y que he perdido de forma definitiva, incluso lo que estoy escribiendo ahora y que si ve la luz lo hará con otro nombre, con el de Mara y Marcel, pero nunca con el mío, ignorada, confundida con la musa que los ha inspirado, omitida sin querer porque ya no vivo para poder contarlos aunque lo estoy contando ahora, en este mismo segundo, en este mismo instante.

Las flores que iban a llevarme al cementerio reposaban en un jarrón que han bajado de la buhardilla, no han mirado siquiera en los muebles de la cocina, sino que en un impulso han subido y tomado ese búcaro que no sabían que estaba ahí y que han encontrado sin embargo a la primera, qué casualidad.

El ordenador, silencioso y abandonado en un rincón, como el arpa del poema de Bécquer, ha sido una tentación tan visible que Mara no le ha pedido permiso a nadie para encenderlo, para introducir la única contraseña posible y que solo ella, conociéndome tan bien como me conoce ha podido adivinar: Marcel. Miran fotos de los álbumes que aún no han decidido repartirse, escuchan el tintineo del móvil de cerámica junto a la ventana y los tres sienten que estoy con ellos en esa habitación, pero no dicen nada, se lo callan para no hacerse daño, sobre todo para no hacerle daño a él que no ha dejado de sentir mi presencia, que sabe que se ha quedado algo pendiente entre los dos, sabe que hay palabras que no nos dijimos y hechos que no nos contamos, sabe que aún me queda algo por hacer antes de irme para siempre, ese libro que él me instaba a escribir y en el que tanto intentaba ayudarme.

Ha pasado de largo por mi habitación intentando no mirar la cama, no recordar, no pensar, pero le resulta imposible y a mí me duele saber cuánto me quiso y cuánto me quiere aún, cuánto me recuerda en todas las pequeñas cosas que ya no ha vuelto a hacer porque ya no las hace conmigo y le parecen una deslealtad hacerlas sin que esté yo.

Toca los libros que fueron de Lucía y que me regaló, toca los utensilios de escritorio que yo guardaba más por romanticismo literario que por su uso, toca el ramo de siemprevivas, el de romero y espliego que aún sigue en el alfeizar de la ventana atado con un lazo blanco, la montaña de tomos que nunca guardé en estanterías y que siguen apilados en el suelo, pasa los dedos por las cosas que me pertenecieron como si con ese gesto pudiera tocarme a mí, pero no puede y lo sabe y se arrepiente de su puerilidad, de los gestos que ve como una debilidad imperdonable pero excusable en él que oficialmente es tratado como mi viudo, doblemente viudo por las personas del pueblo, por los vecinos que no pueden creerse que haya tenido que volver a vivir lo mismo dos veces, que lo ven pasar en dirección al cementerio como si estuviera maldecido y ni siquiera se imaginan que pasa de largo de la tumba de su primera mujer para ir directamente hasta la mía, situada en aquel punto más alto tras uno de los recodos de la montaña desde donde un día vi el mar, rodeada de flores vivas que impregnan el aire con su aroma siempre que sopla la tramontana.

Pero me toca aunque no lo sepa, me acaricia el alma con sus dedos y me reconforta sin saberlo, como hacía cuando estaba viva y con él, tan oscuro como antaño, tan tosco y serio como cuando lo conocí, con un halo de dolor y condena que pesa sobre él tras mi muerte, con ese aire de misterio y de amargura que yo ya intuía cuando estaba viva y aún no lo conocía, el perfecto solitario de los libros románticos de Brontë, caminando taciturno por un mar oscuro de tempestades y por un cementerio en donde siempre sopla el viento y desde donde se puede ver el mar, cabizbajo porque cree estar maldito por los dioses, un hombre por el que las almas románticas serían capaces de arriesgar su vida a cambio de ofrecerle el imposible consuelo.

Fue un jueves, uno de noviembre, y mi familia estaba reunida en mi casa, pensando en

llevarme flores a un cementerio en donde las flores vivas adornan mi tumba frente al mar, como en el poema de Poe, mis sobrinos, ajenos al drama de la buhardilla donde su madre llora sin poder evitarlo ante las fotos de los álbumes, se balancean en el columpio que Marcel colgó para ellos aquella víspera de las Navidades, pero solo Marcel al oír su movimiento recuerda lo que ocurrió esa tarde después de colgarlo.

Mara comienza a leer mis relatos casi sin darse cuenta, ante el silencio de las otras dos personas que siguen embebidas en las fotografías y en los recuerdos. La idea que quiero que tenga comienza a rodar por su cabeza hasta que en un impulso, yo ya sé cómo es Mara de impulsiva, la suelta a bocajarro, sin pensar, sin madurarla ni un solo segundo, déjame que me quede aquí con tu madre, ella no quiere volver a la residencia y yo necesito un lugar tranquilo para escribir, le suelta sin más, dándose cuenta en ese preciso instante de que está hasta las narices de la vida de la ciudad, de sus salidas nocturnas a bares de ambiente buscando amor, de sus alumnos de la academia y de la madre que lo parió todo.

La misma necesidad que yo sentí se cierne sobre ella con casi la misma urgencia y le abre el cielo a mi hermana que ya no sabía cómo hacer para solucionar lo de la abuela, ¿estás segura? Y tanto. Dicho y hecho, la locura llevada al punto máximo, mi madre y mi mejor amiga viviendo juntas en mi casa, dándole a una la oportunidad de vivir tranquila sus últimos días y a la otra la seguridad y paz suficiente como para comenzar algo que nunca supo que quería hacer de forma tan seria: escribir.

Nos haremos compañía, dice mirando a Marcel que se encoge de hombros porque lo que Mara llama compañía para él vuelve a ser multitud.

Los detalles técnicos se los guardé a mi hermana que siempre ha sido la mujer práctica que yo no fui, ella se encarga de planear el tremendo puente de Todos los Santos para dejarlas instaladas.

Tres días por delante para sacar a mi madre de la residencia, hacer maletas y anular los pagos, tres días para meter en cajas todo aquello que me perteneció y que aún cuelga de los armarios, veo cómo se reparten mi ropa y mis pulseras y collares con un deje de sincera tristeza que oculta la leve punzada de alegría de un ropero renovado, me recuerdan en voz alta, en los detalles que yo no sabía que eran tan visibles de mi personalidad o en la forma en que me sentaba un vestido concreto, la manta escocesa con la que me tapaba en la buhardilla durante las noches de aquel invierno en que traté de escribir mi libro ha pasado a manos de mi madre pero sé que Mara la necesitará a lo largo de los días del porvenir, cuando haga tanto frío que necesite echarse algo sobre los hombros para seguir escribiendo y el calor eléctrico le parezca demasiado frío, Marcel recibe el álbum de fotos nuestras que reposará desde ese momento en su mesilla de noche, no olvidado como los de Lucía, sino al alcance de la mano hasta que termine el libro que va a comenzar a escribir con Mara aunque aún no lo sepa, cuando termine de contar todo aquello que quedó pendiente de contar cuando estaba viva y quería protegerme de mi propio pasado, recibe las caracolas y las estrellas de mar que recogimos de la playa tras las tormentas de nuestro único invierno juntos y logra vencer la timidez para pedir por favor si le pueden dar también el móvil de la ventana para colgarlo él en su palomar, en la buhardilla que yo veía y en la que él me buscaba cuando creía tener todo el tiempo del mundo por delante y podía permitirse unos pocos meses de indecisión y conflicto de los que ahora se arrepiente.

Tras unos meses de aclimatación y el paso de las Navidades que, como siempre, están a la vuelta de la esquina, comenzará la verdadera vida que han elegido vivir, sin mí definitivamente, encerrados entre el mar y la montaña, escribiendo sin darse cuenta ensayos y fragmentos de un libro que no sabían que iban a escribir hasta que este, tras mucho tiempo y no pocas palabras

borradas, va tomando la forma concreta y adecuada, hasta que enlazan acontecimientos del pasado, hasta que una noche caen en el hecho de que se lo han contado todo sobre mí y es sobre eso lo que Mara ha decidido escribir, sobre la historia oculta y pública de lo que fue mi vida, de aquellas casualidades que Marcel conoció, de las cabañuelas de un pasado que predecía el presente con una puntualidad casi sin equívocos y que solo, tal vez, podría haber sido otra pero que fue como fue.

Le enseña la foto de Lucía y mía en el mar cuando éramos unas niñas, la foto del día que se conocieron nuestros padres, abre su corazón casi sin querer para entregarle algunas páginas de un diario que escribió durante un invierno y que quedó interrumpido en agosto, el día de mi accidente, para pronunciar las palabras que lleva años callando y que comienzan a quemarle en la garganta, las palabras nunca dichas que necesita extraer de su interior carcomido por el remordimiento y el dolor de una verdad que quiso ocultarme y que ahora ya sé, la extraordinaria casualidad de mi muerte y la de ella señalada en un punto de la carretera y en una fecha de un mes, como si la muerte se hubiera cebado en las dos niñas de aquel retrato, como si la cámara que nos fotografió hubiera estado maldita y nos hubiera marcado para el infortunio.

Pero siguen escribiendo, hablando, retomando viejas costumbres que creyeron que nunca iban a retomar con nadie, a veces pasean por el mar, a veces acompañan a los abuelos hasta el pueblo para estirar las piernas y comprar el pan, algo que les recuerda a mí ya sin dolor, con la aceptación de lo inevitable y el instinto de supervivencia que les lleva a tener que seguir viviendo de una forma u otra, Mara pasa por mi hermana en el pueblo cuando va con mi madre y Salvador al cementerio, cuando se paran a comprar, cuando van los domingos juntas a misa en la iglesia que no me dio tiempo de ver por dentro o cuando pasean y repiten sin querer los mismos gestos que yo hice antes que ella, apropiándose del pueblo y de su belleza, valorando la paz que yo tanto ansiaba, quedándose prendida de los mismos amaneceres y atardeceres que yo vi, del mismo aroma a tramontana, mi viento favorito, de los rincones por donde yo caminé los últimos meses de mi vida de la mano de Marcel, el fondo de aquel bosque, las piedras de aquel río, la arena de nuestro mar otra vez solitario e invernal.

No saben que el tiempo pasa deprisa y no perdona porque lo creen estancado en ese rincón del Mediterráneo, en ese pueblo mágico, en ese camposanto al que van cada semana, en esa playa que vuelve a ser gris y que dentro de poco renacerá en un espléndido verano, estaciones y estaciones de tiempo, días y semanas y meses y años pasarán frente a ellos en silencio, en calma, no le piden nada a la vida y creen no necesitar nada.

No saben aún que mi libro va tomando cuerpo, que tiene vida propia, que existe ajeno a ellos dos y que lo empuja la necesidad de ser escrito, no saben que hay una hora y un día marcado en el calendario para su publicación, un día y una hora para su presentación en aquella librería del centro de la ciudad que Marcel me mostró tanto tiempo atrás, no saben que hay un tiempo para todo y que ellos van apurando el suyo, Salvador y mi madre ya con los días contados, ellos dos quedándose tan solos y tan grandes con media vida aún por delante, el libro necesitando de sus palabras y de sus manos para ser escrito, las amistades de Mara en la editorial donde traduce libros ayudándole a publicar en tiempos de crisis, asentándose en el mercado y preparándose el terreno, algo que tal vez yo no hubiera conseguido nunca, con el miedo que me daba no poder publicar nada, el tremendo miedo que me daba no lograr ver mi libro en el escaparate de una librería, quedarme en el anonimato, conformarme con el simple y feliz hecho de escribir.

El libro, dictado al amor de las tardes de varios inviernos en los que todo ha ido quedando atrás, en los que ha comenzado a llegar el olvido y la conformidad, en los que Marcel ha tenido que reinventarse de nuevo y cerrar el círculo de la historia que solo él sabe completa y que no

podrá contar hasta que dos de los protagonistas que siguen vivos mueran sin tener un sentimiento de deslealtad hacia ellos por contar intimidades que tal vez nunca tendría que haber conocido, que preferiría no haber sabido, inventándose una excusa para seguir viviendo en los años del porvenir al poner voz y palabra a las casualidades que poblaron mi vida y la suya y que solo de esa forma puede aceptar.

Pasará el tiempo sin que se den cuenta, pasarán los años y, aunque ya han aceptado la realidad, seguirán notando mi presencia cuando se sienten a escribir en la buhardilla, mientras se toman un café, ya irremediablemente solos los dos, ya sin ningún protagonista vivo para escandalizarse porque vean la luz hechos que tanto les dolieron cuando estuvieron vivos, mi hermana yendo a comer con ellos una vez al mes para cobrar el alquiler de la casa de la que es propietaria desde que murió la abuela, escapándose algún sábado por la tarde para huir de sus hijos adolescentes y ayudándoles a seguir escribiendo, empujándolos a seguir con casi la misma tozudez que ellos, conociendo la historia que ella tampoco sabía y que cree un buen argumento novelístico, tan impresionada por todo, tan sensible aún a la soledad en la que se ha quedado, con sus hijos ya mayores como única familia, sin ascendientes ni hermana, simplemente sola.

El libro tomando forma en el silencio de muchas noches, en los borradores de muchas mañanas, en medio de los poemas que Marcel ha ido leyendo mientras miraba a Mara escribir en silencio, el mismo poema que leyó la noche de su muerte y que ahora ve como un presagio que no supo interpretar.

“Estoy aquí, donde siempre estuve, donde apenas hay sitio para mantenerse erguido. La soledad es un farol certeramente apedreado, sobre ella me apoyo. La esperanza es el quicio de una puerta de la casa que fue desarraigada de sus cimientos por los huracanes”.

Un libro escrito en medio del insomnio y de la oscuridad en la que yo también vivía, presente, pasado y un futuro que solo yo conozco, mudas de tiempo y lugares, licencias poéticas que solo el narrador omnisciente se puede permitir, temas que han saltado del pasado más remoto para ser contados justo ahora, ideas que han permanecido en el limbo hasta que han logrado ver la luz de la inspiración. El libro, convertido en la novela de una escritora que va dejando de ser novel, verá la luz con el nombre de dos autores aunque solo yo lo haya dictado, con un título que llevé tatuado en la piel como un augurio, *La rosa de los vientos*, y con un prefacio sacado de los poemas que tanto amé:

“El mañana es el hoy del ayer, el insomnio y el placer forman parte de un pasado donde el futuro y los sueños se confunden en la memoria de una infancia... Mientras todo lo mida y todo lo piense el sueño será práctico y la noche sosiego... para poder seguir. Los sueños se cruzarán a un olvido voluntario y amargo de fracasos íntimos y silenciosos. El día solo será noches donde poder descansar. El pasado, que ayer obró amargo, atempera mis añoranzas más íntimas. Las tinieblas restan tiempo a mi vida en el juego triste de la existencia. La evocación anida en el presente y condiciona mi futuro en un ahora que se tiñe de inestable y nunca sabré por qué no vivo, solo duermo”

Solo duermo.

Nota Bibliográfica.

Los preciosos poemas que hay en el texto son de distintas autoras: *La espera*, de Catalina Sojos, *Ella ya lo sabe*, de Pilar Moreno, *He perdido la paz para darte los tatuajes de mi alma* es de Gracia Iglesias, la frase *dame tu dedo y levantaré el mundo* pertenece al poemario *Suada* de María Lapachet, *Los adioses*, de Claudia Ainchil, *Los primeros rayos*, de Marta Alberca, *Noche a noche*, de Dolores Garrido, y el bello y erótico poema *Mía* de Cruz Bernal, todos extraídos de la edición digital de *II antología de poesía de la Asociación de escritores de Mérida*, Depósito legal LF07420058004523 ISBN 980-6679-07-5.

También cito *Corazón Coraza* de Mario Benedetti, *Ya solo eres tu nombre cuando te nombro*, pertenece a Rafael de Penagos, por supuesto el precioso *Me basta así* y *En ti me quedo*, de Ángel González, y el *Poema de la mano lenta* y otros retazos del poemario *Oasis* de José Ángel Buesa.

Así mismo los libros citados en distintas estrofas son; *Cartas a un joven novelista*, de Mario Vargas Llosa, Cuadernos de escritura, “*El placer de escribir*” de Editorial Planeta, *El escritor y sus fantasmas* de Ernesto Sábato, *La práctica del relato* de Ángel Zapata y la adaptación del ciclo mitológico del Ulster de Nuala Ní Dhomhain. Y, cómo no, las preciosas canciones *Lucía*, de Serrat, *Papa cuéntame otra vez*, de Ismael Serrano y *Entre mis recuerdos*, de Luz Casal.

Puedes leer mis libros en Amazon desde mi página de autora: [amor, erotismo, mujeres, historias y vida](#)

